

NOE CASADO EMPIEZO A RECORDARTE



UNA
COMEDIA
ERÓTICA MUY
GAMBERRA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Referencias a las canciones
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

A nadie le sienta bien que le den plantón, pero solo duele la primera vez. Para cuando vuelve a ocurrir, uno ya está anestesiado. Eso, al menos, es lo que quiere creer Pierce, por lo que al abandono de su última

pareja no le dedica siquiera cinco minutos de su tiempo, y menos aún cuando toda su atención está centrada en la remodelación de un antiguo palacete renacentista, propiedad de su familia, que quiere convertir en hotel de lujo.

Sin embargo, cuando llegue a Carcassonne, además de encontrarse con una joya arquitectónica, se topará también con un montón de secretos ocultos entre sus muros que retrasarán la obra.

Y, por si fuera poco, recibirá una visita inesperada que pondrá su mundo patas arriba.

Empiezo a recordarte

Noe Casado

Esencia/Planeta

—Vaya, pensé que era el único al que este tipo de fiestas siempre le han parecido aburridas.

—Entonces ¿cómo explicarías el hecho de que ambos hayamos hecho acto de presencia? —replicó Pierce sonriendo de medio lado y mirando a uno de sus mejores amigos, o, mejor dicho, uno de los pocos a los que podía considerar como tales.

—Porque siempre hemos sido responsables —contestó Owen e hizo una mueca ante aquella explicación tan correcta y verídica.

—Cierto.

—Y no vamos a dejar de serlo a estas alturas, ¿no te parece?

Pierce se quitó un momento las gafas y asintió, llevaba toda su vida siéndolo. Sólo pequeños despistes durante la época universitaria que ya habían quedado olvidados, pues desde que se hizo cargo de los negocios familiares apenas había tenido tiempo de darse un respiro. Y de eso ya habían pasado cinco años. Su padre, Anthony, se había retirado porque, según él, no iba a seguir dejándose la vida en el despacho cuando podía estar con su mujer viajando por el mundo.

Los silencios entre ambos amigos nunca habían sido incómodos, pues se tenían la suficiente confianza como para no decir una sola palabra y no por ello sentirse fuera de lugar.

—Keiko me ha dejado —murmuró Pierce tras depositar la copa de champán a medio beber sobre la barandilla de la terraza con cierta indolencia, pues a esas alturas ni la bebida más cara le llamaba la atención. En realidad pocas cosas tenían la virtud de hacerlo.

—¿Se te ha muerto el perro? —inquirió Owen frunciendo el cejo.

Pierce parpadeó primero porque se suponía que al ser amigos estaban el uno al tanto de la vida del otro, y luego acabó estallando en carcajadas ante la pregunta de Owen.

—Joder, ¿cómo se nota que nos vemos cada vez menos! —exclamó entre risas.

—No sé qué tiene eso de gracioso —adujo Owen, confuso por la reacción de su amigo.

—Keiko es, mejor dicho, era, mi última pareja —le explicó y fue el turno del otro

de abrir los ojos como platos.

—Maldita sea, lo siento —se disculpó de inmediato, sintiéndose un gilipollas.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Pierce—. Es comprensible. Tienes un niño pequeño, una mujer increíble y mucho trabajo. Es normal que tu tiempo sea limitado.

—Pues sí. Samuel acaba de cumplir un año y procuro estar con él todo el tiempo posible, no quiero perderme nada. Aunque no siempre me resulta compatible con mis obligaciones —admitió con pesar—. Y por si fuera poco Astrid cada día está más ocupada.

—Entonces de ir a por la parejita ni hablamos —bromeó Pierce, que por mucho que quisiera no podía ponerse en la piel de su amigo.

—No, ni hablamos —corroboró Owen haciendo una mueca—. Todo ha sucedido a la velocidad del rayo. Me he casado, he tenido un hijo... Pero me he dado cuenta, y que conste que no me arrepiento de nada, de que quizá he descuidado mi matrimonio.

Pierce frunció el cejo ante aquella revelación, pues, por lo poco que podía ver, Owen y Astrid eran una de esas parejas que se complementaban bien. Envidiables incluso. De ahí que cada vez que él se planteaba ir en serio con alguna mujer lo pensara dos veces, pues el riesgo de fracasar era muy elevado y la recompensa, incierta.

—¿Astrid y tú tenéis problemas? —preguntó con cautela.

—No, yo no lo llamaría problemas —se apresuró a responder Owen—. Sin embargo, siento que nuestros respectivos trabajos nos impiden hacer cosas juntos. El año pasado sólo pudimos disfrutar de una semana de vacaciones.

—Mal asunto —declaró Pierce, porque él no tenía experiencia como hombre casado, aunque sí con las mujeres, y pasar tiempo juntos era un requisito fundamental en una relación para que las cosas fuesen bien, de ahí que no se esforzase mucho, pues no quería que funcionase.

—Algunos días apenas nos vemos —añadió Owen.

—¿No pretenderás que tu mujer abandone su cargo?

—¡No, por Dios!

—Porque lo hace estupendamente —la alabó Pierce—. No hay más que ver el éxito de la fiesta. Desde que Astrid está al frente, los beneficios han aumentado, y mucho además.

Owen sonrió complacido y orgulloso.

—Estás en el consejo de administración, juegas con ventaja —indicó de buen humor—. Lo sé, es increíble y no pretendo que renuncie a nada; no obstante, ahora

que todavía podemos, quiero pasar más tiempo con ella, irnos de vacaciones solos...

—Pues como no empieces a delegar en alguien —comentó, pues entendía muy bien a qué se refería: los negocios, por suerte o por desgracia, exigían una dedicación casi exclusiva y ello implicaba renunciar a una vida personal.

En su caso no suponía mayor problema, pues al estar soltero, o como mucho mantener algún rollo sin compromiso, podía hacerlo; en cambio, Owen, que nunca se había quejado de su trabajo, ahora lo veía a través de otro prisma.

—Ése es el problema. ¿En quién delego? Porque tengo un hermano que, además de tocarme la moral, es un zángano de mucho cuidado —dijo con aire resignado.

—¿Patrick al frente del consejo de administración? —preguntó con incredulidad, pues era bien sabida la nula predisposición de Patrick a realizar tareas relacionadas con los negocios familiares; aún más, renegaba públicamente de ellos e incluso había llegado a cambiarse el apellido para desligarse del todo.

—Pues sí. Y, pásmate, cuando ocupó mi puesto durante quince días lo hizo bien. Lo que pasa es que, con tal de llevarme la contraria y de montar el circo, es capaz de quejarse como un niño pequeño y comportarse de forma irresponsable —explicó con aire resignado, aunque con cariño.

—Pues a ver cómo te las apañas...

—No lo sé, ya se me ocurrirá algo —afirmó Owen tan resolutivo y pragmático como siempre—. Por cierto, ahora que lo pienso, ¿no salías con la chica del tiempo?

A Pierce no lo sorprendió el brusco cambio de tema. Sí le llamó la atención que su amigo se refiriera a una mujer que lo había dejado hacía ya dos años.

—Me dejó plantado.

—Ah, joder, no sabía nada —se disculpó Owen frunciendo el cejo—. ¿Y por qué? Me comentaste que ibas en serio con ella.

Pierce torció el gesto, lo de «ir en serio con ella» era una forma muy optimista de describir aquella relación, pues nunca había ido en serio con ninguna mujer. Bueno, hubo una excepción, pero ya había pasado demasiado tiempo.

—Según ella, y no es la única, le tengo alergia al compromiso —adujo en tono irónico.

—¿Qué tontería es ésa?

—Alguna pijada de revista femenina, seguro —afirmó Pierce torciendo el gesto.

—Lo que inventan para etiquetar las chorradas de siempre.

—Keiko me espetó lo mismo hace quince días cuando se largó —masculló—. De verdad ¿qué narices quieren ahora las mujeres?

—Yo siempre he evitado hacerme esa pregunta —respondió Owen diplomático.

—Eso lo dices porque estás casado con una mujer increíble —alegó Pierce, sin ocultar demasiado esa pizca de envidia que sentía por su amigo.

—No te lo voy a discutir.

—Cuando conocí a Keiko pensé que era diferente. Es artista conceptual. Trabajaba por encargo para museos o galerías de arte, por eso nunca imaginé que pudiera ser tan tradicional —confesó—. Resulta que la instalo en uno de mis apartamentos para poder trabajar y estar juntos, corro con todos sus gastos, cuando se presuponía que ella tenía ingresos, y me entero, casi por casualidad, de que llevaba seis meses sin dar un palo al agua.

—¿Y no la echaste sin contemplaciones?

—Me convenció diciendo... —Pierce torció el gesto un tanto avergonzado— que sufría una especie de crisis creativa.

—Ya, te convenció... —repitió Owen arqueando una ceja.

—Bueno, sí, me engatusó para ser exactos, o me dejé engatusar —admitió Pierce, pues no tenía sentido ocultar la realidad.

—Traducido, que engatusa estupendamente —apuntó Owen con su particular sentido del humor.

—Pues sí, no te lo voy a negar. Acepté la situación y parecía que todo iba bien; sin embargo, un día va y me salta con que nuestra relación no va a ningún lado, que no me implico, que paso más horas en la oficina que con ella y una larga sarta de estupideces, hasta rematar con la cantinela de que no me comprometo. ¿Te lo puedes creer?

—Es cierto, no te comprometes —corroboró Owen—. Y me parece muy bien, no es una crítica.

—Se lo dejé claro desde el principio y, aun así, Keiko se puso pesada y yo esta vez no he cedido.

—Así que ha hecho las maletas y se ha largado esperando que tú vayas como un tonto tras ella, dispuesto a todo —remató Owen, que si bien no era el más versado en asuntos de mujeres, al menos sí estaba al tanto de las técnicas de chantaje femenino que algunas llevaban a la práctica.

—Algo similar. Pero va lista... No acepto chantajes y menos de una mujer —aseveró Pierce sin parpadear, pues ahora que lo pensaba, quizá hasta era buena señal que esa mujer lo hubiera abandonado.

—¡Vaya, por fin os encuentro! —exclamó una voz femenina y ambos volvieron la

cabeza.

Astrid se acercó a ellos y primero le dio un beso rápido a su marido para después saludar con afecto a Pierce, al que llamó «excelencia» en tono divertido.

El aludido estaba ya acostumbrado a ello, tanto que ya ni se molestaba en aclarar que su padre aún vivía y que por tanto aquel viejo tratamiento le correspondía a su progenitor y no a él.

—Os voy a tener que regañar —prosiguió ella—. He organizado una fabulosa fiesta de inauguración, todo un éxito, con un número limitado de invitados para que no os sintáis agobiados, y os encuentro aquí escondidos, en la terraza, hablando a saber de qué. ¡Así no hay manera! —concluyó con afecto.

—Cariño, ya sabes que...

—No hay excusa que valga —interrumpió Astrid a su marido—. Sois dos de los invitados principales. Tú —señaló a Pierce—, estás en el consejo de administración... además de revisar balances, digo yo que podrías hacer un esfuerzo y mezclarte con los asistentes.

—Astrid, si estás al mando es porque todos confiamos en ti —dijo Pierce diplomático.

—¡No me hagas la pelota!

Owen rio entre dientes.

—De acuerdo, lo acepto, debería estar ahí dentro, pero míralo por el lado práctico: quería admirar el fabuloso trabajo de decoración que habéis realizado aquí. La vista es impresionante, ¿no es cierto? —preguntó dirigiéndose a su amigo en busca de apoyo.

—Excelente —corroboró Owen, sabiendo que ese adjetivo podía acarrearle problemas.

—Grrr, sois imposibles —se lamentó ella, negando con la cabeza—. Deberíais aprender de Patrick.

—¿Qué ha hecho ahora? —inquirió Owen preocupado, porque su hermano era imprevisible.

—Prepárate para lo peor —apuntó Pierce cruzándose de brazos.

—Relájate —le pidió Astrid a su marido—. Sólo está entreteniéndote a los invitados con sus anécdotas. ¡Es increíble!

—¿Cómo? —masculló Owen cruzando los dedos para que no fuera algo irremediable, pues la tendencia de Patrick a pasarse de la raya era legendaria. Su gemelo carecía de filtro verbal y soltaba, sin avergonzarse, lo primero que le venía a

la cabeza.

—Se ha subido al escenario y micrófono en mano ha comenzado a...

—Vamos dentro —la interrumpió Owen tenso—. Antes de que sea demasiado tarde.

Los tres regresaron al interior, donde la fiesta se desarrollaba con normalidad, música de fondo agradable interpretada por una cantante en directo, bandejas llenas de canapés circulando, bebidas frías, conversaciones animadas, caras sonrientes, alta costura...

—¡Nos has mentido! —le reprochó Pierce, que, tras hacer un barrido visual, divisó a Patrick sonriendo de forma perversa, o mejor dicho descojonándose de ambos.

—No me ha quedado más remedio —se justificó Astrid sin el menor remordimiento—. Así que espabilad.

—Eres mala —murmuró Pierce y ella sonrió complacida.

El hermano díscolo se acercó hasta ellos riéndose y sin importarle nada; con sus aires de perdonavidas, agarró a su cuñada por la cintura y le plantó un beso en los labios.

—Gracias, eres un amor —dijo Astrid—. Ahora os dejo, portaos bien. Voy a revisar un par de cosillas, a ver si con un poco de suerte acabo antes y nos vamos a casa pronto.

Se despidió de su marido, dejando a los tres hombres con la boca abierta por diferentes razones.

—Es la mejor cuñada que se puede tener y encima está bien buena —comentó Patrick, al que no le daba ninguna vergüenza expresar en voz alta sus pensamientos, sin importar quién estuviera delante—. Por cierto, excelencia, ¿es verdad que la japonesa te ha dado plantón?

—Así es —admitió Pierce.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Owen extrañado.

—Me lo contó Portia el último día que hablamos por teléfono. Además, por lo visto en la empresa no se habla de otra cosa.

—Joder, cómo te informas cuando te interesa —le reprochó Pierce.

—Y encima vas y la instalas en un apartamento junto al tuyo, en el mismo edificio. Mira que eres tonto, ¿a quién se le ocurre? —añadió el actor.

—Eres un cotilla —le soltó Pierce sin sentirse ofendido, pues sabía que entre su hermana Portia y Patrick existía una buena amistad, algo lógico teniendo en cuenta que

ambos, en su juventud, tontearon durante un tiempo. Tontearon o lo que fuera, pues las familias nunca conocieron los detalles y los protagonistas no los aclararon.

—Y tú, un iluso. La anterior tía con la que estuviste era tonta del culo. ¡Si no sabía hablar!

—¿Te refieres a la chica del tiempo? —inquirió Owen, que andaba perdido por completo.

—No, aquélla al menos no necesitaba un logopeda. Me refiero a la pedorra esa que hablaba como si tuviera un chicle en la boca. Y, para rematar, te lías con una oriental que pinta como el culo.

Owen no sabía dónde meterse ante tanta sinceridad.

—No hace falta echar sal en la herida —repuso Pierce encogiéndose de hombros.

—Confío en que en la cama te hiciera virguerías, porque de otra forma es para darte con la mano abierta —prosiguió Patrick sin la menor consideración—. Porque era buena en la cama, ¿verdad?

—Lo era —confirmó el único que podía atestiguarlo.

—Menos mal. Ahora espero que espabiles. Mira a Owen, que parecía tonto y se ha casado con una mujer que vale la pena —agregó, señalando a su hermano—. Estoy seguro de que, si te lo propones, tú también puedes conseguirlo.

—¿Y tú por qué no te casas con Helen? —inquirió Pierce, encantado de poder pincharlo un poco.

—Porque ella no quiere. Es una bruja, pero no me rindo —dijo y miró a su alrededor por si localizaba a la estirada de Helen para provocarla un poco.

—Lo tiene cogido por los huevos —apuntó Owen, feliz de unirse al club de «vamos a tocarle la moral a Patrick», ahora que contaba con refuerzos.

—Eso cree ella —murmuró el aludido con aire misterioso.

Pierce terminó riéndose, porque gracias a ellos había olvidado que Keiko lo había abandonado después de tomarle el pelo durante casi un año.

—Bueno, por fin puedo relajarme —anunció Astrid al volver a su lado—. Cuando quieras nos vamos a casa.

—Has hecho un trabajo excelente, de verdad —la felicitó Pierce sincero.

Cuando Owen propuso que ella asumiera las funciones de relaciones públicas y dirección de la cadena hotelera, Pierce no se mostró muy convencido, pues siempre había sido un firme defensor de no mezclar la vida personal con la profesional, y si bien Astrid tenía un currículum increíble, tuvo sus reparos, pero ella, además de ser una cara bonita y de tener a su mejor amigo contento, era una profesional sin duda alguna.

—Por cierto, ¿puedo pedirte un favor? —le preguntó a Pierce.

—Llámale «excelencia» —se guaseó Patrick, pero no le hicieron caso.

—Tú dirás —contestó Pierce, haciendo caso omiso de las palabras del actor.

—He oído que acaban de entregarte el nuevo Tesla S. ¿Podrías dejármelo probar?
—preguntó Astrid sonriendo.

—Cómprale un coche nuevo a tu mujer, anda, no seas tacaño —bromeó Patrick, señalando a su hermano.

El aludido fue a responder, pero se le adelantó ella.

—Querido cuñado —dijo, poniéndole bien el nudo de la corbata, para después tirar de la misma y así conseguir toda su atención—, tu hermano no tiene que «comprarme nada». Yo solita me las apaño. —Le dio otro tirón, esta vez más fuerte, y después le alisó las solapas del traje y le sonrió.

—Bruja —masculló Patrick aclarándose la garganta.

—Por supuesto. —accedió Pierce cerrando el pico, pues habría dicho lo mismo que Patrick y se habría ganado también una reprimenda—. Habla con mi secretaria y pasa por el garaje cuando quieras.

—Gracias. Quiero probarlo antes de decidirme.

Owen, que conocía la pasión de su esposa por los vehículos de gran potencia y también su opinión respecto a lo que un marido debe regalar, mantuvo la boca cerrada y se limitó a sonreír orgulloso.

—Y ahora, nos vamos a casa —dispuso ella, despidiéndose con afecto de Pierce y de su cuñado.

—Otro al que llevan con correa —canturreó Patrick—. Por cierto, ¿qué le pasa a tu secretaria?

—¿A Mary Ann? —inquirió extrañado Pierce.

—¿Acaso tienes otra? —retrucó el joven, divertido.

—No. Pero ¿qué le has hecho? —le preguntó preocupado.

—Invitarla a bailar, nada más —respondió Patrick con aire inocente. Pierce no lo creyó—. Estaba ahí, tan tiesa, con cara de aburrída y me ha dado pena. Tu hermana tiene razón, es una uva pasa. ¿Cuántos años tiene?

—No sé... treinta y tantos, supongo —contestó indeciso.

—¿No lo sabes? Joder, trabaja para ti y no la conoces. Ya te vale... Entonces deduzco que no te la has tirado —añadió como si tal cosa.

Pierce se pellizó el puente de la nariz, porque con Patrick cualquier conversación en apariencia normal se volvía surrealista a las primeras de cambio.

—Es mi secretaria. Punto. No imagines cosas raras —sentenció, con la esperanza de zanjear el tema.

No hubo suerte.

—Pues a lo mejor por eso se muestra tan mustia. Mírala, creo que, haciendo un esfuerzo, hasta puede tener un buen polvo —soltó y se quedó tan pancho.

—¿Tienes problemas con Helen? —preguntó Pierce, porque le extrañaba que se fijara en otra. Hasta donde él sabía, Patrick mantenía una buena relación con su novia, algo que asombraba a todo el mundo, pues todos esperaban que ella lo mandara a paseo en cualquier momento.

—Siempre los tengo, eso no te lo discuto —admitió—. La fiera es rara, pero como mantengo una relación monógama con ella y no puedo despistarme, a pesar de las increíbles ofertas que recibo, pues me intereso por tu vida sexual y así me entretengo.

—¿No serás capaz de engañarla con otra? —le advirtió Pierce serio, pues dudaba que su amigo encontrara a otra como Helen.

—Podría; sin ir más lejos, hace un rato, en el aseo, una pelirroja se me ha acercado y sin mucho disimulo me ha sobado el paquete y con ganas —le contó indiferente.

—¡Patrick, no me jodas! —exclamó preocupado.

—¿Qué quieres que haga?

—Comportarte, para empezar.

—Yo me he dejado, un poco nada más, claro. No me negarás que siempre anima eso de que te soben con entusiasmo... Pero, tranquilo, no le he permitido que me metiera la mano dentro de los pantalones, aunque tentado sí que he estado, lo confieso —aclaró como si no hubiera roto un plato.

Pierce negó con la cabeza. Con aquel tipo no había manera. Nunca era culpable de nada.

—Espero que Helen no lo haya visto —musitó preocupado, pues a ninguna mujer le gustaba ver a su pareja tontear con otra.

—No, por eso se lo he tenido que contar —remató, dejando a Pierce perplejo.

—¿Perdón?

—¡Y no se lo ha creído! En vez de ponerse hecha un basilisco e ir a por la pelirroja para arrancarle los pelos y así animar la fiesta con pelea de gatas, la muy bruja se ha reído y me ha dicho que no me invente cosas —explicó dolido, al más puro estilo teatrero.

—Patrick, un consejo: deja de provocarla. Un día te va a dejar plantado —dijo Pierce sin salir de su asombro por cómo llevaba aquel hombre su relación.

—Bah, no creo, me da la impresión de que disfruta con ello... —replicó reflexivo.

Pierce prefirió no ahondar en las intimidades de aquella extraña pareja y se despidió de Patrick. Intentó disfrutar de la fiesta y para ello se esforzó en charlar con los asistentes, en sonreír y hasta en observar a su secretaria. Puede que su amigo tuviera razón y su aspecto fuera un tanto mustio, pero Mary Ann siempre se comportaba igual, así que no debía preocuparse.

La misma pelirroja que había sobado a Patrick lo intentó con él. No obstante, Pierce prefirió escabullirse de la fiesta. Nada mejor que relajarse en su ático, solo, escuchando música. Si por un casual se ponía cachondo, su propia mano se encargaría de solventarlo.

Aunque en los últimos tiempos se encontraba bastante desanimado.

—Le dejo su almuerzo, señor Wesley —dijo la siempre discreta y eficiente Mary Ann, mientras entraba en el despacho de su jefe empujando un carrito de comida.

Todos los días a primera hora Pierce elegía el menú entre las opciones que ella misma le presentaba. Por supuesto, nada de un menú del día o comida rápida: Mary Ann se encargaba de que le trajeran el almuerzo desde un restaurante cercano sobre cuya calidad previamente se había asegurado.

Él apenas despegó la mirada del monitor. Pero justo cuando la chica se disponía a abandonar el despacho, la interrumpió. Por lo visto no le era tan indiferente la presencia de Mary Ann, o quizá estaba sugestionado debido a las palabras de Patrick.

—¿Dónde vas a comer?

—En la sala de empleados, como siempre —respondió ella tras parpadear ante la sorpresa por la pregunta del señor Wesley, pues los empleados disponían de una sala acondicionada en el edificio para descansar y comer.

—¿Te importaría acompañarme? —preguntó dejándola patidifusa, pues en los casi cuatro años que llevaba trabajando para él jamás había mostrado el más leve indicio de cortesía más allá de lo obligado.

—Yo... —titubeó.

—Siempre y cuando te apetezca, desde luego —añadió con amabilidad—. Y no tengas otro compromiso.

—No, por supuesto que no —murmuró—. Ahora vuelvo.

Pierce se quedó solo en el despacho. Había invitado a su secretaria a acompañarlo, dado que le parecía ilógico desconocer por completo a la mujer que era su mano derecha.

Intentaría mostrarse más cercano a ella, procurando no romper la relación profesional. Aunque no pudo evitar pensar en Mary Ann como mujer. A primera hora estuvo a punto de revisar su ficha laboral; sin embargo, una reunión lo mantuvo entretenido más de la cuenta, así que no había podido averiguar nada.

Ella regresó con una bandeja y la dejó en la mesa redonda donde él comía siempre que se veía obligado a hacerlo en la oficina, y se quedó de pie a la espera de que Pierce la autorizara a sentarse.

—Por favor —le indicó él con rapidez.

Antes de tomar asiento, ella le sirvió.

Pierce levantó las tapas no por curiosidad sino por costumbre. Desde luego lo cuidaba como si fuera su madre, algo que no entraba en las funciones de secretaria.

—Han llegado dos mensajes urgentes —murmuró ella, entregándole dos notas que él rechazó.

—Hazme un resumen —pidió mientras se colocaba la servilleta en el regazo y se servía una copa de vino. Le ofreció a Mary Ann, pero ella lo rechazó con un gesto.

—El primero es de su hermana.

—¿Qué dice Portia?

Mary Ann se aclaró la garganta.

—Dice que a ver si puede ir a verla, porque se lo prometió y ya ha pospuesto la visita tres veces.

—¿Seguro que ha dicho eso? —preguntó divertido.

—Bueno... no exactamente...

—Mary Ann, lee lo que ha puesto mi hermana —la apremió, pese a darse cuenta del apuro de la mujer, ya que Portia no se dirigía a él con tanta ceremonia.

—Sus palabras textuales han sido —se aclaró de nuevo la garganta—: «Pierce, no seas petardo y mueve el culo hasta aquí. Me has dado plantón tres veces. Deja de ser un estirado. Besos, Portia».

Tras decirlo, Mary Ann apartó la mirada un tanto abochornada por las palabras que había tenido que pronunciar en voz alta.

—Respóndele que el mes que viene estaré allí. Nada de dar una fecha exacta, por si surgen complicaciones. ¿Y el segundo mensaje?

—Es del arquitecto encargado de dirigir el proyecto de Carcassonne; han tenido que parar las obras.

—¿Por qué motivo? —inquirió, confiando en que sólo se tratase de un imprevisto sin mayor importancia. Algo muy habitual a lo que por desgracia se enfrentaba cada día.

—No lo explica en detalle. Indica que al excavar han encontrado ciertos documentos y el ayuntamiento ha exigido detenerlo todo hasta que expertos lo valoren, y para ello han avisado al Ministerio de Cultura —dijo ella en su tono bien modulado y profesional.

—¡Maldita sea! No teníamos suficientes retrasos ya como para que encima ahora nos paren las obras. Ponme en contacto con él, quiero que me lo explique —ordenó

Pierce, echando por la borda el buen ambiente que había intentado crear a la hora de la comida.

—Ahora mismo —respondió Mary Ann, levantándose a medio comer para cumplir la orden en el acto.

—Termina antes, por favor —musitó Pierce mirándola de reojo, pues no pasaba nada por esperar media hora.

El establecimiento de Carcassonne era uno de sus últimos proyectos, uno de los más complicados, pero que merecía la pena para ampliar su oferta hotelera; no todo tenían que ser hoteles de lujo, también deseaba ofrecer a sus clientes espacios más íntimos, exclusivos y ubicados en ciudades pequeñas y con encanto. Que el cliente, además de las comodidades propias de un complejo de lujo, también pudiera disponer de un entorno histórico privilegiado. Así que, tras consultarlo con sus padres, había tomado la decisión de rehabilitar un viejo palacete familiar, Nuage Noir. Un edificio que la familia Wesley había descuidado en las últimas décadas.

Todo habían sido obstáculos, pues las autoridades locales no se mostraron muy proclives a que aquella construcción se destinara a uso comercial: hubieran preferido que la familia Wesley, propietaria desde hacía años, la reconstruyera o cediera para su uso, algo que, por supuesto, Pierce no iba a hacer. Si bien en los últimos tiempos tanto su padre como él habían permitido que la propiedad se deteriorase, al final, tras hacer un pequeño inventario para optimizar recursos y ya que debían invertir para conservarla, habían decidido reconvertir aquella propiedad y que diera beneficios.

Pierce, que sólo se había desplazado a Carcassonne cuando empezó el proyecto, no tenía ningún tipo de apego por aquel palacete, era otra propiedad más que administrar y que generaba gastos, y por tanto se volcó en la idea de convertirlo en un resort exclusivo.

Con todo eso en la cabeza, se percató de que le había pedido a Mary Ann que lo acompañara a la mesa y ni siquiera le estaba dando conversación... Un descuido imperdonable, así que aparcó sus preocupaciones media hora, pues luego pensaba llamar a Armand, el arquitecto, y exigir respuestas, y decidió hablar con su secretaria.

¿De qué podía conversar con ella?

¿Del tiempo? No, por favor.

¿De la familia? No, mejor no tocar ese tema por si acaso.

¿Aficiones? No, aburrido.

¿Moda? No, su secretaria no tenía pinta de ser una *fashion victim*.

¿Hombres? Desde luego la curiosidad estaba ahí, y pese a ser un tema peligroso,

podía ser el más interesante.

Pierce no era muy dado a conversaciones intrascendentes, más que nada por falta de tiempo. Claro que sabía hablar sin decir nada, en los negocios era fundamental; sin embargo, con su secretaria había pocos secretos que guardar, pues Mary Ann llevaba su agenda, tanto pública como privada.

—¿Tienes novio? —le preguntó a bocajarro y ella se atragantó.

Se vio obligado a servirle un vaso de agua y esperar a que pudiera hablar. Quizá se había extralimitado al plantear aquella cuestión de forma tan directa, aunque, ¿para qué andarse con rodeos?

—No, no tengo —contestó ella con un hilo de voz apartando la mirada, pues no estaba acostumbrada a hablar de asuntos personales y menos con su jefe.

—¿Y por qué no? Eres joven. —No dijo «atractiva», porque con su aspecto sobrio podría malinterpretarse.

—Lo tuve, pero rompí la primavera pasada con él —contó en voz baja y Pierce se dio cuenta de que le costaba hablar de su vida privada.

—¿Cuáles son tus aficiones fuera del trabajo? —prosiguió, recurriendo a un tema menos personal.

—Voy al gimnasio, me gusta el yoga —dijo todavía cohibida, pues no entendía el cambio de actitud de su jefe. Nunca antes se había interesado por ella más allá de los temas laborales. Ni cuando se marchaba de vacaciones le preguntaba cuál era el destino, sólo qué día regresaba.

En vista de que la conversación no fluía y de la incomodidad de Mary Ann, él decidió no continuar y terminaron de comer en silencio. Tal vez su secretaria fuera una de esas personas tan reservadas a las que era mejor no insistir. Lo había intentado, con eso podía darse por satisfecho.

Así que tras la comida se puso a trabajar y se dejó de confraternizar con ella. Si la «uva pasa», como la había apodado su hermana con cierta mala leche e ironía, quería seguir siéndolo, allá ella, él tenía asuntos mejores de los que ocuparse. Así que cuando Mary Ann lo informó de que el arquitecto estaba al teléfono, se concentró en lo importante; nada de mirar a su asistente como a una posible candidata a entretenerlo fuera de horas laborables.

—Buenas tardes, señor Wesley —lo saludó educado Armand.

—Déjate de formalismos y dime qué diablos está pasando allí —lo interrumpió Pierce impaciente, porque no estaba de humor para dar rodeos y menos para escuchar una sarta de estupideces. Necesitaba soluciones cuanto antes. Nada de lamentos.

—Todo parece complicarse por momentos...

—Armand, no me jodas. Al grano —exigió, pues quería saber lo antes posible qué ocurría, para tomar decisiones.

—Como habíamos hablado, para aprovechar el artesonado original lo empezamos a desmontar para restaurarlo. Al hacerlo hubo que apuntalar los arcos de acceso y se desprendieron algunas dovelas, situación que ya habíamos previsto, pero al llevarlas a limpiar antes de recolocarlas, uno de los canteros se dio cuenta de que tenían marcas un tanto extrañas y movieron varias piezas más, sólo para asegurarse, e imagina nuestra sorpresa al encontrar unos documentos ocultos.

—¿Y cuál es el problema? Con entregar a las autoridades esos papeles, asunto resuelto —replicó Pierce, siempre práctico.

—Eso pensé yo; sin embargo, los han analizado y creen que puede haber más escondidos por toda la propiedad, así que no nos dejan seguir sin antes realizar diferentes catas para averiguar si en verdad existen más pergaminos —le informó en tono cordial, algo que contrastaba con el cabreo de Pierce.

—Maldita sea —masculló éste sin podérselo creer.

Había invertido ya una enorme suma de dinero, buscado capital y convencido al consejo de administración de la viabilidad del proyecto, así que ahora no se iba a echar atrás.

—He hablado con las autoridades, intentado calmar los ánimos y prometido que cualquier documento les será cedido; me temo que no ha habido suerte.

—Joder...

—Han paralizado las obras de forma indefinida.

Ponerse a soltar juramentos aliviaría su estrés, pero no solucionaría el problema, por lo que, tras decir dos tacos bien obscenos referidos a las autoridades francesas, que Armand escuchó y a los que no replicó, decidió ir a lo práctico.

—¿Y qué propones?

—Paciencia.

—No me jodas, Armand. Cada día que la obra esté parada nos cuesta una fortuna —le recordó al arquitecto.

—Pues entonces tendrás que venir en persona. Quizá de esa manera podamos ejercer más presión con las autoridades.

«¡Cojonudo!», pensó Pierce, que no tenía previsto ir al sur de Francia hasta una semana antes de la inauguración. Para eso contrataba a los mejores, para ahorrarse disgustos.

—¿Y de qué servirá que yo vaya? —inquirió suspicaz, pues dejaría sus otros asuntos sin supervisión y, aunque gracias a la tecnología siempre podría estar al día, le gustaba trabajar desde su despacho.

—Al ser la cabeza visible de la empresa puede que accedan a ser más tolerantes y a mostrarse más proclives a hacer la vista gorda, o al menos a no ser tan exigentes —alegó Armand

Pierce refunfuñó tapando el auricular. Podía enviar a alguien de su máxima confianza; sin embargo, eso sólo retrasaría aún más las obras, así que, pese a que tenía otros asuntos de los que ocuparse, terminó claudicando y le pidió a Mary Ann que organizara el viaje a Carcassonne.

No podía ir a la aventura y sin una asistente, de modo que le sugirió a ella que lo acompañara. Mary Ann, como siempre, no mostró señal alguna de si aquella orden la disgustaba o no y se puso a organizar todo lo necesario.

* * *

Cuatro días más tarde Pierce llegaba a Carcassonne y se instalaba en el hotel de la Cité. Le jodía un poco alojarse en un establecimiento que en breve sería su competencia, pero al menos podía decir que Mary Ann había encontrado un sitio aceptable.

Esa misma tarde había quedado con Armand y con un abogado para contemplar cualquier frente y presentar un argumento común ante las autoridades que habían paralizado el proyecto.

Lo que le pedía el cuerpo era relajarse, dormir unas horas y deshacerse de la corbata, en cambio no le quedó otro remedio que ir a las oficinas del arquitecto, pues de ninguna de las maneras iba a hablar de sus problemas en alguna sala del hotel, donde cualquiera pudiera escuchar la conversación.

Nada más entrar en su suite se quedó un poco extrañado de aquella decoración tan clásica: era como retroceder en el tiempo, con toda aquella madera tallada alrededor; pese a ello, la habitación era espaciosa y las vistas, magníficas. La mejor, según el recepcionista. Algo que Pierce apreciaba y que además era lo que él mismo buscaba para su proyecto, de ahí que hubiera elegido una vieja propiedad familiar con solera e historia. Detalles que los clientes más exigentes apreciarían. Siempre se podía construir un complejo vanguardista, con el arquitecto de más renombre a la cabeza; sin embargo, joyas arquitectónicas como Nuage Noir tenían un encanto especial y la

remodelación planteada por Armand era un atractivo extra.

Mary Ann, con toda la documentación actualizada, iba a acompañarlo. Durante el breve trayecto en coche hasta las oficinas del arquitecto, la observó de reojo. Siempre todo a punto, elegante, discreta... Nada que llamase la atención, en una palabra: «profesionalidad». Por ello, no dejaba de preguntarse qué haría para desmelenarse un poco; nadie podía ser veinticuatro horas al día tan contenido como ella.

Bien lo sabía él, que si bien no disponía de todo el tiempo libre que desearía, nada más verse libre de sus obligaciones hacía una escapadita. A ser posible acompañado. No obstante, tras la ruptura con Keiko iba a tener que buscarse otra amiga para pasar el rato. Y aunque durante unos instantes consideró la idea de tirarle los tejos a su secretaria, no por nada, sino porque era lo que tenía más a mano, desestimó la ocurrencia; no merecía la pena perder a una ayudante tan cualificada.

Además, no estaba por la labor de esforzarse en convencerla, pues intuía que no sería fácil y lo cierto era que no disponía de tiempo ni de ganas para seducir a una mujer que a primera vista no mostraba mucho interés en ser seducida.

Decidió también que en cuanto resolviera el asunto de Carcassonne aprovecharía para matar dos pájaros de un tiro: visitaría a su hermana Portia en el sur de España y, de paso, como cualquier otro turista, podría tener su rollo playero y volver libre de estrés y sin complicaciones a su trabajo.

—Buenas tardes —los saludó amable Armand, estrechando primero la mano de Pierce y después la de Mary Ann, que se quedó un poco confundida ante la familiaridad del francés—. Os presento a Yves Duprat, nuestro abogado encargado del caso.

Pierce miró al tipo, no muy conforme, pues si de verdad fuera un buen letrado ya habría resuelto los inconvenientes sin que tuviese que ir él en persona a organizarlo todo.

—Antes de empezar ¿queréis tomar algo? —inquirió Armand y todos los presentes negaron con la cabeza, tras lo que se vieron obligados a concentrarse en la reunión.

—Las autoridades locales nos han comunicado que le han pedido al Ministerio de Cultura que envíen a un historiador para analizar los documentos —indicó Yves en tono desapasionado—. Eso al menos no debería preocuparnos; en cambio, sí ha de mantenernos alerta lo que pueden contener esos documentos.

—Disculpe, no le entiendo.

—Imagine, señor Wesley, que en esos pergaminos aparecen datos relativos a la

ciudad o lo que hay bajo los muros. Le recuerdo que Carcassonne fue restaurada en el siglo diecinueve para devolverle su configuración medieval.

—¿Y?

—Pues que el ayuntamiento o instancias superiores pueden considerar su propiedad de interés cultural y negarle cualquier permiso de reforma, e incluso iniciar un proceso para que se estudie, y todo ello sin que usted pueda hacer nada.

Pierce masculloó algo así como «Joder, joder, joder...».

—Pero siempre tendrán que contar con la autorización del propietario, ¿me equivoco? —preguntó Armand.

—Depende de cómo se interprete. Digamos que sobre todo lo que puede considerarse patrimonio histórico prevalece el interés público y, por tanto, quedaríamos primero a merced de un informe técnico y si éste no nos convence, vendría una resolución judicial.

—Genial... —farfulló Pierce poniéndose en pie, porque todo aquello mejoraba por momentos.

—¿Y si al final del proceso queda claro que no existe ningún interés histórico? —continuó indagando el arquitecto.

—Nos pedirían disculpas y pudiera ser que hasta nos indemnizasen.

—Esa posibilidad es remota, entiendo —apuntó Pierce pellizcándose el puente de la nariz.

—Desde luego jamás cubriría los gastos por el retraso de las obras —certificó Yves.

—¿Y qué propone que hagamos?

—Lo primero ver qué camino van a tomar y procurar no mostrarnos recelosos, facilitarles sus investigaciones —sugirió pragmático.

—No, si encima les tendré que pagar la estancia de hotel —apuntó sarcástico Pierce.

—Mejor no, podría considerarse soborno —le aclaró el abogado sin rastro de humor—. Es más sencillo. Con colaborar, de momento será suficiente.

—Es lo que hemos venido haciendo hasta la fecha —dijo Armand—. Podríamos haber hecho la vista gorda cuando aparecieron los primeros documentos y todo habría quedado tapado.

—Lo cual, en caso de ser descubierto, hubiera agravado, y mucho, la situación. Por eso recomiendo serenidad. Quizá todo esto no pase de ser una anécdota. Cuando vean que no hay más que cuatro legajos antiguos y éstos se queden en su poder, las

autoridades seguramente opten por cerrar el caso y usted, señor Wesley, podrá continuar la obra.

—¿Y si yo me negara a entregar esos documentos? Al fin y al cabo se han hallado en mi propiedad —planteó Pierce con toda lógica.

—Por supuesto, puede reclamarlos para su patrimonio personal y de nuevo quedaríamos a expensas de una resolución judicial —explicó Yves tan sereno que daba un poco por el saco su actitud.

—Así que no me queda más opción que esperar a que hagan lo que les venga en gana en Nuage Noir... ¡Cojonudo! —masculló sin podérselo creer.

—De momento ya hemos avisado al contratista, para que envíe a sus operarios a otros encargos y no nos reclame después incumplimiento de contrato —intervino Armand.

Pierce miró a su secretaria, que tomaba nota de todo en silencio, algo que también lo empezaba a irritar. Y lo peor de todo era que no sabía por qué, pues Mary Ann siempre se comportaba de aquella forma.

—Hasta que la persona enviada por el ministerio, encargada de verificar todos los documentos, los evalúe y haga un informe me temo que estamos atados de pies y manos —aseveró Yves.

—Regresaré entonces a mi oficina —murmuró Pierce.

—Yo le recomendaría que permaneciera en Carcassonne —indicó el abogado.

—¿El motivo?

—En cualquier momento puede surgir la oportunidad de hablar directamente con los enviados del ministerio y si usted no se encuentra en la ciudad no podrá hacerlo en persona.

—Excelente —masculló Pierce imitando a su mejor amigo, que siempre recurría a ese adjetivo cuando algo le tocaba la moral.

—Puedes aprovechar y tomarte unas vacaciones, la ciudad es espectacular —sugirió Armand, que se arrepintió en el acto de haber dicho algo semejante.

—¿Vacaciones? —rezongó Pierce fulminándolo con la mirada.

—A mí me parece una buena idea —murmuró Mary Ann.

«Para una vez que habla —pensó Pierce—, qué oportuna.»

Tres días después Pierce estaba desesperado. Por lo visto la persona enviada del ministerio no había llegado como estaba previsto, por lo que, aparte de subirse por las paredes, poco o nada le quedaba por hacer.

Si no hubiera hecho caso al soplagaitas de Armand, ahora se encontraría en su despacho y no en una habitación de hotel donde, si bien podía dormir con cierta comodidad, no disponía de un ambiente relajado. Era uno de los aspectos que más odiaba al viajar: podía alojarse en hoteles de superlujo que, sin embargo, nada tenían que ver con su apartamento.

Con la ayuda de Mary Ann despachaba asuntos en la improvisada oficina que había montado en su suite, pero tampoco podía permanecer demasiado tiempo fuera de su despacho, por la sencilla razón de que se sentía más cómodo en su entorno, por mucho que pudiera dar directrices a distancia y que éstas se llevaran a cabo.

Lo de hacer turismo le parecía una broma de mal gusto, pues ni loco iba a recorrer un circuito rodeado de gente. Si había algo que odiara eran las masificaciones.

Quien parecía algo más animada era Mary Ann, que si bien tampoco se había vuelto la mujer más dicharachera del mundo, al menos se mostraba mucho más relajada. Incluso había podido observarla con el pelo suelto y, sí, parecía otra.

Quizá podría reconsiderar lo de tener una aventura con su secretaria. A nadie le sorprendería y, bueno, todo quedaría en privado, porque cada vez le daba más pereza pensar en conocer a alguna dama, tantear el terreno, establecer una rutina de citas y acabar seduciéndola. Por no hablar de los riesgos de conocer a otra Keiko que le contase milongas para vivir a su costa, porque de éstas por desgracia las había a patadas. Se estaba haciendo mayor y, pese a que gente de su entorno lo hacía, recurrir a un servicio de acompañantes le parecía un tanto cutre y desesperado.

Aquella mañana se había quedado en su habitación de hotel a la espera de la maldita llamada. No entendía cómo eran tan lentos a la hora de evaluar cuatro legajos arrugados, a no ser que hubieran encontrado algo realmente de valor, lo cual, desde luego, trastocaría todos sus planes.

Estaba tumbado en la cama, sin vestir, sin afeitarse, con el mando a distancia en la mano, como cualquier vago que se precie, porque prefería no hablar con nadie, ya que

sólo recibía malas noticias. Así que cuando llamaron a la puerta gritó «¡Adelante!» sin siquiera levantarse de la cama. La única persona con acceso a la habitación era su secretaria, así que ¿para qué molestarse?

—¡Señor Wesley, lo siento! —exclamó Mary Ann azorada al entrar en la habitación y verlo de aquella guisa.

Se dio la vuelta, quedándose de cara a la puerta, aunque su deseo era salir de allí pitando.

Pierce, refunfuñando, se puso en pie y se vistió de manera apresurada, porque por la reacción de su secretaria parecía que nunca hubiera visto a un hombre en ropa interior. Estuvo tentado de seguir sólo con el bóxer; no obstante, ganó la prudencia.

Si en algún momento se decidía a tirarle los tejos, desde luego iba a resultar una ardua tarea, pues ella ni siquiera se molestaba en mirarlo y, como harían otras, darle un buen repaso.

—Ya estoy visible —murmuró al terminar de ponerse una camiseta publicitaria. Una prenda que no utilizaría jamás, pero por no hacerle un feo a su hermana aceptó una y, mira por dónde, ahora le venía bien.

Mary Ann se dio la vuelta muy despacio, por si acaso, y trató de no parecer muy tensa por tener que enfrentarse a su jefe en condiciones tan adversas. Ciertamente que ya lo había visto antes sin camisa cuando por necesidad él se cambiaba en el despacho; sin embargo, al llamar a la puerta no esperaba encontrárselo de aquella manera: prácticamente desnudo, despeinado y sin afeitar.

—¿Ya ha desayunado? —le preguntó amable, encantada de tener una ocupación y dejar de retorcerse las manos.

—Sí —respondió Pierce de mala gana mientras se peinaba con los dedos y se recolocaba las gafas—. ¿Ha habido alguna novedad?

Ella seguía sin creer que lo estuviera viendo ataviado con un vaquero y una camiseta gris en la que se leía «Evolution Cars» en grandes letras rosa.

—Acaban de llamarme diciendo que la enviada del ministerio ya ha realizado un informe preliminar y que quiere reunirse con usted.

—¡Menos mal! —profirió esperanzado de que por fin todo aquello comenzara a solucionarse—. Fija una reunión para esta tarde.

—Le está esperando abajo, en una sala privada —añadió ella un tanto avergonzada ante la situación imprevista, pues conocía a su jefe y sabía que odiaba ese tipo de circunstancias.

—Joder. ¿Ahora? —preguntó con tono malhumorado, mirando a Mary Ann como

si fuera ella la culpable. Detestaba que lo pillaran con la guardia baja. Llegó a pensar que quizá ésa había sido desde el principio la estrategia de la funcionaria en cuestión.

—Eso me ha indicado —adujo ella en tono de disculpa, pese a no ser responsable de aquel imprevisto, pues sabía que al señor Wesley le hubiera gustado estar preparado para afrontar la entrevista.

—Está bien —se rindió él e inspiró hondo para calmarse—. Prepárame la ropa, voy al baño.

—De acuerdo —convino ella, dispuesta a acatar la orden rauda y veloz.

Pierce se fue al aseo: tenía que ducharse, afeitarse y vestirse en menos de media hora, un objetivo fácil de conseguir. Sin embargo, cuando agarró el bote de espuma y comenzó a agitarlo, se miró en el espejo y cambió de idea.

Cierto que siempre procuraba dar una imagen pulcra, cuidada y muy profesional. Cierto que sus interlocutores se comportaban de igual modo y cierto que después de tenerle unos días muerto de asco bien se podía permitir el lujo de llegar un «poquito» tarde.

Pero, además, ¿a quién esperaban? A un tipo adinerado, con traje y corbata y un apellido ilustre. Pierce reflexionó; quizá la forma de ganarse a aquella gente no fuera actuando como se esperaba de él.

Total, eran funcionarios y lo mismo les daba una cosa que otra, pues por lo general se basaban en normas cuadrículadas, nada de dejar margen de maniobra o de dar un punto de vista diferente. Todo se hacía según sus directrices y jamás se negociaba, algo que Pierce detestaba, ya que un buen negociador siempre tenía espacio para maniobrar... Otra cosa muy distinta era que se lo mostrara al adversario.

Así que al final optó por no arreglarse. Se limitó a una ducha rápida y, cuando salió del baño, le espetó a una perpleja Mary Ann sin demasiada consideración:

—Guarda ese traje. —Ella, un tanto azorada por verlo sólo con una toalla alrededor de las caderas, obedeció y, siempre servicial, le sacó otro del armario—. No, ése tampoco.

Se encargó él mismo de coger otra camiseta, esta vez una negra lisa con cuello pico y unos vaqueros grises.

—Señor Wesley... —murmuró Mary Ann confusa—, le recuerdo que en media hora...

—Reserva mesa para comer, yo invito. Que se lo tomen como les dé la real gana —soltó y, con la ropa limpia, se metió en el cuarto de baño, pues entendía que no era plan dejar caer la toalla delante de ella, pese a que hubiera sido una forma estupenda

de recabar información sobre la predisposición de Mary Ann a la hora de liarse con el jefe.

Se vistió sin apresurarse. No pudo evitar sonreír de medio lado al ver el apuro por el que pasaba su secretaria. Eso quizá hacía más interesante un posible acercamiento extralaboral a ella, por comprobar qué lograba hacer que se desmelenase, aunque sólo fuera un poco.

Desde luego, desde que Keiko le había dado plantón se estaba comportando como un jefe un tanto obsesionado y si no se andaba con cuidado podía complicar las cosas. Así que se recordó que primero estaba la obligación y luego la devoción.

—¿Nos vamos? —preguntó con retintín, indicándole que lo precediera.

Ella, siempre obediente, no expresó en voz alta su opinión, limitándose a abrir la puerta, con su portafolio y la tableta en la mano, y a abandonar la suite.

Pierce caminó con lentitud y a Mary Ann no le quedó más remedio que acompasar su paso al de él. Lo que no comprendía era por qué, así de repente, su jefe se mostraba tan descortés. De esa manera le era mucho más difícil trabajar, empezando por la manía recientemente adquirida del señor Wesley de mostrar su cuerpo. Ella era muy consciente de que bajo sus trajes hechos a medida mantenía un buen físico. Del mismo modo que sabía lo «apretada» que tenía la agenda, pues recibía múltiples propuestas de mujeres, aunque rechazaba la mayor parte. Resultaba cuanto menos curioso que pudiendo ser un mujeriego sin mucho esfuerzo, fuera bastante selectivo a la hora de salir con alguien.

—Creo que quieren pillarnos fuera de juego —murmuró él antes de entrar en la sala privada.

—Pudiera ser, son funcionarios. Por norma general siguen un protocolo de actuación —adujo ella con lógica y Pierce negó con la cabeza.

—Algo no cuadra, pues ni siquiera sabemos el nombre de la enviada, lo que nos hace quedar en desventaja, pues no hemos podido investigar —añadió él cabreado—. Bien, hagamos una cosa. Entrarás ahí conmigo y nada más presentarse alegas cualquier pretexto y te largas. Esperas veinte o veinticinco minutos y me interrumpes. Como si fuera algo urgente, ¿de acuerdo?

—Sí, señor Wesley —aceptó Mary Ann comprendiendo la estrategia, pues de ese modo él podía poner punto final al encuentro si no lo convencía o si se complicaban las cosas.

—Muy bien, vamos allá.

Pierce le cedió el paso a su secretaria.

La sala escogida era de dimensiones reducidas, pero al menos con iluminación natural. Habían dispuesto una pequeña mesa auxiliar con bebidas y en el centro se encontraba una mujer oculta tras la pantalla de un portátil.

—Siéntense, por favor —dijo con una educada voz.

Él, por llevar la contraria, se quedó de pie, con los brazos cruzados, en una actitud un tanto arrogante, a la espera de que la funcionaria se dignara presentarse. Miró de reojo a su secretaria, que aguardaba, tableta en mano, para cumplir a rajatabla la orden de su jefe.

—¿Le sirvo un café? —preguntó Mary Ann, siempre atenta a las posibles necesidades de él, que negó con la cabeza—. ¿Y a usted, señorita...?

Él apreció su sutil gesto por cumplir el encargo, pero la enviada del ministerio ni siquiera respondió.

Entonces, la mujer bajó la pantalla del portátil y se puso en pie. Pierce dio un paso atrás como si le acabaran de golpear en el estómago. No, peor aún, como si le hubieran dado una patada en los huevos.

En realidad, unas cuantas patadas en sus partes.

—Buenos días, señor Wesley —murmuró la funcionaria y él se quitó las gafas.

Frunció el cejo. Qué hija de la gran puta...

—Buenos días, señorita Chavanel —respondió, intentando que su tono fuera lo más neutro posible, aunque le hubiera gustado exclamar: «¡Joder, ¿qué coño haces tú aquí?!».

Mary Ann miraba a ambos sin comprender nada, pues hacía menos de cinco minutos que su jefe le había pedido que averiguara el nombre de la funcionaria para después investigarla.

Pierce miraba fijamente a la mujer, y cuando su secretaria, con todo el tacto del mundo, se acercó para preguntarle en voz baja si podía marcharse, él ni se inmutó.

Y la tercera en discordia intentaba respirar, pues el hombre que tenía delante no era el que ella esperaba, no al menos desde el punto de vista estético.

—¿Señor Wesley? —insistió Mary Ann ante el incomprensible mutismo de su jefe, que rara vez se quedaba sin palabras.

—¿Perdón? —murmuró él sin saber por dónde le daba el aire.

—Le recuerdo que tengo unas llamadas pendientes y le preguntaba si podía ausentarme —dijo, esperando que, como habían acordado, le diera vía libre.

—Esto... Ah, sí, es verdad —masculló al darse cuenta de que Mary Ann esperaba una respuesta—. Luego hablamos.

Cuando la secretaria cerró la puerta, la mujer dijo:

—Por fin solos.

A Pierce no le pasó desapercibido el tono irónico del comentario.

—La última vez que te vi llevabas un vestido de flores dos tallas más grande, el pelo teñido de morado y chancas de mercadillo —comentó burlón, ya que su recuerdo no tenía nada que ver con la mujer que tenía delante, que vestía un pantalón negro de corte clásico y una sencilla blusa burdeos, el pelo recogido en un moño algo descuidado y maquillaje suave.

—La última vez que te vi no llevabas nada encima —replicó ella.

—Es verdad, te largaste sin decir adiós —contestó con malicia, recuperándose de la sorpresa.

—Pierce...

—Para ti, Séverine, señor Wesley —la interrumpió él al más puro estilo ejecutivo indolente, pese a que su atuendo no acompañaba—. Que no se te olvide.

Ella torció el gesto. Había esperado cierto grado de hostilidad, pero tanta... Bueno, para ser sincera, cuando leyó por primera vez el informe, tras recuperarse de la impresión, quiso ver la botella medio llena e imaginó que tendría como interlocutor al dueño que figuraba en las escrituras de propiedad, Anthony Richard Wesley y no al Wesley que tenía delante.

—Muy bien, como prefieras. Si quieres que nos comportemos como dos resentidos inmaduros, no hay problema —convino, antes de añadir con sarcasmo—: señor Wesley.

—Habla por ti —rezongó él.

—Sentémonos entonces, señor Wesley —propuso ella con retintín.

—Estamos aquí por asuntos profesionales, tranquila —repuso Pierce adoptando un tono displicente—. Lo único que me preocupa es solucionar de una vez el retraso de la obra para poder recuperar el tiempo que me habéis hecho perder.

—Pues me temo que no va a ser posible —dijo la mujer, echando por tierra sus esperanzas—. Pensaba que no vendrías en persona, que enviarías a un representante.

Pierce se dio cuenta de que pretendía tratarlo como a un tonto de capirote, caprichoso, con mucho dinero en el banco y tiempo libre, que jugaba a ser uno de esos empresarios que delegan en subordinados, más competentes, las tareas menos glamurosas.

Qué poco lo conocía.

—Tendrás que conformarte conmigo —afirmó un tanto chulesco, abriendo los

brazos para que viera bien su aspecto, por si no se había fijado ya.

Séverine jamás hubiera imaginado verlo con aquellas pintas, pues Pierce, como todos los de su clase, siempre aparecía en público hecho un pincel. Se preguntó qué le habría pasado para presentarse de aquella guisa.

—Empecemos, por favor —indicó ella, aunque él, más altivo que nunca, se limitó a pasearse por la pequeña sala, de nuevo con una actitud un tanto perdonavidas.

—¿Cuándo puedo reanudar las obras? —inquirió indolente, tratándola como si fuera un mueble viejo que estorba.

—Me temo, Pierce...

—Señor Wesley —le recordó nuevamente en un tono que pretendía herirla, pues no iba a dejar pasar ni una.

—Como quiera, señor Wesley —se corrigió ella con aire burlón—. Dejando a un lado las niñerías, iré a lo importante. De momento no voy a autorizar que sigan las obras.

—¿Perdón? —masculló mirándola fijamente, con la firme intención de intimidarla.

—Los estudios preliminares —prosiguió Séverine adoptando un tono profesional— determinan que en el viejo palacete quedan, con toda probabilidad, muchos documentos por aparecer.

Pierce se acercó a la mesa, apoyó las manos en ella y se inclinó hacia Séverine para ser mucho más agresivo.

—No me vas a joder el proyecto basándote en probabilidades —declaró tenso.

—No te voy a joder nada, señor Wesley —replicó la mujer sin amilanarse—. Y ve relajándote, porque aquí tu apellido no va a facilitarte las cosas. Es tu propiedad, de acuerdo, pero si existe la más mínima posibilidad de encontrar en ella restos históricos, te aguantas y esperas a que lo investiguemos.

—¿Y si me niego?

—Inténtalo —lo provocó, poniéndose en pie para quedar a su altura—. Y tu precioso proyecto se va a la mierda.

Pierce, que no tenía un pelo de tonto, se dio cuenta de que todo aquello se estaba enredando de una manera muy peligrosa, pues ambos hablaban desde el resentimiento personal. Por ello respiró antes de continuar hablando.

—Quince días —dijo, y ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo dices?

—Tenéis quince días para buscar lo que os dé la gana. Pasado ese tiempo, mis

obreros retomarán sus puestos.

—No puedes imponerme un plazo. ¿Has leído el informe? —preguntó, mostrándole unos papeles.

Pierce los miró como si fueran basura.

—Nadie ha tenido la deferencia de enseñármelo —le reprochó, aunque, de haber querido tenerlos, Mary Ann se los habría conseguido.

Admitió para sí que a lo mejor había sido un poco arrogante.

—Quédate con una copia. En los papeles encontrados básicamente se habla de más escondites, de otros documentos... y hay cierta confusión respecto a los apellidos que aparecen. Puede que hasta haya un cierto conflicto sobre a quién perteneció Nuage Noir.

—¿No pretenderás cuestionar la legitimidad de las escrituras de propiedad? —inquirió, perplejo antes aquellas insinuaciones.

—Yo no he dicho eso. Aquí, por ejemplo —le señaló un párrafo del informe—, se habla de una familia de hugonotes que se vio obligada a marcharse de Carcassonne en el año 1685, cuando quedó revocado el edicto de Nantes. Algunos ya habían empezado a exiliarse a partir de 1662.

—¿Me vas a dar una lección de historia? —se burló Pierce, sentándose, como si ella fuera una listilla a la que dar un poco de cuartelillo para que lo dejara en paz.

Séverine resopló ante tanta hostilidad, algo con lo que por supuesto ya contaba.

—Escucha, en aquella época ser señalado como hugonote significaba perderlo todo. Quizá algunos pensaron que un día podrían regresar y escondieron documentos relativos a la familia, las propiedades o cualquier otra cosa que después pudieran utilizar para demostrar su linaje.

—¿Y?

—No es el primer caso documentado. Si te fijas en las fotos, los símbolos de las piedras no son simples marcas de los canteros. Lo más acertado es pensar que los legítimos dueños, antes de marcharse, dejaron indicaciones precisas para que si algún día regresaban sus descendientes pudieran acceder a la documentación sin problemas.

—Déjate de paranoias. Ese palacete lo compró mi bisabuelo Sebastian después de la segunda guerra mundial, en 1946.

—Lo sé y nadie lo cuestiona.

—Y no sólo lo compró —prosiguió Pierce envarado—, también se ocupó de reconstruirlo, porque lo adquirió en un estado lamentable.

—Antes de venir me he leído con atención todo lo relativo al propietario actual,

que si no me equivoco no eres tú. En el registro figura Anthony Richard Wesley —le espetó.

—Tranquila, sé quién es mi padre —repuso Pierce para que no lo utilizara en su contra—, pero si te hace feliz —destilaba sarcasmo—, te enseño el poder notarial.

—No hace falta, tu abogado ya se ha encargado de ello —contestó ella y añadió suavizando el tono—: Pierce, por favor, dejemos de jugar al gato y al ratón.

—Señor Wesley —recalcó él sólo para sacarla de sus casillas—. Y yo no juego, no tengo tiempo.

—Así te va —dijo entre dientes y Pierce la oyó.

—No te pases... —le advirtió.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar —se disculpó, aunque por dentro hervía ante el comportamiento de él, pues nunca imaginó que le guardara tanto rencor por algo que había ocurrido hacía quince años.

No había más que decir, o al menos lo mejor era no hacerlo, porque se podían pronunciar palabras demasiado comprometedoras. Cada uno tenía sus motivos y estaba claro que ninguno de los dos iba a molestarse en ponerse en la piel del otro.

—Me llevo esto. Lo estudiaré, no te preocupes —indicó Pierce cogiendo los papeles—. En cuanto lo resuelvas todo, ponte en contacto con mi abogado o con mi secretaria.

Y dicho eso, dio media vuelta y se marchó, dejándola sola.

—Pierce... —murmuró, respirando hondo para relajarse.

Fue entonces cuando Séverine se dio cuenta de que a lo mejor rechazar ese encargo hubiera sido lo ideal para su salud mental, pero era demasiado orgullosa como para decir que no. Cuando leyó por primera vez el informe se sintió inmediatamente atraída por la posibilidad de trabajar sobre el terreno. Un palacete medieval en Carcassonne ¿qué más podía pedir? Nada de despachos, ordenadores... Mover piedras, eso sí era divertido.

Por no mencionar que volver a ver a Pierce era un aliciente difícil de resistir.

Pierce pasó el resto del día en un estado de tensión insoportable. Optó por comer solo y digerir su cabreo, aunque a la hora de la cena pensó que ya era hora de abandonar la suite; nada iba a sacar el limpio enfurruñado y encerrado entre cuatro paredes. Para ello, primero recuperó su aspecto habitual y luego, afeitado y vestido de manera informal, le envió un mensaje a su secretaria y se dirigió al comedor, donde ella lo esperaba.

—Buenas noches, señor Wesley —lo saludó Mary Ann con rapidez, nada más verlo.

—Buenas noches —dijo sólo por ser educado, ya que su asistente no tenía la culpa de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

Le agradeció que hubiera reservado una mesa apartada: no le apetecía ser sociable y, además, quería organizar su estrategia sin correr el riesgo de que alguien escuchara. Quizá estuviera siendo paranoico sin motivo; no obstante, cualquier precaución siempre era poca.

Se acomodaron a la mesa. Él apenas miró a Mary Ann. Cualquier pensamiento remotamente erótico que hubiera podido tener con ella se había diluido nada más ver a Séverine, que se había encargado de joderle hasta las fantasías. Éstas no eran muy importantes, pero al menos lo mantenían entretenido, aunque no mucho, a decir verdad.

Había tenido que aparecer Séverine. Joder, mira que le habían dado plantón unas cuantas; sin embargo, le importaba un pimiento, porque, si bien le escocía, en general tardaba entre una y dos semanas —o a veces menos, dependiendo de la mujer— en olvidarse de ellas. No ocurrió lo mismo con Séverine. ¿Por qué? Pues no lo sabía, c mejor dicho, prefería no saberlo, aunque ya habían pasado más de quince años y en teoría ya no debería ni inmutarse.

Cierto que todo aquello pasó durante su último año en la universidad y puede que aún no tuviera la cabeza bien amueblada como para soportar que una mujer con la que creía tener algo serio se largara sin decir adiós, de ahí que hubiera dado más importancia a un hecho que, de haberle ocurrido ahora, se tomaría con mayor deportividad.

—¿Señor Wesley? —lo llamó Mary Ann al ver que no respondía al camarero que aguardaba para tomar nota de la comanda.

Él se dio cuenta y pidió lo primero que leyó en la carta, pues tampoco tenía mucha hambre. Miró a su secretaria. No se desmelenaba nunca. Ahí estaba, arreglada como cada día. Pero saber qué hacía o dejaba de hacer fuera del trabajo ya carecía de importancia; ahora lo que tenía en la cabeza era a otra mujer y, por desgracia, no sabía a qué atenerse.

—Tal como me ha pedido antes de la reunión con la funcionaria del ministerio, he investigado.

—¿Y? —preguntó tenso, pues no necesitaba saber más de ella; sin embargo, la eficiencia de Mary Ann no entendía de sentimientos personales y mucho menos de jodidos recuerdos.

—Ya me han llegado los informes sobre Séverine Chavannel —explicó Mary Ann.

—Bien.

A Pierce no lo sorprendió su rapidez a la hora de cumplir una orden o una sugerencia. Podía ser una «uva pasa», pero a profesional no la ganaba nadie.

Escuchó la vida y milagros de Séverine sin sorprenderse demasiado. Licenciada en Historia del Arte y Lenguas Clásicas. Un máster en Paleografía y diversos cursos de especialización en interpretación de restos arqueológicos. Además había participado, como voluntaria, en excavaciones en distintos lugares de Europa y trabajado como asesora para algunos museos catalogando o autenticando obras.

—¿Y respecto a su vida personal? —preguntó, porque toda la parte técnica era fácil de averiguar y, por qué negarlo, quería saber más de ella en ese aspecto. Ya vería después cómo administrar aquella información.

—No he pensado que fuera relevante —se disculpó Mary Ann.

Si se sorprendió al escuchar aquella petición, no lo demostró.

—Pues lo es.

—De acuerdo, me pondré con ello de inmediato —afirmó sin cuestionar la orden.

Pierce arqueó una ceja.

—No es necesario que sea ahora mismo —dijo para que se relajara—. Terminemos de cenar. Mañana habrá tiempo de sobra.

Al acabar, cada uno se retiró a su cuarto. Pierce desconocía el estado de ánimo de su secretaria, pues ella nunca hablaba de eso. Acataba cada orden sin cuestionarla y su cara jamás expresaba nada. Pero él tenía otros pájaros en la cabeza, así que se

encerró en su dormitorio, dispuesto a trabajar con el portátil. Debía contestar una infinidad de correos electrónicos; sin embargo, apenas quince minutos después le molestaba todo: la ropa, la habitación... el malestar era general. Y no tenía la más remota idea de cómo relajarse.

Probó con un baño, algo que nunca hacía, pues siempre se duchaba con rapidez. No funcionó. Su cuerpo pedía otra forma de liberación. Regresó al portátil. Hizo un esfuerzo y nada. La mala leche seguía ahí. Se acostó desnudo, con la tele encendida. Tampoco hubo manera.

De reojo vio el informe que Séverine le había entregado. Debía leerlo, pero se negaba, pues a lo mejor ella podría tener algo de razón y no quería acabar convenciéndose de la posibilidad de que en el palacete Nuage Noir hubiera escondidos suficientes restos como para aparcar la idea de construir en él el resort previsto.

Con renuencia, agarró de malas maneras los papeles y, en vista de que no podía pensar en otra cosa, se puso a leerlos.

Séverine había analizado en primer lugar las marcas que figuraban en las dovelas del arco de entrada al salón principal. A diferencia del arquitecto y de otros implicados en la obra, se había percatado de que no eran simples muescas en la piedra. Eran símbolos, pistas ideadas por los dueños de Nuage Noir. Sólo ellos conocían el significado, pero tras un concienzudo estudio, ella empezaba a vislumbrar el patrón empleado. Las letras utilizadas eran del alfabeto griego. En las piedras analizadas figuraban «ro» y «sigma» y ella aventuraba que en el resto de la propiedad deberían aparecer las demás letras, recomendando por tanto un exhaustivo reconocimiento del palacete hasta encontrar todos los símbolos.

Y un reconocimiento exhaustivo significaba tiempo y dinero.

—Alfa, beta, gamma, delta, épsilon... —recitó Pierce, recordando sus estudios de griego clásico, que, por cierto, sólo cursó porque lo obligaron. Si no le fallaban las cuentas, veinticuatro símbolos, lo que significaba encontrar otras veintidós piedras más marcadas. Traducido, a saber cuántos días de retraso.

Le había dado a Séverine quince días, los cuales en principio iban a ser insuficientes, porque Nuage Noir tenía unos seiscientos cincuenta metros cuadrados de planta y tres alturas, más la torre norte.

Aparte de elogiar el informe de Séverine, pues era la única que había sabido interpretar los símbolos, alabanzas que por supuesto no pronunciaría ni muerto en voz alta para no darle munición al enemigo, Pierce debía involucrarse en la, por llamarla

de algún modo, «búsqueda del tesoro», porque si dejaba que ella se ocupara de todo, ¿quién le garantizaba que no lo retrasaría más de lo necesario? O, ya puestos a desconfiar, ¿y si aparecía algún documento comprometedor?

Por desgracia para él y por suerte para los historiadores, los palacetes como Nuage Noir estaban rodeados de leyendas y de supersticiones, algo relativamente sencillo con lo que lidiar; en cambio, las jodidas marcas ya eran otro cantar, pues se trataba de pruebas evidentes, no de una cantinela que se repetía de generación en generación perdiendo cualquier significado que pudieran tener.

Lo cierto era que debería regresar a su oficina de Londres, donde los papeles se le acumulaban, pero se quedaba en Carcassonne, pues aparte de vigilar sus intereses allí lo inquietaba un aspecto menos profesional... menos inocente. Quería volver a ver aquel lunar, el que lo volvió loco la primera vez que la tuvo desnuda en el dormitorio de su piso de estudiante. El lunar que Séverine tenía justo encima del trasero o al final de la espalda, según como se mirase.

—¡Cojonudo! Ahora se me pone dura —rezongó mirando su entrepierna, porque acordarse de aquel maldito punto lo excitaba.

Maldijo, porque era justo lo que no necesitaba. Tras el abandono de Keiko no había echado un polvo o, bien mirado, no había follado desde bastante antes, debido a las idas y venidas de su relación con la japonesa o por causas laborales, lo que significaba una cierta frustración sexual que de una forma u otra debería haber resuelto y que por circunstancias había tenido que posponer. Y ahora algunas de sus amigas más o menos complacientes estaban fuera de su alcance.

Como no tenía otra opción y la idea de tirarle los tejos a Mary Ann ya no lo atraía lo más mínimo, acabó ocupándose él mismo del asunto, de la manera más habitual.

Hacía tiempo que no recurría a sus recuerdos con Séverine para meneársela y, para su cabreo, éstos funcionaron como un catalizador de primera. Rapidez y eficacia. No se podía pedir más.

Al menos consiguió liberar tensiones y dormir.

* * *

A la hora del desayuno, Mary Ann ya disponía de la información. Hasta Pierce se sorprendía de las capacidades de esa mujer. Se lo agradeció, por supuesto, pues una norma fundamental era reconocer los méritos de los empleados cumplidores.

Leyó, y procuró no parecer ansioso, un resumen de la vida personal de Séverine

en la tableta. Los datos sobre su edad y demás detalles físicos ya los conocía. De lo que quería saber era de su vida actual. Quizá fuera una información peligrosa, pero a Pierce nunca le había gustado lo de ser un tonto feliz.

Soltera, residente en París, en donde compartía piso con una amiga. No tenía propiedades. Sus ingresos eran aceptables y procedían de la nómina como funcionaria del Ministerio de Cultura. Del resto de los datos, nada reseñable.

Agradeció a Mary Ann una vez más su diligencia y se preparó para un nuevo enfrentamiento con Séverine. No es que él fuera con esa predisposición, pero intuía que en cuanto pusiera un pie en Nuage Noir saltarían de nuevo las chispas.

También podía mirar hacia otro lado, pero Pierce no llevaba sus negocios de esa forma, sino que siempre procuraba estar en primera línea. Así que se fue a su habitación. No iba a presentarse en las obras con traje y corbata y menos aún si su intención era participar en la búsqueda. Lo cierto era que necesitaba ropa adecuada y, al no disponer de ella, tuvo que llamar a Mary Ann para que fuera de compras. Ni que decir tiene que ella se ocupó con rapidez del encargo, sin hacer preguntas sobre tallas, pues conocía sus medidas a la perfección, y antes de hora y media Pierce se estaba poniendo unas botas de suela gruesa, unos pantalones cargo color caqui y una sudadera, todo de primeras marcas. No cuadraban mucho con su estilo de vestir habitual; no obstante, la norma fundamental era adaptarse al medio.

Con su aspecto de treintañero despreocupado, se subió al Evoque, el todoterreno que había alquilado para desplazarse por Carcassonne. Mary Ann se había ocupado hasta de llenarle el depósito. Torció el gesto al tener que circular por el otro lado y arrancó.

Condujo relajado hasta el palacete y se sorprendió de ver al llegar que ya había otro vehículo allí aparcado. Que él supiera Nuage Noir no estaba abierto al público. Una opción que le propusieron en su día y que no cuajó, pues la inversión para restaurarlo no se recuperaría a corto plazo sólo con las visitas turísticas.

Miró el coche y torció el gesto. Un utilitario de lo más modesto. Un Twingo verde bastante viejo. No tuvo que esperar mucho para averiguar a quién pertenecía.

Nada más atravesar la vieja puerta de madera que daba acceso al patio principal, lleno de andamios y, para su disgusto, sin un solo obrero trabajando, vio a Séverine sentada en uno de los bancos de piedra, con un cuaderno en las manos y cara de concentración.

—Buenos días —murmuró ella mirándolo de reojo. Disimuló una sonrisa al verlo de aquella guisa, pero lo cierto era que estaba la mar de atractivo con aquel aspecto

tan alejado del habitual uniforme de los ejecutivos pedantes (aunque lo era). Por ese motivo añadió—: Señor Wesley.

—Buenos días —masculló él, pues se dio cuenta del tonito que había empleado—. ¿Algún progreso?

—Podría mentirte y decirte que sí —respondió, volviendo a fijar la vista en su cuaderno.

Pierce caminó hasta situarse junto a ella y miró el dibujo en el que estaba tan concentrada.

—No sé si preguntar... —comentó frunciendo el cejo ante aquel galimatías.

—Estoy haciendo un plano de la construcción. Antes de ponerme a remover piedras a lo tonto, quiero ver si establezco un patrón determinado. Así será más sencillo saber por dónde buscar y ahorraremos tiempo y dinero —explicó Séverine con amabilidad.

—Ya sé que es tu trabajo, pero... —se sentó a su lado, ya que ella le había hablado sin mala leche, qué menos—... ¿por qué no utilizas los planos del arquitecto?

Había pagado una cantidad respetable por ellos y, si bien estaban destinados a la obra, también podían usarse para otros menesteres.

—Tu arquitecto se ha negado a dárme los —contestó ella y Pierce supo al instante que Armand había cumplido a rajatabla la orden de colaborar sólo si se veía obligado a ello, y los planos de la remodelación quedaban fuera—. Además, dibujar me relaja y me ayuda a pensar.

—Mañana hablaré con Armand —indicó él—. Tendrás los planos.

—Ya no son necesarios —dijo encogiéndose de hombros, sin dejar de mover el lápiz—. Me llegan mañana.

—Vaya...

—Ya que estás tan colaborador... sería estupendo si pudiera acceder a los documentos originales de la compra y posterior rehabilitación por parte de tu bisabuelo.

—¿Por qué? —inquirió Pierce sin comprender.

—Conseguir los planos originales sería fantástico y también soy consciente de que es imposible. Toda la ciudad se rehabilitó en el diecinueve e intuyo que Nuage Noir no fue una excepción. Pero la última reforma documentada es la que se realizó en 1948 y, por tanto, sería estupendo poder estudiar cómo era esto antes de ese año —explicó.

—Tiene cierta lógica —admitió él, observando con creciente y silenciosa

admiración las dotes artísticas de Séverine, dotes que por otro lado él ya conocía.

—Disponer de ellos supone ganar tiempo —comentó ella sonriéndole, pues era agradable conversar sin lanzarse pullas.

—No quiero contradecirte, pero si todo este embrollo se supone que comenzó en el siglo diecisiete, ¿qué pueden aportarte unos planos posteriores? —preguntó con cierta lógica.

—Lo sé, Pierce; sin embargo, es lo único de lo que disponemos.

Él pasó por alto que utilizara su nombre.

La tranquilidad que ambos disfrutaban se vio interrumpida por la llegada de un par de operarios que, en vez de dirigirse a él, fueron directos hacia Séverine, lo cual le sentó a Pierce como una patada en los huevos.

—Séverine, qué alegría poder trabajar de nuevo contigo —exclamó uno de ellos y la aludida le estrechó la mano encantada. Repitió el mismo gesto con el segundo tipo.

—El placer es mío —respondió ella—. Gracias por venir tan pronto, sé lo ocupados que estáis.

—Por ti, querida, lo que haga falta.

—Deja de adularme, Nestor. ¿Cómo está tu mujer?

Pierce escuchó, disimulando su malestar, al tal Nestor contarle los pormenores de su matrimonio. Séverine escuchaba y preguntaba con total confianza, dando a entender que entre ellos existía una gran complicidad.

Por lo visto los dos recién llegados habían colaborado con ella en más de una excavación. No eran simples obreros a los que darles un pico y una pala: estaban especializados en desmontar estructuras antiguas y en volver a dejarlo todo como estaba. Además ambos tenían conocimientos de arquitectura clásica. Por decirlo de alguna manera, no eran albañiles que levantaban paredes.

—¿Por dónde vamos a empezar? —planteó el segundo mirando a su alrededor hasta detenerse en Pierce, que, con los brazos cruzados, esperaba que al menos ella tuviera la delicadeza de presentarlo—. ¿Éste quién es, tu nuevo ayudante?

Séverine reprimió una carcajada y mantuvo silencio hasta ver si el estirado de Pierce estallaba.

—Sí, tiene pinta de novato —comentó Nestor riéndose.

—Qué ojo tienes, Pascal —bromeó ella.

—Con esas manos dudo mucho que sepa manejar el pico y la pala —añadió el tal Pascal uniéndose al coro de graciosos.

El aludido, cuyos labios estaban sellados, arqueó una ceja y miró a Séverine a la

espera de que sacara del error a aquel par de tipos.

—Chicos, os presento a Pierce —dijo ella cantarina, omitiendo el apellido.

—Ah, muy bien —contestó Nestor indiferente.

—¿Es o no es tu nuevo ayudante? —insistió el otro y, para rematar, añadió—: Pues que conste que me gustaba más la chica que tenías antes, ¿cómo se llamaba?

—¿Te refieres a Nadine?

—Esa misma —confirmó el tipo.

—¿Va a durar mucho este recreo? —intervino por fin Pierce, cansado de la tontería y de que no le hicieran ni caso.

—Si la hubieras visto... —prosiguió Pascal—. Lo siento, Séverine, tú me gustas pero Nadine era... —El hombre hizo con ambas manos el gesto inequívoco de las curvas femeninas.

—Si no recuerdo mal, te dio calabazas —apuntó ella sonriente.

—Y tú también, pero no me rindo —replicó él acercándose a Séverine.

—Anda, vamos a trabajar un poco —propuso ella y se dirigió a Pierce—: ¿Nos acompañas?

—Qué honor —masculló.

—Para ser tu ayudante, es un poco maleducado —observó Nestor.

—No soy... —Pero ella lo silenció tapándole la boca.

Séverine les pidió que fueran echándole un vistazo al interior, para así poder quedarse a solas con Pierce, que echaba humo por las orejas.

—¿Se puede saber qué pretendes? —inquirió, tras apartarle la mano de malas maneras.

—Siempre es mejor que no conozcan tu relación con Nuage Noir —explicó ella, mirándolo fijamente y tentada de recorrer con la yema del dedo su frente para que no frunciera el cejo.

—¿Y por qué, si puede saberse? —preguntó suspicaz, cruzando los brazos.

—Porque, créeme, así evitaremos roces. Ellos trabajarán más relajados y tú podrás merodear a su alrededor sin incomodarlos —alegó Séverine.

Él no estaba muy conforme; sin embargo, a medida que lo recapacitaba se dio cuenta de que quizá tuviese parte de razón. De momento le seguiría la corriente.

Que guardase el secreto de su relación con el palacete, por recomendación de Séverine, no por decisión propia, no significó que mantuviera la boca cerrada, pues Pierce, cretino de manual, se dedicó durante toda la jornada a tocarles la moral a los dos operarios con preguntas estúpidas, comentarios ofensivos e interrupciones sin sentido.

Su presencia los puso de los nervios a todos. Aparte de los comentarios ridículos, se ponía en medio, entorpeciendo los movimientos, cogía herramientas para mirarlas como si fueran un artefacto espacial y después no las dejaba en su sitio, y el comportamiento más pueril de todos: se subía a los andamios sin esperar a que comprobaran su estabilidad.

Séverine estuvo tentada, en más de una ocasión, de darle con la mano abierta. El muy gilipollas, no contento con tocar la moral, para rematar la lista de estupideces se situó junto a Nestor y cuando éste empezó a examinar uno de los pilares del sótano y le pidió que fuera al coche y le trajera la linterna, le soltó como si tal cosa:

—¿No irá a desmontar ahora este pilar?

El otro, tras fulminarlo con la mirada, respondió alzando la voz:

—Oye, tú estás aquí para echar una mano. ¡Ve a por la puta linterna!

Pierce, que no iba a acatar la orden, sacó su móvil y se puso a buscar la aplicación necesaria. Y Nestor, que tenía poca o ninguna paciencia, cruzó los brazos impaciente, porque, según él, aquel niñoato le estaba dando por saco.

—Deja el jodido teléfono y haz lo que te he dicho —graznó el operario, harto de tanta estupidez.

—¿Te sirve esto? —preguntó Pierce con retintín, dirigiendo el haz de luz hacia la cara de Nestor, encantado de tocarle los cojones.

—¡Joder! Pero ¿qué clase de inepto estás hecho? —exclamó el otro, cubriéndose con el brazo.

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó Séverine, acercándose preocupada ante la posibilidad de que acabaran enzarzados en una riña, pues si bien sus colaboradores tenían paciencia (necesaria, pues trataban con gente de todo tipo), ésta tenía un límite y Pierce se estaba encargando de rebasarlo.

—Pues aquí, el idiota de tu ayudante, que en vez de cumplir una sencilla orden va y casi me deja ciego con el jodido móvil —explicó Nestor.

—Pierce, anda, ven conmigo —le pidió ella, tratándolo también como si fuera un inepto, o, lo que era peor, como a un niño rebelde, lo cual lo puso de mal humor.

Y desde ese momento se volvió aún más impertinente. Cada vez que Séverine tocaba un muro, aunque sólo fuera para apoyarse, ahí estaba él preguntando alguna estupidez. Cuando Pascal le pedía que examinara una marca, se burlaba diciendo si serían roces, producto de una mala mudanza.

Y así durante toda la jornada. Cuando hicieron una pausa para comer, Pierce, como era de esperar, se quejó por tener que alimentarse con un bocadillo y beber a morro de la lata. Sus quejas, eran, por supuesto, para molestar, pues si bien disfrutaba y exigía que su menú fuera de primera, tampoco se le caían los anillos por comer un bocadillo.

Séverine, harta de disculparlo y de apaciguar los ánimos para que Pascal y Nestor no acabaran largándose, o peor incluso, enfrentándose al señorito, le soltó una bofetada que lo dejó clavado en el sitio.

Casi le dolió más a ella, pues nunca era partidaria del castigo físico; no obstante, de alguna manera debía parar aquel comportamiento, aquel sinsentido.

Por supuesto, a Pierce le dolió más el significado de la bofetada que la bofetada en sí, y para evitar decirle lo que pensaba de ella y de aquellos dos imbéciles se largó de allí echando humo y se fue directo en busca de Armand. Por desgracia éste no se encontraba en su despacho, lo que aumentó su cabreo. Llamó a Mary Ann y, al no obtener respuesta, algo extraño en ella, se mosqueó aún más. Así que, ofuscado como nunca, se encerró en su habitación, se quitó la ropa de «ayudante» y se puso delante del ordenador.

Se quedó toda la tarde solo, rumiando su enojo y buscando la forma de parar aquel despropósito, porque tenía que haber algo que pudiera hacer para echar a Séverine. Le dio vueltas y vueltas al asunto y al final se echó a reír, porque se había comportado como un niño malcriado que sólo sabe dar por el culo cuando no consigue lo que quiere.

Así que, tras reflexionarlo detenidamente, se dio cuenta de que enfrentándose a ella poco o nada iba a conseguir y que él, a su edad, no podía comportarse de forma tan pueril todos los días. Ya les había tocado la moral un buen rato, así que mejor dejar las niñerías para otro momento.

Conclusión: lo primero era disculparse.

Bueno, una disculpa en apariencia, pues su idea era que Séverine se confiara de tal modo que creyese que ya lo había superado todo para, de esa forma, poder echarla sin contemplaciones de Nuage Noir y reanudar las obras. Su ardid podía ser cuestionable; no obstante, si surtía efecto habría valido la pena.

Recién duchado y con ropa más acorde con sus gustos, pantalón chino negro y camisa azul claro, cogió la cartera y el móvil convencido de los pasos a seguir. A saber...

Uno, sonrisa amable, amistosa. Dos, educación, cortesía. Tres, paciencia y serenidad. Y cuatro, muy a su pesar, un poco de peloteo, porque en los negocios, como en casi todos los aspectos, nunca estaba de más mostrar una actitud relajada, dando a entender que se aceptaba la situación sin rechistar, aunque por detrás uno fuera agresivo y no dejara pasar ni una.

Gracias a Mary Ann, sabía en qué habitación se alojaba Séverine. Tendría que esforzarse para que ella no le arreara otro bofetón y le diera la oportunidad al menos, y justo cuando se acercaba a la puerta para salir, llamaron con los nudillos. La abrió pensando que se trataría de Mary Ann con un recado de última hora, pero cuál no sería su sorpresa al encontrarse enfrente a Séverine con cara de pocos amigos.

—¡Tú! —exclamó apuntándolo con el dedo en el centro del pecho—. ¡Niñato! ¿Cómo te atreves?

Pierce retrocedió y ella cerró de un portazo, sin dejar de mirarlo furibunda y sin apartar el dedo.

De acuerdo, la reprimenda podía estar justificada, pero había hecho propósito de enmienda, así que al menos se le debía conceder el beneficio de la duda.

—Escucha...

—Ni escucha ni leches. Nunca pensé que fueras tan inmaduro y gilipollas. Te has comportado como el típico crío al que se lo han consentido todo y nadie le ha parado los pies, y hoy hasta te has superado a ti mismo —lo atacó Séverine sin piedad, negándole la posibilidad de defenderse.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —masculló Pierce, pues para seguir el plan trazado lo primero era mostrarse humilde.

—¡Ahora eso no me vale de nada! —prosiguió ella cabreada—. Porque sé que en cuanto tengas la oportunidad volverás a tocar las narices y no estoy dispuesta a tolerarlo.

—Oye, que tú tampoco te has portado de manera correcta —le espetó él, apartando de un manotazo el maldito dedo—. Te has pavoneado.

—¿Perdona?! —gritó, asombrada ante semejante acusación.

—Lo que has oído. La experta, la que todo lo sabe —se burló sin piedad—. Tratándonos a los demás con altivez, como si fuéramos idiotas.

—Confirmado, eres un gilipollas.

—Contrólate un poco —le aconsejó Pierce en tono condescendiente, lo cual la enervó más.

—Estoy aquí por trabajo, soy una profesional, por mucho que te joda. No pretendo nada más que eso, pero por lo visto me he topado con un imbécil malcriado, incapaz de madurar y de separar lo profesional de lo personal —lo acusó sin bajar el volumen de voz.

—Yo no voy por ahí jodiendo a la gente escudándome en mi trabajo —se defendió él mandado a paseo su plan de ser moderado.

—¿Qué más quisieras!

Saltaba a la vista que aquello iba a desembocar en algo peor, así que Séverine fue la primera en respirar hondo e intentar relajarse. Se apartó y se sentó a la mesa que Pierce utilizaba de escritorio.

Él, por su parte, le dio la espalda y se acercó a la ventana. Era mejor observar las vistas que mirarla a ella. Sabía que tarde o temprano iban a discutir, lo que no había previsto era que acabaran insultándose.

—Debemos buscar el modo de llevar esto adelante sin acabar matándonos —murmuró Séverine, adoptando un tono conciliador.

—Muy bien. Es sencillo, te retiras de la investigación y que envíen a otro —propuso Pierce procurando sonar desapasionado.

—Ni hablar —lo contradijo ella, fulminándolo con la mirada, aunque al estar él de espaldas no sirvió de mucho.

¿Rendirse? Ni loca. Si en los papeles la investigación era para morirse de gusto, tras visitar Nuage Noir se había enamorado del lugar. Si enfrentarse a Pierce era el precio, perfecto, lo pagaría con gusto.

—¿Y qué propones? —inquirió Pierce sin apartarse de la ventana y sin mirarla.

—Ya sé que pedirte que no aparezcas por Nuage Noir es imposible, pero sí te agradecería que no lo hicieras cuando estuviera yo con mis ayudantes —sugirió. Él negó con la cabeza—. ¿Por qué no?

—Muy simple, no voy a dejar aquello abandonado y sin supervisión —adujo en tono de ejecutivo controlador.

—¿No te fías de mí? —preguntó, consciente de que el peor escollo que debían

salvar era un asunto personal.

—No es cuestión de confianza, sino de sensatez. Quiero a otro profesional —se obstinó él.

—Pues te aguantas conmigo —le espetó un tanto chulesca—. También puedes presentar una queja formal...

Pierce, que no era tonto, sabía que eso último no era sino una forma de decirle que cuanto más se empeñara en protestar, más burocracia entraría en funcionamiento y más se demorarían las investigaciones. Además, ¿qué iba a alegar para apartar a Séverine?

—¿Te decides? —lo apremió, al ver que continuaba en silencio.

Pierce se volvió y caminó despacio, con las manos en los bolsillos, hasta quedar frente a ella, que acto seguido se puso en pie, pues no quería estar en una posición de desventaja.

—Muy bien, a cambio exijo unas condiciones.

—Oigámoslas —murmuró ella, dispuesta a escucharlo, pero sin dejarse pisotear.

Mostrarse flexible entraba dentro de la lógica, otra cosa muy distinta era dejarse avasallar con condiciones imposibles o absurdas y, teniendo en cuenta el comportamiento de Pierce, esto último no debía descartarlo.

—Primero, que me mantengas informado de cualquier avance, por pequeño que parezca —dijo. Como buen negociador, sabía que siempre se lanza como primera opción la más viable y fácil de aceptar, de esa forma el oponente se siente más predispuesto a relajar sus márgenes.

—Muy bien, me parece razonable.

—A ser posible, a diario —añadió, adoptando su pose de hombre de negocios.

—¿Y si no tengo nada que contar? —preguntó Séverine intentando no ser muy sarcástica.

—Cada día —le confirmó Pierce inflexible—, porque eres demasiado profesional como para no encontrar nada.

—Gracias por el cumplido —murmuró arqueando una ceja, pues por el tono había sonado más cercano al insulto—. ¿Alguna condición más?

—Por supuesto. Quiero que antes de tomar una decisión en función de tus investigaciones lo consultes conmigo y no hagas nada sin mi aprobación.

—Sabes que no necesito tu aprobación —retrucó sin amilanarse.

—Lo tomas o lo dejas.

—Yo puedo detener indefinidamente las obras —le lanzó el órdago, algo que

caldeaba otra vez el ambiente.

—Y yo puedo abandonar el proyecto, cerrar Nuage Noir y dejar que el paso de los años lo convierta en un montón de piedras —repuso Pierce obviando el montón de pérdidas que eso le acarrearía.

—¿Cómo?

—¿Te imaginas lo que dirán en Carcassonne cuando se sepa que muchos puestos de trabajo se perderán? —planteó entrando a matar, porque si ella apostaba fuerte, él no se iba a quedar de brazos cruzados. Amenazas las justas...

—No serás capaz... —dijo ella negando con la cabeza.

—Y no sólo eso, también los proveedores que se quedarán con un palmo de narices cuando se cancelen los pedidos.

—Eso es jugar sucio.

—En tu mano está —declaró mirándola fijamente, aunque no estaba seguro de que aceptara, pues Séverine no era tonta y si el proyecto se iba a pique quien más dinero perdía era él.

—Tendré que consultarlo —contestó ella sin comprometerse y luego preguntó con ironía—: ¿Alguna exigencia más?

—Se supone que tú estás al mando de todo, así que pedir permiso no tiene sentido —comentó para comprobar su reacción.

—Muy bien, hablaré contigo antes de tomar una decisión, pero no tiene por qué ser vinculante —concedió. Pierce negó con la cabeza—. No puedes exigirme eso.

Él no cedió ante su tono lastimero.

—Es innegociable —afirmó serio, lanzando él también su órdago.

Séverine arrugó el entrecejo.

—¿Y si lo discutimos cenando?

La invitación lo pilló por sorpresa. ¿Debería desconfiar? Lo más probable: aquel arranque de cordialidad resultaba cuando menos sospechoso.

—¿Cenando? —preguntó sólo para asegurarse, a lo mejor había oído mal.

—Eso he dicho —le confirmó ella.

Él le clavó su mirada, mientras Séverine se mantenía allí de pie, tan ufana, lo cual incrementaba su reticencia.

—¿Ahora somos amigos? —la provocó, pues no estaba por la labor de confraternizar con el «enemigo».

—Pierce, no seas rencoroso. Ha pasado el suficiente tiempo como para que nos comportemos de un modo civilizado, no tenemos por qué saltar a la mínima

provocación —dijo serena, mirándolo a los ojos, unos ojos que en su momento la volvieron loca.

—Podrías haber renunciado a este encargo, pero no, la que va de adulta, madura y comprensiva se presenta aquí y pretende que actúe como si nada —le espetó, aprovechando la coyuntura para echárselo en cara.

—Sigues mezclando las cosas —adujo ella en su defensa.

—Ya, claro... —repuso Pierce con evidente aire escéptico.

—¿No me crees?

—Se mire por donde se mire, es una provocación y lo sabes —contestó él.

—No era mi intención provocarte —murmuró inspirando hondo, porque a pesar de todo lo dicho ella tampoco lo había olvidado y, además, Pierce tenía parte de razón: era inevitable que surgieran roces entre ambos.

—Pues lo has hecho. Te presentas aquí con cara inocente, como si no hubieras roto un plato en tu vida, y cambias de actitud como si fuera un gilipollas al que pudieras manipular con tus encantos —dijo señalándola con un gesto de desdén, pese a que se preguntaba en silencio si alguna vez volvería a verle el lunar del trasero.

—¡Eres imposible! —estalló Séverine ante tanta hostilidad, alzando los brazos y resoplando.

Pierce se sobresaltó ante su vehemencia. Debía echarla de su habitación y tomar las riendas, empezando por cursar una queja formal ante sus superiores para que la apartaran, utilizando todas las influencias disponibles.

Por desgracia, la única imagen que se formaba en su cabeza era la del maldito lunar, lo cual era sin duda de lo más inconveniente. El lunar y otros recuerdos...

Joder, así era imposible seguir siendo un cabrón despiadado.

Séverine parpadeó, pues Pierce se la quedó mirando de una forma un tanto extraña. Desde luego no presagiaba nada bueno. Lo más probable era que estuviera ideando una forma de quitársela de encima. No la sorprendería que, aprovechándose de sus influencias, la apartarse de su trabajo.

No podía permitírselo. Ni hablar.

Mantuvo la cabeza bien alta. Iba listo si pensaba que se quedaría de brazos cruzados. Ella también podía recurrir a sus contactos. Probablemente no fueran tan importantes como los suyos, pero al menos lo intentaría.

No se achantaría, por mucho que su apellido tuviera más relevancia que el suyo. Sus informes la avalaban y siempre debía primar el interés cultural, no el económico.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con la mosca detrás de la oreja, pues de

repente la mirada de Pierce se había vuelto aún más extraña y peligrosa.

Ya no parecía mirarla con odio, motivo para alegrarse; sin embargo, no estaba segura de que debiera hacerlo.

—¿Pierce? —insistió ante su inquietante mutismo.

—A la mierda con todo —masculló antes de lanzarse a por ella.

La sujetó de la nuca y la inmovilizó contra la mesa. La pilló tan desprevenida cuando la besó, que ella apenas reaccionó. Se quedó atontada y sólo logró sujetarse a sus brazos para no caerse de culo. Cuando por fin liberó sus labios, la miró frunciendo el cejo, esperando.

—¿Séverine? —murmuró, intrigado ante aquel silencio.

Ella, tras recuperarse de la impresión, pues jamás hubiera esperado que la besara, se humedeció los labios y se los tocó con la yema de los dedos. Había sido un beso brutal, demasiado brusco. Incluso pensó que se los había magullado.

—Tú no estás bien de la cabeza —le espetó.

—No, la verdad es que no —admitió Pierce, aunque se había quedado a gusto, bueno, no del todo; ahora deseaba volver a hacerlo.

—Yo tampoco.

Y antes de que él cambiara de idea o de que ella misma recuperase la cordura, fue a por sus labios, pasando a ser la parte atacante; se colgó de su cuello y le devoró la boca.

Pierce gimió y deslizó las manos por su espalda hasta posarlas en su culo y así pegarse mejor a ella. Y, no contento con ello, se lo amasó con ganas. Séverine jadeó sin apenas apartarse de su boca, sólo lo justo para respirar, y siguió besándolo.

Él, sin pensar, porque de hacerlo no continuaría, la arrastró hasta la cama. A trompicones, pues ambos no dejaban de besarse, de tocarse o de gemir, terminaron desplomándose sobre el colchón.

Pierce metió con rapidez una mano por debajo del vestido y comprobó con agrado que no llevaba medias, por lo que enseguida disfrutó de la suavidad de su piel, al tiempo que ella intentaba sacarle la camisa de los pantalones, pues sentía la misma necesidad de sentirlo sin barreras.

—Quiero tocarte —exigió Séverine, tensa, pues no lograba sus objetivos al estar él encima de ella, aplastándola.

—¿Y quién te lo impide? —preguntó Pierce apartándose lo justo para que ella maniobrara.

Y lo hizo. Aparte de ocuparse de la camisa, también pudo ingeniárselas con el

cinturón de tal forma que logró meter una mano dentro de sus pantalones. Pierce siseó al sentir aquellas manos, primero por encima del bóxer y después sobre su polla. Cerró los ojos un instante y se limitó a disfrutar de ello.

Cambiaron de postura, él se quedó tumbado boca arriba, con la bragueta abierta, mientras ella seguía meneándosela, lo que hizo que jadeara, pues llevaba bastante tiempo sin que una mujer se ocupara de sus necesidades sexuales y ya iba siendo hora de disfrutar un poco.

Pero también quería participar, ver de nuevo el maldito lunar, de ahí que, tras disfrutar inactivo de unos minutos en los que Séverine le demostró lo buena que era haciendo trabajos manuales —no contenta con humedecerse la palma de la mano con saliva y encerrarle la polla en su puño, también apretó, soltó y bajó hasta sus pelotas, manoseándolas con pericia, tanta que Pierce cerró los ojos y jadeó encantado, hasta que, para no adelantar acontecimientos y acabar corriéndose como un adolescente en su primera paja, decidió que ya era hora de recuperar la iniciativa—, se colocó de medio lado y pudo empezar a desvestirla. Ella gimió y lo ayudó en la tarea, dado que no deseaba otra cosa que desprenderse de toda su ropa y que él hiciera lo mismo.

No tuvo que rogarle, pues Pierce, aunque no deseaba apartarse, lo hizo para ponerse en pie y desnudarse a la velocidad del rayo, mientras ella, tras parpadear, lo imitó para no quedarse atrás. Él esbozó una sonrisa, encantado al observarla tumbada en la cama, excitada. Séverine se sentó y fue en su busca, agarrándolo de la mano para tirar de él. Por supuesto, no encontró ninguna resistencia.

Se dejó caer hacia atrás y Pierce, apoyando una rodilla en la cama y conteniéndose un poco para no saltarle encima, la observó recreándose la vista. El cuerpo de Séverine había cambiado, eso era evidente, ahora tenía más carne en los huesos, pero sus tetas seguían siendo pequeñas, algo que nunca le importó.

—Pierce... —gimió, abriendo las piernas para acogerlo entre ellas.

—¿Sí? —preguntó en un murmullo.

—¿Sólo vas a mirarme?

Él esbozó una media sonrisa muy traviesa que a la joven le provocó un escalofrío.

¿Cómo había dado ese vuelco la situación? Porque pasar de una pelea verbal en toda regla a un revolcón era digno de estudio. No obstante, en vez de reflexionar sobre el asunto, ella se limitó a humedecerse los labios y seguir disfrutando del modo más inconsciente posible.

Pierce, que ni siquiera se estaba planteando el porqué de aquella locura sexual transitoria, sólo tenía una idea en mente y para ello debía cambiar de postura cuanto

antes.

—No, así no —dijo y, sin la menor consideración, se inclinó para darle la vuelta y así dejarla boca abajo. Sin perder un segundo, se colocó tras ella y le elevó el culo.

Séverine estiró los brazos hasta agarrar la almohada y cerró los ojos mientras él le recorría con la yema de un dedo toda la espalda hasta detenerse en el punto que lo volvía loco desde hacía años. Trazó un círculo alrededor del lunar y después inclinó la cabeza para besárselo.

Ella no rechistó, pues aquella faceta mandona de él le gustaba. Suspiró al sentir sus labios justo encima de su culo. La de tiempo que hacía que nadie le dedicaba esa atención a su lunar... Pierce se comportaba de forma brusca, desapasionada, para cambiar en medio minuto y ser el hombre que ella recordaba, apasionado y entregado, al que tuvo que abandonar por motivos personales. Deseó besarlo de nuevo, darse la vuelta y poder abrazarlo mientras lo sentía. Sin embargo, no iba a ser posible.

—Estoy demasiado cachondo como para ser suave —le advirtió, incorporándose sin dejar de mirarle el lunar.

—No te lo he pedido —murmuró ella jadeante.

—De acuerdo...

Pierce adelantó las caderas, y Séverine agachó la cabeza y movió el trasero. Sintió cómo él se posicionaba, cómo rozaba sus genitales con la punta de su erección hasta empaparse de sus fluidos y después iba buscando el camino. Gimió bien fuerte y se tensó de arriba abajo cuando él empujó.

—Sí... —suspiró encantada.

—Joder... —musitó él apretando los dientes.

No se trataba sólo de echar un polvo. Si se hubiera esforzado un poco tras la ruptura con Keiko podría haber quedado con alguna amiga dispuesta, pero por alguna inexplicable razón había optado por no hacerlo, así que en aquel momento debería ocuparse sólo de la parte física, es decir, desahogarse y listo. No obstante, por alguna extraña jugarreta del destino se iba a follar a Séverine, la única mujer que había logrado acojonarlo en su momento para después dejarlo confuso.

Intentaba ir más despacio, no embestir a lo bruto pese a que ella, lejos de quejarse, lo instaba a ser más primitivo.

Séverine, ajena a las tribulaciones de él, tenía las suyas propias, pues no podía entender cómo, después de tantos años y de unos cuantos y variados amantes, puede que hasta técnicamente mejores, volviese a entregarse a él sin reservas. Y no hacía falta ser muy lista para percatarse de que Pierce no la miraba igual que antes. Había

en sus ojos cierto ¿rencor?

—Pierce, joder, Pierce —gritó, agarrándose a las sábanas y respirando de forma entrecortada debido al ímpetu con que la estaba follando.

A él semejantes gritos por supuesto le encantaron, vaya que sí. No esperaba tanto énfasis por su parte, ya que aquel encuentro era, como poco, surrealista; no obstante, parecía que todo lo que había ocurrido entre ambos careciera de sentido, pues era tocarse y olvidarlo todo.

Embistió con más brusquedad y apretó los dientes al sentir el hormigueo previo que lo advertía del inminente orgasmo. Se dejó llevar y de lo único que fue consciente fue de aquel hipnótico lunar, sobre el que colocó la mano antes de correrse.

—Entiendo que mi invitación a cenar ya carece de sentido —murmuró ella estirándose en la cama. No pretendía sonar irónica, aunque él podía interpretarlo de esa manera, porque una cosa era follar y otra muy diferente lograr que surgiera un entendimiento.

Quería tocarlo, aunque se contuvo, ya que Pierce, tras correrse, se había apartado, dejándola un tanto fría. Puede que los recuerdos estuvieran confundiéndola, pues el tipo con el que ella vivió momentos alucinantes después del revolcón siempre hacía algún comentario jocoso o la miraba de forma intensa. No era buena señal que ni siquiera se dignara mirarla.

Desde luego, Pierce había cambiado.

De acuerdo, había sido un error garrafal, pero al menos podía mostrarse un poquito más amable; no era culpa de nadie haberse dejado llevar. Además, esas cosas pasaban, ¿verdad? Una se envalentonaba, se excitaba y ya era incapaz de razonar. Y en su caso existía un agravante: Pierce. Dudaba que se hubiera comportado de semejante manera de no haber estado él implicado, lo cual la llevaba a otra no menos inquietante reflexión: no había superado, como tanto le gustaba creer, lo ocurrido entre ambos.

Una situación de lo más inoportuna, desde luego, porque lo que menos necesitaba en esos momentos era que sus dudas emocionales se cruzaran en el trabajo y acabaran enredando, aún más, la madeja. Poco profesional e inmadura... ¡cojonudo!

Pierce, que permanecía a su lado acostado y en silencio, la miró de reojo y volvió a cubrirse la cara con el brazo, porque ahora, tras habérsela tirado, deberían ir apareciendo los remordimientos; sin embargo, nada de nada. Un error imperdonable y de principiante, que en vez de hacerlo salir escopetado, sólo lo instaba a repetir. Follar con Séverine no entraba en sus planes, por diversos motivos: uno, se la había jugado y, por tanto, mejor ni pensar en ella, por salud mental; dos, era quien lo tenía agarrado por los huevos en el asunto de Nuage Noir, y tirarse a la «enemiga» mermaba su autoridad a la hora de imponerse: una cosa era ser amable y hasta cierto punto zalamero, y otra muy distinta confraternizar hasta ese punto... ¡joder, vaya cagada! Y tres, para rizar el rizo, quería volver a hacerlo, el que quizá era el motivo

de más peso para largarse de allí:

Tampoco había que desdeñar el cuarto: se encontraban en su suite, así que lo más lógico era echarla, algo bastante complicado sin parecer grosero.

—No, ya no lo tiene —contestó finalmente en voz baja, pero se encontraba tan confuso que añadió sarcástico—: Me has ofrecido algo mucho mejor que una buena cena.

—Imbécil —lo insultó ella y, sin más, se incorporó dispuesta a abandonar la cama, la habitación y cualquier idea de llevarse bien con Pierce, pues no eran tanto las palabras (que en otro contexto hasta podría interpretar como un halago) como el tono chulesco con el que fueron pronunciadas.

«¿Qué esperabas, tonta del culo?», se preguntó y como no quería responderse estando desnuda, dejó el asunto para más tarde. Ya se fustigaría ella sola a base de bien una vez que llegara a su habitación.

—Espera —le pidió Pierce sujetándola de la muñeca.

—Señor Wesley, váyase usted a la mierda —le espetó, tirando de su brazo, pero él no la soltó.

—Escucha un jodido momento —exigió serio—. No debería haber dicho algo así.

—Haberlo pensado antes. Puede que estés acostumbrado a mujeres complacientes, que te calientan la cama a cambio de una chuchería; conmigo has metido la pata. Suéltame.

—No he metido la pata —replicó él cabreándola más—. Y antes de que hagas conjeturas, no tienes ni remota idea de la clase de mujeres con las que me acuesto, así que ahórrate el comentario.

Ella puso los ojos en blanco. Qué arrogante, por favor.

—Deja de colgarte medallas —rebatía chulesca—. No eres el único con mujeres disponibles a todas horas.

Era más que evidente, otra vez discutiendo y, lo peor de todo, como dos niños por una estupidez. Séverine consiguió liberarse y se apartó de la cama. Lo prioritario en aquel instante era vestirse y salir de allí.

—Te pido disculpas, mi comentario ha estado fuera de lugar —murmuró él, porque a pesar de todo no quería que se largara con aquel mal sabor de boca. Podía ser un cabrón insensible poco o nada dado al compromiso, sus ex lo atestiguarían sin problemas; sin embargo, con ella era muy diferente.

Séverine lo miró con desconfianza, porque ni de lejos su tono había sido de disculpa. No quería bajo ningún concepto tener que enfrentarse a Pierce, pero

tampoco iba a permitirle ningún tipo de grosería. Inspiró hondo. Qué difícil era todo aquello.

—Será mejor que me vaya o acabaremos diciendo lo que no sentimos —musitó.

Él continuó sujetándola y no hizo amago de apartarse.

—No, no te vayas...

Pierce se acercó y, colocándose a su espalda, la abrazó. Ella no se mostró muy conforme, por lo que él se esforzó por apaciguarla.

—No juegas limpio —lo acusó en voz baja.

—Tú tampoco —replicó y comenzó a besarla en la nuca antes de añadir, basándose en su historia—: Supongo que es inevitable.

Ella no terminaba de relajarse en sus brazos, pues intuía que podía volver a soltar alguna «perla», a insultarla, aunque resultaba tan tentador creer que volvía a ser el mismo de antes...

—Yo me encargo de la cena —prosiguió él—. Para eso está el servicio de habitaciones.

Séverine cerró los ojos. No podía dejarse manipular. Había regresado el Pierce seductor y considerado. ¿Por cuánto tiempo?

—¿Estás seguro? —preguntó en un murmullo, porque aquellas palabras implicaban mucho más que compartir mesa y mantel. Pasar juntos la noche podía hacer saltar por los aires muchas cosas.

—No, no lo estoy —admitió sin dejar de acariciarla.

—Pierce...

—Me pone más cachondo cuando me llamas señor Wesley —bromeó y por fin consiguió que ella sonriera, aunque tímidamente.

—Tomo nota —dijo mimosa y se las apañó para darse la vuelta y mirarlo a la cara.

Él le acarició el rostro y esbozó una sonrisa. Quería preguntarle por qué lo dejó sin una explicación; no obstante, sabía muy bien que hacerlo implicaba romper el frágil entendimiento que habían logrado.

Ella se dio cuenta de que, sin quererlo, aquel momento podía volverse demasiado emocional y había aprendido a no evitarlo. En sus relaciones procuraba dejar a un lado el romanticismo y las emociones. Y le había funcionado muy bien. Hasta entonces, claro. Además, aún no creía estar preparada para ello, así que decidió ser un pelín frívola.

—¿Vas o no vas a llamar al servicio de habitaciones?

Pierce, que no se esperaba aquello, asintió y, sin preocuparse por su desnudez, se apartó de ella para descolgar el teléfono y encargar la cena.

Séverine le miró el trasero. Mmm, ¿para qué pedir cena si podía hincarle el diente a él?

Optó por no decirlo en voz alta: un poco de prudencia (la justa) nunca venía mal y todavía no sabía muy bien cómo manejar la situación con él.

Se instaló entre los dos un silencio tenso y desconcertante. Se vistieron y ambos suspiraron aliviados cuando llegó el camarero.

—Creo que te has excedido —comentó ella al acercarse a la mesa y ver todo lo que había pedido.

Pierce se abstuvo de decir que tenían por delante una noche bastante movidita, o al menos eso esperaba, aunque pecase de optimismo, y que para ello nada mejor que alimentarse bien. Se limitó a encogerse de hombros y apartar la silla para que ella se acomodara primero.

Tenía que haber algún tema de conversación inocuo y a la vez interesante para no pasar la siguiente hora mirándose en silencio.

—¿No te parece un tanto surrealista todo esto? —se adelantó Séverine tras unos minutos en los que sólo se oyó la respiración de ambos, junto con el sonido de los cubiertos.

—Si te refieres a habernos reencontrado, sí, me lo parece —admitió Pierce rellenando las copas de vino.

—Me refería a lo que ha ocurrido hace un rato —especificó ella señalando la cama—. Y antes de que te pongas quisquilloso, no, no ha sido premeditado.

Él bebió antes de hablar.

—Si te soy sincero, hasta podría haberme gustado que lo fuera. Me defiende mejor cuando sé que intentan manipularme —especificó, para que no se ofendiera.

—Pues siento decepcionarte. Mi única intención al venir a tu habitación era hablar y llegar a un entendimiento. Lo de acostarme contigo lo considero un extra —murmuró sin apartar la mirada.

Acabaron la cena sin tocar ningún punto considerado peligroso, lo que hizo que el ambiente fuera más relajado. Pierce propuso tomar una copa para continuar el buen rollo y Séverine aceptó sin estar del todo convencida de que fuera el camino idóneo.

Mientras él elegía un licor del mueble bar, ella se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos. Lo observó, vestido de manera informal, aunque lo había hecho sólo para guardar las formas durante la cena.

Cuando lo conoció, en el penúltimo año de universidad, ya apuntaba maneras. No era ningún secreto su origen aristocrático, aunque, a decir verdad, él no hacía nada por disimularlo. Además, su compañero de piso y mejor amigo era otro pez gordo. Por eso fue la primera en sorprenderse cuando Pierce, lejos de comportarse como presuponía, lo hizo de forma amable, sin altanería.

—Gracias —murmuró cuando él le entregó la copa.

No le había preguntado qué deseaba tomar; ella no lo mencionó y aceptó la bebida. Tendría que dejarle claro que prefería que le preguntasen antes.

Pierce se sentó enfrente, en uno de los sillones, y adoptó una pose un tanto indolente.

—¿Alguna vez hablaremos de ello?

Séverine sabía a la perfección a qué se refería.

—Sí, pero sabes tan bien como yo que ahora no es el momento —respondió con sensatez.

—¿Y de qué hablamos entonces? —planteó él recostándose en el sillón con gesto elegante.

Séverine quería decirle muchas cosas; sin embargo, si lo hacía corría el riesgo de enfadarlo. No estaban preparados y aquella noche prefería dedicarla a otros menesteres. Así que se puso en pie y, puesto que tenía que dejar la copa en algún sitio, caminó hasta situarse frente a él. Entonces se inclinó para depositarla en la mesa, lo que le permitió tenerlo cerca. Lo oyó inspirar. Podía tocarlo, aunque no lo hizo. Dio un paso atrás, de modo que Pierce pudiera mirarla bien.

A diferencia de él, no se había molestado tanto en arreglarse, ni siquiera se había puesto la ropa interior. Tomó aire y, antes de perder el valor, dejó caer el vestido a sus pies.

—¿Qué pretendes? —preguntó Pierce aparentando calma, pese a que en cuanto adivinó qué iba a hacer se sintió alarmado.

En teoría no tenía por qué, ya que si Séverine se quedaba estaba claro que acabarían en la cama; sin embargo, no esperaba que fuera ella quien lo sedujera. No porque estuviera en contra de que una mujer lo hiciera, sino porque Séverine no era cualquier mujer.

—¿No es obvio? —repuso y se adelantó lo imprescindible para situarse entre sus piernas. Luego le quitó las gafas, porque no las necesitaba para lo que tenía en mente.

Pierce arqueó una ceja ante su determinación: le encantaba que una mujer lo sedujera. No una de esas lagartas dispuestas a todo con tal de echarle el guante y

obtener financiación gratis, sino una mujer capaz de pensar sólo en el momento, en el placer, y decidida a obtenerlo. Se había puesto cachondo, ¿quién no?

Ella se inclinó hacia delante para dejar las gafas sobre la mesa, pero en el último segundo su lado más irreverente hizo acto de presencia y las dejó caer al suelo.

—¿Qué coño haces? —inquirió Pierce incorporándose para recuperarlas. Ella le puso una mano en el pecho impidiéndoselo.

—Con ellas puestas pareces un tipo interesante e inaccesible... —reflexionó en voz alta, mirándolo con ojo crítico—. No niego que pongas cachonda a más de una, para gustos los colores.

Lo que no dijo es que a ella los tipos trajeados y con gafas nunca la ponían cachonda, salvo una notable excepción.

—Dámelas —exigió enfriándose. Séverine negó con la cabeza.

—A mí me gustas más sin las gafas —contestó en tono pícaro.

—No son un capricho, las necesito para ver —dijo Pierce.

—Pero no las necesitas para follar —apuntó sonriente.

—Depende de si quiero ver bien a quién me estoy tirando —retrucó él un tanto displicente.

Séverine sonrió de medio lado. Si pretendía ser ofensivo tratándola como a una más, no funcionaba... sólo había que fijarse en la tensión que transmitía... No, no era una más.

—Pues hagamos una prueba —propuso y él frunció el cejo, sospechando.

Antes de que Pierce se lo impidiera, ella movió el pie hasta aplastar las gafas. A pesar de ir descalza no le costó mucho dejarlas hechas añicos, pues la montura era muy fina.

—¡Joder!

—Que conste en acta, admito que ha sido premeditado.

—¿Romperme las gafas o desnudarte?

—Ambas cosas —susurró.

Le hundió las manos en el pelo para despeinarlo, que era algo que deseaba hacer siempre, pues su aspecto tan formal era toda una tentación.

—Nunca sé a qué atenerme contigo —murmuró Pierce apretando los puños para no tocarla.

Debería estar echando chispas por haberlo dejado sin gafas; sin embargo, no estaba pensando con la cabeza, no al menos con la de arriba.

—Bien —ronroneó Séverine junto a su oído antes de atraparle el lóbulo entre los

dientes, logrando que él se tensara de arriba abajo.

—Sigues teniendo las tetas pequeñas —comentó él sólo para provocarla.

—¿Te supone algún problema? —repuso en voz baja, lamiéndole el cuello.

Pierce negó con la cabeza y alzó despacio una mano para acunarle el pecho izquierdo. Lo cubría por completo con su palma. Tal como recordaba. Tuvo que inspirar un par de veces para calmarse.

—No, ninguno...

—Mejor, porque así no tendré que hacer ningún comentario sobre tu polla —se burló, antes de subirse a horcajadas sobre él.

Notó en el acto la textura de sus pantalones entre sus piernas cuando deseaba sentir su piel, pero se conformó de momento, ya que Pierce pudo acercar la boca y comenzar a chuparle un pezón con verdadera ansia.

Séverine se arqueó buscando mayor contacto y mientras él succionaba con ahínco, llegando incluso a utilizar los dientes, ella enredó de nuevo las manos en su pelo y comenzó a darle pequeños tirones al tiempo que jadeaba cada vez de forma más escandalosa.

—Vamos a la cama —propuso Pierce echándose hacia atrás.

—No, hagámoslo aquí —se negó excitada y, para que comprendiese en qué estado se encontraba, le mordió el labio inferior para después besarlo, o más bien devorar su boca.

—Como quieras —concedió y maniobró como pudo para desabrocharse los pantalones.

Mientras, ella no dejó de besarlo, tentarlo, lo que hiciera falta para no perder el contacto. Incluso se puso en pie para que le fuera más sencillo. Pierce maldijo, porque en aquella postura y con una erección no le resultaba fácil. Así que Séverine, disimulando la sonrisa, se arrodilló a sus pies y le bajó la cremallera atascada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pierce cuando ella se mordió el labio en vez de subirse con rapidez encima de él.

—Creo que me apetece comerte la polla —susurró haciéndolo dar un respingo, pues no esperaba tanta sinceridad.

—¡Joder, Séverine, qué cosas tienes! —acertó a decir tras aclararse la garganta.

Su sorpresa no era por los términos utilizados, tan vulgares como perversos: a cualquier hombre escuchar tales palabras lo ponía como una moto y Pierce no era una excepción. La sorpresa fue que la Séverine actual distaba bastante de la que él recordaba, mucho más comedida. A pesar de todo terminó sonriendo al acordarse por

fin de la chica desinhibida que no usaba sujetador, llevaba el pelo recogido con dos palillos y dormía desnuda a su lado incluso cuando hacía frío.

—Mmm —ronroneó ella recorriendo con la mano su erección—, no me decido.

—Déjate de tonterías —graznó tirando para alzarla—. Ahora móntame, ya me comerás la polla otro día.

Afirmar eso implicaba un nuevo encuentro, una suposición un tanto optimista, pues lo más probable era que al día siguiente cada uno regresara a sus obligaciones, las cuales, por cierto, los enfrentarían de nuevo.

—Móntame —repitió él exigente.

—De acuerdo —convino Séverine en un tono de falsa sumisión, del que por supuesto Pierce se percató.

No se hizo de rogar, se apoyó en sus hombros, se afianzó sobre él y ella misma se encargó de sujetarle el pene para dejarse caer. Gimió a medida que iba penetrándola hasta quedar encajados.

Pierce hubiese deseado más rapidez, aunque tampoco iba a quejarse cuando sentía aquel calor y suavidad envolviéndole la polla.

—Séverine... —musitó mirándola a los ojos.

—Chis... —Le puso un dedo en los labios y de inmediato él comenzó a chupárselo.

Ella le clavó las uñas y fue adoptando un ritmo endiablado, montándolo sin contemplaciones. Pierce embestía desde abajo cuanto podía dadas las limitaciones, y a cambio obtenía unos increíbles gemidos que, unidos a los suyos, podían alertar a otros huéspedes.

—Tendrás las tetas pequeñas, pero qué bien se mueven —jadeó, intentando alcanzar un pezón para saborearlo.

Séverine se percató de su deseo y se ocupó de sujetarse uno para ofrecérselo. La recompensa fue inmediata, ya que nada más tenerlo a su alcance, él lo aprisionó entre los dientes para chuparlo con verdadero interés.

—Pierce, oh, joder, qué bueno...

A él esas palabras le encantaron y, en vista de lo mucho que Séverine disfrutaba, se ocupó del otro pezón, apretándolo con los dedos.

La reacción fue inmediata: ella aceleró y lo montó con más brío incluso, arqueando la espalda hasta adoptar una postura casi imposible.

Pierce estaba a punto de correrse. Apretó los dientes... con un poco de suerte ambos alcanzarían el orgasmo antes de que el sillón se rompiera, pues los crujidos

que se oían indicaban que en breve aquello de descoyuntaría, porque los muebles no estaban hechos para follar como posesos.

—Córrete, Séverine, ¡córrete ya! —ordenó siseando, debido a la inmediatez de su propio orgasmo.

—Estoy en ello —jadeó ella apretando cada músculo de su cuerpo—. No deseo otra cosa, créeme.

—Hazlo o acabaremos los dos en el suelo —dijo Pierce.

—No seas agorero —le espetó—. Y fóllame.

A él no le quedó más remedio que esforzarse. Estaba en desventaja y únicamente se le ocurrió una forma de llegar a la meta. Sin dejar de estimularle los pezones, que por cierto estaban rojos y a ese paso acabarían doloridos, deslizó una mano hacia su trasero y le dio un par de azotes. Bien fuerte.

—Eso duele —protestó la receptora, tirándole del pelo.

Por supuesto, Pierce le propinó otro par y ella gritó bien fuerte para, acto seguido, quedarse inmóvil.

Él apretó los dientes, inspiró hondo y cerró los ojos al sentir el hormigueo previo, ese que le indicaba que ya no había vuelta atrás. Justo cuando eyaculaba sintió un mordisco en el hombro, que interpretó como justa venganza por los azotes.

Pierce la abrazó con fuerza, dispuesto a quedarse así cuanto ella le permitiera; entonces un chasquido les dio el primer aviso para que se levantaran; no obstante, estaban tan bien que permanecieron en el sillón, abrazados, relajándose, disfrutando del sencillo placer de seguir unidos, hasta que, tras pasar por alto un revelador crujido, la estructura cedió y acabaron cayendo al suelo.

—¡Maldita sea! —masculló él haciendo una mueca de dolor, pues fueron sus posaderas las que amortiguaron el golpe.

Séverine se incorporó y estalló en carcajadas al verlo de aquella guisa, con los pantalones a mitad del muslo, la cara de desconcierto por el golpe, su pelo rubio oscuro (habitualmente peinado con esmero) ahora alborotado, el aspecto típico de quien acaba de darse un buen revolcón y, por si fuera poco, con el sillón rococó hecho astillas.

—Estoy por ir por el móvil y hacer un par de fotos —acertó a decir entre carcajadas.

—Deja de partirme el culo a mi costa —le espetó Pierce cabreado.

—¡Qué estirado eres!

—Ni se te ocurra coger el móvil —le advirtió tenso cuando ella hizo amago de

apartarse.

—Es que no puedo —intentó disculparse. Acto seguido, se levantó.

—Por poco me tronzas la polla —se quejó subiéndose los pantalones de forma un tanto cómica.

—Venga, no seas pedorro —le soltó aún desnuda y estiró el brazo para ayudarlo a levantarse—. Si quieres nos damos un baño relajante y te doy besitos para que no te duela.

—Muy graciosa —replicó peinándose con los dedos.

Séverine lo abrazó desde atrás y apartó el cuello de la camisa para besarle en la nuca.

—Prometo frotarte la espalda... —susurró mimosa— y otras cosas.

Cuando sonó la alarma del móvil a las siete de la mañana, Pierce ya estaba despierto. Llevaba un buen rato tumbado de lado, mirando la espalda femenina semicubierta. Una pena que no vislumbrara el lunar.

El maldito lunar que, como si tuviera poderes hipnóticos, le hacía perder la capacidad de raciocinio. Una explicación de lo más peregrina y sin duda mucho más conveniente que la realidad; Séverine aún ejercía una influencia sobre él muy difícil de obviar y a su edad le jodía bastante no haber aprendido la lección.

Durante la noche anterior se había, por decirlo de alguna manera, desquitado. Por un lado, había puesto fin a un período de sequía sexual y, por otro, se había sacado la espinita que un día le dejó clavada Séverine. Ahora tocaba volver al mundo real: tenía un negocio del que ocuparse y, por muy tentadora que fuera la espalda y el resto del cuerpo femenino tendido a su lado, debía abandonar la cama.

Se permitió un último capricho antes de levantarse. Apartó la sábana y, tras recorrer sus curvas con la mirada, acercó la mano y con el dorso hizo el mismo recorrido. Séverine se movió levemente y murmuró algo.

Pierce repitió el movimiento sabiendo que era una temeridad, ya que la despertaría; sin embargo, no fue capaz de resistirse. El maldito lunar. La alarma volvió a sonar, rompiendo todo el encanto del momento.

—Se acabó lo bueno —farfulló ella y se volvió hasta quedar boca arriba.

—Así es —le confirmó él en voz baja.

—En fin.. —suspiró Séverine estirándose, sin importarle quedar desnuda y animar a un Pierce que cada vez se cuestionaba más la idea de llegar tarde a la reunión que tenía programada—. Tendremos que volver al mundo real.

Esto último lo dijo con segundas, ya que se había percatado de lo excitado que estaba Pierce, así que, con un poco de suerte, podría disfrutar de un revolcón mañanero.

Él miró su reloj y frunció el cejo.

Séverine supo en aquel instante que sería muy difícil hacerle cambiar de idea y, por tanto, se movió con la evidente intención de abandonar la cama. Pierce el responsable había hecho acto de presencia.

—Espera... —la detuvo.

—Pierce, seamos sinceros. No me apetece echar un polvo con el cronómetro en marcha —dijo ella, negando con la cabeza.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan sincera? —preguntó de manera retórica y luego la soltó, porque estaba claro que iba a ser imposible follar a primera hora de la mañana. Estaba dispuesto a llegar tarde a una reunión por motivos personales y ella le echaba un jarro de agua helada.

—No merece la pena andarse con mentiras en este tipo de asuntos —respondió Séverine y acto seguido se puso en pie.

Pierce se quedó sentado en la cama, un tanto contrariado al verla moverse por la habitación desnuda, recogiendo sus cosas. Se puso el vestido sin preocuparse de la ropa interior, que guardó en su bolso de tamaño extragrande. Se hizo un moño despeinado y con los zapatos en la mano se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la próxima —le dijo con una media sonrisa y, sin esperar respuesta, abrió y se largó, dejándolo aún cachondo y, por supuesto, confuso.

Así era como él esperaba que se comportaran sus amantes ocasionales. Nada de hacerse las remolonas, nada de intentar engatusarlo para conseguir una cena gratis... No obstante, lo jorobó un poco (bastante) semejante desenfadado y normalidad en Séverine, ya que, dados los antecedentes, un poco más de predisposición a repetir no hubiera estado mal.

No le quedó más remedio que pasar por la ducha, olvidarse de mujeres, en especial de aquellas que en su día fueron importantes para él, y elegir un traje para asistir a la reunión con Armand, pues ya iba siendo hora de ponerse a trabajar. Con su aspecto más profesional, un montón de documentos bajo el brazo y ganas de arreglar los problemas fue en busca de Mary Ann, a la que encontró desayunando sola en la cafetería del hotel.

—Buenos días, señor Wesley. ¿Ha desayunado ya?

—No, ahora me tomo un café bien cargado —murmuró y, antes de que se diera cuenta, ya tenía una taza servida delante de sus narices.

—¿Ha pasado mala noche? —le preguntó en un tono casi maternal.

—Depende de cómo se mire —respondió Pierce y entonces cayó en la cuenta de un detalle—. Antes de que se me olvide, habla con la dirección del hotel, anoche, no sé cómo, se rompió uno de los sillones de mi habitación. Que me pasen la factura.

Mary Ann anotó la petición y, pese a lo extraño de la misma, su rostro se mantuvo impassible, como siempre: discreción y eficacia.

—Me ocuparé de ello inmediatamente —dijo toda diligente.

—Ah, sí, cuando te den la factura, por favor hazme llegar una copia.

A eso Mary Ann sí reaccionó, pues lo más normal era que no se preocupara de esas minucias.

—Como quiera —convino sin cuestionar nada—. ¿Algo más?

—Sí, necesito unas gafas de repuesto —contestó indiferente. Por suerte, su asistente jamás le pediría explicaciones ni cuestionaría las órdenes. Algo a agradecer.

En efecto, Mary Ann tampoco se inmutó ante aquella petición, ni mucho menos se interesó por los motivos. Él disimuló su perplejidad cuando ella abrió su maletín y le entregó unas gafas nuevas exactas a las que Séverine le había destrozado la noche anterior.

—Iré a hablar con el gerente ahora mismo, señor Wesley.

—Gracias, Mary Ann —murmuró agradecido, poniéndose las gafas de repuesto.

Pierce se quedó solo en la cafetería mientras su secretaria iba a ocuparse del encargo. Tenía la esperanza de que cierta «listilla» apareciera por allí; sin embargo, no hubo suerte: ni rastro de Séverine. Bueno, quizá ya estuviese con aquel par de cretinos en Nuage Noir trabajando.

* * *

En apenas veinte minutos Mary Ann ya estaba de vuelta con el encargo realizado. Pierce iba a guardarse la copia de la factura en su cartera para tener una excusa y poder ver a Séverine más tarde, cuando se le ocurrió una idea aún mejor y más perversa: que fuera su secretaria quien se la entregara, así el desconcierto sería mucho mayor.

—Encárgate de que la señorita Chavannel reciba también una copia —dijo disimulando su regocijo, pues cuando Séverine viera aquello sin duda iría a buscarlo para exigir una explicación que Pierce le daría encantado, previa negociación, por supuesto.

—Muy bien, lo haré —asintió ella guardando el documento en su maletín—. Si lo desea, el coche ya está listo.

—Ah, y también el importe de las gafas —añadió.

A Pierce no le hacía mucha gracia conducir, para él era una pérdida de tiempo, pero en Carcassonne no le quedaba más remedio, pues había prescindido de su chófer y Mary Ann había rehusado conducir, ya que no se sentía cómoda con el Evoque. Así

que se puso un día más al volante.

El despacho de Armand estaba ubicado en el bulevar de Varsovia, por lo que apenas tardaron quince minutos en llegar. Estacionó el Evoque en el parking del edificio. Al apearse del vehículo y comprobar su aspecto frunció el cejo, pues se le había arrugado ligeramente el traje. Mary Ann se ocupó de su maletín y se dispuso a caminar a su lado en silencio.

La reunión en el despacho del abogado, tal como intuía Pierce, fue tensa, algo que ya intuía, conociendo a ese tipo; el problema estribaba en que, además, fue estéril, circunstancia que sí lo desesperó, pues lo obligaba a quedarse de brazos cruzados y permanecer más tiempo del previsto en la ciudad.

Armand se mostró cauto y poco convencido de plantarle cara a Séverine dado que tenía el convencimiento de que nada creaba más recelo en las autoridades que criticar a sus representantes. Eso enervaba a Pierce, pues cualquier decisión quedaba en manos de ella y no en las de él, que era quien tomaba siempre las decisiones.

Cuando Pierce propuso buscar a otro experto más proclive a sus intereses, el arquitecto desaconsejó esa opción, pues contra una funcionaria del ministerio poco o nada se podía hacer y no merecía la gastar tiempo y dinero en seguir un camino a todas luces sin salida.

Así que frustrado, incapaz de encontrar una vía alternativa y sin ganas de seguir aguantado a gente que nada le aportaba, dejó a Mary Ann en el hotel y tras cambiarse de ropa para no presentarse en el palacete con traje y corbata, se fue paseando hasta Nuage Noir.

Y allí estaba aparcado el Twingo. Rezó por que el dúo de palmeros de Séverine hubieran decido tomarse el día libre.

No hubo suerte, pensó al oír sus voces. Eligió ir al lado contrario y sentarse, con la tableta en la mano, dispuesto a buscar por su cuenta alguna pista que seguir para acelerar el proceso. Tanto incompetente por metro cuadrado lo obligaba a ello.

Se entretuvo un buen rato leyendo curiosidades sobre Carcassonne. Séverine le había hablado de hugonotes y resultaba que la ciudad también había sido en el siglo XIII refugio de otras herejías, como la de los cátaros, que resistieron un asedio en la ciudad hasta que se vieron obligados a rendirse. Era lógico pensar que entre los muros de Nuage Noir, construida sobre los restos de otro palacio, pudiesen encontrarse restos históricos relevantes.

A esos efectos algo realmente importante, pero desde el punto de vista empresarial un contratiempo difícil de cuantificar. Joder, Armand antes de realizar el

proyecto de remodelación debería haberse informado un poco.

Masculló alguna que otra obscenidad, sin duda producto de la frustración. Un desahogo un tanto ridículo, pues nada se conseguía de ese modo. Y en el proceso le vino una idea a la cabeza: quizá, con un poco de suerte, en los archivos de la familia hubiese algún documento de cuando su bisabuelo Sebastian compró Nuage Noir. Como no perdía nada por intentarlo, decidió llamar a sus padres; así, aparte de enterarse de por dónde andaban, podía charlar con ellos un rato. Marcó su número y esperó a que le respondieran. No tenía la menor idea de dónde estarían, pues desde hacía cinco años ambos habían decidido recorrer mundo como dos turistas más, evitando permanecer más de un mes en el mismo sitio.

—¡Hola, cariño! —lo saludó animada Christie.

—Hola, mamá, ¿dónde estáis? —preguntó por si acaso los había llamado a una hora intempestiva con eso de la diferencia horaria.

—Pues no te lo vas a creer —le contestó ella—, estamos en casa.

—Vaya, sí que es toda una sorpresa —exclamó Pierce con una sonrisa, porque sus padres pisaban la casa familiar de Londres un par de veces al año como mucho—. ¿Ya os habéis cansado de viajar?

—No, de eso nada, sólo estamos de paso —respondió ella riéndose—. Acabamos de regresar de España, de estar con Portia unos días.

—¿Y cómo está? —inquirió. Tras unos años complicados, dos divorcios, una bancarrota, muchos excesos y adicciones su hermana parecía haberse centrado un poco.

En la familia todos cruzaban los dedos para que continuara por ese camino.

—Estupenda —dijo—. Muy animada y hecha una mujer de negocios impresionante. Hasta tu padre se ha sorprendido, ya sabes que no apostaba mucho por esa relación —explicó Christie con orgullo.

—Me alegro mucho, mamá —murmuró Pierce pensando en Portia, porque, joder, se merecía que le fueran bien las cosas con el mecánico. Al principio no confió mucho en su futuro cuñado, porque su hermana, actuando una vez más sin cabeza, le entregó todo su capital, algo que hizo que Pierce y Owen tuvieran que intervenir para asegurarse de que no era una estafa.

—Deberías ir a verla —le recordó Christie con el típico tono maternal.

—Lo sé, mamá —admitió—. Le he prometido que iré el mes que viene. ¿Y papá dónde anda?

—Pues creo que en su estudio, leyendo —respondió ella—. Ahora que sólo lo

hace por placer, no hay quien lo distraiga.

Pierce torció el gesto, su idea no era interrumpir a su padre ahora que por fin disponía de tiempo para sí mismo; sin embargo, dadas las circunstancias, le parecía interesante contar con su opinión. Antes de retirarse, Anthony había llevado todos los asuntos familiares y, por consiguiente, podía conocer la historia de Nuage Noir o al menos darle alguna pista.

—Necesito hablar con él.

—¿Va todo bien? —preguntó alarmada ante el tono de su hijo.

Pierce le contó algunos detalles de la obra en la que andaba metido, tranquilizándola para que no se preocupara, aunque una madre, por defecto, siempre se preocuparía.

* * *

—Tu madre dice que te han surgido complicaciones —comentó su padre nada más ponerse al teléfono.

—Sí, de momento podemos asumir los costes. Si la situación se prolonga más de un mes, los inversores podrían empezar a ponerse nerviosos —explicó mirando a su alrededor mientras se paseaba por el patio interior, donde, según el proyecto, estaba previsto que hubiera una piscina cubierta integrada en la estructura y con vistas a toda la galería de piedra; en aquel momento era, por desgracia, un barrizal lleno de malas hierbas.

—Por los inversores no te preocupes, si es necesario me ocuparé en persona —aseveró su padre, que si bien se mantenía al margen de los negocios, apoyaba aquel y otros proyectos desde el principio.

—Ya le he enviado un correo a Owen para que esté tranquilo —informó Pierce esquivando unas tuberías más viejas que la orilla del río, allí tiradas.

Con la esperanza de que quizá él supiera algo, le explicó a su padre el motivo del retraso y la hipótesis de Séverine, obviando por supuesto la relación personal entre ambos.

—Si te soy sincero, nunca me interesó demasiado Nuage Noir. Sólo he ido una vez y ya se encontraba bastante deteriorada, puesto que a mi padre tampoco lo entusiasmaba ocuparse de los elevados gastos de un palacete en Francia —comentó Anthony en tono pragmático, como hombre de negocios que había sido.

—Pero es una propiedad familiar, algo se comentaría, no sé...

—Creo que la compra del inmueble obedeció más a razones sentimentales —explicó tras hacer memoria—. Sé que fue un regalo de aniversario a mi abuela Sophie. Ellos remodelaron parte de la propiedad y la acondicionaron como casa de vacaciones; sin embargo, después tanto mi padre como yo fuimos perdiendo interés.

—¿Puede que haya algún documento, plano o cualquier otra información en el archivo? —inquirió, refiriéndose a la gran cantidad de legajos, libros y antigüedades de la familia Wesley almacenados y aún pendientes de clasificar.

—Pudiera ser. Aún queda, por desgracia, mucho que digitalizar —le confirmó su padre—. Podrías probar, aunque, si te soy sincero, yo no sabría ni por dónde empezar.

—Yo tampoco. Me duele la cabeza cada vez que pienso en esa cantidad de papeles desordenados —se quejó, tomando nota mental de reactivar el proceso de informatización. Le ordenaría a Mary Ann que hablara con la empresa que habían contratado, para que se dieran más prisa.

—Confieso que en parte es culpa mía —admitió Anthony—. Es algo de que debí solucionar en persona, pero que por circunstancias no llegué a terminar.

—No pasa nada —dijo Pierce comprensivo, pues administrar las empresas familiares, ocuparse del legado acumulado, no descuidar su matrimonio, intentar sacar tiempo libre para uno mismo, preocuparse por los hijos y además no agobiarse era casi imposible, de ahí que su padre hubiera establecido prioridades y dejado a un lado otras obligaciones.

—¿Y cómo te va a ti?

Pierce hizo una mueca, algo que por fortuna su padre no vio.

—Según cómo se mire.

—Intenta no ser correcto conmigo —le dijo sarcástico—. Soy tu padre y termino enterándome de casi todo. Incluidas tus idas y venidas con una tal Keiko.

Vaya, aún seguía recurriendo a sus mañas de hombre de negocios atento a cualquier detalle, aunque éste fuera sobre la vida sentimental de su hijo. Algo de lo que en apariencia se mantenía al margen, pues rara vez le había comentado nada sobre las mujeres con las que salía y tampoco lo había condicionado sobre la dama de turno con la que perdía o no el tiempo.

—Maldita sea, ¿quién se ha ido de la lengua? —se vio obligado a preguntar sin necesidad, pues se hacía una ligera idea de quién había hablado más de la cuenta.

Su madre acababa de contarle que habían regresado de España y considerando a quién habían visitado, sólo hacía falta sumar dos y dos.

Por extraño que pareciera, Portia seguía manteniendo el contacto con sus amistades de toda la vida y, claro, era un chisme demasiado valioso como para obviarlo.

—Hijo, admito que tu madre y yo estamos poco tiempo en casa; no obstante, intentamos aprovecharlo muy bien y eso incluye a mis hijos.

—No era nada serio, no te preocupes —contestó, sintiéndose como un adolescente que finge ir a casa de un amigo a estudiar, cuando en realidad va a salir de copas y necesita una coartada.

—No me preocupo, no mucho en todo caso —murmuró Anthony un tanto burlón—. Eres mayor de edad y responsable; sin embargo, eso no quita para que, como padre, intente estar al día sobre vuestras vidas.

—Mamá me ha dicho que acabáis de regresar de España.

—Sí. Buen intento de cambio de conversación —se rio su padre.

—Tenía que intentarlo. ¿Ya te cae mejor Axel? —preguntó, refiriéndose al novio de Portia.

—En comparación con la larga lista de indeseables que se han acercado a tu hermana para sacarle el dinero —no hacía falta mencionar que además ella había cometido muchas indiscreciones—, ese tipo es un santo.

—Pero... —murmuró Pierce, intuyendo que todavía quedaban reticencias.

—No puedo ponerle objeciones; aun así, conociendo a tu hermana, puede que ese hombre pierda la paciencia. Portia es mi hija y la quiero con toda el alma, pero como mujer es difícil de llevar. Y sé que yo soy en parte culpable —admitió con un suspiro y Pierce se dio cuenta de que su padre aún se arrepentía de haberle dado demasiada libertad.

—Si te soy sincero, creo que Axel sabe pararle los pies, es la impresión que me dio la última vez que estuve con ellos —dijo convencido.

—Eso espero, Pierce.

—Tengo planeada una visita para el mes que viene. Ya te contaré.

Mientras hablaba había ido caminando sin un destino concreto y, sin pretenderlo, se encontraba junto en la puerta que daba acceso al torreón norte. El único vestigio de la construcción medieval original que no fue derruida en 1595, cuando se iniciaron las obras que dieron origen a Nuage Noir.

—De acuerdo, estaremos en contacto. Tu madre y yo nos quedaremos en Londres unos quince días. Después viajaremos a Nueva York, tenemos unos compromisos allí.

—Muy bien, tomo nota para no llamar a horas intempestivas —dijo riéndose, pues

no sería la primera vez que le pasaba algo similar y despertaba a sus padres en plena madrugada—. Avisadme cuando lleguéis para estar tranquilo.

—Por supuesto, hijo. Y tú procura mantenerme al día de cómo va todo —le pidió. Al despedirse le deseó toda la suerte del mundo.

Tras la conversación con su padre, Pierce fue consciente de que no había solucionado nada, pero se sentía mucho mejor. No sólo por el apoyo incondicional que sus palabras le transmitían, sino por el hecho de poder hablar con alguien de manera relajada, sabiendo que encontraría comprensión. Durante muchos años Anthony había estado al frente de todo y, por tanto, no le eran extrañas las mil y una vicisitudes que se debían solventar.

Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y empujó la vieja puerta de madera con la idea de acceder a la torre norte. Según el proyecto, se conservaría la estructura exterior y se vaciaría el interior, donde se instalarían las suites de lujo y, al redistribuir las alturas, saldrían cinco plantas.

No conseguía abrir la puerta, y no sólo por el hecho de que aquello debía de pesar una tonelada, sino porque las hojas no encajaban bien en el marco y los goznes, dedujo, estarían desgastados o más bien inservibles. Pierce no era aficionado al bricolaje, pero si había que remangarse la camisa y mancharse las manos, no se le caían los anillos. Así pues, apoyó un hombro e hizo fuerza para poder abrir. Mucha fuerza hasta conseguir que la puerta se desplazara apenas unos centímetros, espacio insuficiente para poder pasar.

Se acordó en ese instante del dúo de palmeros de Séverine, pero para una vez que podían ser de utilidad, no había ni rastro de ellos. Así que tuvo que recurrir a sus habilidades, más bien limitadas, para apañárselas y abrir del todo.

Sudando, manchándose la ropa y tras varios empujones, logró pasar al interior...

—¡Joder, joder y mil veces joder! —gritó Pierce de muy mala leche, pues debido a la fuerza con la que había empujado terminó entrando con tal ímpetu y tal mala pata que tropezó con dos cubos metálicos en los que alguien había recogido ceniza y restos de carbón a medio quemar. Debido al impacto, se volcó todo el contenido, levantando una nube de polvo y suciedad que lo hizo toser como un viejo fumador a primera hora de la mañana.

—¿Quién cojones ha dejado esta mierda en medio?! —continuó gritándole al aire, ya que estaba solo, por fortuna. Si se topaba con alguien, menuda vergüenza; no sabría explicar cómo había llegado a semejante situación.

Sacudirse la mugre ya no tenía sentido, pues estaba cubierto de arriba abajo. Lo único que hizo fue quitarse las gafas y sacarse un faldón de la camisa (única parte decente de su vestuario) para limpiarlas y por lo menos ver algo.

Por las antiguas saeteras entraba luz, aunque no la suficiente para ver con claridad. Como ya estaba metido en faena y hecho un asco, bien podía aprovechar para seguir explorando. No iba a volver al coche a por una linterna, y tal vez no hubiese ninguna en el Evoque, así que se las apañó con el móvil para inspeccionar un poco.

Sabía que todo se encontraba en mal estado; como le había confirmado su padre, hacía ya años que la familia no se había ocupado de Nuage Noir. Sin embargo, él había visto muchas posibilidades para el palacete y quería llevarlas a cabo, hasta que una marisabidilla se había interpuesto en su camino.

Sonrió sin querer al acordarse de ella. Quizá debiera buscarle un mote...

El proyecto de Armand destilaba clase y lujo, pero desde luego el trabajo iba a ser arduo, ya que tantos años de desidia no se solventaban en un abrir y cerrar de ojos.

Observó de reojo la escalera, pero no se atrevió a pisar ni un peldaño para evitar más sorpresas desagradables. Sabía que los técnicos ya lo habían inspeccionado todo y quedaba descartado el peligro de derrumbamiento, pero aun así no quería ensuciarse más.

Él había visto la maqueta del proyecto, una maravilla, y no veía el momento de

que las obras comenzaran, porque, una vez terminado, el torreón norte tendría el encanto de una construcción antigua y sólida, mezclado con las comodidades y el lujo actual.

Desplazó el haz de luz por toda la superficie. Bloques de piedra, nada que llamara especialmente la atención. Nada.

—Parezco un gilipollas aficionado a «CSI» —musitó e hizo un nuevo barrido visual con la linterna por si acaso, procurando no tropezar con nada, pues a lo mejor terminaba alertando a Séverine o a aquel par de idiotas y no le apetecía que lo pillaran por allí husmeando.

De acuerdo, se encontraba en su propiedad y podía husmear a su antojo, pero mejor no dar explicaciones de por qué lo hacía, ya que ellos lo interpretarían como una intromisión en su trabajo y, si bien en parte era cierto, prefería no llegar a ese punto.

Fue entonces cuando, de pasada, vio una muesca en uno de los sillares de la base, desde donde arrancaba la escalera. Se volvió a limpiar las gafas, porque no era ningún secreto que los canteros dejaban marcas en las piedras, una especie de sello. No sabía si debido a la sugestión o a la curiosidad se acercó, muy despacio para no tropezar. Se agachó para ver mejor y enfocó.

No sacó nada en claro. Frunció el cejo. Una mala pasada. Se estaba comportando como un gilipollas. Si alguien lo veía allí se descojonaría, y un buen rato además. Iba a incorporarse cuando en un último arrebató de estupidez extendió la mano y recorrió con la punta del dedo las líneas. De izquierda a derecha y viceversa. Notó algo, una especie de círculo más profundo que simples rayones producidos por el desgaste.

Necesitaba luz, mucha más luz. Intentó hacer fotos con su iPhone.

—A ver si es verdad que la cámara es tan buena como dice la publicidad —murmuró mientras las hacía.

Volvió a tocar la piedra al menos cinco veces más. En cada pasada iba definiendo más y más, hasta que llegó a la conclusión de que aquel dibujo era una letra. Pero no una cualquiera: si el sentido del tacto no le fallaba y el de la vista tampoco, era la letra alfa, la primera del alfabeto griego.

No quería adelantar acontecimientos... Si se confirmaba, había encontrado el principio de todo el embrollo. Sonrió, ahora podía darle en el morro a Séverine. Tanta tontería, tanta investigación y él, sin nada de eso, había localizado una pieza del rompecabezas.

La sonrisa se le fue borrando a medida que lo pensaba bien. De acuerdo, nadie

cuestionaría su éxito e irle a ella con el cuento significaba, entre otras cosas, darle la razón y, por consiguiente, la que acabaría presumiendo sería la marisabidilla.

—¡Joder, encima de estar hecho un asco! —se quejó.

Decidió salir de allí y regresar al hotel, a ser posible sin llamar la atención, y para ello resultaba imprescindible no cruzarse con nadie.

Le sonrió la fortuna, sólo Mary Ann tuvo el privilegio de tropezarse con él de aquella guisa. Por una vez expresó en voz alta su perplejidad al ver a su jefe cubierto de ceniza y mugre variada de origen desconocido. Pierce, antes de ocuparse de su propia suciedad, lo único que dijo fue que la tapicería del Evoque necesitaba una buena limpieza.

* * *

Recién salido de la ducha, fue directo a por su móvil para ver las fotos: cuanto antes saliera de dudas, mejor. Frunció el cejo, pues las imágenes no eran todo lo reveladoras que esperaba, así que optó por descargarlas en el portátil. Si en la pantalla del ordenador tampoco sacaba nada en claro, avisaría a algún experto por su cuenta antes de mencionárselo a Séverine.

De acuerdo, ella estaba al frente de la investigación, además era una experta y lo más probable sería que resolviera sus dudas con rapidez; no obstante, prefería no decirle nada aún. Sin olvidar un pequeño detalle: se la había follado la noche anterior y mejor no mezclar más las cosas.

Y si pretendía volver a tirársela, aunque no estaba seguro de que fuera buena idea, por si acaso nada mejor para salvaguardar sus posibilidades que no darle argumentos para que se enfadara.

Joder, pues claro que quería volver a tenerla en su cama, ¿a quién quería a engañar? Sin embargo, Pierce procuraba siempre tener el control y de ninguna manera podía consentir que ella intuyera la clase de influencia que ejercía sobre él, eso sería su perdición.

De momento lo primordial era dilucidar si en la maldita piedra estaba o no grabada la letra alfa, así que se concentró en la pantalla del portátil y amplió la imagen todo lo posible. Cada vez lo veía más claro y no quería arriesgarse, por lo que, a falta de localizar a un experto, decidió recurrir al único que podía iluminarlo aunque sólo fuera un poco.

* * *

—¿Qué tal tus conocimientos de griego?

—Esperaba tu llamada y pensaba que sería para darme buenas noticias y que los rumores de paralización de las obras fueran sólo eso, rumores.

Pierce sonrió y se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y aprovechó para frotarse los ojos.

—Owen, tú siempre tan pragmático —declaró sin perder el buen humor—. Haz memoria, fuiste de los pocos que acudiste a clases de griego en la universidad.

—La formación clásica nunca viene mal —adujo Owen—. No obstante, admito que me muero de curiosidad. ¿Para qué necesitas mis conocimientos?

—Acabo de enviarte unas fotos, abre los archivos y hablamos.

—De acuerdo —convino y, tras hacerlo, dijo—: ¿Qué se supone que debo ver?

—¿Te recuerda a alguna letra del alfabeto griego? —inquirió, acercándose a la pantalla por si se le había pasado algún detalle por alto.

—Así, a primera vista, parece la alfa —respondió Owen, confirmando sus sospechas—. Ahora bien, no entiendo para qué necesitas mi opinión, hasta tú podrías haberlo averiguado.

—Ése es el problema —afirmó resignado.

—Explícate, por favor.

—No te lo vas a creer...

Pierce comenzó a relatarle la teoría de la marisabidilla sin nombrarla a ella, pues su amigo conocía la existencia de Séverine y lo que significó en su momento para él. Le habló de lo que podía encontrarse en Nuage Noir y cómo, según la hipótesis del funcionario, todo estaba señalado, siguiendo unas sencillas indicaciones.

—Entiendo —murmuró Owen—. Por tanto, no podemos calcular una fecha exacta para reanudar las obras, lo cual, por supuesto, nos lleva a un complicado dilema, pues cada día que pasa los costes se incrementan y los inversores, entre los que me incluyo, empezaremos a ponernos nerviosos.

—Lo dices con una tranquilidad tan pasmosa que hasta yo me he relajado —comentó Pierce, agradeciendo la actitud de su amigo.

—No sirve de nada perder los estribos. Bien, ahora necesitamos solucionar esto. Así pues, ¿quién es el funcionario del ministerio que lleva el caso?

—Esto... —titubeó Pierce, porque la respuesta no le iba a gustar ni un pelo—. Funcionaria.

—Creo que no me lo has contado todo, ¿me equivoco? —preguntó su amigo, tan intuitivo como siempre.

Pierce inspiró hondo. Owen era uno de los pocos que conocía toda la historia, ya que estudiaron juntos y por tanto compartieron no sólo apartamento, sino también confidencias.

—Séverine Chavannel —dijo, sabiendo que no hacía falta dar más detalles.

—¿Es una broma?

—Qué más quisiera yo —se lamentó Pierce—. De todas las expertas en Historia del Arte me tiene que caer ésta.

—Deduzco que tiene ganas de tocarte la moral, entre otras cosas —expuso Owen—. Y, de paso, jodernos el proyecto.

Pierce reflexionó sobre esas palabras.

—No, al menos no es la intención que demuestra —la defendió sin saber por qué.

—Traducido, te ha vuelto a enredar.

—Joder, ¡no! —exclamó Pierce con rapidez—. No es eso. Ella sólo pretende investigar.

—De momento me reservo mi opinión —comentó Owen, pero por el tono empleado no era muy difícil intuir que no se tragaba el cuento y que, quisiera admitirlo o no, esa mujer y Pierce no se comportarían de modo profesional ni queriendo—. ¿Le has mostrado tu descubrimiento? —preguntó volviendo a un tema, hasta entonces, inocuo.

—He preferido guardármelo. Como ves, no le voy a poner las cosas fáciles —afirmó y oyó a su amigo resoplar.

—Sabes que procuro mantenerme al margen de los asuntos personales, siempre y cuando no me afecten de forma directa; no obstante, en este caso presiento que no va a resultar fácil.

—Lo sé, y puedes estar tranquilo. Admito que Séverine no es precisamente a quien yo esperaba; sin embargo, creo que, si lo pienso, hasta nos puede venir bien —dijo intentando convencerse, a la par que ideaba un plan.

—Confío en ti, Pierce. Aun así, preferiría hacer unas llamadas y ver qué otras vías tenemos —sugirió su amigo.

—Me parece bien. Si soy yo quien hace preguntas, puede resultar sospechoso.

—De acuerdo, te mantendré informado.

Después de hablar de negocios, pasaron a charlar de asuntos relativos a la familia, lo que fue mucho más sencillo y a Pierce le sirvió para relajarse. Se alegró,

por supuesto, de que a su amigo le fueran bien las cosas en el terreno personal.

Cuando se despidió de Owen, se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, aparte de aburrirse solo en su habitación. Estuvo tentado de llamar a cierta listilla e invitarla a cenar, una forma de devolverle el detalle; sin embargo, pese a que le apetecía, optó por distanciarse de ella y para ello nada mejor que ignorarla.

Se puso delante del ordenador y respondió a algunos correos electrónicos. Llamó al servicio de habitaciones para no morirse de hambre. Pensó en Séverine más tiempo del que debería y en la cara que pondría cuando Mary Ann le hiciera llegar las facturas.

Hasta estuvo tentado de ser él quien se las entregara, pero claro, eso era trabajo de secretarias. Se conformaría con el placer de haberle devuelto de alguna manera la pelota. Por no mencionar que ella no se quedaría callada.

Deseaba conocer cuanto antes su respuesta, que a buen seguro sería como mínimo interesante.

Pero para su perplejidad y desdicha, tres días después no sabía nada de ella y de casualidad se enteró de que se había marchado a París para ocuparse de un asunto personal, lo cual lo puso de mal humor, ya que eso significaba más retraso y encima injustificable. Ni siquiera se había molestado en decírselo en persona. Aunque gracias a su habilidad, es decir, untar al recepcionista, le había sonsacado su día de regreso.

Él, que como un tonto se había quedado en Carcassonne desatendiendo otros asuntos, ahora no tenía nada que hacer salvo esperarla, hecho que lo cabreaba sobremanera.

Llamó a su secretaria, de la que tampoco sabía nada, y se quedó un tanto contrariado al no obtener respuesta. Era extraño, pues, en teoría, a media tarde Mary Ann estaba disponible. Intentó de nuevo contactar con ella sin éxito. No le quedaba más remedio que ir a buscarla, empezando por su habitación.

Por comodidad, disponía de la tarjeta de acceso a la habitación de Mary Ann, y ella a la de él, así que se la guardó en la cartera por si fuera necesario.

Lo cierto era que estaba de un humor de perros y no sabía muy bien el motivo. Para distraerse, había hecho un dibujo a mano alzada del plano de Nuage Noir para situar los símbolos encontrados hasta la fecha. Un plano bastante precario, pero que lo había ayudado a pasar las horas muertas y a intentar averiguar dónde podría estar la siguiente letra. Por si surgía la oportunidad de hablar de ello, llevaba una copia encima.

Llamó con los nudillos, confiado en que la siempre dispuesta Mary Ann lo

atendiera; sin embargo, se quedó perplejo, ya que no obtuvo respuesta. Bajó a la cafetería por si había más suerte, y tampoco. No salía de su asombro. Preguntó al personal del hotel por si tenían información de su secretaria, un hecho del todo paradójico, pues lo lógico sería que fuera al revés.

Le comentaron que no la habían visto salir, lo que lo hizo sentir todavía más confuso. ¿Dónde se podía haber metido esa mujer? Por lo que Pierce sabía no había hecho amistades y, aparte de Yves o de Armand, no conocía a nadie en Carcassonne.

Estuvo a punto de preguntar por Séverine, que ya habría vuelto, porque saber su paradero quizá le endulzara el día. No obstante, la muy bruja seguía jugando al despiste, así que por el momento, para no hacer el ridículo, aparcó la idea de localizarla y se centró en su asistente.

Desde luego, quién le iba a decir que terminaría preocupado por dos mujeres a la vez.

Iba camino de su habitación cuando cambió de rumbo. ¿Y si le había ocurrido algo? Porque siendo Mary Ann tan discreta, era capaz de ponerse enferma y no avisar.

Probó de nuevo a llamar con los nudillos en la puerta de su habitación. No obtuvo respuesta y al final sacó la tarjeta magnética, dispuesto a acabar con aquella incertidumbre.

—Desde luego, mira lo que pasa al tener tiempo libre —masculló antes de insertar la tarjeta en la ranura.

Cuando se encendió la luz verde, empujó la puerta con cuidado, pues tampoco era plan asustarla. Le pareció raro que a media tarde la habitación estuviera en penumbra. Aunque si lo pensaba era lo más lógico, pues si se encontraba indispuesta querría descansar.

—¿Mary Ann? —llamó en voz baja para no asustarla.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio que en la cama había dos personas: acababa de pillar a su secretaria con un amante. Sonrió de medio lado y comenzó a darse la vuelta lo más silenciosamente posible para no molestar, pero justo cuando estaba a punto de lograrlo, uno de los ocupantes de la cama se incorporó dejándolo patidifuso, ya que no era un hombre...

—Mmm... Mary Ann... —susurró una voz femenina.

¿A Mary Ann le gustaban las mujeres?

Frunció el cejo, no sólo porque se sentía estúpido por haber estado a punto de tirarle los tejos, sino por aquel susurro. Le resultaba familiar... o también podía ser producto de su imaginación, que en aquellos momentos estaba desbordada.

—Séverine... —musitó su asistente.

Nada más oírlo, Pierce, aparte de abrir los ojos como platos, porque ni en sus más descabelladas teorías hubiera imaginado algo semejante, reconoció en el acto a la mujer que estaba en la cama con su secretaria.

Parpadeó, la sugestión o lo que fuera le estaba jugando una mala pasada. ¡No podía ser!

Y él allí, en medio.

Joder...

¿A Mary Ann le gustaban las mujeres?, volvió a preguntarse sin salir de su estupor.

Pero no era producto de su imaginación, la listilla, Séverine, estaba desnuda besando a Mary Ann delante de sus narices. Bueno, besándola y otras cosas, porque ambas gemían.

¿Qué clase de broma era aquélla?

¿A qué jugaba Séverine?

Tenía que salir de allí antes de que lo descubrieran y lo acusaran de mirón; sin embargo, era tan tentador observar... Y eso que debería estar subiéndose por las paredes. No por el hecho de que a su secretaria le gustaran las mujeres (eso explicaría muchas cosas), sino por que fuera justamente Séverine quien estaba junto a ella.

¿Qué pretendía la marisabidilla seduciendo a su secretaria?

Justo en ese instante Mary Ann se incorporó...

—¡Señor Wesley! —exclamó, cubriéndose con rapidez y apartando la vista, sin duda abochornada.

—Señor Wesley —murmuró Séverine y, lejos de taparse, lo miró molesta, sin duda por haberlas interrumpido.

—Buenas tardes —saludó él irónico y excitado. Después pediría explicaciones, aunque de momento había reaccionado de forma un tanto previsible. Pero a ver quién era el valiente que no se ponía cachondo viendo a dos mujeres en la cama, juntas y bien revueltas.

Mary Ann, sin duda menos versada en esos asuntos, saltó del lecho cubierta por la sábana y se escondió en el baño.

—Nadie te ha invitado a esta fiesta —le espetó Séverine toda ufana, mostrándole su cuerpo. Pierce no supo si para provocarlo o porque a ella la desnudez no la molestaba.

—Ya me he dado cuenta de ello —replicó tenso.

Séverine le señaló la puerta.

—¿Te importa dejarnos solas?

—¿Te importa explicármelo? —retrucó mucho más tenso.

—No es asunto tuyo. Lárgate.

Pierce inspiró hondo, o se calmaba o empezaba a dar voces, producto de su cabreo y, por supuesto, de su excitación. Logró al menos encontrar la suficiente cordura como para no montar una buena bronca. Por descontado exigiría una explicación, en especial a Séverine, ya que primero se acostaba con él y después con Mary Ann.

—Ya hablaremos —masculló dando media vuelta empalmado y cabreado.

Tras una mala noche, en la que había dado mil vueltas en la cama, incapaz de procesar lo que había visto, no sólo como hombre, sino como jefe, Pierce bajó a la cafetería, porque lo quisiera o no Mary Ann y él debían hablar. Le había enviado un mensaje a primera hora y ella le había respondido aceptando.

Tampoco era que se pudiera negar.

Y, para ser sinceros, se moría de ganas de conocer la explicación de la siempre insulsa May Ann. No obstante, si lo ponderaba con tranquilidad, llegaba a la conclusión de que quizá, como mucha gente, mantenía una fachada impoluta de respetabilidad y después se desmelenaba.

No podía criticarla por ello, desde luego, pero liarse con Séverine ya era otro cantar.

Pierce ya se había servido cuando apareció ella. Vestida como siempre, de manera anodina y discreta. Otra vez el pelo recogido y tirante, nada que ver con el aspecto desinhibido de la tarde anterior, cuando en lugar de la secretaria responsable que él conocía tuvo el extraño placer de observar a una mujer resuelta, decidida. Aunque él, una vez que había reconocido a Séverine, sólo había tenido ojos para ésta, pues lo traían sin cuidado las preferencias sexuales de su asistente; es más, hasta podía asegurar que se había quitado un peso de encima.

—Buenos días, señor Wesley —murmuró Mary Ann cohibida, sentándose enfrente. Evitaba en todo momento mirarlo a la cara.

—Buenos días —respondió él y, antes de que pudiera preguntarle qué deseaba tomar, ella le entregó un sobre—. ¿De qué se trata?

Mary Ann no respondió, así que no le quedó más remedio que leerlo. Arqueó una ceja, pues era lo último que esperaba de ella. La miró a la espera de una explicación; desde luego no estaba por la labor de aceptar aquello así por las buenas.

—Lo siento, señor Wesley —dijo en tono de disculpa.

Pierce resopló ante tanta tontería, empezaba a cansarlo tanto «lo siento». Había situaciones en las que disculparse era ridículo.

—Escucha, Mary Ann, esto —le devolvió el papel— no puedo aceptarlo.

—Es lo mínimo que puedo hacer para no perjudicarlo.

—No digas estupideces. Dimitir no es la solución —aseveró y se dio cuenta de que estaba utilizando un tono de cabreo en vez de otro más comprensivo, por lo que trató de suavizarlo antes de proseguir—: No voy a aceptar tu renuncia, no hoy al menos.

—Señor Wesley, yo... —musitó, sin dejar de estar avergonzada.

—Te propongo un trato —la interrumpió.

—Usted dirá —accedió ella, siempre dispuesta a complacerlo.

—Tómame unos días de vacaciones. Vuelve a casa o haz un viaje, lo que prefieras. Si pasados diez días sigues pensando igual, aceptaré tu decisión, pero no quiero que la tomes en caliente.

—Pero... pero... —balbució Mary Ann.

—No se hable más. Aquí todo está paralizado, así que podré apañármelas solo —dijo y entonces se dio cuenta de que quizá había hablado antes de pensarlo.

—Señor Wesley, yo...

—Sólo te pediré un último favor —añadió, porque ya que tampoco iba a trabajar debido a cierta marisabidilla medio lesbiana, bien podía aprovechar para tomarse también unos días de asueto.

—Por supuesto —asintió servil.

—Ocúpate de que todo esté listo para ir a visitar a mi hermana —le pidió y Mary Ann asintió, quizá aliviada por tener una tarea sencilla de cumplir.

Se fue rauda a cumplir con el encargo, a Pierce ahora sólo le faltaba enfrentarse con Séverine, a la que sin duda iba a exigirle más de una explicación, porque lo había tomado por imbécil y eso no se lo consentía a nadie. Estaba jugando a dos bandas y no había que ser muy espabilado para averiguar el motivo.

Menuda zorra.

¿Cómo había cambiado tanto?

La chica que él había recordado todos esos años era, como mínimo, mucho más íntegra; nada de jugar sucio, porque lo de seducir a su secretaria no era sino una maniobra rastrera. Desde luego, Séverine no dejaba cabos sueltos. Ahora podía explicar por qué era tan buena en su trabajo, pensó con una mezcla de ironía y orgullo.

De acuerdo, él tampoco se andaba con remilgos a la hora de sacar adelante un negocio y se preguntó si, llegado el caso, podría darle la vuelta a la tortilla, es decir, aprovecharse de ella. Desde luego sería la primera vez que recurriría a tales triquiñuelas; sin embargo, podría decirse que sólo se adaptaba a las circunstancias.

Una justificación un tanto peregrina y que por el momento acallaría su conciencia.

Pese a sus ganas de pillarla por banda, no hubo suerte. Se enteró de chiripa de que había tenido que salir otra vez de viaje. ¡Maldita casualidad!

Además de zorra, escurridiza.

Muy bien, pensó, a su vuelta cierta listilla iba a enterarse de lo que era bueno. Se acabó ser paciente y tolerante.

La diplomacia había fracasado.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Pierce aterrizaba en el aeropuerto de San Javier dispuesto a pasar unos días de vacaciones y relajarse. Así de paso visitaba a Portia y cumplía una promesa. Utilizar siempre la excusa de que estaba muy ocupado cuando se trataba de una hermana, en su caso la única, resultaba un poco ruin.

Lo cierto era que le costaba cambiar su rutina y más aún con todo el dichoso lío de Carcassonne, que se estaba convirtiendo en un auténtico sainete. A saber cómo iba a acabar aquel entuerto, pues cuando las relaciones personales, las emociones y los recuerdos se entrometen en los negocios, la cosa sólo puede salir mal.

Dado que Mary Ann se había encargado de la organización, nada podía fallar. Y así fue, además de la reserva en un hotel de lujo (perteneciente a la cadena que él administraba), encontró a su disposición un Bentley Continental. Sonrió: Mary Ann siempre tan atenta a todos los detalles... No iba a permitir que se marchara.

De acuerdo, primero debería utilizar cualquier argumento para convencerla y, por supuesto, si no lo lograba, tendría que aceptar su decisión.

Para ser sincero, nunca hubiera imaginado que fuera lesbiana y desde luego saberlo lo dejaba mucho más tranquilo. Lo que no entendía era el motivo por el cual lo había ocultado. Le traía sin cuidado, pero le molestaba que no hubiera confiado en él, por no mencionar que, para disimular, se había comportado como una amargada.

Dejó a un lado todo eso, confiado en que Mary Ann recapacitara y regresara a su puesto. Ni que decir tiene que debía borrarla de forma permanente de su lista de posibles conquistas. Adiós al mito erótico de liarse con la secretaria seria y eficiente. Tampoco es que fuera a sufrir por ello; no obstante, existían fantasías en el imaginario masculino difíciles de obviar.

Arrancó el coche, se cambió las gafas de ver por unas de sol también graduadas y programó el navegador para dirigirse en primer lugar al hotel. Podía haber pedido un chófer, pero al considerar aquellos días como vacaciones, le pareció un tanto esnob y

optó por conducir él.

Nada más llegar lo saludaron con suma amabilidad, pues lo estaban esperando, y no tuvo que dar una sola indicación para poder acceder a su suite. La mejor del establecimiento, faltaría más. Allí aprovechó para refrescarse y cambiarse de ropa. Podía avisar a Portia de su llegada; en cambio, prefirió darle una sorpresa.

Llegó a las instalaciones de Evolution Cars y se sorprendió de la actividad que allí se desarrollaba. Había oído que el negocio iba bien, de lo cual se alegraba, pues su hermana, siguiendo una vez más un absurdo impulso, había invertido en ese negocio todo su capital, que por cierto había obtenido vendiendo su apartamento de lujo muy por debajo del valor de mercado, algo que a Pierce lo enfureció. Pero Portia rara vez, por no decir ninguna, hacía las cosas de manera lógica y puesto que ahora todo indicaba que se estaba centrando, mejor no tocar el tema.

Era su hermana y siempre se preocuparía por ella, aunque tenía que aprender a mirar hacia otro lado y dejarle un margen de confianza. Además, si Portia se percataba de que continuaba comportándose como un hermano mayor controlador, le cantarían las cuarenta sin dudar.

Portia había pasado por dos divorcios, una bancarrota y el despilfarro de su herencia a manos de sacacuartos que la engatusaban, fiestas de todo tipo y consumismo exacerbado. Durante un largo período de tiempo Pierce había tenido que sufrir en silencio viendo cómo su hermana no sólo malgastaba el dinero, sino también su vida con imbéciles. Menos mal que sus padres y él, previsores, le ocultaron que aún quedaba parte de su herencia a buen recaudo, algo que de momento seguirían sin decirle. De acuerdo, era una actitud un poco manipuladora, pero con Portia nunca se sabía.

Cuando puso un pie dentro del negocio se quedó aún más sorprendido. No parecía un taller mecánico convencional. Aquello se asemejaba más bien a un supermercado, incluso había clientes paseando entre las vitrinas en las que se exponían recambios de automóvil, todos ellos exclusivos. Iluminación perfecta e hilo musical de fondo agradable, nada de música machacona. Zona de espera acondicionada con sillas, máquina de café y refrescos y dos pantallas grandes de televisión.

Avanzó hasta llegar a la parte donde se ubicaban los ascensores y allí vio a dos mecánicos ocupados, pero no a su futuro cuñado, bueno, cuñado a efectos prácticos, aunque Portia y él aún no se habían casado. El motivo, pese a la estafalaria petición de mano que tuvo lugar y que a Pierce le habían contado, pues por problemas de agenda no había acudido, era que Portia y Axel no se ponían de acuerdo sobre la

ceremonia. Por lo visto, ella quería algo colorido, excéntrico, arriesgado, y él, en cambio, prefería discreción ante todo.

Pierce estaba de acuerdo con su cuñado; sin embargo, por una especie de solidaridad fraternal no decía ni mu.

Uno de los operarios se dio la vuelta y lo reconoció.

—Joder, si ha venido su excel...

—Hola, Elías, ¿cómo te va? —preguntó Pierce disimulando la sonrisa ante el chaval. No merecía la pena enfadarse cuando se dirigían a él como «su excelencia», además, era consciente de que siempre lo hacían a sus espaldas.

Y todo gracias al gamberro de Patrick, que comenzó a llamárselo medio en broma y ahora todos lo imitaban.

—Bien, me va bien —respondió Elías algo más relajado, pues nunca sabía cómo comportarse cuando aparecía la familia de la jefa.

—¿Dónde está Axel? —quiso saber Pierce.

—Supongo que en la oficina —contestó el joven—. Hoy está de un humor de perros. Nada del otro mundo.

—Gracias, me arriesgaré.

—¡Pierce! —gritó una voz femenina y ambos se dieron la vuelta.

Un repiqueteo de tacones contra cada peldaño metálico de la escalera, seguido de grititos de entusiasmo, anunció la llegada de Portia.

—Jefa, un día te vas a matar bajando —comentó el mecánico, sonriente.

—¡Pierce! —chilló ella de nuevo y, sin la menor consideración, se le echó encima.

Él la abrazó. Si bien no era muy partidario de demostraciones de efusividad en público, qué narices, era su hermana, podía hacer una excepción.

—Estás... estás... —murmuró y Portia posó encantada con su atuendo. Camiseta rosa entallada con el logo de la empresa y pantalones piratas fucsia bien apretados, junto con unos zapatos de tacón metálico poco o nada apropiados para trabajar en un taller mecánico.

—¿Impresionante? ¿Estupenda? ¿Divina? —propuso ella coqueta.

—Siempre lo estás, rubia —intervino Elías, que aprovechaba cualquier oportunidad para piropear a su jefa.

—Muy guapa, Portia —corroboró Pierce diplomático, aunque si de él dependiera, en horario laboral le recomendaría otro atuendo, pero era consciente de que si se le ocurría abrir el pico, Portia se rebelaría.

—Vale, viniendo de mi hermano el estirado, es todo un cumplido. ¡No me lo puedo creer, al final has venido! —exclamó contenta.

—Teniendo en cuenta el último mensaje que me enviaste...

—Vaya, la «uva pasa» te lo dio —replicó con ironía.

—Mary Ann me transmite todos los mensajes, incluidos los de una hermana que me llama, entre otras lindezas, pedorro —alegó un tanto molesto.

—Bueno —Portia se enganchó a su brazo—, como supongo que sólo te vas a quedar veinticuatro horas, tenemos que aprovechar el tiempo.

—Te equivocas —contestó Pierce arqueando una ceja.

—¿Su excelencia se ha tomado unas vacaciones? —se guaseó ella—. Vaya...

—Pues sí, he venido a pasar unos días contigo, listilla.

—Mmm... Algo ocurre y no quieres decírmelo —sospechó Portia.

Pierce prefirió no decir nada, no al menos de momento, pues su intención era pasar unos días de descanso... ¡bastantes preocupaciones tenía ya! Además, no iba a contarle las andanzas de Mary Ann y mucho menos las suyas. Por mucho que hablara de ellas, no iba a solucionar nada; además, en cuando regresara, todo iba a cambiar.

—Todo va bien, tranquila. Dime ¿dónde está tu «socio»? —preguntó para cambiar de tema.

—Arriba, enfurruñado —contestó Elías por ella. Debería haberlos dejado a solas, pero aún seguía allí.

—Sí, enfurruñado —confirmó Portia.

—¿Qué has hecho? —inquirió Pierce mirando a su hermana.

—¿Por qué se supone que he sido yo la culpable? —Los dos tipos presentes la miraron y ella acabó confesando—. Bueno, vale, sí. Hemos discutido.

—Como siempre —terció Elías alegre.

—Por esto —anunció Axel, que se había acercado sin anunciar su presencia. Les mostró un recorte de prensa en el que aparecía Portia sonriente y desnuda tras un neumático que tapaba lo justo, anunciando una oferta de cambio de ruedas en Evolution Cars.

Elías silbó y se acercó para ver mejor, pero Axel apartó la foto de su alcance.

—Soy la jefa y yo decido qué anuncios y promociones hacemos —adujo, orgullosa ante su iniciativa empresarial.

—Claro que sí, rubia, con esto vamos a agotar existencias —la animó Elías.

—Elías...

—¿Sí, jefe?

—Lárgate. Seguro que tienes algo que hacer —le ordenó Axel señalándole uno de los ascensores.

—Vale, vale...

—Portia, no puedes salir así —le aconsejó Pierce en tono suave.

—Otro antiguo —bufó ella—. Y ahorraos el sermón. Os invito a comer.

Pierce cerró el pico, pues no quería meterse en medio, aunque por la cara de Axel saltaba a la vista que aquellos dos tendrían una tensa conversación. Por supuesto, no aprobaba las estafalarias ideas publicitarias de su hermana, pero la conocía y sabía que si insistía para que no hiciera algo, más se obstinaría ella.

—¿Ha aprendido a cocinar? —le preguntó Pierce en voz baja a su futuro cuñado, que negó con la cabeza—. Ya me parecía a mí...

—Es tu hermana, y por eso no debería decirte algo así, pero cuanto más lejos esté de la cocina, mejor para todos —dijo también en voz baja y añadió en el mismo tono—: En los cursillos de prevención, los bomberos la ponen como ejemplo de lo que no hay que hacer.

Pierce disimuló como pudo la risa que le provocaron aquellas palabras. En apariencia daba la impresión de que Axel no soportaba a su hermana; sin embargo, por el tono supo que sólo lo decía a modo de broma.

—Bueno, pues ya estoy lista —anunció ella, que se había cambiado de ropa. Si el «uniforme» de trabajo daba qué pensar, el vestido elegido para salir a comer era, como poco, un ejemplo de arquitectura de la sujeción.

Axel, que ya estaba acostumbrado a que su chica usara ropa imposible, se limitó a buscar las llaves del Mercedes. Pierce se aclaró la garganta.

—¿Vas a salir así a la calle? —le preguntó a su hermana.

—Lo he diseñado yo, ¿te gusta? —replicó orgullosa, posando cual top model.

—Ya sé que me voy a arrepentir, pero ¿cómo se sujeta eso?

Pierce frunció el cejo, porque si bien la moda femenina hacía mucho que no le interesaba, sentía curiosidad.

—No lo sé —respondió ella riéndose—. Por eso lo pruebo yo primero antes de ponerlo a la venta. No sé si te he contado que estoy empezando un pequeño negocio de diseño con una amiga de aquí.

—¿Y eso? —inquirió Pierce curioso.

—La novia de Elías trabaja en una tienda la mar de cuqui en el centro y le pagan muy poco, así que ya hemos mirado locales para montar algo nosotras —le explicó orgullosa.

Pierce miró a Axel en busca de explicación y éste se encogió de hombros, como dando a entender que bastante tenía ya con el Evolution Cars como para encima dedicarse al diseño de trapitos.

—¿Dispones de capital?

—Qué pederro eres, Pierce, por favor —le recriminó Portia—. Pues claro. Con mi parte de los beneficios del taller puedo arriesgarme.

—Algo con lo que yo no estoy de acuerdo —terció Axel y se ganó de inmediato el apoyo de Pierce.

—Portia, ¿has ponderado todos los riesgos?

Ella los fulminó con la mirada a ambos.

—Invertí en este negocio —señaló el taller— sin tener ni idea de coches y con un socio miedica, y nos va genial. Así que con lo de la moda, que lo domino, no creo que sea tan difícil.

—¿Es tuyo ese Bentley que hay fuera? —inquirió Axel, emocionado, aprovechando la ocasión para cambiar de tema.

—Su excelencia siempre tan discreto —murmuró Portia con humor.

Pierce le entregó las llaves. Siempre que le era posible evitaba conducir, y como su cuñado era un forofó de los coches, le brindó la oportunidad de que lo disfrutara.

A pesar de su idea original de relajarse y olvidarse de los negocios, Pierce no lo hizo. Le fue imposible, ya que no estaba acostumbrado a permanecer ocioso. Demasiados años llevando una rutina, y una tableta a mano para consultar correos electrónicos y otros asuntos. Aprovechó para entrevistarse con los directores de hotel de la zona. Todo funcionaba a la perfección, pero nunca estaba de más el comprobarlo in situ.

Aunque Portia se burlara de él diciéndole que era incapaz de disfrutar sin hacer nada, lo cierto era que sí pudo relajarse, pese a que quedarse mano sobre mano implicaba pensar más de la cuenta en lo que debía enfrentar en cuanto regresara a Carcassonne. Había recibido mensajes de su abogado indicándole que todo marchaba según lo previsto, traducido: no avanzaba nada. Correos de Owen en los que le informaba de las gestiones hechas para meterles presión a los superiores de la marisabidilla (cuando ella se enterase iba a armar una buena). No faltaron mensajes de Armand sobre las últimas modificaciones propuestas, que ya aprobaría a su regreso, pues quería discutirlo en persona. Puede que al principio el proyecto fuera uno más; sin embargo, se había convertido en un algo personal y Pierce quería estar encima. Sólo le quedaba un asunto pendiente de resolver y, para su frustración, no podía tomar la iniciativa: ni rastro de Mary Ann. Nada. Y lamentaría mucho perderla como asistente, porque no se comportaba como una secretaria más, dado que se preocupaba por él y hasta podía decir que lo cuidaba.

Y, por supuesto, sin noticias de la marisabidilla traidora, también conocida como Séverine. Ni un mensaje, nada. Al menos esperaba una disculpa, porque una explicación era pedirle peras al olmo. Claro que Pierce tampoco se había dignado comunicarse con ella. Demasiado orgullo como para intentarlo siquiera.

Desde luego, vaya panorama lo aguardaba en Carcassonne.

No obstante, a pesar de la larga lista de frentes abiertos, tenía unas ganas locas de volver. Quizá se lo tomara como un nuevo desafío. Nada de arreglar las cosas desde su despacho y dando órdenes por teléfono.

Menos mal que con su hermana podía hablar, más o menos, y había aprovechado esos días para comentar con ella algunos asuntos. De acuerdo, a Portia nunca le

habían preocupado los negocios familiares, pero ahora, mucho más centrada, sí mostraba algo de interés. Además a ella siempre le gustó Nuage Noir y le expresó sus ganas de poder ver el complejo vacacional terminado. Por supuesto, lo animó a reformarlo de una manera peculiar, sugerencia que Pierce desestimó, aunque le prometió considerar la posibilidad de crear una habitación conforme a sus preferencias, porque en comparación con los de algunos potenciales clientes, los gustos de su hermana tampoco eran exageradamente estrafalarios.

También aprovechó para hablar con su cuñado sin que estuviera ella presente: la cuestión no era si se fiaba o no de su hermana, simplemente prefería comprobar por sí mismo si aquello marchaba bien. No podía evitar controlar todo cuanto ocurría a su alrededor, aun a costa de enfadar a más de uno.

Desde luego, su charla con Axel fue, entre otras cosas, tranquilizadora, pues el tipo, lejos de presumir o de intentar impresionarlo, se mostró tal cual era y de esa forma Pierce pudo pasar unos días con ellos mucho más relajado. O todo lo relajado que un tipo puede estar cuando tiene a una hermana menor dispuesta a chincharlo un poco y hasta a buscarle alguna que otra compañía. Como la encerrona que le preparó con una clienta del taller divorciada, con ganas de pasar un buen rato, a la que Pierce rechazó porque no le apetecía, y eso que la mujer era un encanto; aun así, prefirió no enrollarse con ella, se limitó a ser amable, cenar juntos y nada más.

¿Por qué la había rechazado? Pues ni él mismo lo tenía muy claro. Cierto que se encontraba en uno de esos períodos un tanto apáticos tras la ruptura con Keiko y el encontronazo con Séverine, y porque, la verdad, cada vez le costaba más lo de tirarse a desconocidas: ya no le veía la gracia, quizá porque en su momento tuvo una buena cuota de desconocidas en su cama, tanto de forma individual como colectiva.

O puede que la influencia, malsana, de cierta listilla, hubiese acabado hasta con su libido. Joder, un argumento más para encararla en cuanto la tuviese delante. Porque Séverine, no contenta con inmiscuirse en sus negocios, ahora también le jorobaba la vida sexual y, ya de paso, le estropeaba una magnífica relación con su asistente.

Desde luego, ¿había o no había suficientes motivos para pararle los pies?

De momento no tenía elaborado un plan para devolverle uno por uno todos los golpes, pero ya se le ocurriría algo durante el viaje de regreso.

Satisfecho con la visita a su hermana y su cuñado y viendo que la pareja funcionaba (no era ningún secreto que todos cruzaban los dedos para que a Portia no tuviera uno de aquellos arrebatos en los que nada le importaba y lo mandaba todo a paseo), se despidió de ellos dispuesto a volver a su trabajo y olvidarse de

sentimentalismos, que aparte de no conducir a nada, le daban dolor de cabeza.

Así que a media tarde llegó a Carcassonne decidido a ponerle los puntos sobre las íes a quien hiciera falta y a lograr que el proyecto de rehabilitación se activara. Al día siguiente mismo se desplazaría hasta Nuage Noir y buscaría más indicios, algo que cierta marisabidilla parecía no tener mucha prisa en hacer. Cómo se notaba que era funcionaria.

—¿Cómo puedes ser tan cabrón? —gritó una voz femenina a su espalda justo cuando acababa de abrir la puerta de su suite; por desgracia, Pierce la reconoció en el acto.

—Buenas tardes a ti también —respondió empujando la puerta.

El botones que le llevaba la maleta se quedó mudo ante la vehemencia de la mujer, pero hizo su trabajo y esperó la propina antes de marcharse con un escueto «gracias, señor».

Séverine, con cara de cabreo, lo siguió al interior y se plantó delante de él con evidentes ganas de pelea. Pierce, que prefería no discutir, al menos no de momento, se limitó a aflojarse la corbata y servirse algo del mueble bar sin ofrecerle nada.

—No tienes la más mínima vergüenza —prosiguió ella, atacándolo.

Lo habían llamado cosas peores, así que se encogió de hombros.

—Además de husmear en mis asuntos, seducir a mi secretaria y zorrear conmigo, ¿también me vas a organizar una manifestación de protesta? —se burló sin piedad.

Ella gruñó, lo fulminó con la mirada y optó por no replicar ante aquella lista de insultos. Había ido en busca de respuestas y ponerse a la defensiva no era el mejor modo de obtenerlas. Lo dejaría pasar; eso sí, una lindeza más dirigida a su persona y Pierce se enteraría de lo que era capaz de hacer.

—¿Algo más? —preguntó él procurando ocultar el regocijo que sentía al ver su cabreo.

—Eres lo peor, nunca pensé que fueras tan retrógrado y vengativo. Despedir a Mary Ann ha sido una canallada —lo acusó.

Pierce dio un sorbo a su bebida y la miró sin parpadear.

—No hables sin saber —murmuró sin perder, por el momento, la calma.

—Mary Ann se marchó al día siguiente de que tú irrumpieras en su cuarto... sin ser invitado por cierto —continuó Séverine hecha un basilisco y a él le hizo cierta gracia el tono acusatorio—. La he llamado y no responde, está avergonzada, porque, aparte de tener un jefe de lo más arcaico, sabe que si te lo propones nadie le dará trabajo.

—Creo que esa película ya la he visto —comentó Pierce indolente, logrando que ella se enervara aún más. Y a pesar de que estaba echando sapos y culebras por la boca, él seguía excitándose ante su presencia, lo cual le hizo anotar mentalmente que quizá necesitaba terapia.

—Voy a hablar con ella y convencerla para que te demande, por homófobo —lo amenazó.

—Mira, deja de meterte donde no te llaman —le advirtió, empezando a ponerse tenso ante tanta acusación infundada.

—Lo que ocurre es que estás celoso, ¿me equivoco?

—¿De qué narices hablas? —preguntó perplejo ante aquella estupidez.

—No lo niegues, te habías fijado en ella y, claro, ahora el señorito no soporta que una mujer lo rechace —afirmó y él arqueó una ceja ante tanta vehemencia—. ¡El señor Wesley tiene que tenerlas a todas a sus pies; si no, el pobrecito se enfurruña!

—Te estás pasando —murmuró aún calmado, pero por poco tiempo.

—Desde luego, quién te ha visto y quién te ve —añadió ella con desdén—. Antes no eras tan conservador.

A Pierce tanto insulto lo puso en el disparadero. Ya no podía permanecer más tiempo impasible.

—Para empezar, a ti no te incumbe qué haga o deje de hacer —repuso pasando al ataque y señalándola con un dedo—. Segundo, no vayas de «progre», que se te ve el plumero. Primero te metes en mi cama para tenerme entretenido y desviar mi atención, que no soy tan tonto como para no haberme dado cuenta, y después, sin ningún tipo de escrúpulo, te vas a por mi secretaria, así obtienes información privilegiada. No me extraña que hayas logrado llegar tan alto: tienes una forma de trabajar de lo más efectiva.

—¿Qué estás insinuando? —replicó Séverine inspirando hondo ante aquel insulto.

—Yo sólo me remito a los hechos. Utilizas cualquier herramienta a tu alcance... Perfecto, yo no soy quién para criticar, pero al menos mantén la boquita cerrada, guapa —le espetó altivo.

—Señor Wesley... —lo apuntó con el dedo y él se lo apartó de un manotazo—, cree el ladrón que todos son de su condición.

—Ya... eso dicen todas...

—No me acosté contigo para obtener ningún beneficio —se defendió y él ocultó su sonrisa, pues ella había pasado de ser la parte atacante a defenderse.

—¿Ah, no? —preguntó con aire de superioridad, consciente de que eso la

cabrearía mucho más—. Y después te aprovechas de Mary Ann.

—Yo no me he aprovechado de nadie —lo contradijo, conteniéndose para no abofetear a aquel cretino por tener una mente tan maliciosa.

—Hay que ver qué gustos tan amplios tienes, guapa —agregó para provocarla aún más.

—Piensa lo que te dé la gana —masculló y le arrebató el vaso de licor para bebérselo de un trago—. Vas listo si piensas que voy a consentir que me llames zorra delante de mis narices y no voy a hacer nada.

—Yo hubiera elegido otro término —contestó, dejando muy claro que se refería a la palabra «puta».

—Eres lo peor, señor Wesley —lo acusó—. Un niño intolerante, incapaz de ver las cosas tal como son.

—Ya, claro, ahora el intolerante soy yo, cuando desde que has llegado no has hecho otra cosa que intentar joderme con todos los medios a tu alcance —retrucó y, para dar mayor efecto a sus palabras avanzó hacia ella con intención de intimidarla, aunque Séverine no retrocedió.

—¿Eso piensas de mí? —se arriesgó a preguntar, pese a que la respuesta podía hacerle daño.

—Sí, a los hechos me remito —afirmó Pierce sin duda alguna.

—Pues que te jodan —le soltó ella con rabia.

—Ya te estás encargando tú de ello, ¿verdad? —la provocó por enésima vez y se dio cuenta de que si bien la discusión inicialmente lo había molestado, ahora empezaba a disfrutar del enfrentamiento verbal, porque entre otras cosas lo obligaba a ser rápido y porque ella, lejos de derrumbarse, seguía en pie de guerra.

—Yo al menos voy de frente. No llamo a mis «amiguitos» para intentar presionar —adujo.

Pierce ni se inmutó, pues era bien cierto.

—No, tú prefieres ocuparte en persona y en privado del asunto —dijo con una clara doble intención.

—Y tú utilizas el poder del que dispones para destrozarle la vida a una mujer.

Pierce no respondió a eso, porque además de no ser cierto siempre evitaba recurrir a sus contactos para resolver sus problemas, pero como ella lo seguía mirando como si fuera en diablo en persona, dijo:

—No te he quitado a ti del medio, considérate afortunada.

—Qué honor —farfulló—. La verdad, Pierce, te consideraba mucho más abiert

de mente.

—Mira, no tienes ni pajolera idea de cómo soy o de qué pienso, así que mejor ahórrate tus opiniones. Respecto a Mary Ann, ten por seguro que quizá la culpable de todo seas tú, porque no tienes escrúpulos a la hora de salirte con la tuya.

—Ella me gusta —declaró y él puso cara de «bueno vale, lo que tú digas»—. Y si crees que antes debería haberte pedido permiso, espera sentado. Mary Ann es libre de acostarse con quien quiera, igual que yo.

—Pues decídete, guapa, porque así sabré a qué atenerme cada vez que te acerques —replicó altanero, hastiado ya de tanto tira y afloja.

—¿Piensas que por haber pasado una noche contigo ya no puedo estar con nadie más?

—Por mí te puedes tirar a un equipo de fútbol completo, incluido el entrenador, las animadoras y el utillero; sin embargo, no voy a tolerar que te acerques a mí o a mis colaboradores para obtener algún tipo de beneficio. Y eso incluye a Armand y a Yves, por si ya los tenías en el punto de mira.

—Eres un majadero —le soltó, negando con la cabeza.

—Di lo que quieras, pero ya que tienes gustos tan amplios, bien podrás encontrar entretenimiento para estos días sin tocarme a mí la moral.

Séverine le dio la espalda. Necesitaba recomponerse, pues nunca imaginó que fuera tan duro enfrentarse a Pierce. No podía ceder ni un milímetro, así que recurrió a lo mejor de su repertorio para darle donde más le dolía. Era jugar sucio, pero maldita sea, toda aquella discusión, aparte de cabrearla, la excitaba; sólo él tenía la capacidad de ponerla en ese estado.

Con ningún otro le ocurría lo mismo y eso que se había tenido que enfrentar a tipos complicados a lo largo de su carrera. Inspiró, aquello era como una representación, nada más. Se volvió despacio, como una buena actriz, y comenzó a actuar.

—Creo que tienes razón —manifestó.

Él frunció el cejo. ¿A qué venía ese repentino cambio?

Y ya para rematar se sintió más confuso aún cuando Séverine le sonrió un tanto provocadora y le dio un repaso visual que no prometía nada bueno. Pierce se puso en alerta.

—Debí hacerlo muy mal la otra noche para que ahora te muestres tan ofuscado —añadió y utilizó para ello un tono sugerente.

Pierce se acabó de un trago su bebida, rellenó de nuevo el vaso y se alejó cuanto

pudo de ella. Para ello se dirigió a la zona de trabajo y se sentó a la mesa, quizá así se controlaría mejor. Intuía qué pretendía Séverine; no obstante, decidió no interrumpirla.

—Depende de cómo se mire —comentó agitando su bebida. A ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Puedo hacerlo mucho mejor...

—¿Seguro? —la provocó—. Porque al no tener definidos tus gustos, puedes confundirte.

Ella arqueó una ceja.

—Ya estabas tardando en mencionarlo. ¿Celos? —sugirió mientras lo miraba fijamente.

—No —respondió, procurando sonar categórico.

—Mmm... No me convence. Apuesto lo que quieras a que tú ya has intentado llevarte a la cama a tu secretaria.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó sin dejar entrever que sí, en efecto, había estado tentado de tirarle los tejos a Mary Ann.

—De haber podido... ¿te hubieras unido a nosotras?

Buena pregunta, pensó él y, para no complicarse la vida, contestó:

—No.

—Mientes —replicó ella.

—Puede que te sorprenda, pero lo cierto es que respeto a Mary Ann mucho más de lo que te imaginas —confesó—. Pero no hablemos de ella, deja de utilizarla como excusa. ¿Desde cuándo te acuestas con mujeres?

Lo cierto era que le interesaba, ya que, aunque lo negara, la cosa tenía su morbo; siempre y cuando dejara a un lado que una era su secretaria, con la que había tenido pensamientos poco profesionales, y la otra una ex amante que le jodió bastante su último año universitario.

—Eres un hipócrita. La despides y luego finges preocuparte.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Pierce.

—No tengo por qué darte explicaciones sobre mis gustos sexuales —le espetó cruzándose de brazos.

—Unos gustos muy amplios, si me permites la observación.

—Me lo tomaré como un cumplido. No obstante, a ti no te conciernen.

—Por consiguiente, aplicando la misma lógica, yo tampoco debo darte cuenta de mis decisiones —añadió y, pese a que explicarle la conversación con Mary Ann

despejaría cualquier duda, prefirió no decirle nada.

—Cierto... Aun así te recuerdo que hay una persona implicada que merece al menos que seas justo con ella.

—No te preocupes tanto —indicó él burlón.

—Cretino...

Pierce, harto de jugar al gato y al ratón, se levantó y caminó hasta la puerta, la abrió y dijo:

—Ha sido un placer charlar contigo, pero tengo trabajo que hacer y entiendo que a ti te pagan por lo mismo, así que si no te importa... —la apremió para que abandonara la habitación.

Aquello le sentó como si le hubiesen tirado un cubo de agua helada. Séverine se dio cuenta de que Pierce no era un tipo paciente y que por tanto no se lo debía presionar. Quizá se había excedido a la hora de defender a Mary Ann, que bien podía haberle plantado cara a su jefe; sin embargo, le había parecido tal la injusticia que no había sido capaz de contenerse.

—Tenemos una cena pendiente —dijo, caminando hasta la salida despacio.

—Ya hablaremos —contestó él sin comprometerse.

Que deseara llevársela a la cama no significaba bajarse los pantalones. Debía dejárselo muy claro, porque, de no hacerlo, ella lo tendría siempre cogido por los huevos.

—De acuerdo.

Séverine abandonó la suite y por fin se quedó solo. Lo cierto es que no se sintió para nada aliviado. Desde luego, era para darle una medalla a la contención, porque ella se le había puesto a tiro, era innegable; a pesar de ello, había logrado rechazarla, pese a que terminaría masturbándose para liberar tensiones.

Con un poco de suerte, al día siguiente estaría tan ocupado que Séverine pasaría a un segundo plano.

Sí, ése era sin duda un buen planteamiento.

Si funcionaba, claro.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz femenina desde el exterior, sobresaltándolo.

—¡Joder, qué susto! —exclamó Pierce llevándose una mano al pecho, pues el corazón le iba a mil por hora. Eso de jugar a los exploradores y a hurtadillas no era lo suyo; de ahí que se quedara quieto durante unos segundos para que nadie entrara y lo interrumpiera, ya que dar explicaciones de por qué se encontraba allí no entraba en sus planes.

—Sea quien sea, no se busque problemas —continuó la voz.

—Qué pesada es, por Dios —murmuró y se dio prisa en apagar la luz de la potente linterna que había llevado a la torre para investigar por su cuenta. No tenía mucha experiencia en aquellos menesteres, pero al menos se había pertrechado de manera adecuada.

—Voy a llamar a la policía, no complique más las cosas —insistió ella en un tono que pretendía ser intimidatorio.

Pierce negó con la cabeza. Había que reconocerlo, Séverine era valiente y también una mosca cojonera. Mira que Nuage Noir era grande y tenía recovecos que investigar, pues nada, ella había decidido pasar por donde él estaba. Y dar por saco.

—Lárgate —dijo entre dientes, a la espera de que diera media vuelta y lo dejara continuar, ya que había llegado a primera hora de la mañana, dispuesto a desenterrar por sí mismo el supuesto «tesoro» escondido tras la letra alfa para examinarlo y después decidir si se lo entregaba a Séverine.

Bueno, tarde o temprano debería darle cuenta del descubrimiento, pero antes pretendía hacer él mismo un informe y comprobar la importancia del supuesto hallazgo, porque, claro, a lo mejor todo aquello era un despropósito sin otra pretensión que joderle el negocio.

—Aquí no va a encontrar nada, buen hombre, salga y le prometo que le dejaré marchar —continuó ella, inasequible al desaliento.

—Ni que esto fuera suyo... —susurró Pierce resoplando; sólo faltaba que lo pillara allí, vestido con ropa de trabajo, las manos sucias y las herramientas. Conociéndola, armaría un buen jaleo por no haber sido informada; de ahí, que fuera fundamental que no le descubriera.

—No sea testarudo, si el dueño de esto se entera, no será tan paciente como yo. Es un tipo con mucho poder, lo denunciará seguro. No merece la pena arriesgarse — prosiguió en el mismo tono y acercándose cada vez a la posición de Pierce.

—Y no se larga... —masculló él, perplejo ante la testarudez de Séverine.

—¡Voy a entrar! —anunció y Pierce se tensó: lo iba a pillar.

Inspiró hondo y agarró la linterna, dispuesto a deslumbrarla; por plasta en primer lugar y en segundo por curiosa. Pues anda que no había rincones en el palacete donde escarbar en busca de secretos. Había dejado la puerta entornada porque costaba un triunfo abrirla. Además, en teoría ella iba a estar en la otra punta del palacete.

—¿Nadie te ha dicho que aparecer sin ser invitada es de mala educación? —preguntó con retintín al ver su figura adentrarse en la torre. Total, como ya no tenía escapatoria, lo mejor era dar el primer golpe.

—Pierce, ¿eres tú? —titubeó Séverine.

—Señor Wesley para ti —le recordó con sorna.

—¿Qué haces ahí escondido? —continuó indagando ella, pasando por alto su corrección.

—Lo que a ti no te importa —contestó tan pancho—. ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a molestarme?

—He oído ruidos y me he preocupado —dijo, caminando con cuidado hasta llegar junto a él—. Vaya pintas que llevas...

—Excentricidades de niño rico —replicó un tanto chulesco—. Y ahora que ya sabes quién soy, ¿podrías largarte?

Pese al tono utilizado por él, que decía a las claras «Molestas», ella, que no tenía un pelo de tonta, se percató de la caja de herramientas que había junto al pie de la escalera y de las marcas con tiza que alguien había hecho en la piedra. Por no mencionar la potente linterna que Pierce había tratado de esconder sin éxito.

—O jugando a los exploradores... —lo contradijo, arqueando una ceja y alumbrando con su propia linterna las pruebas del delito.

—¿Y?

—Que eres un traidor mentiroso —lo acusó sin medias tintas.

—Di mejor alguien con iniciativa al que no le ha quedado más remedio que hacer el trabajo de otras que se pasan media mañana zascandileando.

—¿Eso piensas de mí? —inquirió y él supo en el acto que era una pregunta capciosa a la que mejor no responder.

—Por cierto, ¿estás loca? ¿Y si te hubieras topado con alguien peligroso?

—Pues aparte de intentar darle un rodillazo —hizo una demostración y Pierce puso los ojos en blanco, porque no la consideró muy agresiva—, habría echado a correr, chillando como una posea, hasta que alguien me ayudara.

—Eres una inconsciente.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Séverine pasando por alto el insulto y decidida a averiguar qué se traía entre manos.

—Estaba revisando unas cosas... —respondió él intentando sonar convincente, aunque las pruebas lo delataban.

Por supuesto, ella sospechó aún más.

—Vamos, Pierce, no me tomes por tonta... Aparta, quiero ver esa marca de ahí.

A él no le quedó más remedio que ceder y echarse a un lado. Séverine se agachó y se colocó de rodillas para pasar la mano despacio por la piedra. Pierce se quedó en silencio, observándola; ni se había molestado en ponerse unos guantes mientras apartaba la suciedad del suelo y buscaba algún tipo de indicio.

—A ver, Dora la Exploradora, eso ya lo he estado haciendo yo. Hay una alfa grabada, pero dudo que vayas a encontrar algo dentro de la piedra.

Ella se volvió y lo fulminó con la mirada antes de replicar:

—Voy a por mi mochila.

Regresó al cabo de dos minutos con su equipo, por suerte sin aquellos dos pelmas que tenía por ayudantes, y se sentó en el suelo para hacer fotos. Después fue deslizando la mano por la superficie de la piedra adyacente y frunciendo el cejo a medida que no obtenía resultados. Él empezaba a cansarse de las labores de búsqueda, así que se sentó en un peldaño de la vieja escalera, que crujió debido al mal estado de la madera.

—¿Qué? ¿Avanzamos? —le preguntó impaciente y con cierta impertinencia.

—Tiene que haber algo —murmuró concentrada.

Pierce cruzó los brazos y se entretuvo mirándola. Llevaba un recogido nada elegante, porque sujetarse el pelo con dos palillos de cualquier manera daba impresión de descuido. Unos pantalones y una camiseta amplios (nada de marcar curvas) y ni rastro de maquillaje. Él se recolocó las gafas, porque desde luego era del todo contraproducente que aun viéndola de aquella guisa no pudiera dejar de imaginársela desnuda y a ser posible debajo (o encima) de él. Y, por supuesto, el maldito lunar, ese que le hacía cometer locuras.

Supuso que la razón más lógica era que después de haber estado con Keiko, que cuidaba cada detalle de su aspecto hasta resultar obsesiva, ahora le hacía cierta

gracia excitarse con una mujer que si bien tenía un cuerpo proporcionado (a excepción de las tetas, que eran pequeñas) no se presentaba ante él arreglada y, para más inri, jugaba con dos barajas.

Cambió de postura porque se estaba empalmando y aquello no podía ocurrir, y de nuevo crujió el escalón, haciendo que ella se diera la vuelta y lo mirase.

—¿Quieres parar quieto? —preguntó de forma retórica—. Parece que tengas hormigas por el cuerpo.

Si ella supiera... Prefería lo de las hormigas sin dudarlo, porque Séverine estaba a cuatro patas, mirando aquí y allá. Y observar un culito respingón moverse no ayudaba a concentrarse, la verdad.

—Vámonos, aquí no hay nada —dijo él haciendo amago de incorporarse, porque si algo lo fastidiaba era perder el tiempo.

—Siéntate —ordenó ella alzando la voz.

—Además de follar con mujeres y con hombres también te gusta dominar por lo que veo —comentó Pierce con humor, porque si ya estaba «animado», con aquella orden se le había disparado la libido.

—Espera... Levántate.

—¿En qué quedamos? —preguntó molesto.

—¿No oyes nada? —Él negó con la cabeza—. La madera cruje.

—Lo raro es que no se haya desintegrado, esto tiene más de cuatro siglos —murmuró poniendo cara de asco. Menos mal que habían proyectado una nueva escalera y un ascensor acristalado dentro de la torre norte.

—La escalera... —reflexionó emocionada y, sin pensarlo dos veces, agarró una palanca—. Aparta.

—Oye, sin amenazas —se burló Pierce, que intuyó qué pretendía al sostener la herramienta, pero cualquier excusa era buena para chingarla.

Se agachó junto a ella y, conteniendo la respiración, vio cómo iba levantando el viejo tablón, ahuecándolo para soltarlo. Despacio, con suma paciencia.

—Ya casi está...

—¡Rómpelo ya, joder! Total, luego va ir todo nuevo —la apremió.

—¿Seguro? —preguntó Séverine por asegurarse—. Después no me vengas exigiendo daños y perjuicios.

Pierce la fulminó con la mirada. Lo ponía de los nervios que mostrara tanta cautela, ya que según su opinión lo importante eran los resultados.

—Anda, trae —le pidió e hizo fuerza con la palanca hasta que la madera se partió.

El escalón se rompió, pero no lo suficiente.

Así que entre los dos se las apañaron para ir abriendo un hueco de tal forma que pudieran meter la mano dentro y comprobar si, como ella decía, allí habían escondido algo.

Séverine alumbró para que él pudiera trabajar. No dijo nada sobre su aspecto, tan alejado del tipo ejecutivo. Hubiera podido dedicarle un cumplido, pues así no parecía tan estirado; no obstante, creyó que no se lo tomaría bien. Vio cómo sudaba debido al esfuerzo y supuso que también por falta de costumbre, de modo que no lo pensó dos veces y con el bajo de su camiseta le limpió la frente.

—Maldita sea, para estar podrida cómo aguanta esta madera —masculló él, ejerciendo toda la presión sobre la herramienta.

—Debe de ser madera de olmo, una de las que mejor aguantan la humedad, y teniendo en cuenta la construcción es lógico que se utilizara. Además, resiste muy bien a los insectos —explicó Séverine.

—Ahórrate la clase de ciencias —dijo apretando los dientes.

—Pues haz fuerza.

Ella se colocó a su lado y también hizo presión junto a él para que por fin saltara toda la tabla. A Pierce no le importó tenerla pegada y, tras varios esfuerzos, la dichosa madera cedió y como efecto rebote él se cayó hacia atrás, con Séverine parcialmente sobre él, a quien sujetó a duras penas.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupada al ver la cara de sufrimiento de Pierce.

—Joder, me has dado en los huevos —se quejó y ella, apoyándose en los brazos, se alzó y miró hacia abajo. En efecto, su rodilla había quedado justo «ahí»—. Sabía que me la tenías jurada, pero no hasta qué punto...

—Lo siento. De verdad lo siento —se disculpó sincera—. Ha sido sin querer. Maldita sea, Pierce, no soy tan retorcida.

—Pues entonces es que querías meter mano a las joyas de la Corona y no sabías cómo —añadió intentando sonar gracioso, porque era consciente de que Séverine no lo había atacado de forma deliberada. Ella lo ayudó a incorporarse y volvió a secarle el sudor con la camiseta—. Quítatela, así me sentiré más aliviado.

Pierce tiró de la prenda, animándola a que lo hiciese, aunque ella negó con la cabeza.

—Si quisiera, como tú dices, echar un vistazo a lo que consideras las joyas de la Corona, algo por otra parte discutible, pues ya las conozco y, la verdad, no hay para

tanto, créeme, sería mucho más elegante. Y ahora, señor Wesley, voy a «meter mano» en otro sitio.

—Qué responsable... —se guaseó ya recuperado del rodillazo.

—Luego, si te portas bien, a lo mejor te doy un besito en la zona afectada — agregó en el mismo tono guasón.

—Tengo una edad, nada de besitos, me la chupas y punto. ¡Qué menos!

—Vale —aceptó ella dejándolo con la boca abierta, pues pensó que su reacción más lógica sería negarse—. Pero ahora cállate.

Pierce sonrió como un tonto y Séverine puso los ojos en blanco. ¡Qué paciencia debía tener con ese hombre, por Dios!

Enfocó con la linterna el interior del hueco y metió la mano despacio, con cara de concentración. Él estaba emocionado ante la posibilidad de encontrar algo, porque, debía admitirlo, jugar a los exploradores y con ella a su lado era con mucho más divertido que pasarse el día en la oficina, y más tras el intercambio de palabras de connotación sexual, que debían dejar para otro momento, pero no olvidar. Inspiró hondo, impaciente por ver de una maldita vez qué se escondía allí y, porque tras el esfuerzo, bien se habían ganado una recompensa.

—Noto algo —anunció Séverine evidenciando su propia emoción—. Metálico, creo... No, espera, también de madera.

—Sácalo de una jodida vez, me vas a matar con tanto suspense —la apremió Pierce, porque no le apetecía perder ni un minuto más.

—Dame tus guantes —le pidió y él la fulminó con la mirada.

—Te has pasado toda la mañana metiendo las manos sin guantes en cualquier lado ¿y ahora te vas a poner tiquismiquis? Anda, déjame a mí.

—Aparta, no seas manazas. No sabemos cuánto lleva esto ahí escondido, no querrás contaminarlo con suciedad, con bacterias... No podemos arriesgarnos a que se rompa o se desintegre, no sabemos en qué estado de conservación estará.

—Ah, vale —musitó en tono de disculpa, pues no había pensado en eso.

Se los entregó lo más rápido que pudo y sujetó la linterna para enfocar bien. Ambos se colocaron de rodillas ante la escalera y, conteniendo el aliento, Séverine extrajo un cofre del tamaño de una caja de zapatos, de madera y con refuerzos metálicos. Antes de depositarlo sobre el suelo lo dejó sobre su regazo, buscó algo en la maleta y, al no encontrarlo, volcó todo el contenido de su mochila para utilizarla como protección. Pierce la ayudó y admiró en silencio el cuidado que mostraba.

—¿Listo? —preguntó Séverine sonriendo un tanto nerviosa. Él asintió—. Pues

vamos allá.

Ella buscó el cierre. Por suerte no estaba cerrado con llave, sólo un pasador metálico que desplazó con suma delicadeza. No sólo porque el «dueño» se encontraba delante, sino por el valor (no únicamente material) de lo que tenían entre manos.

Lo primero que vieron fue un legajo de papeles atados con una cinta azul. Séverine lo cogió y lo dejó a un lado para a continuación sacar una bolsa de terciopelo asimismo azul. La sostuvo en la mano y, con mimo, abrió el cordón para ver el contenido.

Pierce silbó al distinguir las joyas; perlas, esmeraldas y rubíes.

—Acojonante...

—¡Esto debe de valer una fortuna! —exclamó ella con verdadera admiración—. Aunque ya sé que a familias como la tuya esto debe de parecerles una minucia. Tengo entendido que la colección Wesley alberga verdaderos tesoros.

Él asintió un poco avergonzado, pues era bien cierto y encima, por descuido, lo tenían todo manga por hombro.

—Seguramente —dijo con cautela.

—Cómo os gusta a los ricos pecar de modestia —le recriminó ella, porque poder entrar en los archivos de la familia Wesley sería como ganar la lotería.

—Déjate ahora de críticas. ¿No sería mejor recoger esto y estudiarlo con calma en el hotel? —sugirió Pierce—, porque esto de estar arrodillado empieza a cansar.

—Tienes razón, aquí hay poca luz y no quiero estropear nada —convino Séverine.

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo —apuntó él con ironía, no para molestarla, sino para seguir con el buen humor.

Recogieron todos los aparejos y mientras ella lo dejaba todo ordenado, Pierce sacó de su cartera el plano un tanto precario que había dibujado e hizo una marca.

—¿Qué es eso? —inquirió Séverine curiosa.

—Nada —contestó él doblándolo de nuevo, un tanto avergonzado.

Ella sonrió de medio lado... Por el momento no insistiría. Por lo poco que había atisbado, Pierce había hecho un plano casero. Era buena señal, sin duda: al menos ya no discutían, aunque era cierto que continuaban lanzándose indirectas, pero no con intención dañina. O al menos eso le gustaría creer.

Así que, hechos un asco, llenos de polvo y suciedad indeterminada y deseosos de avanzar se subieron al Evoque. Séverine protestó porque quería ir en su Twingo, pero él se salió con la suya argumentando que resultaría más cómodo y, además, al día siguiente lo más probable era que regresaran a Nuage Noir y, por consiguiente, mover

dos vehículos era absurdo.

Cuando llegaron al hotel, Pierce se dirigió a su suite y se extrañó de que ella no lo siguiera, por lo que se vio obligado a preguntar, recurriendo para ello una vez más al sentido del humor:

—¿No tienes una deuda pendiente conmigo?

—Si te refieres a esa cena, tranquilo, me ducho, me cambio y te llevo por ahí —respondió haciéndose la tonta.

Pierce arqueó una ceja.

—No te hagas la difícil y acompáñame, que necesito que me froten la espalda y por tu culpa no tengo asistente.

En la cara de Séverine se dibujó una mueca de asombro ante ese ataque directo; sin embargo, por el tono empleado dedujo que nada más la estaba provocando.

—Ya eres mayorcito para bañarte solo —replicó.

Pierce rio entre dientes. Era lista la jodida y se vio obligado a recurrir a otro argumento.

—Tu habitación es más pequeña y ahí no podremos hacer «nada».

—Cuando dices «nada» entiendo que te refieres a que, según tú, no podríamos analizar lo encontrado —dijo, siguiéndole un poco el juego.

—En efecto —corroboró Pierce y para que no se le escapara se situó junto a ella y, con una caballerosidad desconocida, le ofreció la mano para llevarla hasta su habitación.

—Eres raro hasta para llevarme a tu suite. Déjame antes pasar por la mía y coger algo de ropa limpia. No quiero estar desnuda... —a él se le iluminó la cara, pero ella se encargó de chafarle la ilusión—, que luego me resfrío.

Pierce esbozó una sonrisa y cerró el pico mientras la acompañaba a su cuarto.

Ni él mismo tenía muy claro cómo hacer frente a aquello.

De momento se quitaría la mugre de encima, ya vería después...

Séverine lo siguió a la suite no muy convencida de que fuera la mejor idea. Desde el punto de vista práctico sí lo era, pues disponían de más espacio para trabajar y hasta cierto punto resultaba lógico que él quisiera vigilar todo lo encontrado. Su parte menos lógica le advirtió que se podía meter de nuevo en problemas, pues Pierce no era un tipo fácil de manejar. A priori podía parecer un hombre cualquiera, que ante una mujer más o menos atractiva reaccionaba de forma previsible, pero como ella misma había comprobado, no le importaba rechazar a quien hiciera falta. Muy pocos poseían ese autocontrol. Todo ello sin olvidar que desde que la había encontrado con Mary Ann se la tenía jurada. De acuerdo, cuando Séverine coincidió en la cafetería con la secretaria abatida su intención no era otra que preocuparse por ella y darle apoyo. Tan sólo había coincidido con ella dos veces, y en presencia de Pierce, por lo que la sorprendió que la siempre serena y sufrida asistente tuviera los ojos vidriosos y sostuviera entre sus manos una copa que aún no había probado y que se moría por beber de un trago si encontraba valor.

Puede que en vez de acercarse hubiera sido mejor pasar de largo; no obstante, sin saber por qué, se solidarizó con ella, pues conocía de primera mano los ademanes dictatoriales de su jefe. Así pues, acabó sentándose a su lado.

Como era de esperar, Mary Ann se mostró reacia a hablar y, tras un par de intentos, Séverine llegó a la conclusión de que el motivo de su congoja no era un jefe tirano, sino sus cuitas personales. Beber hasta perder el conocimiento no era la solución, pero las dos se fueron animando y al final logró arrancarle una especie de confesión. Mary Ann admitió entre hipidos y sonrojos que se sentía fatal por engañar a un jefe tan considerado (ahí Séverine torció el gesto) con sus gustos sexuales, pues pensaba que al señor Wesley no le haría mucha gracia saber que su asistente, la persona de su máxima confianza, era lesbiana. Algo que Mary Ann le ocultaba a todo el mundo.

Una vez recuperada tras oír semejante estupidez, Séverine mandó a freír espárragos a Pierce alto y claro y pidió otra ronda. Como a Mary Ann le daba cierta vergüenza que la pillaran borracha, decidieron seguir hablando y bebiendo en su habitación.

Así que tras confesiones, risas, lloros y alcohol y entregarle a la arqueóloga un par de facturas que ésta rompió en mil pedazos, porque ni loca iba a pagarle a Pierce un céntimo, las cosas se fueron animando. No era la intención de Séverine, no obstante, terminó excitándose y, pese a las mil y unas contraindicaciones, no supo decir no.

Lo que no esperaba era que cierto jefe meticón apareciera por allí y las pillara. De acuerdo, no tenían que darle explicaciones ni a él ni a nadie, pero Mary Ann se sintió violenta y todo se fue al carajo.

Aunque lo peor vino después. Saltaba a la vista que Pierce tenía ganas de venganza y que, además, el muy idiota se lo había tomado como algo personal. Malinterpretándolo todo, como de hecho había sucedido.

Séverine sabía que tarde o temprano llegaría el enfrentamiento. Genial, ya tenía otra razón para discutir con él. A ese paso, cada vez que estuvieran juntos sólo tendrían motivos para enfrentarse, ninguno para hacer las paces.

—¿Quién se ducha primero? —planteó ella nada más dejar con sumo cuidado el «tesoro» sobre la mesa que él usaba para trabajar. No le pasó desapercibido lo ordenada que estaba, algo que en Pierce era habitual. Cuando lo conoció incluso se burló de él por ser tan metódico. Ahora lo más probable era que si le hacía algún comentario al respecto se pusiera a la defensiva.

—Yo, por supuesto —respondió Pierce con cara de asco, señalándose. Sin importarle el hecho de tener compañía, se quitó la camiseta mugrienta y comenzó a desabrocharse los botones de los vaqueros—. Búscame ropa limpia y acércamela al baño —añadió sin ningún pudor al quedarse en ropa interior.

—¿Algo más, señor Wesley? —preguntó ella con retintín, sin obedecer, por supuesto.

—Qué mal imitas a mi mayordomo —replicó él—. Anda, haz lo que se te ordena sin rechistar.

Séverine no salía de su asombro, puede que estuviera fingiendo, pero bordaba el tono y la actitud típica de los aristócratas.

Sólo para poder echárselo en cara más tarde y por curiosidad, se fue al armario y buscó ropa limpia. Pierce, mientras tanto, sin perderse detalle, sonreía de medio lado, porque no se fiaba ni un pelo de que ella, de repente, se mostrase tan obediente y servil.

—¿Le preparo el baño? —inquirió Séverine con la ropa en la mano, procurando adoptar el tono más manso de su repertorio, uno que, por cierto, rara vez utilizaba.

—Sí, gracias —contestó divertido, pues sin duda a ella le estaba costando Dios y ayuda mostrarse tan obediente, y sólo por rizar el rizo, añadió—: Y si me frota la espalda, después puedes retirarte.

Séverine arqueó una ceja y le hizo un gesto para que la siguiera. Él, encantado de disponer de «servicio», se mostró como se suponía que lo hace la gente acostumbrada a tener criados: de manera petulante.

Con actitud servil, ella abrió los grifos y, mientras llegaba el agua caliente, se dirigió a Pierce y señaló su bóxer, que por el momento no revelaba nada preocupante.

—¿Me permite?

Él separó los brazos del cuerpo a la espera de que ella se ocupara y, sin ningún tipo de vergüenza, Séverine se arrodilló para bajárselo.

—Un segundo —la detuvo él, justo cuando ella le rozó el elástico—. ¿No pretenderás tocarme con esas manos?

Séverine, contrariada, parpadeó, y él aprovechó la ley de la ventaja. Tiró de ella hacia arriba, la puso en pie y la empujó, vestida, dentro de la ducha.

—¡Cabrón! —farfulló y Pierce se echó a reír a carcajadas.

Tras controlar su ataque de risa, acertó a decir:

—Hazme sitio, anda.

Y entró en la cabina de la ducha, ya desnudo, y la ayudó a ella a quitarse la ropa de trabajo empapada y sucia, para después tirarla fuera. No hizo falta mirar hacia abajo para comprobar que por fin la mugre de ambos se iba por el desagüe. Pierce extendió la mano y le apartó el pelo de la cara para verla bien. Le sonrió y esta vez sin ironía, más bien con cariño, lo cual la descolocó un poco, pues él no era un hombre dado a las muestras de cariño, no al menos ahora.

Séverine deseó poder tocarlo; sin embargo, se dio cuenta de que era mejor contenerse, no tomar la iniciativa, dejar que surgiera si tenía que surgir. Respiró y procuró olvidarse de sus deseos y disfrutar de lo que en apariencia era un momento sin importancia.

Él se vertió gel suficiente en las manos como para enjabonar a media docena de personas y ella, sin que se lo pidiera, se dio media vuelta y de ese modo Pierce pudo enjabonarle la espalda. Séverine se dejó hacer, disfrutando del masaje que recibía. Hacía mucho tiempo que nadie le prodigaba tales atenciones, así que cerró los ojos.

—Date la vuelta —pidió él en un murmullo y ella obedeció despacio.

Mantuvo los ojos cerrados y recordó la primera vez que se ducharon juntos...

Pierce y su mejor amigo compartían un piso de estudiantes. Séverine iba a verlo

siempre que podía, pues para pagarse los estudios, como la beca no se lo cubría todo, trabajaba de camarera. Incluso tenía llaves de la casa. Como era lógico, él no necesitaba ganar dinero; tanto él como Owen Boston pertenecían a familias adineradas.

Por fortuna, Pierce no se comportaba como el típico niño rico: no escondía su condición, pero tampoco hacía ostentación y ella lo agradecía. Lo había conocido en una típica fiesta de Navidad. Un chico guapo, buena presencia, mirada de jovencuelo pícaro. En dicha fiesta, varias chicas lo miraban con interés, ¿y quién no? Y a Pierce le encantaba y se dejaba querer. Tonteó con alguna que otra, pero como el resto de los asistentes, se fijó en Séverine y, casualidades de la vida, aquella noche se fueron juntos. No quedó muy claro quién sedujo a quién, fue una conexión instantánea. Se despidieron al día siguiente, como suele hacerse con los rollos de una noche. Coincidieron de nuevo y desde entonces, sin saber muy bien por qué, empezaron a verse con mayor asiduidad, pese a que al compañero de piso, Owen, no le hacía mucha gracia, porque también mantenía una relación con otra estudiante y no la metía en casa tan a menudo.

Séverine aprovechó uno de sus escasos días libres para sorprender a Pierce, y vaya si lo hizo, pues aunque había planeado pasar toda la jornada con él paseando, callejeando y comiendo por ahí, nada más llegar a buscarlo se lo encontró aún acostado y se unió a él en la cama, lo que tiró por tierra todos sus planes, ya que no salieron de la casa. Lo hicieron en cada rincón, entre risas, bromas y sin preocuparse por nada más, hasta que acabaron agotados en la ducha, donde Pierce se encargó no sólo de desearla, sino de demostrarle los diferentes usos de la alcachofa y el agua a presión.

—Estás muy callada —musitó ahora, acariciándole la mejilla.

«Si yo te contara...», pensó. Abrió los ojos despacio y lo miró. Pierce mantenía una expresión relajada. Suspiró, los momentos tan íntimos podían confundirla.

—No tengo nada que decir —dijo fingiendo una sonrisa.

—Mmmm, qué raro... —bromeó él sin dejar de tocarla. Ahora sus manos, más cuidadas de lo que pudiera esperarse de un hombre, pasaron cerca de sus areolas, pero no lo suficiente. Desde luego a Pierce nadie lo podía acusar de no ser eficiente a la hora del aseo.

Pudiera parecer que se trataba de un roce inocente, pues no la estaba tocando de manera sexual; sin embargo, ella sí se estaba excitando. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que él también, pero claro, no quería forzar la situación.

Sin preguntar, Pierce agarró la alcachofa y procedió a aclararla; el agua estaba en su punto, pero para ella fue un jarro de agua fría.

—Y ahora, si no es mucho pedir, es mi turno —le indicó en voz baja y Séverine entendió que sólo deseaba que lo lavase.

—Por supuesto, date la vuelta.

Pierce obedeció y ella pudo disfrutar de un buen trasero y de sobarlo mientras recorría su espalda para empezar. La tentación de azotarlo era muy fuerte, aunque logró contenerse. Se ocupó del aseo y, cuando acabó, salió primero para esperarlo con una toalla abierta. Él continuaba empalmado y no entendía cómo se controlaba... Desde luego a ella le costaba Dios y ayuda.

—Qué eficiente —comentó, encantado por las atenciones.

Después se ocupó de sí misma, ya que el señorito estaba a lo suyo. Se cubrió con una toalla y buscó otra para secarse el pelo y lamentó no haberse traído un peine para desenredarse el pelo, pero tenía que ocuparse de unos documentos importantes (para eso sí se había acordado de coger sus finos guantes blancos) y de catalogar las joyas.

Estaba a punto de abandonar el baño cuando Pierce la sujetó de la muñeca, impidiéndole salir.

—¿Qué quiere ahora el señor?

Él sonrió de medio lado e hizo una mueca burlona, ante lo que ella, sin comprender, arqueó una ceja.

—¿Qué voy a querer? ¡Mi «besito»! —exclamó todo ufano.

—¿Lo dices en serio? —preguntó perpleja—. Me tienes ahí en la bañera, a tu disposición, me has sobado de arriba abajo, me has provocado, se te ha puesto dura y has actuado como si nada ¿y de repente, el señor se pone caprichoso?

Pierce se sentó en el banco de madera y, tan pancho, se abrió la toalla mostrando orgulloso su erección. Séverine puso morritos para después cruzarse de brazos como si no la impresionara. Por supuesto, encantada con la panorámica.

—Me lo has prometido —le recordó él un tanto indolente.

—Tenemos que trabajar —alegó y Pierce le sonrió de forma perversa, mientras comenzaba a acariciarse.

Séverine no sabía muy bien a qué demonios jugaba ahora ese hombre. Al despiste, desde luego. Podía negarse y Pierce se tendría que aguantar; sin embargo, terminó cogiendo una de las toallas dobladas, poniéndola a sus pies y arrodillándose frente a él. Eso sí, se esforzó por poner cara de «te estoy haciendo un favor, no me apetece nada, pero así te callas».

—Por lo visto no pareces haber sufrido daños irreversibles —musitó acariciándole los muslos, porque nada mejor que ir despacio.

—Mejor asegúrate, por si acaso —dijo provocador.

—Yo no veo nada raro... —replicó y se limitó a seguir pasando las manos arriba y abajo por sus piernas, lo que, por supuesto, lo impacientaba.

Séverine se preguntó durante medio segundo cómo era posible que pasaran de enfrentarse a acabar arrodillada delante de él y dispuesta a chupársela.

Pierce, empalmado y con ganas de que aquella boquita en vez de soltar lindezas se ocupara de su polla, sonrió para despistar un poco y extendió el brazo para peinarla con los dedos. Como había previsto, Séverine se mostró agradecida y, antes de que ella se diera cuenta, la obligó a inclinarse de tal forma que le puso la punta en los labios.

—Abre la boca y chupa de una vez —la apremió.

—¿Y si no quiero?

—Cumple tu palabra —le recordó—. Y déjate de excusas. ¿O hace tanto tiempo que no te comes una buena polla que ya no te acuerdas de cómo se hace?

Séverine se atragantó al estallar en carcajadas. Debía reconocerlo: el jodido tenía su gracia. Cuando por fin se tranquilizó, él seguía a la espera, por lo que se humedeció los labios y después, sin dejar de mirarlo a los ojos, le pasó la lengua por el glande como si se tratara de un pirulí.

—Jo-der... —graznó Pierce, debido a la sensación que sintió con el primer contacto de aquella maldita y húmeda lengua.

—¿Se hacía así... —separó los labios, succionó exagerando el ruido y añadió—: o así?

—Como te dé la puta gana —acertó a decir él.

Ella se rio entre dientes y se concentró en hacerle una mamada inolvidable y, por cómo gemía Pierce, era evidente que iba por buen camino. No sólo utilizaba la boca, con las manos le presionaba las pelotas o las deslizaba más abajo, acercándose a una zona que a muchos los inquietaba, pero que por lo visto a él no; más bien todo lo contrario, pues a medida que intensificaba la succión, empujaba hacia arriba, metiéndosela con mayor brusquedad.

Pierce respiró hondo, echó la cabeza hacia atrás y procuró no comportarse como un animal salvaje, que era precisamente lo que le pedía el instinto. Joder, qué bien la chupaba. Se las apañaba para tenerlo todo el tiempo expectante, tan pronto succionaba con fuerza como de repente bajaba el ritmo y sólo recorría con la lengua los pliegues

del glande. Y si ya con eso no fuera suficiente, además su mano se las apañaba para preocuparlo y excitarlo a partes iguales cada vez que se acercaba a su trasero. Era evidente que Séverine había mejorado, y mucho, en el arte de la felación, pues la primera vez que le hizo una acabaron riéndose, porque ella no tenía ni idea de nada y le costaba aguantar las arcadas. Ciertamente le puso voluntad, pero al final Pierce, ante sus apuros, optó por renunciar al placer oral y divertirse de otra manera. Por supuesto, volvieron a intentarlo y la cosa fue mejor, aunque ni de lejos como ahora. También podía ser que la falta de sexo de los últimos tiempos lo estuviera confundiendo. Daba igual el motivo, se la estaba chupando de puta madre.

—Joder, Séverine... —gimió, sintiendo ese hormigueo que indicaba que ya estaba llegando a la meta, sólo le faltaba el esprint final.

Ella le clavó las uñas en los testículos, un golpe de efecto. Pierce siseó, porque era lo último que esperaba. Nunca había sido muy amigo de recurrir al dolor, ni el más leve, y tras el arañazo recibió unas perturbadoras caricias que, aparte de aliviarlo, lo volvieron loco.

Inspiró hondo, enredó las manos en su pelo y le sujetó la cabeza para que no se apartara, pues estaba a punto de correrse y quería hacerlo en su boca.

Lo hizo y gruñó debido a la intensidad. Cerró los ojos y eyaculó sin preocuparse de nada. Ella permaneció arrodillada a sus pies, acariciándolo hasta que por fin fue capaz de abrir los ojos. Entonces miró hacia abajo y se dio cuenta de que había sido un egoísta de manual, pero, maldita sea, ¿quién era el valiente que renunciaba a algo semejante?

—¿Satisfecho? —preguntó Séverine arqueando una ceja.

Pierce se aclaró la garganta para poder responder:

—Mucho.

Ella se puso en pie y le dio un beso rápido en los labios.

—Y ahora, si al señor no le importa, voy a trabajar un poco, que nunca se sabe dónde puede estar el jefe —dijo de buen humor.

—Ven aquí, joder —graznó él, impidiendo que abandonara el baño—. ¿Cómo puedes pensar ahora en el trabajo?

Séverine se encogió de hombros. Estaba claro que ponerse a catalogar y hacer un informe, pese a las ganas que tenía de descubrir cada secreto de Nuage Noir, no era su prioridad, no al menos hasta pasada media hora, cuando se relajara un poco.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues olvidarte por un instante y dejarte llevar, que no es tan difícil —le espetó,

un poco cansado de su actitud distante.

«Si tú supieras...», pensó ella de nuevo, negando con la cabeza.

—Claro que no, pero contigo, Pierce, no sé a qué atenerme. Tan pronto eres un tipo encantador, cariñoso, como el que recuerdo, para, sin motivo aparente, convertirte en un cabrón. Así que perdona si no actúo de forma coherente.

Él reflexionó sobre esas palabras. No la soltó y frunció el cejo. De acuerdo, cor ella no estaba siendo lo que se dice muy honesto; en el fondo continuaba resentido desde hacía quince años y, por mucho que hubiese madurado, le costaba dejar atrás aquel capítulo. De ahí que intentar pronunciar una frase para convencerla, siendo él mismo consciente de que no iba a ser del todo sincero, era el mejor camino para acabar discutiendo. Como, por otra parte, no le apetecía mucho cargarse aquella especie de tregua que habían alcanzado, procuró mostrarse relajado, mientras se ponía en pie para poder besarla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, echándose hacia atrás para esquivarlo.

—Besarte. ¿Por qué desconfías?

—¿Tú qué crees? —replicó Séverine.

Y él, para evitar más explicaciones, la sujetó de la nuca, esbozó una sonrisa y se inclinó, deteniéndose a unos milímetros de su boca.

—Ni se te ocurra hacerme la cobra.

—Pues ganas no me faltan —murmuró, aunque en el fondo se estaba derritiendo al tenerlo tan cerca, porque, tras la ducha, toda una prueba casi superada, su nivel de aguante con tanta estimulación ya rayaba el heroísmo y ella nunca había querido ser la heroína del cuento.

Él suspiró, cuánta dificultad para tener un detalle con aquella mujer.

La miró fijamente y eso pareció surtir efecto. Estaban muy cerca, notaba su respiración y cómo, entre una cosa y otra, ya se estaba animando, así que manteniéndola sujeta de la nuca para que no se le escapara (aún no las tenía todas consigo), tiró de la toalla con la que Séverine todavía se cubría y le rodeó la cintura para pegarla bien a su cuerpo y que ella se hiciera una idea de lo que iba a ocurrir.

La besó a conciencia, dibujándole primero el contorno de los labios para ir separándoselos antes de profundizar. Séverine gimió y levantó los brazos para rodearle el cuello.

—Menos mal... —musitó Pierce, y antes de que ella recuperase su lado peleón y le chafara la escena de seducción, bajó las manos, la sujetó del culo y la elevó.

La respuesta no se hizo esperar, aparte de jadear por la sorpresa y la excitación,

Séverine le rodeó la cintura con las piernas y dejó que él llevara la voz cantante. Y la llevó, pues demostrando una fuerza increíble para un tipo que se pasaba el día en la oficina, sintió cómo su espalda chocaba con una pared, de azulejos, para ser exactos.

Y Pierce, sin dejar de besarla, después de lo que le había costado, se las apañó para, sin caerse de culo, sin que ella protestara y sin fallar (eso lo haría quedar como un idiota), metérsela y empotrarla contra la pared hasta que Séverine gritó su nombre y lo mordió en el hombro mientras alcanzaba el clímax.

—Creo que vamos a tener que ducharnos de nuevo —murmuró cuando volvió a poner los pies en el suelo.

Séverine, una vez recuperada del «empotramiento intensivo», se puso un pantalón corto deportivo y una camiseta extragrande para meterse en faena. Ciertamente que aún le temblaban las piernas, pero en algún momento tendría que olvidarse del polvazo que habían echado en el baño y de lo peligroso que podía ser Pierce cuando le daba por adoptar el papel de tierno.

Pues al follársela al más puro estilo brutote contra las baldosas (demostrando no sólo estar en buena forma, sino también una considerable habilidad) y tras correrse, había mostrado que también existía un espacio para la ternura, pues la había mirado a los ojos y acariciado la mejilla de una forma tierna.

Lo más idóneo para no enredar más la madeja era concentrarse en el trabajo, ya había disfrutado de un desahogo, por lo que bien podía dar ese capítulo por cerrado. Pero aunque puede que el cuerpo se le hubiera quedado más o menos contento, su cabeza seguía pensando en el resto de las posibilidades con él cerca y sin ropa.

Lo más desconcertante era que Pierce seguía acusándola de ser una trepa, una mujer sin escrúpulos, capaz de recurrir a cualquier estratagema con tal de medrar; sin embargo, a la hora de follar no demostraba tantos remilgos.

Qué curioso...

Ese pensamiento enfrió un poco sus ideas más calenturientas de tal forma que pudo concentrarse, o al menos intentarlo, y para ello nada mejor que seguir su rutina.

Sacó sus guantes blancos de algodón, iguales a los que se utilizaban en joyería para no estropear las piezas, y se sentó a la enorme mesa donde estaba el portátil megamoderno de Pierce y algunos papeles, eso sí, ordenados a la perfección.

Hasta daba miedo tocar algo por si él se enfadaba. Lo recordaba mínimamente maniático, y con el paso de los años esa singularidad se podía haber incrementado hasta resultar odiosa.

—¿Empezamos? —preguntó él acercándose.

Al parecer ya se había recuperado del esfuerzo realizado en el cuarto de baño.

No pudo evitar mirarlo de arriba abajo. Supuso que poca gente tenía la oportunidad de ver al señor Wesley con una camiseta negra un tanto descolorida, con estampado de Iron Maiden, y un pantalón pirata que a casi todos los hombres les

sienta como una patada en los huevos, con dos excepciones: los modelos de pasarela y Pierce. El pelo húmedo peinado de cualquier manera y, para rematar, unas chanclas que iban marcando el paso con su flip flop.

Él se sentó como si tal cosa y se puso las gafas. Si no lo conociera, Séverine le habría tomado por el informático friki de la empresa.

A lo mejor no era tan obseso del orden como daba a entender.

—Sí, vamos a ello —murmuró, emocionada por poder tener entre sus manos aquellos tesoros. Dejando a un lado el valor económico de las joyas encontradas, lo que más la entusiasmaba era descubrir qué escondían los papeles.

—Ahora que estamos relajados será más sencillo, ¿no te parece? —comentó Pierce con actitud seria, aunque su tono fuera bromista. Ella lo fulminó con la mirada —. Oye, al menos sé sincera. Si nada más llegar nos ponemos a trabajar, ambos sabemos que la tensión sexual no nos hubiera dejado dar una a derechas, así que al menos deberías estar agradecida.

—Lo que hay que oír... —dijo Séverine entre dientes, para no seguir con aquella conversación. Demasiada arrogancia en una sola frase.

Con un cuidado exquisito, fruto de la experiencia, fue sacando las piezas y colocándolas sobre la mesa. Se notaba el paso del tiempo, pero el estado de conservación era muy bueno; sólo había un poco de suciedad. Cogió su móvil y fue haciendo fotos de cada pieza, plano general, detalles de las piedras preciosas, cualquier particularidad que ayudara a su posterior archivo. Ella no tenía conocimientos suficientes para valorarlas desde el punto de vista económico, por lo que le pediría autorización a Pierce para enviarlas a un tasador de confianza amigo suyo. Después numeró cada joya: en total había siete magníficas piezas. Tras tomar todas las fotografías que consideró pertinentes, se puso a redactar una especie de catálogo con la misma meticulosidad.

Pierce observaba atento y en silencio cómo trabajaba, su cara de concentración, hasta ahí lógico, y de emoción, algo con lo que no contaba. Se dio cuenta de que si a Séverine se le permitiera el acceso a la biblioteca, archivos y museo de la familia Wesley, sería la mujer más feliz del mundo.

No quiso interrumpirla y se ocupó él mismo de pedir algo de comer. Por norma general, se limitaba a dar instrucciones a su secretaria o a otro subordinado; sin embargo, decidió que bien podía hacerlo él: no se le iban a caer los anillos por ello.

Mientras esperaba a que les sirvieran en la habitación, y para no molestarla, se puso delante de su ordenador a responder correos. Una labor un tanto tediosa en

comparación con descubrir secretos del pasado, pero para el buen funcionamiento de sus intereses debía ocuparse de ello. Todo parecía seguir funcionando más o menos con normalidad y eso que entre una cosa y otra llevaba ausente de su oficina más de quince días, un hecho sin precedentes. Entonces se puso a pensar y llegó a la conclusión de que su trabajo no era ni de lejos tan entretenido y estimulante como el de Séverine.

Él se pasaba horas y horas sentado en un sillón, desde donde tomaba decisiones un poco aislado, nada más. Leía informes que él no se había encargado de redactar. Mantenía encuentros con jefes de departamento que lo ponían al día sobre el funcionamiento de cada sección. Rara vez surgían anomalías y, cuando ocurría, éstas eran nimias. Acudía a almuerzos de trabajo en los que en esencia se trataba de dar una imagen de profesionalidad, porque los pormenores ya estaban atados y bien atados.

No es que se estuviera planteando un cambio radical, no, por Dios, pero sí al menos un leve replanteamiento de sus funciones. Debería empezar por estar más en contacto con sus empleados, ocuparse él de algunas tareas y no sólo dar el visto bueno al trabajo de otros.

Tras repasar sus cosas, cayó en la cuenta de que sólo restaba un asunto. Le jodía mucho dejar flecos, aunque no estuviera en su mano la solución. Presionar a Mary Ann para que volviera, pese a que no deseaba otra cosa, quedaba descartado, pues le había prometido a su hasta ahora asistente unos días de vacaciones.

La sola idea de prescindir de ella y buscar una sustituta le daba dolor de cabeza. Antes de Mary Ann había tenido que aguantar a dos mujeres que, si bien contaban con un currículum envidiable, tenían pocas luces, les faltaba ese no sé qué, una mezcla de iniciativa e intuición, para trabar con él.

—Llevas mucho tiempo callado, eso no es bueno —murmuró Séverine observándolo de reojo.

A saber qué se le estaba pasando por la cabeza. «Mejor no saberlo», se dijo.

—Reflexionaba, nada más, cosas mías —contestó, centrándose de nuevo en ella—. He pedido algo de comer, espero que no te importe.

—Gracias —dijo ella, tras acabar de analizar las piezas de joyería. Volvió a guardarlas en el saquito de terciopelo—. Tendría que enviarlas para que las analicen.

—¿Son falsas? —inquirió frunciendo el cejo.

—Dudo mucho que en aquellas fechas alguien se molestara en hacer una imitación tan buena, pero no lo descarto. Además, podremos hacer una tasación más ajustada si un experto en gemas preciosas las examina —explicó con su aire más profesional.

—De acuerdo, cómo tú creas conveniente. ¿Y qué hay de los documentos?

—Vamos a ello. —Se quitó los guantes que había utilizado para manipular las joyas, en los que se veía ya suciedad, y se puso unos limpios para tocar aquellos papeles—. Están bien conservados. Y son de calidad...

Pierce le hizo un gesto para que prosiguiera, pues él en aquellos temas estaba perdido, y además disfrutaba viéndola emocionarse con algo a priori tan básico. Pocas personas mostrarían tanta pasión ante unos cuantos documentos antiguos.

Una vez que Séverine deshizo el nudo de la cinta azul, desenrolló los papeles y, con extremo cuidado, los alisó para poder leer su contenido.

—Parece caligrafía femenina —comentó, separando las hojas con unas pinzas para evitar desgarros en el papel.

Él se sentó junto a ella para observar mejor, quizá contagiado por su entusiasmo y porque, no iba a negarlo, le había picado la curiosidad. De vez en cuando iba bien salir a la calle y mancharse las manos; además, a ello había que sumar el estímulo de tenerla cerca, porque a pesar de querer mantener el resentimiento, cada vez le costaba más.

Vale, Séverine no era trigo limpio. De momento le concedería una especie de período de gracia para ver con exactitud hasta dónde era capaz de llegar con tal de lograr sus objetivos. De acuerdo, comportarse con aquella desconfianza cuando pensaba en volver a desnudarla era cuando menos hipócrita, pero no podía hacer otra cosa. Si al final ella confirmaba sus sospechas, al menos la mandaría a paseo sin titubear y sin remordimientos por haber obtenido un beneficio extra.

—«Diez de octubre de mil seiscientos sesenta y seis... —comenzó a leer ella—. A vos, mi querido y amado primo recurro como último recurso, pues la tragedia acecha a nuestra familia. Como bien sabéis, vuestro querido tío, mi padre, ha sido traicionado por el que creía que era su mejor amigo...» —Séverine se detuvo y frunció el cejo—. Son cartas personales...

—Hasta ahí he llegado yo solo. Lo que espero es que no se traten de empalagosas cartas de amor de una jovencita enamoradiza —apuntó él con humor.

—«Humbert de Langlois, ese hijo de Satanás, con tal salvarse ha renegado de sus creencias y delatado a quienes le dieron cobijo cuando fue señalado en la corte por no poder acreditar su origen noble» —prosiguió leyendo Séverine.

—¿De qué me suena a mí ese apellido? —murmuró él pragmático.

—Ésta no es la carta de una mujercita enamorada —reflexionó ella y se dispuso a seguir leyendo—: «Le dimos respetabilidad y mentimos por él ante el mismísimo rey

para que no fuera señalado y ahora ha decidido lanzar acusaciones contra nosotros con la única intención de quedarse con lo que no le pertenece...»

—Ahora vuelvo, voy a hacer un par de llamadas —dijo Pierce, apartándose de la mesa de trabajo.

Séverine se encogió de hombros; quería avanzar, que él hiciese lo que le viniera en gana. Con tal de que no molestase, por ella perfecto. A cada palabra que leía sólo podía pensar en la siguiente.

—«Querido primo, nuestra vida depende de vuestra intervención, sólo en vos podemos confiar nuestra situación, ya que vuestra influencia en la corte podrá frenar la ambición desmedida de Langlois y evitar que mi querido padre acabe en prisión por un crimen que no es tal, pues defender nuestras creencias con vehemencia nunca puede serlo. —Séverine se detuvo y buscó algo con lo que anotar antes de llegar a la última parte—. Firmado, Priscilla Bouchart...» Vaya... Ya tenemos un nombre.

Escribió el apellido y acto seguido encendió el móvil para buscarlo, a ver si encontraba alguna pista. Como siempre, una búsqueda en internet significaría un montón de resultados. Probó introduciendo el nombre, pero no hubo suerte, ya que lo más probable era que se tratara de un personaje que pasó sin pena ni gloria, lo que los dejaba en el mismo punto.

Se puso de inmediato con los siguientes papeles, confiando en que poco a poco pudiera establecer una teoría que ayudara a encontrar el resto de las piezas y, por supuesto, encajarlas.

En aquel instante regresó Pierce sonriente y se sentó a su lado, mirándola como el gato que ha cazado al ratón.

—¿No vas a preguntar a quién he llamado? —dijo, agitando su carísimo móvil delante de sus narices y sonriendo satisfecho.

—Mira que eres presumido —le soltó ella evitando sonreír. Cruzó los brazos, se recostó en la silla y lo miró dispuesta a darle un minuto como mucho antes de mandarlo a paseo—. Suéltalo.

—Acabo de hablar con el secretario de mi padre. No le ha hecho mucha gracia que lo llame tan tarde, pero ha accedido a hacer unas consultas.

—Dudo mucho que haya accedido —murmuró Séverine, pensando en el pobre hombre.

—Para eso le pagan —afirmó Pierce sin más—. Se ha puesto en contacto con el administrador, que ha localizado al encargado de digitalizar nuestros documentos y ha revisado algunos archivos y *voilà!*

—Deja el misterio para otro momento y di lo que tengas que decir o cállate —lo exhortó.

Pierce sonrió de medio lado ante tanta impaciencia. Le gustaba jugar a crear expectación y Séverine se lo estaba poniendo muy fácil.

—La familia Langlois era la propietaria de Nuage Noir en 1946 cuando lo adquirió mi bisabuelo Sebastian —anunció, orgulloso de aportar un dato relevante.

—¡Impresionante! Y sólo has tenido que molestar a tres personas, qué eficiente —comentó ella con sorna, pese a que ese dato sería de ayuda. Lo anotó con disimulo en su libreta, ya lo investigaría más tarde.

—Di lo que quieras, pero al menos yo he hecho los deberes —retrucó él sin molestarse—. Además, para eso los contratamos.

—Cómo os gusta a los ricos dar por saco —se lamentó Séverine, aunque en el fondo estaba agradecida de tener ese dato.

—Y no sólo eso... —Pierce hizo una pausa y le guiñó un ojo—. Me van a localizar el contrato original de compraventa.

—¿De verdad?

—Ahora ya puedes decir lo bueno que soy —sugirió todo chulo.

Séverine puso los ojos en blanco ante un tipo tan presuntuoso.

—Anda, ponte un par de medallas —bromeó y él se echó a reír.

—¿Ni siquiera estás impresionada?

—¿De verdad te van a enviar esos documentos? —Él asintió—. ¿Y podré verlos?

—Depende... —contestó a modo de tanteo—. ¿Qué estás dispuesta a ofrecer a cambio?

—Mi eterna gratitud, por supuesto.

—¿Molesto a tres hombres, dos de edad avanzada, a horas intempestivas y eso es lo único que me ofreces?

—Para eso les pagas —le recordó ella utilizando sus propias palabras y sonriéndole con cara de niña buena.

Pierce entonces sufrió una especie de *flashback* y recordó la primera vez que vio sonreír a Séverine de aquella forma... Hacía sólo una semana que la conocía y se la encontró por casualidad saliendo de la biblioteca. Ella se mostró tan sorprendida como él, pues, tras una noche de sexo, ninguno de los dos había pensado en repetir; sin embargo, le pareció bien invitarla a un café y charlar un rato. Séverine se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, aunque después, cuando ya iban por la segunda taza, habían hablado de infinidad de cosas y, olvidándose del tiempo transcurrido,

ella le sonrió de una forma cálida, para después aceptar acompañarlo a su piso compartido.

Ése fue el principio...

—En fin, sí, te dejaré ver el contrato original...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, ella se le había echado encima y lo estaba besando con una intensidad de la que no podía derivar nada bueno, o puede que sí, según cómo se mirase.

No sólo lo besó, también enredó las manos en su pelo, volviéndose más agresiva.

—Mmm... Gracias... —ronroneó.

—Joder —gruñó él, metiendo la mano por debajo de su camiseta hasta llegar a su pecho y comenzar a tocárselo con verdaderas ganas, encantado de encontrar sus pezones bien duros y, por supuesto, sin rastro del sujetador—. Si pretendes que avancemos algo esta noche, no me provoques, que no respondo.

Ella se echó a reír ante aquella amenaza tan carente de voluntad, pues por el tono saltaba a la vista que Pierce no tenía intención de cumplirla.

—Sólo quería darte las gracias —replicó y lo dejó con la miel en los labios al moverse con la intención de separarse, algo que él no permitió.

—Pues dámelas un poco más y después ponte a trabajar —dijo altanero.

—¿Perdona?

Pierce no respondió, no al menos con palabras. Se limitó a besarla y meterle mano como si fuera un adolescente calenturiento en su primera cita.

—Ya te las he dado bastante —contestó ella y se apartó lo justo para mirarlo a los ojos—. Ahora...

—Yo no estoy tan seguro... —bromeó Pierce y con un rápido movimiento la acorraló contra la mesa para volver a las andadas.

Sin embargo, no pudo proseguir, ya que justo en ese instante llamaron a la puerta y no le quedó más remedio que gruñir, recolocarse los pantalones e ir a abrir.

Con la llegada de la cena, las aguas parecieron calmarse y eso les permitió charlar de asuntos relacionados con el proyecto, aunque al principio los dos se mostraron reticentes para no hablar más de la cuenta, pero cuando a Pierce le sonó el móvil indicando que acababa de recibir un correo electrónico y le mostró el contenido, Séverine, aparte de emocionarse, se dio cuenta de que si querían avanzar más deprisa debía compartir con él más información.

Tras saciar su apetito, Pierce le permitió usar su portátil para poder leer los documentos relativos a la adquisición del palacete. En efecto, como parte vendedora

figuraba un tal Louis Langlois; por tanto, ahora faltaba establecer la conexión entre la familia que construyó Nuage Noir y la que lo vendió, pues Séverine había observado que el escudo de armas de la sala principal era el de la familia Langlois. Eso daba qué pensar.

—Las cartas que he leído son de Priscilla Bouchart y por cómo se expresa deduzco que su familia era la propietaria. Están fechadas en 1666, así que lo ideal sería encontrar documentos posteriores.

—Espera un minuto... —dijo él y de nuevo cogió su móvil.

«Sin duda va a molestar a alguien», pensó Séverine y se concentró en la siguiente carta.

2 de diciembre de 1666

Mis peores presagios se han confirmado. Hace dos días llegó un emisario de Humbert de Langlois y no contento con arruinar la reputación de mi familia delatando el pasado hugonote de mi padre, ha pedido mi mano.

Se trata de un vil chantaje. ¿Cómo voy a desposarme con el hombre que ha vertido las acusaciones contra mi progenitor?

Querido primo, necesito que vos encontréis las pruebas que lo incriminen también a él, es la única forma de detener esta locura.

Afectuosamente,

PRISCILLA BOUCHART

Séverine anotó la fecha en su resumen y la subrayó mientras se quedaba pensativa. Observó de reojo a Pierce, que daba órdenes por teléfono a su abogado. Menos mal que Yves no lo veía, porque con aquellas pintas de friki perdería toda la autoridad.

Él se dio cuenta de que lo estaba observando y arqueó una ceja, por lo que a ella no le quedó más remedio que volver a concentrarse en la lectura.

16 de diciembre de 1666

Estimada prima:

Con todo el dolor de mi alma debo comunicaros que las gestiones han resultado infructuosas, pues el poder de Langlois ha anulado cualquier intento para salvar a mi estimado tío de prisión. Además, los documentos que ha presentado ante la corte avalan su postura. Delatar a vuestro padre le ha granjeado además la amistad de cortesanos muy cercanos al rey, ávidos por

hacer méritos, y que no dudan en aprovechar cuanta oportunidad se presente.

Ahora es aconsejable no hacer ruido, intentar que todo esto se vaya apagando. No es bueno que el nombre de nuestra familia esté presente en los mentideros, pues eso sólo aumentará los rumores.

Querida prima, mi último consejo es que aceptéis la propuesta de matrimonio de Langlois, al menos el patrimonio de la familia quedará en buenas manos y vos ganaréis seguridad al estar bajo el apellido de vuestro esposo.

En cuanto mis obligaciones me lo permitan iré a veros. Entretanto, no cometáis ninguna estupidez, mostraos dócil, educada y evitad cualquier enfrentamiento con vuestro futuro marido.

Afectuosamente,

TRISTAN BOUCHART

—¡Joder... qué culebrón! —exclamó ella al terminar de leer la misiva.

Séverine hizo unas anotaciones en su cuaderno. Desde luego, aquello se ponía cada vez más interesante. Hizo hasta un diagrama, en el que iba poniendo las fechas para ver si de ese modo lograba establecer un patrón, pero nada.

Buscó con la mirada al señorito y vio que seguía enfrascado en una discusión por teléfono. No gritaba, aunque por cómo daba órdenes, pensó que no le gustaría estar en el pellejo del interlocutor.

Para salir de dudas, nada mejor que seguir leyendo, y se puso a ello.

En las siguientes misivas, Priscilla intentaba recabar apoyos entre sus amistades, pero por las respuestas que recibía, era evidente que no tuvo éxito; le decían buenas palabras y ninguna implicación efectiva. A la pobre cada vez se le notaba más la desesperación, pues su boda era inminente.

30 de marzo de 1667

Querido y amado padre:

Todos me han dado la espalda, aquellos en los que deposité mi confianza me han dejado sola ante el más despreciable de los hombres. Sé de vuestras penurias y vuestro deterioro tras meses en prisión. Acepto pues, contra todo lo que creo y traicionando tanto mi corazón como mi alma, desposarme con el traidor de Humbert. Sé que de ese modo no acabaré en las calles desamparada y seré la señora de Nuage Noir, pero tan sólo porque vos, padre, me lo rogáis, cederé, sin embargo, ya que yo he de entregarme a los deseos de un hombre al

que aborrezco, no le entregaré los tesoros de nuestra propiedad. Todo cuanto sea de valor quedará, hasta que nuestro apellido recupere el prestigio, escondido entre sus muros.

Empezaré con las joyas de mi añorada madre, pues mucho me temo que Langlois las empeñará, con tal de seguir comprando voluntades.

Fijaré la fecha de la boda al quedar vos libre de todo peligro, no antes, pues desconfío de la palabra, otrora amiga. Así pues, padre, espero noticias vuestras.

Vuestra devota hija,

PRISCILLA BOUCHART

—Fue ella... —exclamó Séverine emocionada—. ¡Pierce!

A pesar de llamarlo a gritos, él no aparecía, así que debía de estar o en el baño o en la terraza y fue en su busca.

—¡Pierce! —insistió, releendo el documento por si la vista le había jugado una mala pasada. Porque ahora tenía en sus manos un hilo del que tirar.

Él, que se encontraba junto a la ventana hablando por teléfono, la miró por encima del hombro.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó frunciendo el cejo y tapando el auricular con la mano.

—Sé quién ideó todo esto —contestó Séverine emocionada, acercándose.

—Mañana quiero la confirmación de esos datos —exigió Pierce a su interlocutor y cortó la llamada—. Cuánto echo de menos a Mary Ann —musitó y después, con aire indolente, se dirigió a ella—. ¿Qué me decías?

—Sé quién ideó todo esto de esconder documentos, joyas y demás cosas en Nuage Noir y también sé los motivos —anunció satisfecha.

Pierce, no muy convencido, le hizo un gesto para que hablara.

—Te escucho...

Séverine inspiró hondo, pues para ella no existía nada tan atractivo como desentrañar misterios e ir montando rompecabezas históricos y, por su expresión, era evidente que estaba ante uno increíble.

Le explicó lo que había leído en las cartas. Todavía le quedaban algunas pendientes, así que, impaciente como nunca, se puso a ello, pues no iba a ser capaz de conciliar el sueño. Pierce tenía dos opciones: intentar persuadirla, misión casi imposible, o unirse al «enemigo». Pese a que lo que le pedía el cuerpo no era descubrir secretos del pasado, terminó contagiándose del interés mostrado por Séverine y se dispuso a leer también, convencido de que quizá solucionarían todo aquel embrollo a la mayor brevedad posible.

Encontraron misivas sin mucho valor informativo, datos relativos al funcionamiento de Nuage Noir que no iban a ninguna parte más allá del hecho anecdótico, hasta que por fin dieron con un documento que sí les abría algunas puertas, aunque no todas.

Priscilla Bouchart explicaba en una carta un sistema para salvaguardar no sólo las riquezas de la familia, sino también los documentos y los títulos de propiedad. El problema era que faltaba el siguiente papel. La mujer indicaba que utilizaría el alfabeto griego como guía para poner a salvo las joyas familiares, así como los documentos sobre las propiedades y los arrendatarios, para que, si Langlois pretendía hacerse con el patrimonio, no lo consiguiera hasta acreditar la titularidad. Además, privándolo de esos informes, ponerse al día le resultaría incluso más complicado. Eso explicaba por qué se incluían entre los documentos anotaciones sobre cuentas domésticas o inventarios de la despensa. Cualquier dato que se ocultara, por nimio que fuera, retrasaría cualquier toma de decisión y exigiría un trabajo extra.

—Con ello la mujer pretendía ganar tiempo por si cambiaban las tornas y su padre lograba regresar y obtener las pruebas que desenmascarar al traidor Humbert —

murmuró Séverine, solidarizándose en el acto con la mujer de las cartas.

—Das por hecho que ella es la buena y Langlois el canalla —dijo él, haciendo de abogado del diablo.

—Pierce, por favor, piensa un poco, estamos hablando del siglo diecisiete, ¿quién imaginas que llevaba el bastón de mando? —preguntó ella de forma retórica.

—No te fíes de las apariencias —arguyó él sin darle aún la razón, pese a que la teoría de Séverine tenía más lógica.

—Sigue leyendo —contestó ella, fulminándolo con la mirada.

Pero su entusiasmo se fue diluyendo, pues la afición epistolar de Priscilla se vio interrumpida justo una semana antes de la fecha de su boda. Séverine elaboró la teoría de que, llevada por las prisas, no pudo registrar por escrito todos los puntos utilizados como escondite, pues era más apremiante ejecutar su plan. Así pues nos les quedaba otra opción que seguir investigando.

—Bueno, mañana más —murmuró recogiendo todo con sumo cuidado. Bostezó y se frotó los ojos, porque estaba agotada—. Nos vemos en el desayuno, ¿te parece bien?

—¿Adónde vas ahora? —preguntó extrañado cuando vio que se colgaba la mochila al hombro.

—¿Prefieres que deje esto a tu cuidado? —dijo ella, refiriéndose a lo que habían encontrado en la torre norte.

—No, joder, sé que lo vigilarás y protegerás con tu vida si fuera necesario —contestó Pierce con aire burlón, aunque no se alejaba mucho de la realidad—. Aun así, no entiendo adónde vas ahora: son casi las tres de la madrugada.

Séverine bostezó y replicó cansada:

—A dormir, o al menos a intentarlo. Mañana va a ser un día complicado.

—Puedes quedarte aquí, estás molida.

—Pierce, me parece que no es buena idea —comentó, porque una cosa era echar un polvo a lo bestia contra los baldosines del baño y otra muy distinta dormir juntos; no quería volver a sentirse vulnerable ante él.

—Escucha, estoy agotado, lo que viene a traducirse en que soy inofensivo. ¿Tú te crees que después del día que llevo encima me apetece ponerme a empujar como un campeón? Y eso sin mencionar el esfuerzo de convencerte. —Negó con la cabeza.

—¿Inofensivo? —repitió ella intentando sonar irónica, pero debido al cansancio no lo logró, pues volvió a bostezar.

—Eso he dicho.

Séverine terminó aceptando sin estar del todo convencida; se limitó a ser pragmática y, la verdad, ver la enorme cama y sólo tener que andar cuatro pasos resultaba muy tentador. Hizo una parada rápida en el cuarto de baño y cuando apagaron la luz él ni se le había acercado. Tampoco tuvo que preocuparse mucho de si Pierce era o no inofensivo, como había asegurado, pues cayó dormida apenas cinco minutos después.

Si él intentaba algo, desde luego tendría que desistir, pues a ver quién era el valiente que la convencía para echar un polvo. Eso o hacerlo a traición, y Séverine estaba convencida de que Pierce no era de esa clase de tipos, de esos que te levantan la pierna y te la meten quieras o no como un perro baboso. Él tenía estilo o, al menos, la imaginación suficiente como para convencerla.

Unos estridentes pitidos hicieron que volviera a la realidad. Estiró el brazo para buscar el móvil y, gimiendo, logró apagarlo. Suspiró y se tumbó boca arriba. Tenía la sensación de haber dormido como mucho dos horas.

—Buenos días —murmuró él a su lado, sonando tan fresco como una lechuga pese a haber dormido tan poco como ella.

Abrió un ojo para mirarlo. Maldita sea, al menos podía parecer cansado; pues no, allí estaba el señor Wesley, sentado en la cama, con la tableta en la mano y con cara de concentración mientras leía.

—Te odio —farfulló y Pierce esbozó media sonrisa sin despegar la vista de la pantalla. Se recolocó las gafas y continuó leyendo.

Séverine levantó la sábana con disimulo y comprobó que, en efecto, aún tenía las bragas y la camiseta puestas, por lo que él había cumplido su palabra. No tenía muy claro si era motivo de alivio o no. Sacó los pies de la cama y, sin dejar de bostezar, se apartó el pelo de la cara dispuesta a ponerse en marcha, previo paso por la ducha para despejarse.

—¿Adónde vas?

Lo miró por encima del hombro sin comprender la pregunta.

—A darme un paseo —respondió irónica—, me encanta madrugar para ir a caminar sin rumbo fijo. ¡Vaya pregunta!

Pero antes de que abandonara la cama, Pierce, que no era tan indiferente a sus movimientos, estiró el brazo y la detuvo, sujetándola de la muñeca.

—Creo que hoy puedes permitirte el lujo que quedarte en la cama un par de horas más —le indicó amable, pero ella no lo interpretó de esa forma.

—Qué generoso, señor Wesley. ¿Me las descontarás después del sueldo?

—Yo no te pago el sueldo —le recordó sin soltarla—. Joder, Séverine, sólo intento ser amable. Ayer nos acostamos muy tarde, al menos muéstrate un poco agradecida.

—Oh, sí, perdone usted, muchas gracias —se guaseó—. Qué detalle. Voy a hacer pipí y después me acostaré para disfrutar de dos maravillosas horas de asueto.

Pierce torció el gesto ante aquel tonito de burla y acabó soltándola.

La miró de reojo caminar hasta el aseo con aquella cuestionable camiseta de andar por casa; sin embargo, su cuerpo, mejor dicho, su polla, reaccionó de igual modo que si llevase la lencería más cara y exclusiva.

—Qué oportuna —murmuró mirando hacia abajo.

Para no tener más pensamientos peligrosos, se concentró en su tableta. Había recibido infinidad de archivos escaneados, incluido el contrato de compraventa original, que estaba leyendo con interés justo cuando Séverine se había despertado, moviéndose de aquella manera tan extraña. Y pese a haber descansado pocas horas, ya se encontraba otra vez en disposición de echar un polvo, aunque tal como ella le había hablado, no veía muchas posibilidades.

Séverine regresó a la cama y se tumbó boca arriba, aunque en apariencia sin intención de volver a dormir. Le había prometido enseñarle todo lo que recibiera, pero antes bien podía sonsacarle información.

—¿Desde cuándo te gustan las mujeres? —le preguntó a bocajarro, pues conocer la respuesta le parecía infinitamente más interesante que leer una escritura de compraventa de los años cuarenta.

Ella puso mala cara ante la pregunta, pues no le apetecía hablar sobre sus preferencias sexuales y, además, la última persona a quien le confiaría sentimientos tan íntimos era él.

—No seas cotilla —le espetó y se dio media vuelta para no verlo.

—Venga... —le dio un empujoncito para animarla.

—No, y déjame descansar —protestó—. Has insistido en que me tome la mañana libre, pues bien, eso hago. No me jorobes.

Pierce dejó la tableta a un lado y se acostó junto a ella, dispuesto a tantear un poco el terreno, a descubrir algún secretillo y, de paso, ver si se mostraba más proclive a echar un polvo mañanero.

—Séverine, compréndelo, me tienes intrigado —canturreó para animarla.

Ella se volvió y lo fulminó con la mirada.

—¿Te pregunto yo sobre tus cosas? No, ¿verdad?

—Pero me reconocerás que tus, digamos, gustos son bastante más divertidos que los míos.

Ella arqueó una ceja.

—Dudo mucho que tú te aburras —farfulló y él se echó a reír.

—No, la verdad es que no —admitió Pierce sin perder el buen humor—. Y sigo intrigado.

—Pues mañana follas con otro hombre y me lo cuentas —le espetó y él se echó a reír a carcajadas.

En vez de desistir, tras reírse bien a gusto, insistió y para ello nada mejor que recurrir a los mimos y las zalamerías. Séverine opuso resistencia al principio, pero al final se dejó abrazar desde atrás.

—Si alguna vez me da por acostarme con otro hombre, tranquila, te avisaré. Ahora hablemos de ti, ¿en qué momento empezaste a fijarte en las mujeres?

—No seas pesado...

La mano masculina comenzó a buscar un camino por debajo de la camiseta hacia sus pechos y, pese a las reticencias de ella, logró alcanzar su objetivo y dedicó unos minutos a tocarla y excitarla. Comprobó que se le endurecían los pezones y que respiraba de forma más agitada, y a duras penas pudo reprimir una sonrisa.

—Deja mis tetas en paz, no seas manipulador —protestó ella.

—Vamos, sé buena, cuéntamelo —la apremió mimoso.

Como él no cedía, Séverine decidió contraatacar.

—Te excita, ¿no es cierto?

—Sí —respondió sin ocultar la verdad.

—Todo esto es porque sigues enfadado por lo de Mary Ann, ¿me equivoco?

Pierce torció el gesto, pues de quien menos le apetecía hablar era de su secretaria, de la que, por cierto, seguía sin saber nada; tenía, eso sí, derecho a reflexionar cuanto quisiera.

—No, no sigo enfadado, aunque sí perplejo. Tan sólo me gustaría saber cómo la chica que yo recuerdo pasó de ser un tanto tímida a convertirse, por lo visto, en una depredadora sexual.

—Gracias por el piropo. Y puedes comprobarlo por ti mismo, anoche no te dejé marcas en la espalda —replicó y él comenzó a besarle el cuello.

—Me imagino que no fue por falta de ganas —aventuró, pegándose aún más a ella.

—Nunca imaginé que fueras tan cotilla —protestó, no con tanta vehemencia como

esperaba, pues él continuaba tocándola y con bastante acierto.

—Dame ese capricho —la apremió y movió las caderas, embistiéndola desde atrás a modo de incentivo.

—Ni se te ocurra utilizar el sexo para sonsacarme —masculló, mientras intentaba separarse.

—Séverine... —canturreó—, al final vas a contármelo, ¿por qué te muestras tan reacia?

Ella resopló. Qué plasta se estaba poniendo con el dichoso asunto.

—Pierce... —imitó su tono—, vete a la mierda.

—Uy, qué susceptible. Muy bien, me emplearé a fondo.

A ella le sonó a amenaza.

—Veamos... mis encantos y habilidades en la cama no parecen funcionar —reflexionó y continuó acariciándola, pero en vez de limitarse a sus pezones, fue moviendo la mano hacia abajo para así colarse entre sus piernas.

Ella dio un respingo e intentó fingir que no la afectaba.

—Si quieres follar, no le echés tanto teatro: dímelo y punto.

—No seas vulgar —la reprendió él, aunque disfrutó con la sinceridad—. Hace mucho que no tengo que echar mucho teatro, pero reconozco que me gusta negociar y, en este caso, yo tengo algo que tú quieres y viceversa.

—Eso que presiona en mi culo no es para tanto —repuso ella.

Pierce se echó a reír porque Séverine era rápida con las réplicas; desde luego, aburrirse con ella quedaba descartado, algo que lo complacía sobremanera, ya que, por lo general, cuando se acostaba con alguna mujer perdía bastante interés en ella y si continuaba con la relación era por inercia, no por gusto. A excepción de Keiko, pocas lograban interesarle.

—No estoy negociando con sexo como moneda de cambio, sino con información —apuntó, satisfecho por haber lanzado el anzuelo.

—¿Información?

—Ajá —musitó y comprobó que la muy ladina estaba excitada. ¿Todo aquel numerito era sólo para provocarlo?—. Y de la buena.

Séverine se las arregló para apartarle las manos y darse la vuelta: de ese modo podía mirarlo a la cara. El muy puñetero sonreía y hasta se había quitado las gafas. Adiós al tipo ejecutivo seguro de sí mismo, hola al niño malcriado dispuesto a todo con tal de salirse con la suya.

—Nunca pensé que fueras tan rastrero...

Y antes de que pudiera seguir lanzando lindezas por aquella boquita, Pierce se las ingenió para besarla y así evitar más tonterías, pues ya estaba hasta las narices de tanto toma y daca. Quizá no le sonsacara nada, pero al menos echaría un polvo.

—... manipulador —gimió Séverine en la breve pausa que le concedió para respirar.

De acuerdo, Pierce estaba actuando como un gilipollas dominante; sin embargo, ella, pese a ser consciente de que lo hacía, se derritió, pues era prácticamente imposible pasar por alto que, a pesar de todo, Pierce conseguía hacer que flaqueara, y porque besaba de puta madre; esto último mejor no admitirlo ni bajo tortura.

Gimió y la abrazó mientras proseguía besándola, mordisqueándole el cuello, sin dejar de frotarse contra ella.

En ese instante, Séverine se dio cuenta de lo mucho que le molestaba la camiseta, así que se retorció para poder desprenderse de ella.

—Mejor, mucho mejor —gruñó él ayudándola y, por si acaso dudaba, se ocupó también de las bragas y de su propia ropa interior.

Pierce reajustó la postura y volvió a devorarle los labios y, aunque tal como se encontraba podía metérsela sin problemas, decidió jugar un poco con ella.

Abandonó su boca, no sin antes morderle el labio inferior y tirar de él, para luego deslizarse hacia abajo y fijar su atención en su pecho.

Ella se percató y aprovechó para provocarlo.

—Mis tetas siguen siendo pequeñas —dijo para desanimarlo.

—Pero igual de apetecibles —susurró, dejándola perpleja.

Y esas palabras vinieron acompañadas de hechos, pues comenzó a chuparle un pezón de forma obscena, mientras presionaba el otro sin descanso con los dedos. Séverine gimió una y otra vez, sin dejar de arquear su cuerpo.

—¿Ya estás lista para hablar? —preguntó él alzando la mirada unos segundos y ella negó con la cabeza—. Como quieras —añadió en aquel tono de negociador implacable.

Pierce bajó un poco más, hasta su ombligo, y Séverine recordó la primera vez que él estuvo de aquel modo entre sus piernas. Fue el primer hombre que lo hizo, pues si bien cuando lo conoció no era virgen, sí era cierto que los dos tipos anteriores con los que se había acostado eran, por decirlo de una manera elegante, unos inútiles.

Sintió el primer mordisco en el interior del muslo. Saber qué venía a continuación no significaba que no fuera excitante. Respiró hondo, abrió más las piernas y comenzó a acariciarse ella misma los pezones cuando un dedo curioso se internó entre sus

pliegues evitando, de forma deliberada, rozarle el clítoris. Otro mordisco, otro ronroneo y otro gemido mezcla de excitación y frustración, pues Pierce continuaba sin ir al grano.

—¿Ya estás dispuesta a decirme lo que quiero? —insistió—. No voy a darme por vencido, así que tú verás lo que haces.

—Nunca imaginé que fueras de los que recurren al sexo para persuadir.

—Considérate una privilegiada, tú eres la primera —dijo todo pomposo, haciéndola reír, antes de volver a bajar la cabeza y continuar enredando entre sus muslos, pero no con la resolución que ella recordaba.

Entonces Séverine se dio cuenta de que tampoco tenía nada de malo contárselo; al fin y al cabo él era de fiar y, sobre todo, no parecía estar ya enfadado por haberla pillado en la cama con Mary Ann. Pese a que, si las cosas se complicaban, podría utilizarlo en su contra.

—Está bien —accedió retorciéndose—. Termina lo que has empezado y después te lo cuento.

—Ni hablar —replicó.

—¡No seas desconfiado! —protestó ella, fulminándolo con la mirada.

Pero claro, a los chicos malos que juegan con ventaja no se les puede intimidar con facilidad, pues Pierce, todo chulo, se llevó un dedo a la boca, el mismo con el que estaba masturbándola, para chuparlo mientras fingía que lo pensaba.

—Mitad y mitad —propuso él.

—¿Eso qué significa?

—Sencillo, juego un poco entre tus piernas y, antes de que te corras, hacemos una pausa, me dices lo que quiero saber y después remato la jugada.

—Me estás vacilando —afirmó perpleja ante aquella propuesta sin pies ni cabeza.

—Un poco sí —admitió él utilizando el dedo de manera perversa, a modo de incentivo, sobre su sensible sexo.

—No puedes dejarme a medias... —adujo sonriéndole de manera pícara.

—¿Por qué no?

—Porque si te arriesgas, me ocuparé yo misma de acabar esto que has empezado y, además, te quedarás sin la información que tanto parece importarte.

—De acuerdo —gruñó él, consciente de que no le quedaba otra maldita opción—. Más te vale no escatimar en detalles y que sean morbosos.

—Mmm...

—Séverine —la advirtió.

—Lo serán —aseveró ella.

—Eso espero. Ahora abre bien las piernas, quédate quietecita y disfruta...

—Por fin —jadeó cuando sintió el primer roce de su lengua justo en el centro de la diana.

Y a partir de ese instante, Pierce no perdió el tiempo. Utilizó los dedos para estimular su sexo, mientras con la boca continuaba lamiendo cada recoveco. Ella gemía cada vez más alto y a duras penas lograba mantenerse quieta, pues alzaba la pelvis para buscar el mayor contacto.

—En cuanto te corras, voy a follarte a base de bien —dijo, devorándola con ahínco. Hacía mucho que no disfrutaba tanto en la cama y eso que cada vez le costaba más aguantar la presión de su polla, pues estaba a punto de reventar: cada roce con la sábana era un calvario.

—No esperaba otra cosa de ti —susurró, encantada de poder tenerlo así, sin barreras y sin formalismos, el mismo tipo directo y atrevido que ella recordaba.

Nada que ver con el pedante señor Wesley del primer día.

El esfuerzo dio sus frutos y Séverine notó cómo todo el cuerpo se le tensaba antes de sentir un escalofrío general y acabar jadeando con vehemencia su nombre.

—No recordaba lo bueno que eras en estos menesteres —susurró cuando Pierce, al que no necesitaba halagar, pues era muy consciente de sus habilidades, se situó encima de ella con la clara intención de penetrarla.

—Me alegra que lo reconozcas —murmuró y, en vez de metérsela de golpe, comenzó a frotar la punta contra su sexo, disfrutando de la sensación de calor y humedad—. Aunque todavía puedo ser más contundente. No sé quién te ha comido el coño últimamente, pero ha debido de hacerlo de pena.

—Qué arrogante eres —lo reprendió aguantando la risa, pues no esperaba una frase tan explícita. Pierce tenía parte de razón: llevaba una temporada de sequía y su casi noche lésbica con Mary Ann se había ido al traste por culpa de él. Claro que podía perdonarlo por la compensación recibida.

Pierce la besó y ella separó los labios, encantada, notando aún parte de su propio sabor, y él fue penetrándola despacio hasta entrar por completo. Fue entonces cuando, apoyándose en los brazos, se elevó para mirarla a los ojos. A ella casi se le paró el corazón. Hacía quince años que no contenía la respiración ante aquella mirada.

Él, por su parte, también fue consciente de que, por mucho que lo intentara, no podía obviar que todavía continuaba sintiendo algo por ella, puede que una mezcla de rencor y añoranza, pero también el mismo sentimiento de cariño y admiración que un

día lo llevó a maldecirla cuando lo abandonó.

Séverine le acarició el rostro y le susurró «¡Fóllame!» y eso hizo que ambos abandonaran unos recuerdos peligrosos, ya que no era el momento ni estaban preparados para asumir que quizá tenían mucho a lo que enfrentarse. No obstante, resultaba más sencillo refugiarse en el lado sexual de todo aquello, lado que, por otra parte, no funcionaría de igual modo si no existiera entre ambos la misma química de hacía quince años.

Pierce cerró los ojos y se limitó a empujar. Dentro, fuera, un sencillo gesto mecánico. Notó las manos femeninas recorriendo su espalda, arañándose hasta llegar a su trasero, en donde se recrearon al tiempo que Séverine alzaba las piernas para que la penetración fuera mucho más profunda. Y todo sin dejar de susurrarle palabras picantes, sucias, vulgares... que surtieron efecto, pues tras un par de empujones bruscos, gruñó al correrse.

Ella lo abrazó y lo peinó con los dedos mientras se recuperaba, eso sí, disfrutando de estar bien unidos. Al menos desde un punto de vista físico, pues en cuanto a la parte emocional era preferible mirar hacia otro lado.

—La primera vez fue con mi compañera de piso —comentó Séverine en voz baja, sin dejar de acariciarlo.

—¿Mmm? —murmuró él sin saber a qué se refería, ya que, tras echar uno de esos polvos intensos, no tenía aún restaurada la capacidad de respuesta.

Y puesto que tampoco se había mostrado muy predispuesta a hablar de ello, dio por hecho que debería posponerlo para más adelante, algo que obviamente no iba a dejar pasar, aunque por el momento no insistiría.

—Estoy cumpliendo mi parte del trato —le recordó con amabilidad.

Pierce se tumbó a un lado y mantuvo el contacto, pues por muy pequeñas que las tuviera, siempre le habían parecido unas tetas interesantes, y por ello comenzó a jugar de forma un tanto distraída a la espera de que ella hablara.

—Empieza, si no te importa, por los detalles más morbosos —bromeó y Séverine puso los ojos en blanco.

—Si vuelves a soltar una estupidez semejante no digo una palabra más —le advirtió muy seria; él, en respuesta, intentó poner cara de niño bueno.

—Lo procuraré —mintió a medias, pues todo dependía de la calidad e intensidad de los detalles. Por mucho que insistiera ella, ante ciertos estímulos uno no podía permanecer inmune.

—Al poco de mudarse Albertine a casa, supe que le iban las mujeres. —Él no se inmutó—. Ella misma me lo dijo. ¡Como si eso fuera relevante para compartir piso!

—No sabía que compartías casa —murmuró él, pues a saber qué más detalles de su vida estaba dispuesta a contarle. Lo más probable era que tuviera que sonsacarla. No podía culparla por ello; él tampoco se mostraba muy proclive a hablar de sus vivencias.

—Ésa es otra historia —afirmó Séverine, intentando no entrar en aquel asunto.

—Ya me la contarás otro día —sugirió y ella prefirió no llevarle la contraria. Torció el gesto y negó con la cabeza.

—No tengo por qué hacerlo.

—Sigue —le indicó Pierce, sabiendo que mejor ir por partes y evitar que se pusiera a la defensiva.

—Como habrás imaginado, no nos enrollamos el primer día —dijo en tono irónico y él hizo una mueca, un tanto exagerada, de disgusto.

—Me decepcionas —confesó.

Ella negó con la cabeza ante tanta tontería. Aunque si lo pensaba detenidamente resultaba mucho más agradable charlar de aquel modo.

—¿Qué esperabas?

—No sé, llámame tradicional, pero una fiesta de bienvenida, yo qué sé, un poco de desmadre...

—Albertine tenía sus rollos y yo los míos, éramos compañeras de piso. Nada más.

—Me aburro —murmuró sólo para chincharla y se ganó un tirón de pelo—. ¡Ay, no te pases! —se quejó apartándola, para evitar más ataques a su cuero cabelludo.

—Compórtate, no seas infantil.

—De acuerdo —convino y puso cara de pensar antes de soltar otra pregunta que a buen seguro la mosquearía—: ¿Con quién te enrollabas?

—Con quien a ti no te importa. No estamos hablando de mi lista de amantes y, antes de que digas nada, no me interesa la tuya.

—¿Es muy larga esa lista? —insistió él, ganándose otra mirada de advertencia.

—Al final te vas a quedar sin saber el resto de la historia —replicó y, pese a que daba la impresión de estar algo mosqueada, lo cierto era que resultaba agradable hablar de ciertos temas con él como si fuera más un buen amigo que otra cosa.

—Una lástima, podríamos intercambiar experiencias.

—Creo que anoche ya intercambiamos lo suficiente.

—Tienes razón. Sigue con la historia, me muero de ganas por escuchar la parte en la que por fin hay sexo lésbico.

Séverine resopló y procuró no caer en la trampa.

—Creo que llevábamos más de dos años viviendo juntas y nunca habíamos pasado de los típicos abrazos y besos de dos amigas, porque lo cierto es que conectamos desde el principio.

—¿Dos años? —repitió burlón—. Vaya tedio...

—Albertine traía a sus ligues a casa y yo no decía nada, tampoco me sentía interesada, la verdad.

—¿Ni un poquito? —sugirió él, con cara de pícaro.

—Mmmm, bueno, a lo mejor, pero nada serio.

—¡Vaya fiasco! —exclamó Pierce, ganándose un pellizco en la tetilla.

—¿Vas a dejar de decir bobadas?

—¿Cuándo llegamos a la parte interesante?

—Hubo un día en que yo estaba hecha polvo —prosiguió, pasando por alto su interrupción—. Todo se me vino encima. Me había presentado a las oposiciones y no aprobé. Así que, como siempre, cuando a alguna de las dos nos daba el bajón, nos juntábamos e intentábamos animarnos con lo típico: un poco de alcohol, unas calorías y mucho compañerismo.

Pierce asimiló las palabras, no lo referente a su amiga, sino a la información sobre ella misma. Se había presentado a unas oposiciones, eso significaba que había terminado sus estudios, pero en otra parte, pues cuando lo abandonó a Séverine todavía le faltaban dos cursos. Él sabía que estudiaba gracias a una beca condicionada a las notas y que ella iba sacando cada asignatura con excelentes calificaciones, por lo que seguía considerando que su marcha se debía a problemas personales o incluso económicos, algo que le gustaría saber.

—Por aquel entonces yo salía con un tipo que... bueno, ni fu ni fa; la típica relación aburrida, sin futuro y que no rompes por pereza. Y no sé si a causa del alcohol, de la situación, por probar o por qué sé yo, el caso es que cuando Albertine me besó en la boca, no la rechacé. Poco a poco la cosa se fue calentando y...

Él se apoyó en un brazo y se incorporó para mirarla. Hablaba con naturalidad; por tanto, la consideró sincera.

—¿Y te gustó? —preguntó sin rastro de burla. Cambió ligeramente de postura para mirarla mejor y esbozó media sonrisa; por supuesto, no abandonó sus caricias.

—La verdad es que al día siguiente estaba tan avergonzada que sólo pensaba en evitar a mi compañera de piso —dijo en voz baja y hasta se sonrojó al recordarlo—. Albertine lo entendió y no quiso presionarme; sin embargo, pasada la confusión inicial me di cuenta de que no tenía por qué sentirme mal ni tampoco negar que había disfrutado.

—Y repetiste.

—Sí, quise salir de dudas y sólo existía una forma... —murmuró ella y se tapó los ojos con el brazo, no por vergüenza, sino para recordar aquellos días—. Descubrí muchas cosas, no sólo en el terreno sexual, obviamente, sino también de mí misma, de lo que era capaz, y dejé a un lado muchos de los prejuicios que sin saber por qué tenía.

—Lo pasaste bien entonces.

—No siempre —admitió con media sonrisa—. Por Albertine, mucho más enamoradiza que yo, ya estaba al tanto de que no hay grandes diferencias entre

quienes presumen de heterosexuales y quienes no lo son, pues al final todo depende de cada persona.

—Traducido, que da igual qué gustos sexuales tengas, hay gilipollas en todos los lados.

—Más o menos —admitió, riéndose ante aquella conclusión un tanto extraña—. Lo cierto es que Albertine se ha llevado muchos desengaños, ella enseguida lo da todo, no se reserva nada.

—Y tú la consuelas, supongo.

—A veces —dijo y apartó un poco el brazo para mirarlo—. Y ella a mí.

Le estaba hablando de algo muy íntimo, aunque por suerte Pierce no estaba diciendo tonterías, no muchas en todo caso, ni tampoco burlándose sin dejar de hacer comentarios un tanto insidiosos.

—¿Y has abandonado el mundo heterosexual?

Ella estiró el brazo hasta agarrarle la polla y darle un tirón.

—¿Tú qué crees? —Comenzó a meneársela—. ¿Contesta esto a tu pregunta?

—Mmmm... Necesito más argumentos para emitir un veredicto.

Séverine se lo tomó como un reto y, tras masturbarlo con habilidad, se subió encima de él y lo besó con ardor al tiempo que se colocaba para que, dejándose caer, pudiera penetrarla.

—Joder... —siseó Pierce estirando los brazos para llegar a sus pechos y podérselos acariciar.

Y ella comenzó entonces a montarlo, logrando que gimiera y se retorciera. Lejos de aminorar el ritmo, Séverine se comportó de manera aún más feroz, disfrutando con cada gemido de Pierce, que, unidos a los suyos, sin duda alertaban a cualquiera que pasara por el pasillo de lo que allí ocurría. A ninguno de los dos les preocupó el hecho de que a media mañana estuvieran follando de forma escandalosa. Sólo les interesaba aprovechar el momento. Y vaya si lo aprovecharon.

* * *

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba aún en la cama y sola. Oyó un leve ruido y enfocó la mirada. Pierce estaba delante del espejo, anudándose la corbata. El tipo distante había vuelto, ni rastro del hombre divertido y relajado con el que compartir confidencias. Bueno, siendo objetiva él había sido mucho más listo, pues no había compartido nada, seguía siendo igual de reservado.

Aunque, ¿deseaba saber qué había hecho Pierce durante los últimos quince años?

—¿Tienes una cita? —le preguntó sentándose en la cama. Puede que no tuviera mucho sentido; sin embargo, se cubrió con la sábana.

—Sí —respondió sucinto.

Séverine disimuló su decepción. De acuerdo, no siempre iba a tener la fortuna de ver a Pierce en estado relajado y tono dicharachero, pero no entendía por qué no se mostraba un poco más comunicativo.

—Pues... pásatelo bien —dijo con fingido entusiasmo, adoptando esa pose de amante de turno, que, tras cubrir las necesidades del caballero, se queda sola en la cama a la espera de que sea requerida de nuevo su presencia.

Pierce estuvo a punto de jugar con ella y ver cómo reaccionaba si le decía que la cita no era profesional; no obstante, optó por la sinceridad:

—Armand no es la alegría de la huerta; aun así, lo intentaré, gracias.

—Interesante... —ronroneó ella provocándolo.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora ya veo por qué te pones tan guapetón, tienes una cita con Armand. Mmm, cuántas posibilidades... —ronroneó de nuevo.

Pierce, en vez de sentirse molesto, reaccionó encantado, porque en el fondo era todo un halago... hasta le lanzó un beso juguetón.

—¿Crees que mi arquitecto va a tirarme los tejos? —inquirió sin perder el buen humor.

—Yo lo haría. Mmm, qué morbo, primero discutís los detalles de la obra y después... —mover las cejas sugestivamente—, sexo en la mesa de reuniones, ahí, los dos... Dos machotes gruñendo...

—Cuánta imaginación —se burló Pierce, que no quería pensar en la perturbadora visión que ella le había descrito.

—Fíjate, estoy por acompañarte —agregó Séverine.

—Lo reconozco, eres lista. Tú quieres venir, no para ver cómo me follo a Armand...

—O él a ti, nunca se sabe —lo interrumpió.

Pierce arqueó una ceja.

—Sólo quieres acompañarme para poder ver, cotillear, opinar y meter las narices en el proyecto.

Eso fue un jarro de agua helada.

—Si tú lo dices —murmuró, fulminándolo con la mirada, porque había que ser un

cretino mal pensado para decir algo semejante.

—¿Te veo a la hora de la cena?

Ella asintió sin decir nada respecto al poco o nada sutil cambio de tema.

—Y yo, mientras te lo pasas pipa con Armand, me encargaré de hablar con un joyero amigo mío para que nos haga una tasación —dijo y añadió—: Si te parece bien, claro.

Pierce, hecho un figurín ejecutivo, se acercó hasta la cama, se sentó en un lado y apartó la sábana. Tras mirarla con intenciones un tanto peligrosas anunció:

—Te invito a cenar, tienes que contarme uno de esos encuentros lésbicos con todo lujo de detalles. Pues entre una cosa y otra te has ido por las ramas.

—Te vas a quedar con las ganas —repuso seria.

—¿Segura?

—Es innegociable.

—Ya veremos... —murmuró seductor.

Pierce se alejó de la cama, recuperando su aspecto más profesional. Ella estuvo tentada de provocarlo, de ver si era capaz de hacerle perder un poco el norte y llegar tarde a la reunión; sin embargo, se mantuvo inmóvil, pues quizá le venía bien quedarse sola.

—Si quieres, hasta la noche puedes entretenerme con mi tableta. Me han enviado unos archivos que seguro que te emocionan —le propuso, acercándole su dispositivo ultramoderno.

Se quedó tan perpleja, que él aprovechó la ley de la ventaja y, con una rapidez que la dejó pasmada, se inclinó para besarla. Al apartarse, ella seguía con cara de sorpresa y Pierce se marchó con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando oyó el clic de la puerta pareció reaccionar, entonces cogió el móvil y marcó un número.

—Estoy jodida —soltó en cuanto descolgaron—. Muy jodida.

—Uy, qué mal empezamos. ¿Me podrías hacer un resumen? —preguntó divertida Albertine, su compañera de piso.

—No te lo tomes a broma —protestó Séverine, pues conociendo a su amiga iba a ser difícil que pudieran mantener una conversación normal, ya que Albertine siempre procuraba ver el lado bueno de las cosas y buscaba cualquier excusa para minimizar cualquier drama.

—Séverine, por favor, hazme un resumen. Luego decidiré si es tan grave como lo pintas —le pidió bostezando.

—Pues siéntate y ponte cómoda, porque vas a flipar...

Albertine escuchó atenta, sin interrumpir, el relato de su amiga sobre cómo había «coincido» con el señor Wesley y cómo había creído estar preparada para ello. Admitió que no era así, pues por mucho que hubieran pasado los años no le había olvidado. Y para rematar...

—¡Alucino contigo! —exclamó Albertine, alegre, al oírla contar su casi aventura con la secretaria—. Eso sí que es jugar a dos bandas. ¡Me muero de envidia!

—Necesito apoyo, no que te descojones de mí —protestó Séverine—. Por una vez en la vida, compórtate como una persona adulta.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Y eso qué tiene que ver? —replicó frunciendo el cejo—. Sigo en Carcassonne, ¿por qué?

—Ya sé en qué ciudad estás, me refiero a algo más concreto... ¿en su suite quizá?

—Mira que eres zorra...

—Te conozco, Séverine. Te he visto liarle con tíos y alguna que otra mujer, y rara vez te afecta. Te han dado plantón y tú como si nada. Y de repente me sueltas que estás jodida por un tipo que, mira por dónde, es el mismo que en su día te marcó, por lo visto, de por vida, ya que desde que te conozco nadie ha llegado a importarte tanto. —Tras una breve pausa, añadió burlona—: ¿Será amor?

—¿Y qué hago yo ahora? Porque no sólo está el hecho de enrollarme con Pierce, que vale, sí, me sigue afectando más de lo que debiera, lo relevante es que trabajo en cierta forma para él y al final, si me descuido, se puede enredar todo.

—¡A ver si voy a tener que ir allí!

—¡Albertine, ni se te ocurra!

—¿Por qué?

—Porque no puedes dejar tu trabajo, que las cosas están jodidas —le recordó con toda lógica.

—Bobadas, me deben un montón de días libres. Sí, me voy para Carcassonne, que no lo conozco y me apetece ver en directo el drama que te has montado tú sola.

Séverine gimió.

—¿Y si te despiden? —preguntó preocupada.

—Lo dudo, soy el alma del club —afirmó sin titubear.

—Ya sé que has hecho mucho por ellos y que tu familia tiene contactos, aun así...

Séverine no quería poner en un aprieto a su amiga. Ciertamente que ésta se tomaba la vida con despreocupación. Siempre aplicaba el dicho de «Dios aprieta, pero no

ahoga». Además, su familia era dueña de una importante empresa dedicada principalmente al turismo y, si bien Albertine prefería trabajar por su cuenta, siempre podría regresar al entorno seguro de la familia.

—Mira, si me mandan a la calle, pues que así sea. Estoy segura de que con mi encanto personal encontraré otro puesto de camarera en un abrir y cerrar de ojos.

—De verdad, no hace falta —insistió Séverine, pues se temía lo peor. Con Albertine rondando cerca, todo resultaría, además de imprevisible, surrealista.

—Adiós... —canturreó la loca de su amiga antes de colgar y dejarla con la intriga de si iba a presentarse en Carcassonne.

—Mierda... —farfulló dejando caer el móvil de cualquier manera, porque tras la conversación con Albertine, aparte de no tener nada claro aún, se sentía más intranquila.

Se quedó en la cama un rato más, dándole vueltas. Que su amiga perdiera el empleo era una responsabilidad que no quería asumir. Trabajaba en una especie de cabaret moderno donde, además de buenos espectáculos de género burlesco, también ofrecían actuaciones de músicos que buscaban una oportunidad y donde el ambiente era propicio para relajarse, tomar una copa y charlar con los amigos. Albertine llevaba más de un año detrás de la barra, no sólo como camarera, sino como encargada, y después de haber trabajado en bares cutres y antros poco recomendables, Séverine no quería que pusiera en peligro su puesto.

Pero no podía pasarse el día desnuda en la cama de un hombre, dándole vueltas a un asunto que con toda probabilidad iba a traerle más quebraderos de cabeza. El precio de poder disfrutar entre las sábanas, supuso. Por muy tentador que fuera no hacer nada y divagar sin molestarse tan siquiera en vestirse, tenía obligaciones y entre ellas estaba seguir investigando. Además, nada mejor que trabajar para ocupar su mente en asuntos mucho más productivos.

Abandonó la cama y se fue directa a la ducha. No pudo evitar mirar el banco de madera delante del cual, la noche anterior, se había arrodillado para hacerle una mamada. Se sonrojó y excitó, pese a que a su edad ya tenía superado, o al menos creía tenerlo, cualquier asunto relacionado con el sexo. Sin embargo, allí estaba, a punto de darse una ducha, cachonda como una veinteañera que acaba de descubrir que follar es mucho más que meter y sacar.

«Ya vale», se dijo cerrando la mampara de malos modos, para después abrir el grifo del agua fría. No tenía muy claro si iba a apaciguar su calentura, pero al menos le quedaría la piel tersa y el pelo brillante.

Tras la ducha y algo, no mucho, más sosegada, se vistió dispuesta a marcharse a su habitación, por lo que se acercó a la mesa de trabajo para recoger sus cosas. Entonces se dio cuenta de que él le había dejado una nota manuscrita.

—«Disfrútalo» —leyó y frunció el cejo, pues debajo vio escritos una serie de números. Entonces comprendió que le estaba facilitando la clave del iPad.

Aquello era confianza y lo demás, tonterías.

La responsabilidad era muy grande, pues supuso que en aquel dispositivo encontraría información privilegiada. Desde luego, con Pierce una no sabía nunca a qué atenerse; ahora le cedía una herramienta en la que hasta podía encontrar archivos personales.

La tentación de cotillear resultaba irresistible, y entonces se percató de que tal vez se trataba de una prueba. ¿Por qué otra razón iba a dejarle la tableta cuando podía haberle reenviado los archivos a su cuenta de correo?

—Qué retorcido eres, señor Wesley —murmuró con cierto tono de admiración.

Dudó si debía seguir allí, pero al final optó por quedarse.

Pierce llegó al hotel unas seis horas más tarde de lo previsto, pues la reunión con su abogado y el arquitecto se había prolongado hasta la hora de la cena y después, cuando se suponía que ya podía regresar, ellos habían insistido en tomar una copa y charlar de manera menos formal: entre unas cosas y otras eran más de las dos de la madrugada, iba un poco bebido y también estaba cansado. Hacía mucho que no trasnochaba y si encima la noche anterior había dormido más bien poco debido a la compañía... No se trataba de un reproche, sino de una apreciación, pues se sentía con ganas de pillar la cama y dormir doce horas seguidas.

Algo inusual en él, ya que el noventa y nueve por ciento de las veces seguía un horario a rajatabla. Pocas cosas lograban que se apartara de su agenda. Pero supuso que en esos días nada era rutina y que, por tanto, podía permitirse ese lujo.

Entró en la habitación y, tras pelearse primero con el lector de tarjetas y después con la puerta, se dio cuenta de que no iba un poco bebido, sino *muy* bebido. Demasiado, o puede que por la falta de costumbre el alcohol le hubiera afectado más de la cuenta. Por lo visto, Armand, fuera de la oficina, se desmadraba como el que más. Al pensar en el arquitecto sintió un leve escalofrío de terror debido a la horrenda imagen que Séverine se había encargado de crear.

Yves, algo más moderado, aunque no lo suficiente, también se vino arriba, lo que desembocó en la típica situación de tres tipos trajeados, diciendo bobadas e intentando divertirse.

Lo más seguro era que al día siguiente tanto Armand como Yves se despertaran hechos unos zorros. Igual que él. No había que ser muy listo para saber qué ocurriría por la mañana. Ojalá la resaca los dejara fuera de combate, porque a él seguro que le iba a doler la cabeza todo el día.

Se aflojó la corbata mientras se dirigía al baño y encendió las luces, porque no estaba dispuesto a tropezar con nada. Después se ocupó de dejar el traje en el galán de noche para que al día siguiente el servicio de lavandería lo recogiera. Caminó hasta la cama en ropa interior y entonces se dio cuenta de que había pasado un detalle por alto.

Dejó las gafas en la mesilla de noche, junto al móvil, y se acostó. Lo cierto era

que no esperaba encontrar a Séverine allí. No estaba acostumbrado a tener a una mujer en su cama, ya hacía tiempo que se había habituado a dormir solo. Con Keiko y sus manías sobre el feng shui a la hora de colocar la cama, era inviable compartir dormitorio, pues él no estaba dispuesto a redecorar el suyo para que ella estuviera a gusto. Una excusa que al principio Keiko había utilizado en su favor, pero que Pierce había aprovechado en el suyo cuando quería evitarla.

Eso sí, tuvo que costear la decoración de uno de los apartamentos que poseía, para que la señorita estuviera a gusto, aunque ahora, visto en retrospectiva, pese a que ella le hubiese sacado el dinero, al menos había quedado una vivienda decorada con buen gusto.

Apagó la luz y se quedó acostado boca arriba, sin entender cómo era posible que no le importara que Séverine estuviera allí. Ciertamente que no esperaba encontrarla y entonces su lado más cabrón, quizá agujoneado por los recuerdos de la japonesa, hizo acto de presencia y sospechó de los motivos por los cuales no se había marchado.

Ella se movió un poco sin llegar a despertarse cuando él se acercó. Vale, la tenía a tiro y si bien lo que le pedía el cuerpo era descansar, terminó animándose al sentirla tan cerca, pero sin confiar del todo. Séverine se dejó abrazar y enseguida encajaron.

Se suponía que debido al cansancio conciliaría el sueño con rapidez; no obstante, sería con el runrún interior respecto a los motivos por los que ella no se había largado. Y, ya puestos, también comenzó a sospechar sobre otro aspecto: puede que debido a los acontecimientos no hubiera pensado en ello, pero ahora una pregunta le vino a la mente: ¿desde cuándo se comportaba como el más incauto de los hombres? Joder, que se la estaba follando sin tomar precauciones. Y sí, montar a pelo siempre era una tentación, pero una muy peligrosa.

Claro que le era complicado evitar la tentación; teniéndola así tan cerca sólo podía actuar y lo hizo. Maldijo, pues ella se había puesto una camiseta que dificultaba sus maniobras. Logró colar una mano por debajo y acceder hasta rozarle una teta. Séverine protestó aún dormida e intentó apartarse, sin embargo, él no se lo permitió.

—¿Quién demonios me molesta ahora? —farfulló revolviéndose ante aquel ataque inesperado.

—Una de tus amiguitas —se burló Pierce, hablando en falsete.

Ella parpadeó; con lo a gusto que estaba, alguien venía a tocarle las narices. Tardó más de la cuenta en identificar a la «inoportuna amiguita». Hubo un detalle que, aparte de espabilarla del todo, hizo que no albergara dudas.

—Ninguna de ellas tiene nada parecido a eso con lo que presionas mi culo — replicó, empujando hacia atrás.

—Vaya, has notado la diferencia —contestó Pierce, procurando acortar distancias confiando en que, si persistía, a lo mejor acababa triunfando aquella noche.

—Suéltame —exigió ella, dispuesta a volver a dormirse cuanto antes—. No me apetece.

—Pues déjate hacer...

A Séverine esa sugerencia la molestó y mucho.

—Ni se te ocurra follarme a traición —le advirtió y, tras forcejear, logró liberarse y se dio la vuelta para enfrentarlo. Y, por si acaso se le ocurría insistir, le agarró de la polla y apretó.

Pierce contuvo la respiración, porque estaba apretando con saña.

—Suelta eso —graznó—. Con eso no se juega.

—Me he pasado el día leyendo un montón de documentos antiguos. He tomado notas y he intentado establecer una teoría. Me he dejado las pestañas para avanzar y apenas he comido, pues no quería perder ni un segundo, así que ahora no me vengas dando por culo, ¿estamos?

—¿Darte por culo? Mmm..

Pierce siseó y, pese a la fuerza con que ella lo agarraba y la vehemencia de sus palabras, se excitó aún más, porque Séverine no era de las que se dejaban mangonear con facilidad, tenía carácter. Y, bueno, para qué negarlo, estaba borracho y no era del todo consciente del riesgo que corría.

—¿Estamos? —repitió ella dándole un nuevo tirón, reclamando así toda su atención.

—Suelta eso, no vayamos a tener un disgusto.

—No me gusta que me despierten y menos que me la metan sin mi consentimiento —le advirtió.

—No pensaba follarte a traición —alegó en su defensa, aunque, de haber podido, claro que se la hubiera tirado.

—¿Y por qué me despiertas?

—Quería hablar contigo —mintió a medias.

—¿Y no puedes esperar a mañana? —preguntó bostezando y aflojó un poco la presión, pero sin soltarlo del todo.

Pierce gimió, le había dolido; ahora bien, sentir esa mano sobre su erección le producía cierto placer.

—No, no puede esperar. Además, has sido tú quien se ha metido en mi cama — replicó y la dejó pasmada, pues nunca hubiera esperado un comentario tan cabrón de su parte.

—Vete al cuerno. Y aclárate las ideas. Ayer me dijiste que si estaba cansada durmiera aquí y hoy el señorito tocahuevos va y se pone quisquilloso.

—¿Qué pretendes acostándote conmigo? —soltó Pierce a bocajarro—. Porque no me queda claro.

—Estás borracho —lo acusó ella.

—Sí —admitió—, pero no tanto como para no darme cuenta de que hemos estado follando sin tomar ninguna precaución y, claro, surge una lógica duda: ¿por qué?

Séverine lo fulminó con la mirada, efecto que hubiera quedado mucho mejor de no haber estado en penumbra.

—¿Tú que crees?

—Bueno, una razón lógica sería pensar que pretendes engatusarme ofreciéndome todas las facilidades —expuso.

Séverine inspiró hondo. Que estuviera ebrio no le daba derecho a soltar aquellas impertinencias.

—Mira, señor Wesley, aparte de ser un majadero, eres un creído y un prepotente. No sé con qué tipo de mujeres te relacionas.

—Uno ve tantas cosas...

Ese comentario era, en primer lugar, como para darle un bofetón por insolente y por gilipollas. Y en segundo, se merecía una respuesta contundente, por meterla en el mismo saco que a algunas tiparracas que iban por ahí engatusando hombres.

—Te lo voy a dejar muy clarito: no soy una de esas que van por ahí negociando con lo que tienen entre las piernas. —Le agarró de nuevo la polla y con mucha más saña que antes—. ¿Queda claro?

—Joder, Séverine, era una duda razonable —se disculpó.

—¿Queda claro? —insistió ella sin soltarlo.

—¿Qué querías que pensara?

—Pues que soy una mujer adulta, responsable, que sabe con quién se acuesta y que no va por el mundo haciendo estupideces —dijo seria—. Aunque he cometido una bien grande: fiarme de ti, señor Wesley.

Pierce suspiró aliviado cuando ella lo soltó, pero le duró menos que un caramelo en la puerta de un colegio, pues Séverine abandonó la cama, encendió la luz y comenzó a vestirse.

—No exageres —le pidió sentándose en la cama con cierto malestar. Buscó sus gafas para verla bien—. Y no te hagas tanto la digna.

Sin embargo, ella, lejos de apaciguarse, estuvo tentada de arrojarle algún objeto contundente, porque mira que había que ser cretino.

—Vete a la mierda —farfulló.

Se fue directa a por sus cosas y las metió en la mochila de mala manera, porque estaba que echaba humo y prefería no decir palabras de las que luego tendría que arrepentirse.

Pierce se pasó una mano por la cara. Vale, había metido la pata. No por hablar de la cuestión, sino por su falta de tacto.

—Podías al menos comportarte de manera adulta, tal como presumes, y evitar enfurruñarte como una niña pequeña —sugirió, dando por hecho que no iba a tener éxito.

—Ahora resulta que la cría caprichosa soy yo —masculló Séverine entre dientes, terminando de recoger sus carpetas.

Pierce buscó su bóxer y se lo puso para abandonar la cama: no le apetecía discutir con las pelotas al aire. Más que nada para evitar nuevos tirones, que la muy sádica apretaba de lo lindo.

—Joder, que no ha sido para tanto —dijo, acercándose a ella con la evidente intención de abrazarla y de hacerle mimitos, a ver si con un poco de zalamería la apaciguaba. Sin embargo, sus ya limitadas capacidades para calmar a mujeres enfadadas estaban además mermadas por el alcohol.

—Buenas noches —se despidió cortante, colgándose la mochila al hombro.

—Espera, maldita sea —pidió Pierce deteniéndola.

No obstante, ella ni permitió que la tocara. Abrió la puerta y lo dejó más solo que la una. Eso sí, tuvo la precaución de coger una de las tarjetas magnéticas de la habitación por si se le ocurría una forma de vengarse.

Es más, se esforzaría por devolverle el golpe, por cretino malpensado.

A Pierce no le quedó más remedio que meterse en la cama sin compañía. Al apagar la luz se dio cuenta de que la había cagado y que además se le había pasado la borrachera.

Por suerte, no le costó mucho conciliar el sueño, pues con toda seguridad al día siguiente encontraría la forma de engatusarla. Había sido previsor y no le había entregado todos los documentos recibidos. Administrar la información era primordial.

* * *

—¡Son las ocho, levántate! —gritó una voz en tono marcial, despertándolo de golpe.

Pierce se dio la vuelta en la cama y gimió. La típica pesadilla para quien la noche anterior ha bebido de más y tiene dentro de la cabeza una banda de música ensayando a todo volumen.

—Ya te he pedido el desayuno —prosiguió su pesadilla y, no contenta con eso, abrió las cortinas de par en par para que entrara luz.

Él la fulminó con la mirada, porque, desde luego, se estaba vengando.

—¡Vuelve dentro de dos horas! —gimió escondiéndose bajo la almohada.

—¡Arriba, que es tarde! —dijo Séverine bien alto, para tocarle bien la moral.

—Joder, lárgate y no vuelvas —gruñó Pierce frotándose las sienes, porque tenía la cabeza a punto de estallar.

—Tienes que ducharte, afeitarte y vestirte. No te hagas el remolón —añadió risueña y, para su más completa desesperación, tiró de las mantas dejándolo casi con el culo al aire.

Y por si no fuera ya bastante humillante tratarlo de esa manera, se inclinó y le dio un buen azote en el trasero.

—Joder, hay que ser mala de verdad —protestó él, incorporándose a duras penas.

Logró ponerse en pie como si tuviera ochenta años. Ya vería después el modo de devolverle el golpe, porque no se lo perdonaría jamás. Podía mandarla a paseo y volver a la cama, pero no iba a darle esa satisfacción. Así que se metió en la ducha y, por supuesto, no tenía intención de correr. Se tomaría su tiempo y al cuerno con la marisabidilla.

No llevaba ni diez minutos en el baño cuando llamaron a la puerta.

—Qué oportuna —masculló.

—¡Ha llegado el desayuno del señor! —exclamó Séverine en tono burlón.

Pierce no respondió, porque al menos debajo del agua se iba despejando y no tenía ganas de discutir. Para vengarse era primordial mantener la cabeza fría, nada de entrar al trapo. Devolvérsela cuando menos lo esperase.

Pero ella debía de haberse levantado con ganas de tocarle los cojones, pues volvió a golpear la puerta.

—¿Sigues vivo? —preguntó con cachondeo—. Lo pregunto por si he de llamar a los bomberos y que te rescaten.

—Cabrona —murmuró, saliendo de la ducha.

Se miró al espejo. Debería afeitarse, pero desestimó la idea; total, iba a pasarse el día en Nuage Noir, entre mugre, ladrillos rotos, tuberías oxidadas... no le era necesario dar imagen de pulcritud.

Cuando abandonó el baño, se encontró con Dora la Exploradora, sentada y tomando café. Como si no hubiera roto un plato en su vida. Lo miró con aire indolente y Pierce arqueó una ceja. Estaba tan mosqueado que ni siquiera se había animado bajo la ducha, por lo que la toalla no revelaba nada.

—Vamos con retraso —dijo ella antes de dar otro sorbo.

—¿Me has preparado la ropa? —Séverine negó con la cabeza—. Pues hazlo. Ya que por tu culpa no tengo a mi secretaria, lo menos que puedes hacer es ocuparte de mis necesidades.

Ella achicó los ojos, alucinada: aparte de acusarla injustamente de la marcha de Mary Ann, encima pretendía que fuera su chacha.

—Creo que ya eres mayorcito como para vestirme tú solo —le espetó, sirviéndose más café.

Pierce se mordió la lengua y se preocupó de desayunar. Claro que podía vestirse solo, pero quería ver su predisposición a echarle una mano y, como pudo comprobar, era más bien escasa.

Se limitó a un café bien cargado, pues no tenía estómago para más. Prefirió seguir callado y la dejó junto a la mesa mientras iba a vestirse. No había abierto aún el armario cuando llamaron a la puerta.

—Ve a abrir, por favor —le pidió Séverine.

—¿Cómo dices? —replicó él y ella le hizo un gesto un tanto indolente. Podía negarse, aunque le hizo gracia y por eso, tras hacerle una reverencia burlona, finalmente obedeció.

—*Oh, my God!*

Séverine se atragantó al oír esa voz.

—¿Perdón? —murmuró él, mirando a la impresionante rubia que le sonreía seductora.

Así, de repente, lo que había comenzado de manera pésima, mejoraba por momentos. Vaya que si mejoraba, pues la sola contemplación de aquella espectacular mujer curaba cualquier resaca y efectos colaterales.

—Buenos días —ronroneó la visitante—. ¿Es usted el señor... —hizo una pausa para humedecerse los labios y de paso ponerlo cardíaco—... Wesley?

—Depende —respondió él flirteando, sin tener en cuenta a cierta agonías que le había tocado los cojones a grito pelado.

—Mmm, ¿puedo pasar? —preguntó la rubia sin perder el aire seductor.

—Por supuesto —contestó el tonto de capirote.

Séverine puso los ojos en blanco.

—Es un placer conocerle al fin —prosiguió la joven, tendiéndole una mano y comiéndoselo con los ojos—. Me han hablado tanto de usted...

—¿De verdad? —dijo Pierce sonriendo, sin hacerle ningún caso a Séverine, que permanecía sentada y callada.

—Pues sí. Y, según veo, no han exagerado —añadió. Luego, para volverlo aún más loco, dio un golpe de melena que lo dejó encandilado, tal como ella pretendía.

—¿En qué puedo ayudarla? —inquirió solícito, sin importarle seguir sólo con la toalla alrededor de las caderas, más bien todo lo contrario. La única parte desagradable era ver cómo echar de la suite a la marisabidilla si las cosas llegaban a ponerse interesantes.

—Verás yo... ¿puedo tutearle?

—Faltaría más.

«¿Qué idiotas son algunos», pensó Séverine, escuchando todo el diálogo desde la mesa del desayuno.

—Acabo de llegar de París, me he pasado toda la noche viajando ¡y todo por una amiga! —exclamó al más puro estilo rubia tonta frívola—. Y cuando llego, agotada tras tantas horas, ¡no la encuentro!

—¡Qué calamidad! —dijo Pierce sólo por ser amable, cualquier cosa para llevársela a su terreno.

—Ni te lo imaginas —respondió ella rozándole el pecho; Pierce se animó un poco más—. He ido a su habitación y no estaba allí. Así que no me ha quedado más remedio que preguntar por usted, perdón, por ti.

«¿A que ha batido las pestañas?», se dijo Séverine, picoteando un cruasán.

—¿Por mí?

—Ay, qué tonta. ¡Si no me he presentado! —exclamó y le tendió la mano—. Albertine Mercier.

Fue entonces cuando Pierce se dio cuenta de que le habían tomado el pelo, aunque en vez de mosquearse puso cara de niño bueno, como si aceptara la broma, y comentó:

—Supongo que buscas a Séverine.

«Vaya, por fin se acuerda de mí», pensó la aludida.

—Sí, soy su compañera de piso.

—Me han hablado de ti —afirmó él cruzando los brazos y perdiendo de repente todo el interés por la rubia. Total, no iba a conseguir nada...

—Me lo imagino —repuso ella, sin dejar de coquetear.

—Ahí la tienes —indicó Pierce señalando la mesa dispuesta junto a la ventana.

Y Albertine, dejándolo perplejo, se acercó y le mordió el labio inferior antes de ronronear un «muchas gracias, señor Wesley».

Pierce decidió vestirse y dejar que ambas hablaran a gusto, por lo que se metió en el baño. A pesar de cerrar la puerta, no pudo evitar oír la conversación.

—Eres una guarra, ¿por qué no me habías dicho que estaba tan bueno?

—Porque no te gustan los hombres, Albertine. Y ahora vas a decirme cómo te las has arreglado para presentarte aquí en menos de doce horas después de haber hablado conmigo.

—Chica, según me dijiste, aquí se estaba desarrollando un sainete que no podía perderme. Así que anoche, cuando terminé mi turno en el club, un amable cliente se ofreció a traerme; es transportista y le pillaba de camino.

—Joder... te dije que no hacía falta —protestó Séverine.

—Ya, claro y yo me chupo el dedo. Ese tío te pone, mucho, y si no recuerdo mal es el mismo que...

—¡No lo digas! —exclamó Séverine interrumpiéndola.

—Y por eso estás a primera hora de la mañana en su suite, peinada de forma lamentable y con él recién duchado.

—Pues he dormido en mi habitación, aunque no lo parezca.

«Por desgracia dice la verdad», pensó él, sin perderse ripo de la conversación.

—Mientes fatal. He pasado por allí —replicó su amiga negando con la cabeza—. Mira, te comprendo, ese tipo te excita, te hace tilín, siempre piensas en él y no tengo nada en contra.

—Entonces ¿por qué has venido?

—Pues para ver en vivo y en directo cómo te desmelenas un poco, que últimamente andas muy serena, y si el señor Wesley es el que te gusta lo suficiente como para abrirte de piernas, perfecto. A por él. Yo me quedo en tu cuarto y así tienes una excusa para dormir, o lo que sea, todas las noches aquí. ¿A que soy la mejor amiga que tienes?

—Por eso nada más llegar has coqueteado con todo el descaro del mundo con él

—le recordó Séverine sin estar molesta.

—Bueno, me gusta practicar con tipos reales, para no oxidarme, pero él tampoco se me ha echado encima.

—Porque soy un gilipollas —respondió Pierce al otro lado de la puerta, mirándose al espejo.

—Así que venga, anímate —dijo Albertine risueña.

—Tengo mucho trabajo, eso es lo importante ahora.

En ese instante apareció Pierce ya arreglado. La recién llegada silbó y Séverine puso los ojos en blanco. Él se limitó a coger su teléfono y las llaves del coche, ocultando su satisfacción, pues al menos una de las dos lo piropeaba.

—¿Por qué no cenamos los tres esta noche y charlamos? —propuso Albertine, dejándolos sin habla.

—Firma esto —le ordenó Séverine, gruñona, entregándole de malas maneras una carpeta con un par de folios.

Habían llegado a la zona de aparcamiento. Ella decidida y ocultando su satisfacción por tocarle la moral, Pierce a rastras y sin parar de maldecir. Séverine no tenía humor para mostrarse amable y él no estaba con ganas de discutir, así pues, cogió los jodidos papeles preguntándose qué demonios debía firmar, algo que no iba a hacer sin examinarlos primero. De nuevo echó en falta a Mary Ann y sus estupendos resúmenes, que le facilitaban, y mucho, el trabajo. Puso mala cara, pero por fortuna llevaba gafas de sol y ella no pudo ver su mirada asesina. Se detuvo junto al Evoque y sacó las llaves del bolsillo para entregárselas.

—Toma, conduce tú —pidió, pues todavía no se encontraba bien y, aunque el trayecto a Nuage Noir era breve, prefería ir de copiloto.

—Ni hablar, ese monstruo es tuyo y lo llevas tú —replicó Séverine altanera.

—Haz el favor de hablar en un tono normal, no me grites. Conduce —masculló él, poco o nada acostumbrado a que le rebatieran una sugerencia.

—Mejor vamos en mi coche —propuso—. Tengo mi equipo ahí. Y firma eso de una maldita vez.

—¿Qué narices es? —inquirió sin apartarse del vehículo, porque ni borracho iba a subirse en aquel Twingo cochambroso.

—Una autorización.

—¿De qué? —insistió desconfiado.

Para salir de dudas sólo debía leerla; sin embargo, prefirió que ella se lo contara.

—Voy a enviar por valija las joyas y los documentos. Necesito tu aprobación firmada.

Pierce frunció el cejo.

—¿Ahora te pones quisquillosa con eso, cuando has hecho lo que te ha venido en gana? —le preguntó sarcástico.

—Eres el dueño de todo y es mejor cubrirse las espaldas —explicó ella toda profesional.

—Vaya, soy el dueño cuando te conviene —le espetó con ironía.

—Firma ya —lo apremió Séverine.

—¿No te fías de mí? —la provocó.

—No, ni tú de mí, estamos empatados —contestó sin titubear.

—Puede que tengas razón. —Ella le entregó rauda un bolígrafo bastante cutre y firmó donde le indicaba, porque tampoco merecía la pena discutir—. Venga, vámonos —dijo señalando su coche.

Séverine guardó los documentos en su mochila sin mostrar ninguna intención de subirse al Evoque, lo cual hizo que él señalara en plan indolente el vehículo, situándose en el lado del copiloto.

Ella negó con la cabeza.

Pierce resopló y la miró por encima de las gafas.

Séverine se mantuvo en sus trece, con los brazos cruzados.

Y entonces él esbozó lentamente una sonrisa un tanto burlona.

—Estás celosa —afirmó, disfrutando de aquella pequeña victoria al caer en la cuenta de que su comportamiento un tanto hosco podía deberse al flirteo descarado que había mantenido con Albertine.

—Por favor, mira que eres ingenuo —repuso Séverine negando con la cabeza y acabó sonriendo de oreja a oreja.

—Lo estás —insistió él, porque tras la aparición de su amiga Pierce la había mirado con bastante descaro, y eso siempre jodía un poco.

—Pues no.

—Mentirosa —la acusó y, pese a que tenía un dolor de cabeza de mil demonios, empezaba a divertirse.

—Te recuerdo que yo tengo más posibilidades con Albertine que tú —apuntó ella y Pierce supo que no andaba descaminada.

Así que prefirió no responder para evitar entrar en más detalles, porque, cierto, la rubia había coqueteado con él, pero nada más.

En lo que no cedió fue sobre el medio de transporte que utilizar, y por eso al final tuvo que ayudarla a cambiar el equipo de ella de coche. Séverine no dejó de refunfuñar, aunque conducir el Evoque era mucho más cómodo que su viejo Twingo.

Cuando aparcó delante del palacete, vieron que otros se habían adelantado, pues la furgoneta de Pascal también estaba estacionada en la entrada.

—Genial —murmuró él, recordando a los ayudantes de Séverine.

Ella, con su mochila al hombro y su aspecto de Dora la Exploradora encabezó la marcha.

«Sólo le falta cortarse el pelo como el dibujo animado», pensó él caminando tras ella en busca de la «parejita» a la que prefería evitar; sin embargo, tuvo que cerrar el pico.

—¡Buenos días! —exclamó Pascal risueño, acercándose a ella para saludarla con afecto, demasiado según Pierce.

—Hola, Pascal, ¿cómo va todo? —preguntó ella amable.

Pierce cruzó los brazos. Le dolía la cabeza y le jodía un poco que lo ignorasen. No le apetecía desprenderse de las gafas de sol, pese a que estaban ya en el interior.

—Hemos empezado a desmontar las muelas del molino, pues vimos una marca que nos pareció sospechosa.

—¿De verdad? —preguntó emocionada—. Vamos a verla.

—Sígueme —indicó Pascal, de nuevo comportándose como si Pierce no estuviera presente.

Una vez que llegaron a la zona de trabajo, Nestor la saludó y al ver a Pierce comentó:

—Vaya, el ayudante. —Negó con la cabeza como si le disgustara—. Al menos podía llevarte la mochila.

El aludido se cruzó de brazos y permaneció en silencio. Ya llegaría el día de intervenir. Además, si lo pensaba con calma, era mucho mejor que no supieran quién era: de ese modo trabajarían con mayor libertad y, sobre todo, soltarían la lengua, lo que le permitiría enterarse de más detalles.

—No termino de entender a qué esperas para despedirlo —añadió Pascal burlón.

Séverine disimuló una sonrisa y le entregó su mochila. Pierce arqueó una ceja y le dijo sin palabras: «Esto tendrá consecuencias, no lo dudes».

Habían iluminado muy bien la zona y Pierce optó por quedarse un paso atrás. Sacó de su cartera el plano que él mismo había dibujado e hizo una marca en el lugar correspondiente. Faltaba la confirmación definitiva, pero intuían que iban por buen camino.

Mientras ella hablaba con la «parejita», él se concentró en el improvisado plano. Lo miró desde diferentes posiciones y entonces se percató de un aspecto que no habían tenido en cuenta: la orientación. Estaban encontrando pistas al azar, pero al situar el plano según los puntos cardinales podía comprobarse que respondía a cierta lógica.

Salió a la galería central para, ayudado por el móvil, fijar las coordenadas norte y sur. Y lo primero que vio fue la torre norte, donde encontraron la marca con la letra

alfa. Si lo descubierta ahora era la segunda letra del alfabeto griego, ésta se situaría a la derecha; por tanto, quien había ideado aquel rompecabezas había utilizado como guía el sentido de las agujas del reloj. Así, si su intuición era cierta, encontrarían omega en las caballerizas.

—¿Qué tienes ahí?

—¡Joder, qué susto! —exclamó sobresaltado, ya que estaba tan absorto mientras elaboraba una teoría que no la había oído llegar.

—Lo he visto —dijo ella, señalando lo que él trataba de ocultar.

—¿Habéis descubierto algo? —repuso Pierce para intentar distraerla.

—Mmm... sí —respondió Séverine sin fiarse, pues quería saber por qué no quería compartir lo que fuera con ella—. La marca está algo borrosa; sin embargo, estamos casi seguros de que se trata de la letra beta. Con un poco de suerte, al final de la tarde terminarán de desmontar las piedras.

—Me alegro —murmuró él; no merecía la pena impacientarse, pues ella lo pondría al corriente de todo en breve.

—Pues no lo parece —señaló Séverine acercándose más.

Estaba muy guapo con aquellas gafas de aviador, aunque lo que en realidad lo hacía irresistible era el aspecto de niño pijo, cualidad que nunca ocultaba, mezclado con el aire de tipo hecho y derecho que sabe manejar la situación.

—¿No vuelves con tus amiguitos? —preguntó con retintín.

—No sin mi «ayudante» —contestó ella y se colocó a su lado para poder susurrarle al oído—: Nadie me lleva la mochila como tú.

Pierce debió de sospechar de ese tono sugerente; no obstante, debido a la resaca, su capacidad de reacción se encontraba más bien limitada, así que ella aprovechó la ley de la ventaja para arrebatarse el papel que había tratado de ocultar.

—¡Dame eso! —exigió cuando se dio cuenta de que Séverine, toda ladina, se lo había quitado.

—Pero bueno, señor Wesley, si hasta sabe dibujar —comentó ella apartándose lo suficiente como para que él no lo recuperase.

Séverine se fijó mejor y torció el gesto. No era la cuestionable calidad del dibujo lo que llamaba la atención, sino las anotaciones.

—Haz el favor de devolvérmelo —insistió Pierce mosqueado acercándose a ella, que lo esquivó con facilidad.

—Espera un segundo... —pidió Séverine, examinando con más detalle el dibujo. Acto seguido señaló con el dedo la marca donde figuraba la letra omega—. ¿Qué

significa esto?

—¿Séverine?! —gritó Nestor interrumpiéndolos—. Lo hemos encontrado.

—Ahora mismo voy —dijo ella y se guardó el dibujo en la copa del sujetador.

—Por lo visto, has decidido poner relleno en tu sostén —la pinchó Pierce.

—Pues sí —replicó Séverine, elevándose el pecho con ambas manos y tomándose a cachondeo lo que pretendía ser un insulto—. Y ahora, vamos a trabajar.

—Joder, qué morro —masculló él, porque, además de que lo seguían considerando el último mono, ella le había birlado el plano.

Todos se reunieron junto al viejo molino. Había un hueco circular bajo la primera muela, donde además de situarse el eje del molino quedaba una cavidad, de la que extrajeron un cofre de madera de similares características al primero que encontraron en la escalera de acceso a la torre norte.

Séverine se arrodilló, ajena a la cantidad de suciedad y polvo existente en el suelo, y sostuvo en su regazo el cofre. Luego, con cierta reverencia, levantó la tapa mientras Pascal la alumbraba con una potente linterna. Todos contuvieron la respiración. Ella no podía evitar sentirse nerviosa, expectante y emocionada. Miró de reojo a Pierce, que no le quitaba ojo y le hizo un gesto a modo de permiso para que prosiguiera.

Lo primero que extrajo fue un bulto pequeño, envuelto en arpillera, que desdobló con sumo cuidado hasta dejar a la vista un saquito de terciopelo. Deshizo el nudo del cordón y volcó el contenido en su mano.

—¡Joder! —silbó Pascal.

—¿Son auténticas? —preguntó Nestor.

A Pierce lo que menos le preocupaba era si aquella colección de piedras preciosas y monedas eran auténticas o no. Su valor económico era lo menos importante, ya que, si bien engrosarían su patrimonio, dudaba que le permitieran venderlas. En realidad, lo que le preocupaba, y mucho, era lo que significaba el hallazgo, pues cualquier nuevo dato suponía avanzar y desbloquear por fin el proyecto. En la reunión mantenida con Armand e Yves quedó patente que se estaban acercando peligrosamente al límite del presupuesto y eso acarrearía serios contratiempos con el consejo de administración y con los inversores. Pierce contaba con el apoyo de Owen, pero éste no podría respaldarlo de forma indefinida. Y, por supuesto, estaba su propio orgullo: no deseaba que el proyecto, *su* proyecto, se fuera al garete. Había invertido mucho dinero y tiempo en Nuage Noir.

Se agachó junto a Séverine cuando ésta, tras guardar de nuevo las piedras

preciosas, sacó un paquete que parecían cartas atadas con una cinta roja.

Pascal y Nestor se excusaron, ya que su trabajo había finalizado por el momento. Ella los autorizó a marcharse, agradeciéndoles su colaboración y fijando una nueva cita para el día siguiente.

—¿No vas a leerlas? —inquirió Pierce ayudándola a levantarse.

Un simple gesto de galantería al que ella correspondió con una sonrisa.

—Hay que preservar el papel, aquí hay mucha humedad y suciedad —explicó, guardándolo todo dentro de una bolsa hermética.

—Tienes razón —convino él.

Luego la ayudó a recoger, para que al día siguiente pudieran trabajar con normalidad. Al acabar, mientras se dirigían a la salida principal, Pierce la detuvo sujetándola de la muñeca.

—¿No te olvidas de un detalle?

Séverine miró a su alrededor y después negó con la cabeza.

Él presionó con un dedo sobre su pecho para refrescarle la memoria.

—Ah, eso...

—Devuélvemelo.

—Invítame a un café y hablamos —respondió, pues no tenía intención de darle aquel papel sin antes repasarlo bien.

—De acuerdo —aceptó él, porque también le apetecía tomarse algo. No todo iba a ser jugar a los exploradores.

De nuevo fue ella quien tuvo que ponerse al volante. No era que a Séverine le importase y Pierce aprovechó la oportunidad para resarcirse y se comportó como un auténtico cretino indolente, poniéndola nerviosa o haciendo comentarios guasones sobre su forma de conducir. Intentó ignorarlo escuchando música de fondo, pero ni con *Alors on danse*, que puso bien alto para jorobarlo, pudo librarse de sus pullas. El colmo fue cuando, tras aparcar, él, adoptando su aire insolente, le espetó:

—No tienes futuro como chófer, querida.

Séverine estuvo a punto de arrearle con la mochila en todos los dientes; aun así, la sangre no llegó al río, porque él, al verle la cara de enfado, estalló en carcajadas, contagiándola.

—Mira que eres ganso —murmuró, negando con la cabeza.

—No te imaginas lo que puedo llegar a ser cuando me lo propongo —respondió Pierce en tono casi insinuante.

Ella se quedó un tanto perpleja por el brusco cambio y más aún cuando él se

acercó y se le arrimó demasiado. No pudo evitar sentir cierto cosquilleo entre las piernas; sin embargo, fue tan excitante como efímero, ya que él sólo pretendía recuperar algo que le pertenecía. Se dio cuenta a tiempo y evitó que metiera la mano dentro de su sujetador.

—¿Entramos? —preguntó en voz baja, ofreciéndole el brazo al darse cuenta de que aún estaba lento de reflejos. Esperaría a la próxima ocasión.

Eligieron una cafetería poco concurrida para hablar con tranquilidad y poder comer algo, pues con tanto ajeteo hasta se habían olvidado de la hora de la comida. Cuando por fin saciaron su apetito, él extendió la mano.

—Y ahora devuélveme lo que es mío.

Séverine negó con la cabeza.

—Antes quiero ver qué me has estado ocultando, chico malo —replicó y, puesto que los separaba la mesa y se encontraban en un local con gente, se sintió lo bastante segura como para sacar el papel y ponerlo delante de sus narices.

«Chico malo», pensó él. Una forma un tanto ambigua de definirlo. Si ella le dejara, podía ser aún peor, pero tras el enfrentamiento de la noche anterior, por pasarse él de bocazas, dudaba que Séverine fuera a mostrarse más animada. Una pena. Aunque si lo pensaba detenidamente, quizá hasta pudiese ser divertido poner en práctica sus dotes de convicción. En un palabra: seducirla y todas esas cosas que rara vez había tenido que hacer con una mujer si quería llevársela al huerto.

Mmm, interesante planteamiento.

Se recostó en su asiento, cruzó los brazos y esperó con paciencia a que ella revisara el dibujo, mientras iba preparándose para la retahíla de preguntas que a buen seguro iba a hacerle en breve.

—Muy bonito —murmuró Séverine—. Has estado haciendo averiguaciones a mis espaldas. Nunca pensé que fueras tan mala persona.

—Lo que tú digas...

—A las pruebas me remito. Se supone que en esto estamos juntos, yo te mantengo informado de cada paso que doy y tú, por el contrario, sigues escondiendo información.

—Te equivocas —la contradijo—. Respecto a lo de mantenerme informado, es tu obligación, pues te recuerdo que cuanto se está haciendo es en mi propiedad; además, fue el pacto al que llegamos para que esto funcionara. Que haga o deje de hacer por mi cuenta no es asunto tuyo.

—Lo es desde el momento en que ocultas algo que puede ser determinante para

avanzar.

—¿Y no te has parado a pensar que yo soy el primer interesado en que todo esto se resuelva de una jodida vez? —preguntó él de forma retórica, para que ella misma sacara sus propias conclusiones.

Séverine lo miró entrecerrando los ojos; si continuaban discutiendo iban a despertar el interés de los demás clientes y detestaba ser el centro de atención. Analizó sus palabras y después se fijó en el dibujo de la discordia. Se notaba que había sido hecho de manera apresurada, sin conocimientos técnicos, y que además estaba lleno de anotaciones entre interrogantes.

Mierda, pensó, había metido la pata.

—Lo siento, no quería ser grosera.

—Vaya, si al final vas a ser lista y todo —murmuró Pierce y, al percibir su sinceridad, decidió no hacer leña del árbol caído—. No es más que una hipótesis.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Primero quería estar seguro, pero tras el hallazgo de hoy creo que voy bien encaminado. Mira...

Le transmitió su teoría y ella enseguida sacó su libreta e hizo diferentes anotaciones a medida que lo escuchaba, dándose cuenta de que, en efecto, la teoría de Pierce era muy buena.

—Vamos ahora mismo a Nuage Noir —propuso emocionada.

—Ni hablar. Estoy hecho polvo y empezará a oscurecer dentro de poco, así que mejor volvamos al hotel.

—¿Y esperar hasta mañana? —planteó Séverine resoplando.

Mostraba tal cara de desolación que Pierce estuvo a punto de ceder. Pero no, ni hablar, necesitaba descansar y reponer fuerzas. Ya jugarían otro día a los exploradores.

—Ni se te ocurra ir sola, ¿entendido? —le advirtió, pues la conocía demasiado bien.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó Séverine, perpleja, pues acababa de ducharse y al ir al armario en busca de ropa limpia no encontró más que prendas de su amiga y, la verdad, tras un día agotador, no necesitaba discutir y menos con Albertine.

Sólo quería una camiseta y unas bragas limpias. No era mucho pedir.

Su amiga se encogió de hombros sin siquiera mirarla, pues se encontraba sobre la cama, doblada en una postura casi imposible, pintándose las uñas de los pies de un violeta brillante.

—¿Albertine? —insistió Séverine a punto de cabrearse.

Su amiga tardó más de la cuenta en prestarle atención, pues tenía los auriculares puestos. Por cómo canturreaba, reconoció la canción, *Je veux*, y aunque también le gustaba, no iba a ponerse a cantar alegre cuando estaba de un humor de perros; no siempre resultaba sencillo compartir espacio con Albertine.

Quería a rabiar a su compañera de piso y emociones; sin embargo, a veces estaba tentada de echarla de casa para no escuchar sus alocadas teorías vitales, o por meticona, que también pecaba de ello. Cuando ejercía de psicóloga, ya era para empezar a beber y no parar, pues la muy puñetera sabía muy bien cómo echar sal en la herida.

—¿Dónde está mi ropa? —insistió Séverine y, para asegurarse de que le hiciera caso, le quitó los auriculares.

—¿Qué ha pasado con tu educación? —replicó Albertine sarcástica.

—Contesta —exigió ella.

—Me he encargado de que las lleven a la suite de tu querido señor Wesley —anunció toda ufana, sin mostrar un ápice de arrepentimiento por haber tomado aquella decisión sin consultar con la interesada.

—¿Cómo?! —exclamó Séverine sin salir de su estupor.

Su amiga la miró disimulando una sonrisa.

—Es lo más lógico, ahora que estoy aquí —se justificó.

—¿Perdona?

—Su habitación es el triple que ésta. Aquí tú y yo estaríamos apretujadas —añadió tan pancha—. Y, seamos francas, a ti no te apetece estar apretujada conmigo,

¿me equivoco?

Séverine la fulminó con la mirada, porque no iba muy desencaminada, otra cosa bien distinta era que lo admitiera en voz alta.

—Maldita sea. Compartimos piso, ¿no crees que nos podemos apañar unos días las dos aquí? —contestó con toda lógica, pero la cara de Albertine mostraba cierto desacuerdo.

—Claro que podemos —dijo resoplando—. No obstante, esta noche yo tengo una cita con una camarera que he conocido.

—¿Cómo es posible?

—Necesito la habitación para mí —afirmó la rubia sin el menor rastro de culpa.

—¡Tendrás morro! —farfulló Séverine sujetándose la toalla alrededor, no porque le preocupara estar desnuda delante de Albertine, sino porque estaban discutiendo; su amiga le estaba echando mucha cara a todo. Como siempre, claro.

—A menos que quieras hacer un trío lésbico...

—Joder...

—No disimules, que se te da fatal —le advirtió Albertine—. Quieres pasar la noche con él, perfecto. Yo te doy el empujoncito que te falta.

—No necesito ningún «empujoncito» —refunfuñó.

—Disiento —la contradijo su amiga.

—Albertine...

—¿Qué problema hay? Las dos salimos ganando —replicó, satisfecha por cómo le estaban quedando las uñas de los pies.

—Necesito un espacio donde trabajar, tengo documentos que revisar —declaró Séverine enfadada ante su idea.

—¿Y qué lugar mejor que su suite? —sugirió Albertine sonriente—. Tu querido señor Wesley, ese al que te empeñas en olvidar sin éxito, no es tan superficial como hace creer a todos.

—Lo conoces desde hace menos de veinticuatro horas —le recordó ella con retintín.

—Es una de mis muchas virtudes, sé calar a la gente. Soy camarera desde hace tiempo y enseguida me doy cuenta de qué tipo de persona tengo delante —expuso la rubia, orgullosa.

Séverine la fulminó con la mirada.

—Él no es como tú piensas.

—Te mencionaré un detalle: sólo me miró las tetas dos veces. El resto del tiempo

me habló mirándome a los ojos. Eso dice mucho en su favor.

—Ya salió la teoría de las tetas... —se quejó Séverine.

—Funciona. La mayor parte de los hombres son incapaces de hablarme a la cara. Nunca falla —aseveró la otra, convencida.

No quería seguir discutiendo, pues a veces Albertine, con sus estrafalarias teorías, le daba dolor de cabeza.

—Que quede clara una cosa: no es mi señor Wesley.

—Si tú lo dices...

—Obligados por las circunstancias, trabajamos juntos, nada más —afirmó, sabiendo que mentirse a una misma es como hacerse trampas en el solitario.

—Por favor, no me tomes por ingenua. Sé de sobra qué significa para ti ese tipo. Todos estos años has tenido rollos con hombres a los que dejabas o te dejaban sin que te afectase nada. Has probado con las mujeres y el resultado ha sido el mismo. Te lo has pasado bien, perfecto, no lo critico; sin embargo, no finjas que tu señor Wesley no te afecta más de lo que te gustaría admitir.

—Claro que me afecta, es como quien dice mi jefe.

Albertine le hizo una pedorreta.

—Tururú, querida —se burló—. Entre ambos ocurre algo. No hay más que verte. ¿Me pregunto por qué?

—Ahórrate la ironía. Lo ocurrido con Pierce fue hace años. Yo tenía veintidós, no sabía nada y, bueno, sí, fue importante, pero que conste: ya lo he superado —reconoció a regañadientes.

—Sí, sí, lo que tú digas... —se guaseó Albertine examinando su ropa, mientras buscaba un modelito para su cita de aquella noche.

—Joder, que no puedo ir a su habitación. Ayer discutimos, hoy menos, pero también. Sigue pensando que soy una aprovechada, incluso cree que pretendo cazarlo.

—Bobadas. Si no lo hiciste hace quince años, cuando tanto tú como él erais más vulnerables, emocionalmente hablando, no me creo yo que ahora sea ése el motivo por el que se enfade. Puede que si le cuentas qué viste...

—Ni muerta —replicó convencida.

—Pues no te entiendo. Follas con él y no eres sincera. Muy maduro, sí señora.

—Yo tampoco me entiendo —admitió ella con pesar.

Albertine se acercó a ella y la abrazó.

—Mira, no sé cuáles son tus sentimientos hacia él, pero al menos no te quedes con las ganas. Date unos buenos y creativos revolcones con el señor Wesley —le

aconsejó y Séverine gimió—. Si luego todo queda en nada, pues mira, eso que te llevas.

—No es tan sencillo —murmuró abatida.

«Ojalá lo fuera —pensó—. Divertirse y después olvidar.» Un plan perfecto a priori, y con muchas lagunas en cuanto se llevaba a la práctica.

—El problema es que tú solita lo complicas. Fíjate en mí —pidió Albertine—. ¿Cuántas veces me han dado calabazas? ¿Cuántas veces he vuelto a casa llorando porque la mujer a la que quería me abandonaba?

—Dejé de contar al segundo año —musitó Séverine, intentando sonar divertida.

Había estado junto a ella en cada uno de sus chascos amorosos. En cada crisis de llanto. En cada bajón emocional.

—Pues aprende. ¿Me he rendido? No. ¿Me quedo cruzada de brazos? Tampoco. Sigo en pie, intentando encontrar a la mujer de mi vida.

—En el fondo te envidio —comentó Séverine.

—Pero ¡si es lo mismo que has estado haciendo todos estos años! —exclamó y le dio un azote en el culo para que espabilase por pánfila—. Incluso tú y yo lo intentamos, y no funcionó.

Séverine sonrió asintiendo.

—Y ahora somos las mejores amigas.

—¡Exacto! Por eso no entiendo por qué ahora es diferente con él.

—Porque... porque sí —farfulló Séverine.

—Vaya porquería de explicación, querida —dijo Albertine, burlona—. Y ahora, ayúdame a decidirme. Necesito un vestido adecuado para mi cita de esta noche.

—¿Yo hecha un lío, sin un lugar para dormir, sin ropa y eso es lo único que te preocupa?

—Vale, ahora te dejo algo para que vayas a su habitación —concedió como si le estuviera haciendo un favor.

—Me estás obligando a ir con él —la acusó Séverine.

—Obligando, lo que se dice obligando... No exageres. Sólo te estoy dando el empujoncito que necesitas. Nada más.

—Al menos podrías haberme consultado antes de tomar una decisión que me afecta —le reprochó Séverine y su amiga se encogió de hombros.

—¡Bobadas! Y no me entretengas, que no quiero llegar tarde a mi cita.

—Por cierto... ¿cómo has conseguido que te dejen entrar en la habitación de Pierce?

—¿No me has escuchado? La camarera con la que tengo la cita trabaja en esa planta y bueno... no te aburriré con los detalles.

—Ya veo...

—Anda, ponte esto y lárgate —le espetó, entregándole una prenda.

* * *

—Vaya, cuánto tiempo sin verte —se burló Pierce al abrir la puerta y encontrársela—. Dora la Exploradora en mi suite y en persona.

—La misma que viste y calza —dijo ella siguiéndole la broma.

—Qué honor.

Aparte de burlarse, la examinó de arriba abajo. Aquel vestido camisero le sentaba como un guante, un poco grande en la parte superior; lógico, teniendo en cuenta su escasa delantera.

—¿Puedo pasar?

—Se supone que ibas a venir acompañada de tu amiga —le recordó por tocarle un poco la moral, pues lo cierto era que prefería estar con ella a solas—. Ya me había hecho ilusiones de un *ménage à trois*.

—Te recuerdo que Albertine es lesbiana.

—Bueno, también me puedo divertir mirando, ¿no?

Séverine, harta de permanecer en la puerta como una idiota, no esperó a que le diera paso y se metió en la habitación.

Él cerró, sin perder la sonrisa un tanto burlona, y se recreó observando su retaguardia.

—Iba a cenar. ¿Me acompañas?

—Antes tengo que pedirte un favor —comentó ella, dejando su mochila sobre la mesa. Inspiró, porque la intromisión de Albertine iba a traer cola.

—Un favor, dices... —murmuró Pierce mirándola, porque estaba para comérsela. Peinado descuidado, cabello húmedo, sin rastro de maquillaje, mirada recelosa... Desde luego, iba vestida para matar, para matar del disgusto, pues nadie podía llevar con tan poca gracia un vestido como aquél.

—Que conste que me veo obligada a pedírtelo debido a las circunstancias.

—¿Y de qué circunstancias se trata? —preguntó él, procurando permanecer un tanto distante y no mostrar excesiva alegría por tenerla en su suite.

—Necesito pasar aquí la noche —anunció ella sin más.

Pierce disimuló bastante mal su sonrisa. ¡Joder con las circunstancias! Desde luego qué cosas, sin intentar coquetear con él, sin poner voz sugerente y sin mostrarse seductora, Séverine lo estaba excitando. Quizá las expectativas podían ser altas, pero si ella iba a pasar la noche allí...

—¿Por qué motivo? —inquirió, sólo por ver su reacción.

Escuchó la explicación, bastante lógica por otro lado, sobre su amiga y decidió que al día siguiente le agradecería a Albertine su idea con un ramo de flores. Le surgió una duda, ¿a las lesbianas se las obsequiaba con flores? Daba igual, lo haría.

—Si te viene mal, puedo buscarme otra cosa para esta noche —dijo Séverine al ver el escaso interés de Pierce por darle cobijo en su espaciosa suite.

—Depende de si traes en esa mochila mercancía interesante o no —murmuró él con aire sugerente.

—Mucho, ya lo verás —respondió entusiasmada, pues tenía varias ideas que comentarle y de paso leer las cartas pendientes—. He traído todo lo que hemos encontrado hoy.

—No me refería a eso —añadió seductor.

Ella sospechó en el acto. Aunque la verdad era como para pasar por alto aquel tono y aquella mirada, porque era él, Pierce, quien estaba allí de pie. Guapo a rabiar, hecho un figurín, con un pantalón chino azul marino y una camisa blanca. Y ella hecha unos zorros, con un vestido prestado que le venía grande, pues ella jamás rellenaría el hueco dejado por Albertine.

Maldita sea, por lo menos podría haberse maquillado un poco.

—Ya me había hecho una idea al ver ciertas cosas en mi armario... —comentó Pierce.

—Ha sido idea de Albertine —se justificó ella.

—O sea, que ya no dormís juntitas... Oh, qué pena.

—¿Vas a seguir con ese asunto toda la noche?

—Depende de mi estado de ánimo —se guaseó, y ella arqueó una ceja—. Anda, siéntate y cenemos —propuso galán.

Le había concedido una tregua. Nada más.

Séverine agradeció el detalle, aunque no debería confiarse ante los gestos galantes. En Pierce eran tan habituales como el respirar. Podía odiarte, pero pese a ello no dejaba de cederte el paso o de sujetarte la silla hasta que te sentabas.

De ahí que ella no pudiese volver a dejarse llevar, no al menos sin seguir los consejos de su amiga respecto a nadar y guardar la ropa.

—Pareces distraída —comentó Pierce al verla tan callada.

Séverine se encogió de hombros.

—Estaba dándole vueltas a algo —respondió con cautela.

—No pasa nada por distraerse un poco, venga, que se enfría. Ya trabajarás más tarde —añadió con amabilidad.

«Si fuera el trabajo...», pensó ella sonriendo débilmente para que no insistiera más en la cuestión. Ciertamente que a veces determinados encargos hasta le robaban el sueño, pero la diferencia era que sabía que tarde o temprano resolvería el rompecabezas, era cuestión de tiempo y de paciencia, de revisar cuantas veces fuera necesario las pruebas. Sin embargo, con las cuestiones emocionales la cosa cambiaba: no había lógica, sólo sentimientos que podían jugarle muy malas pasadas. Deseos que, por más que te esforzases, jamás se verían satisfechos. Y decepciones, muchas, que te dejarían para el arrastre sin saber cuándo serías capaz de levantar cabeza.

Mientras cenaban, evitó mirarlo más de la cuenta, incluso llegó a pensar que algo se traía entre manos, pues aquel silencio no era buena señal. Ni un solo comentario cargado de doble intención, ni un gesto provocativo. Nada. Y ese comportamiento daba qué pensar.

¿Y si ya había perdido interés en ella?, se preguntó más preocupada si cabe ante su falta de conversación. No era extraño que los tipos como Pierce tuvieran a su alrededor mujeres de todos los tamaños y colores para distraerse y, claro, pasada la novedad, iban en busca de algo más excitante.

—¿Más vino? —preguntó él acercando la botella.

—No, gracias —murmuró Séverine.

Lo que faltaba, que encima de estar indecisa y excitada se pusiera alegre debido al vino. Maldita Albertine con sus consejos...

Pierce, que no era tonto, intuyó que algo le ocurría y que lo más probable era que no estuviera relacionado con Nuage Noir.

—Si llego a saber que te ibas a comportar como si fueras un mueble más de la decoración, no te dejes pasar. Porque prefiero estar solo que tener que sacarte las palabras con sacacorchos —dijo sin sonar enfadado.

—Estoy agotada, sólo eso —se excusó ella.

—Entonces supongo que nada más cenar te meterás en la cama como una buena chica —comentó él con retintín.

—Qué más quisiera... —dijo Séverine suspirando, porque distraerse con el

trabajo siempre era una válvula de escape; otra cosa era que fuera efectivo estando Pierce delante.

Albertine, maldita sea, tenía razón: con él era diferente.

—¡Mira esto! —gritó Séverine emocionada.

Tras la cena, a pesar de la falta de conversación y de la apatía de ella, se habían acomodado en la mesa de trabajo, y, a raíz de la cantidad de documentos, acabaron sentándose en el suelo y extendiendo a su alrededor todos los papeles.

Él, por supuesto, no se mostró muy conforme con la idea de trabajar en el suelo, nunca lo había hecho, pues le daba una sensación de falta de profesionalidad; sin embargo, Séverine insistió tanto que al final claudicó y terminó sentado sobre la moqueta, con papeles a su alrededor y una listilla con los ojos brillantes leyendo con avidez cada documento.

Pierce se acercó y cogió el papel que le mostraba. Entonces comenzó a leer.

—«Amado padre. Estoy a punto de lograr mi arriesgada empresa de ocultar todo lo de valor que pertenece a la familia Bouchart... —Pierre miró a Séverine antes de proseguir; desde luego, nadie podía acusarla de falta de entrega y entusiasmo—. He logrado esconder por toda la propiedad las joyas de mi madre y los caudales que aún conservamos. No deseo que mi futuro y detestado marido halle ni uno solo de los escondites. Para ello, únicamente las personas de nuestra entera confianza conocerán las señales que a modo de guía he dejado por toda la propiedad.»

—Éste es el plano que hizo Priscilla —lo interrumpió ella enseñándoselo—. Mira la fecha.

Él le echó un vistazo rápido antes de seguir leyendo.

—Mayo de 1667.

—Exacto, eso quiere decir que estaba a punto de casarse. Sigue, por favor —le pidió Séverine y Pierce retomó la lectura.

—«Humbert es un ignorante, un zafio y un traidor. No será capaz de interpretar las marcas y, en el caso improbable de que lo hiciera, he dejado pistas falsas, que son las más visibles. Sólo bajo las siguientes letras se esconden los documentos y valores: alfa, beta, épsilon, kappa, ro, sigma y omega. Para ello he utilizado los lugares menos accesibles o por donde el dueño y señor de la propiedad rara vez pasearía, las estancias en las que un hombre poco versado en conocimientos clásicos y tan dado a la pompa jamás hará acto de presencia. No he logrado el apoyo de nuestra fiel

servidumbre, pues, tras tantearlos, me he dado cuenta de que temen las represalias y, ante el temor de acabar en la calle, optan por mirar a otro lado. Espero recibir en breve los documentos que demuestren que ese vil gusano nos ha traicionado tanto a nosotros como a la Corona. Las pruebas sobre su pasado hugonote y, lo que es más grave, su falso linaje.»

—¿Lo ves? Sólo tenemos que localizar las letras que nos indica este mapa.

—De acuerdo —aceptó él, aunque hubo un detalle que le llamó la atención—. Hay algo que no me cuadra. Si, como dice ella, buscó lugares poco habituales para el señor, ¿por qué ro y sigma se encontraban en el artesonado del salón de baile?

—Mmm... —murmuró Séverine reflexiva, pues la cuestión tenía toda su lógica.

—Puede que aprovecharan mientras llevaban a cabo algún tipo de reforma —sugirió él.

—Es extraño, pues Nuage Noir apenas tenía cien años por aquel entonces, y no era una época como la de ahora, que cada poco cambian las modas en decoración.

—O puede que aún no hubieran concluido las obras —aventuró Pierce.

—Esa idea me parece más lógica... —comentó ella, anotándola en su cuaderno.

Tras dejar con cuidado los documentos a un lado, porque si no lo hacía así ella se enfadaba, Pierce observó cómo se colocaba por tercera vez un mechón de pelo rebelde tras la oreja y aun así volvía a escapársele. No le extrañó, ya que se sujetaba el cabello con dos sencillos palillos de madera. Estaba cerca de ella, así que estiró el brazo y tiró de uno de éstos para ver cómo se deshacía aquel endeble recogido.

—¿Qué haces? —preguntó Séverine frunciendo el cejo e intentando recuperar el palillo para colocárselo de nuevo; no podía trabajar a gusto si cada dos por tres tenía que apartarse el pelo de la cara.

—No los necesitas —respondió él casi en un susurro, despojándola del otro.

De ese modo, su cabello, aún húmedo, quedó suelto y despeinado, dándole un aspecto fresco y muy atractivo.

Séverine no supo cómo interpretar aquel gesto. Debía de estar espantosa, pues ni siquiera se había peinado. Tragó saliva y tomó quizá la peor de las decisiones.

—Tú tampoco necesitas esto —musitó quitándole las gafas.

Pierce parpadeó. De repente y sin saber bien quién hizo el primer movimiento, acercaron posiciones y él se inclinó, un tanto cauteloso, para besarla. Habían pasado de comportarse de forma correcta y distante a mirarse de una manera tan peligrosa como sugerente. Era innegable, aunque ambos se resistieran a admitirlo, la atracción mutua que surgía en cuanto estaban juntos. Siempre, para bien o para mal, saltaban

chispas.

Él lo sentía y, por la expresión de Séverine, resultaba evidente que era recíproco.

Despacio, no por gusto sino por precaución y para no acabar estropeándolo todo, pues no estaba seguro de si en el último instante lo rechazaría o de si era buena idea, se acercó aún más hasta rozar sus labios. Ella no se apartó, permaneció inmóvil y respondió al beso.

—Séverine... —musitó.

—Mmm...

Fue uno de esos besos suaves, un tanto precavido, pues ninguno de los dos quería precipitar los acontecimientos. Sin embargo, fue aumentando en intensidad. Pese a haber comenzado de forma un tanto fortuita, Séverine gimió y él se la colocó a horcajadas. Fue el turno de ella de enredar las manos en su pelo y besarlo con pasión, olvidándose de la cautela. Y la respuesta de Pierce no se hizo esperar, pues enseguida posó las manos en su culo para poder controlar los movimientos y que ella se restregara sobre su erección. No se conformó con un roce, sino que metió las manos bajo el vestido y se lo subió hasta dejárselo arrugado en las caderas y dejar al descubierto sus sencillas bragas negras.

Ella le mordió el labio al tiempo que jadeaba y, aunque su intención no era avasallar su boca, no pudo contenerse cuando él comenzó a amasarle el trasero, metiendo la mano dentro de su ropa interior y acercándose hasta su sexo.

—Pierce —gimió Séverine al sentir cómo su temperatura corporal se disparaba, al mismo tiempo que la humedad entre sus piernas.

—Déjame desnudarte —exigió él también jadeante, abandonando por un instante su culo para pelearse con los botones delanteros del vestido.

Ella, al darse cuenta de las dificultades y deseosa de ayudarlo, se elevó sobre las rodillas, perdiendo momentáneamente el contacto, para ocuparse de abrirse el vestido y mostrarle el pecho. Con las prisas ni siquiera se había puesto sujetador.

—Joder, qué panorama —silbó él, inspirando hondo.

—Haz algo más que mirar —replicó Séverine arqueando la espalda para acercarle los pechos.

—Lo voy a hacer, tenlo por seguro —musitó Pierce un tanto reverente, porque no tenía muy claro cuál de los dos pezones llevarse a la boca primero.

Mientras se decidía, elevó las manos y separó aún más las dos partes del vestido y, como seguía sin estar conforme, se encargó de echarlo hacia atrás y bajárselo por los hombros, hasta tenerla desnuda y disponible de cintura para arriba.

Séverine le sujetó la barbilla, obligándolo a mirarla a los ojos, y entonces inspiró antes de volver a devorarle la boca, a lo que él no opuso resistencia alguna. La deseaba, eso era más que evidente, pero más allá del deseo sexual se escondía, pues no era de momento necesario admitirlo, que Séverine significaba mucho más para él que un estupendo polvo.

Sin dejar de besuquearla de forma hambrienta, colocó las manos sobre sus pechos y comenzó a acariciarla despacio, tanto que ella emitió algo similar a una protesta, que murió en cuanto él se aplicó a fondo, al amasarle cada teta y de paso infligirle un ligero dolor al apretarle los pezones.

—Eso me gusta —musitó entregada y enredó las manos en su pelo para pegarlo bien a su escote—. Mmm...

—¿Sólo mmm...? —retrucó Pierce con cierta ironía, sin apenas separarse de su piel—. Eso quiere decir que debo esforzarme aún más.

—Quiere decir que vas por buen camino, pero como aún tienes los pantalones puestos, eso te resta puntos —lo corrigió en tono susurrante y morboso.

—Mensaje recibido.

Ella se rio ante ese comentario hecho en un tono cuasi profesional y se apartó lo imprescindible para que él pudiera bajarse los pantalones, junto al bóxer. Le costó más de lo calculado, debido a la postura, pero al fin dejó a la vista su erección.

—Bonita polla —comentó Séverine divertida.

Él arqueó una ceja, pues llamarla «bonita» no era el término que hubiera elegido; aun así, tampoco se iba a poner quisquilloso.

—La estás viendo en su mejor momento; sin embargo, todavía te va a gustar más —afirmó y para ello no dudó en adoptar un tono perverso.

Séverine sintió un escalofrío al escucharlo.

—Eso espero —contestó mimosa y antes de situarse encima y frotarse, extendió la mano y le rozó la punta.

Pierce contuvo el aliento y permitió que ella lo manoseara a su antojo.

Séverine no se conformó con tocarlo: se llevó un dedo a la boca y comenzó a chupárselo de forma ruidosa, imitando los gestos de una felación mientras lo miraba a los ojos de tal forma que Pierce casi terminó hiperventilando.

—No hace falta que te recuerde lo que puedo hacer cuando estoy inspirada...

—Supongo que con esa penosa imitación de «porno star» intentas provocarme —replicó. Lo estaba consiguiendo, pero prefería no admitirlo.

—Creo que está funcionando —afirmó ella, succionando con más ímpetu el dedo,

mientras posaba la otra mano sobre el corazón de Pierce y corroboraba lo cachondo que estaba.

—No sé si, por suerte o por desgracia, hay muy pocas cosas que viniendo de ti no funcionen conmigo —confesó y él mismo en el acto se dio cuenta de que no debería haberlo dicho en voz alta.

Ella también se percató del significado de la frase. Podía aprovecharlo a su favor; no obstante, optó por no pensar demasiado en ello, pues no quería ahondar en sus propios sentimientos. Era mejor dejar sus emociones alejadas, así que siguió chupándose un poco más el dedo mientras él le amasaba el culo, hasta que se le ocurrió algo mejor: bajó la mano y restregó su humedad por la punta de su polla y luego presionó.

Pierce siseó ante el contacto.

—Móntame —ordenó tenso e impaciente.

—¿No voy a poder jugar un poco más? —inquirió Séverine melosa, colocándose sobre su erección.

De ahí que Pierce, ante la más que probable demora a la hora de cumplir sus objetivos, la aferrase con fuerza de las caderas y tirase de ella hasta forzarla a dejarse penetrar. Algo a lo que Séverine no se resistió, pues se encontraba tan excitada o más que él.

Gimió encantada al sentir cómo encajaba en su sexo y se quedó un instante quieta, durante el cual aprovechó para mirarlo a los ojos y constatar que, si no se andaba con cuidado, aquello se le iba a ir de las manos.

Pierce gruñó, le clavó los dedos en el culo y aguardó a que Séverine comenzara a ponerse en movimiento. Pero ella primero tensó cada músculo de su cuerpo, proporcionándole una presión extra que lo hizo gemir bien alto y de paso cederle todo el control, pues estaba a su merced.

Entonces comenzó la caída libre. Todo había empezado de manera prudente, un beso que no tenía por qué ser más dio paso al desenfreno, pues ella, apoyándose en sus hombros, subía y bajaba sobre su polla de forma un tanto arrítmica y contundente, mientras él no dejaba de tocarla en cualquier punto al que tuviera acceso, sin romper su concentración. Y por si aquello no fuera suficiente, además recurrió a su catálogo particular de vulgaridades eróticas y hasta le propinó un buen azote en una nalga.

—No sabía que eras un poeta —murmuró ella con la garganta seca.

—Y tú la musa que me inspira —respondió Pierce y, por si no le había quedado claro, la azotó de nuevo, además de recordarle lo mucho que disfrutaba follándosela

en el suelo a medio desvestir.

—Más, oh sí, poeta del amor, dime más —exigió ella, a medio camino entre la burla y la excitación.

—Mi polla no puede estar en mejor sitio —contestó él, recurriendo a un clásico.

—Mmm... Muy trillado —comentó sarcástica.

—En cuanto me corra en tu caliente y adictivo coño, te voy a poner a cuatro patas y voy a volver a metértela por detrás, como a una perra en celo —gruñó él.

—¡Oh, sí! ¡Más, dime más! —gritó Séverine aguantando la risa ante las vulgaridades de Pierce, que, por otro lado, eran poco o nada originales; sin embargo, animaban el ambiente.

—Y no me voy a conformar con eso, también te voy a obligar a que te arrodilles y me la chupes con las manos a la espalda —continuó él, recurriendo a otro clásico del imaginario porno masculino.

—¿Sólo eso? —lo provocó.

—De momento con eso me conformo —dijo él riéndose—. Primero terminaremos con esto —empujó hacia arriba, desestabilizándola un poco—, y después ya veré qué me apetece que hagas.

—¿Y yo puedo pedirte también alguna cosa?

—Depende de cómo me la chupes.

—Prometo esforzarme... —ronroneó ella como una gata mimosa, poniéndole morritos.

Pierce tragó saliva, sin duda afectado; no obstante, prefería no admitirlo.

—No quiero palabras, sólo hechos —exigió entre jadeos.

—De acuerdo —convino Séverine y le metió un dedo en la boca, dedo que él chupó con frenesí, mientras sentía el primer cosquilleo en las pelotas.

—Estoy a punto —le advirtió tenso y desesperado.

—¿El bardo del amor no puede aguantar unos minutos más para complacer a su musa?

—Estamos follando, olvídase de la poesía —jadeó.

—Como quieras...

Desde ese susurrante «como quieras», ya no hubo hueco para más palabras. No eran necesarias.

Él apretó los dientes. Deseaba correrse, pero también esperarla, por lo que era imprescindible retrasar un poco más su orgasmo; no obstante, resultaba complicado, pues Séverine no dejaba de exprimirlo, de besarlo y de montarlo con brío, dando al

traste con cualquier intento de contención.

—Pierce, joder... Pierce —gimió, tirándole del pelo.

Para él, esa especie de lamento resultó definitivo. Si tan sólo se trataba de una frase pronunciada en el momento de mayor frenesí sexual o si de verdad ella estaba a punto de correrse, ya le daba igual, no podía retrasarlo más.

Tenso, desesperado e intentando embestir desde abajo, cerró los ojos y escondió la cara en su cuello, dejándose ir entre gemidos de satisfacción a los que Séverine se unió, derritiéndose primero, para quedarse luego laxa y abrazada a él. Ni siquiera hizo amago de moverse, sólo se molestó en respirar y recuperar el aliento. Pierce, encantado, le acarició la espalda con delicadeza, pues se encontraba en un estado muy similar. Sin embargo, fue el primero en moverse, ya que su trasero empezaba a resentirse de estar sobre el suelo.

—¿En qué piensas? —murmuró Séverine peinándolo con los dedos.

—En que, pese a que es increíble lo de follar contigo sobre la moqueta —sonrió travieso—, mi sensible culo puede acabar resentido.

—Oh, pobrecito... —se guaseó ella.

—Me gustaría terminar llevándote a la cama, desnudarte por completo y...

—¿Cumplir tus poéticas promesas? —sugirió, apretando sus músculos internos para darle un motivo extra.

Pierce siseó al sentir de nuevo aquella increíble presión sobre su polla y la besó, consciente de que si no se incorporaba cuanto antes acabaría follándosela otra vez sin variar la postura.

—Una por una, pero con más comodidad. Además, ciertas ideas que se me han ido ocurriendo, y de las que te pondré al corriente en breve, mejor llevarlas a cabo en posición horizontal —adujo serio, haciéndola reír.

—Pues no se hable más. ¡A la cama!

—*Oh, my God!*

Pierce miró a la despampanante rubia que de forma inesperada se había presentado en su habitación y que aguardaba sonriente a que él, en vez de desnudarla con la mirada, hiciera algo, como por ejemplo saludarla y después invitarla a pasar.

—Anda, entra —la invitó amable, sin evitar sonreír y de paso deleitarse con su estupendo culo y sus peligrosas curvas. Y lo hizo con tranquilidad, porque aquel cuerpo no era para menos y ciego no era.

Sin olvidar que admirarla de aquella forma siempre era un halago, nunca un insulto, y porque en cierto modo ya tenía cierta confianza con la rubia.

—¿Dónde está Séverine? —inquirió Albertine en su tono más susurrante, que casi lo confundió, aunque no del todo.

—Terminando de ducharse, o eso creo. ¿Te apetece un café?

—Vaya pánfila, mira que ducharse sola —comentó la rubia, negando con la cabeza—. O, ya puestos, el pánfilo eres tú por no ducharte con ella.

Pierce no dijo nada al respecto, porque con la noche que habían pasado se daba más que satisfecho.

—¿Tostadas?

—No, gracias, sólo café. Que este cuerpo no puede permitirse esos lujos —dijo Albertine pasándose las manos por sus curvas.

—Como quieras —murmuró él y le hizo un gesto para que lo acompañara a la mesa del desayuno. Se ocupó de servirle el café y ambos se acomodaron a la espera de Dora la Exploradora.

—¿Y qué tal anoche? —preguntó Pierce para darle un poco de conversación, ya que Séverine le había comentado los planes de su amiga.

—No será la mujer de mi vida, eso te lo puedo asegurar —respondió Albertine con un suspiro soñador—. Pero al menos lo pasé bien. No me quejo. ¿Y tú lo pasaste bien? —añadió y al hacerlo imprimió a sus palabras un tono ácido.

—Sí —afirmó Pierce de forma escueta.

Joder, pues claro que lo había pasado bien. Y eso era quedarse corto. Tras el polvo a medio desvestir en el suelo, cumplió sus promesas y se llevó a Séverine a la

cama. Allí se entretuvo a gusto, desnudándola en primer lugar para, después demostrarle de nuevo sus dotes como «poeta»; ella, ante tales «perlas», se derretía y hasta aportaba algunas de su propia cosecha, lo que hizo que acabaran agotados, pero muy satisfechos. También pasaron por la etapa de profesor severo y alumna díscola, la fase de «ahora te estás calladito y yo me encargo de todo», o la de «¿seguro que puedes hacer eso?». Por lo que entre una cosa y otra les dieron las tantas.

—¿Sólo bien?

—Ajá.

—O mientes por quedar bien o eres pésimo dando detalles —sentenció Albertine, removiendo con exquisita delicadeza el café con la cucharilla.

—O puede que sea un caballero.

—Tururú —se burló ella—. Además, te recuerdo que Séverine y yo somos íntimas, sólo he de esperar y escuchar su versión.

—Entonces ¿por qué preguntas? —arguyó él, sin comprender la lógica de aquella conversación.

—Muy simple: me fascina la versión masculina. Suele ser más directa y, ya que yo no la vivo directamente...

—Porque no quieres —la interrumpió Pierce seductor, haciéndola reír.

—Porque no quiero —corroboró ella—, pero me recreo al escuchar la de los hombres.

—Interesante teoría...

—¡Buenos días! —saludó Séverine en esos momentos caminando hasta ellos.

No esperaba encontrarse con Albertine y cerró el pico, porque mejor no provocar a su amiga y que ésta hiciera preguntas incómodas. Pero intuyó que tal vez era tarde y ya las había hecho. Mejor mirar hacia otro lado y fingir.

Albertine los observaba a ambos sin entender muy bien qué les ocurría. El porqué de su comportamiento tan formal. De acuerdo, estando ella delante no se iban a poner a follar como conejos; aun así, unos mimitos serían comprensibles. Vaya dos tontainas, a priori nadie diría que habían pasado la noche en la cama retozando.

—Pierce, ¿puedo pedirte un favor? —preguntó Albertine con su tono más susurrante.

—Por supuesto.

Séverine untó una tostada de mantequilla sin inmutarse. Lo más probable era que el favor fuera, como poco, surrealista.

—Necesito tu opinión como hombre —dijo y se puso en pie.

Antes de que él parpadeara o preguntase de qué se trataba, ella ya se había quitado la camiseta, mostrándole su generosa delantera embutida en un elegante y provocador sujetador rojo.

—¿Qué te parecen?

—¿Perdón? —contestó desconcertado. Menos mal que ya se había tomado el café; si no, desde luego lo hubiera escupido. Miró de reojo a Dora la Exploradora.

Séverine se sirvió otro café.

—Verás, en mi trabajo es muy importante el aspecto físico. He de seducir, cada noche, a diferentes hombres.

Pierce frunció el cejo.

—Tenía entendido que eras lesbiana —comentó, sin comprender el razonamiento.

—¡Lo soy! Pero eso no quita que quiera tentar, provocar y seducir a los hombres.

—Trabaja en un club de burlesque —terció Séverine, porque el pobre no sabía por dónde le daba el aire—. Sirve copas, da conversación y como en su mayoría los clientes son hombres, un buen escote siempre funciona...

—Comprendo —convino él atando cabos.

—¿Debería ponerme implantes? —planteó Albertine, sujetándose los pechos con las manos para que él pudiera apreciar mejor el tamaño.

Pierce se puso en pie y se acercó para poder juzgar mejor y responder con criterio.

—No sabría decirte... —Miró a Séverine por si ésta se ponía celosa, pero la vic tan pancha, desayunando como si tal cosa.

—Ya, claro, como a ti te gustan las mujeres con las tetas pequeñas... —adujo Albertine disimulando una sonrisita, ya que la cara del tipo era un poema.

—Necesitaría más datos para emitir una opinión razonable —alegó él cruzando los brazos como cuando reflexionaba sobre un asunto complicado.

—Por supuesto —convino Albertine y, ni corta ni perezosa, se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador rojo.

—¿Puedo mirar de cerca? —preguntó Pierce con educación y aire profesional.

Séverine empezó a leer el periódico.

—Faltaría más. Y puedes tocar si quieres —dijo Albertine.

Pierce se situó frente a ella y hasta se inclinó para poder apreciar cada matiz.

—¿Noventa y cinco?

—Casi, con el sujetador de relleno de gel doy el pego.

—¿Y cuánto habías pensado ponerte?

Séverine no prestaba atención al diálogo, pues ya había discutido con su amiga sobre ese tema y le había dejado clara su oposición a que pasara por el quirófano. Los tíos babeaban cuando la veían, una talla más no iba a aportar mucho. Pasó indiferente otra página del periódico.

—Una cien como mínimo.

—¿No te dolerá la espalda? —inquirió él, siguiendo con su tono más profesional.

—Puede, pero estoy segura de que las propinas serán alucinantes.

Pierce torció el gesto y miró a Séverine.

—¿Tú qué opinas?

La aludida se encogió de hombros.

—Ella no puede opinar porque las tiene pequeñas y no le importa —respondió Albertine adelantándose, y además lo que en realidad deseaba era ver la reacción de él. Era una verdad universal que los tíos siempre se sentían atraídos por mujeres de pechos generosos, categoría en la que su amiga no entraba.

—En eso tiene razón —convino Pierce, dedicando una elocuente mirada a la modesta delantera de Séverine.

Albertine se percató de ello. Mostrarle sus senos a un desconocido era un precio irrisorio con tal de averiguar ciertas cosas que de momento callaría por prudencia.

—¿Os queda mucho? —les preguntó Séverine a ambos—. Me gustaría ir a Nuage Noir sin demora.

—Siempre aguando la fiesta —le reprochó Albertine, haciendo hasta un puchero de mujer frívola.

—Qué bien la conoces —la secundó Pierce, sólo por el placer de chincharla un poco, pues estaba de acuerdo con ir ya a trabajar.

Séverine, aburrida de tanta tontería, dejó a un lado el periódico y se levantó de la mesa para recoger sus cosas y ponerse en marcha. Miró a Pierce a la espera de que éste en vez de dedicarse a cotorrear con su amiga dejara de perder el tiempo y la siguiera.

—Yo me voy —anunció resuelta.

—Seguiremos hablando —dijo él sonriente, dirigiéndose a Albertine—. Este tema es muy importante y aún debemos estudiarlo.

—Por supuesto, señor Wesley —ronroneó ella y buscó su sostén para colocárselo de forma insinuante. Pierce, caballeroso, se situó a su espalda y le abrochó el cierre—. Gracias...

Él le dio un beso en la mejilla y se fue tras Séverine, que aguardaba impaciente en

la puerta.

—¿A qué vienen tantas prisas? —le preguntó Pierce con ironía.

Ella, en vez de responder, salió de la habitación y, caminando con agilidad, ni siquiera lo miró. Él no la alcanzó hasta que llegaron al estacionamiento.

En esa ocasión Séverine no discutió sobre el vehículo que utilizar, se subió al asiento del copiloto del Evoque sin rechistar y de inmediato pusieron rumbo al palacete.

Allí, como no podía ser de otro modo, encontraron a Nestor y a Pascal, que estaban trabajando en el artesonado, donde encontraron las letras ro y sigma.

—Si no te importa, preferiría que esos dos se quedaran aquí mientras tú y yo nos vamos a explorar —propuso Pierce y ella asintió, pues conociéndolos a los tres, mejor evitar nuevos roces, o el día menos pensado acababan montando una buena bronca.

Así que se desplazaron a las caballerizas y a Pierce no le importó ayudarla con todos los cachivaches. Lo cierto era que le estaba cogiendo el gusto a aquello de jugar a los exploradores. Él siempre tomaba las decisiones basándose en informes que enviaban a su despacho y de los que se encargaba en persona de analizar, pero nunca de elaborar. Por decirlo de alguna manera, nunca se manchaba las manos. Otro argumento de peso para sentirse bien fuera de su elemento era que sus colaboradores no eran ni de lejos tan «peculiares» como la marisabidilla.

Caminaba un paso por detrás de ella. Ese día también podría decirse que estaba «arrebatadora», con un pantalón gris oscuro multibolsillos y una camiseta de manga larga un tanto amorfa. De nuevo con el pelo recogido con los dos palillos de madera que se moría por quitarle.

Sin embargo, sus deseos más inconfesables por el momento quedaron aparcados cuando se toparon, una vez más, con una puerta en mal estado. Debido a la humedad y la falta de mantenimiento, la madera se había hinchado y era complicado abrir con facilidad.

—Desde luego, ya os vale haber permitido que todo esto se deteriore —le recriminó ella, empujando sin mucho éxito.

—Tienes toda la maldita razón. Aunque ya de poco sirve lamentarse —murmuró él.

Se unió a ella y juntos comenzaron a empujar. Pierce soltó una retahíla de maldiciones. Séverine le pasó una palanqueta con ayuda de la cual lograron ahuecar un poco la puerta y finalmente acceder al interior, donde una nube de polvo los

recibió.

—Joder y mil veces joder —masculló él, tapándose la boca con el antebrazo sin dejar de toser—. Voy a acabar hecho un asco.

—Qué tiquismiquis eres —se guaseó ella—. Nada que no pueda arreglarse con una buena ducha.

Para que no continuara blasfemando o, lo que era peor, que quisiera sacarla de allí, le entregó una mascarilla.

—A buenas horas —rezongó Pierce.

Séverine no le hizo caso, se colocó también una y encendió la linterna, ya que las ventanas estaban tapiadas con tablones de madera y apenas se filtraba luz.

—Deja la puerta abierta y alúmbrame —le pidió, avanzando sin esperarlo.

—Además de listilla, marimandona —murmuró él siguiéndola, pues no le quedaba otra opción.

Ella lo miró por encima del hombro un tanto divertida.

Aquello estaba en un estado lamentable, todo manga por hombro. Se notaba, aparte de falta de mantenimiento, que habían utilizado aquellas dependencias como almacén. El olor a moho era evidente y Pierce maldijo, pues tanto él como su padre eran los responsables, por no haber cuidado de la propiedad, al menos para tenerla en condiciones aceptables.

Desde luego, cuando regresara a su oficina iba a mandar hacer un inventario de todo para saber con exactitud el estado de las propiedades familiares. Se acabó tanta desidia.

—Maldita sea —se quejó, al tropezar con una caja de madera que no había visto debido a la nube de polvo. Se frotó la espinilla. A ese paso iba a terminar sucio, con problemas respiratorios y encima lesionado. Cojonudo.

—Ve con cuidado —le advirtió Séverine, que, mucho más acostumbrada a semejantes vicisitudes, movía la linterna en varias direcciones antes de avanzar.

—No sé cómo soportas este olor —continuó protestando tras pegarse a ella para no volver a destrozarse la espinilla.

—Si vas a estar quejándote todo el rato, espérame fuera —le espetó, cansada de sentir a sus espaldas a un niño pequeño quejica.

—Oye, se supone que yo soy el hombre que ha de protegerte de los peligros —bromeó y si no se dio media vuelta para esperar fuera fue por una razón bien simple: no quería volver a tropezar con nada y ella, siempre en vanguardia, le indicaba el camino.

—Se supone...

—No vas a encontrar nada, por mucho que te empeñes en buscar y revolver —añadió don Pesimista tocándole la moral—. Lo único que vamos a pillar es una infección. ¡Joder, qué mal huele!

—Déjame sola —exigió, tensa por la actitud tan derrotista de él—. Ve al coche, juega con tu móvil o, qué sé yo, vete a dirigir tu imperio financiero ladrando órdenes por teléfono.

—Yo no ladro —la corrigió ofendido.

Séverine resopló. Qué paciencia debía tener con ese hombre, por favor.

—Pues vete a un salón de belleza a que te hagan la manicura. ¡Déjame trabajar!

—Ni hablar —negó serio y la sujetó de la muñeca para que se detuviera—. No nos vamos a poner en peligro. Esto está hecho una mierda, podemos tropezar, caernos, pisar algo en mal estado y a urgencias. Nos damos media vuelta.

—Pero...

—Nos largamos ahora mismo —afirmó inflexible, sin soltarla.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Da instrucciones a quien te plazca para que despejen esto, o si quieres me encargo yo —añadió en su tono más férreo, aquel que no admitía réplica, el de quien está acostumbrado cada día a dar órdenes y a que éstas se cumplan sin tardanza.

—No puedo perder un día...

—Nos vamos y punto —la interrumpió Pierce sin ceder un milímetro.

A Séverine no le quedó más remedio que aceptarlo. Quizá él tuviera razón; sin embargo, para ella era un duro revés no poder avanzar. Aunque era cierto que las antiguas caballerizas daban pena, por lo que acabó resoplando y dando media vuelta. Se encargó de guiarlo hasta la entrada para que no volviera a tropezar con nada.

—Voy a hablar con Pascal. Le daré instrucciones —le informó una vez que estuvieron en el jardín y se quitaron la mascarilla.

Pierce tenía un aspecto lamentable, con su ropa de diseño cubierta por completo de suciedad.

—Eso nos llevará al menos dos días —dijo Pascal tras hacer sus cálculos—. Estuvimos ahí al principio y no tocamos nada al ver cómo estaba.

—¡Dos días! —se lamentó ella.

—Y habrá que traer más maquinaria...

—Lo que sea preciso —intervino Pierce tajante y ambos lo miraron extrañados,

ya que por lo general los ayudantes no intervenían directamente, se limitaban a obedecer.

—Haced lo que consideréis oportuno. Confío en vosotros —añadió Séverine.

—De acuerdo, jefa.

—Son unos insolentes —se quejó Pierce cuando se quedaron a solas.

—Pero son los mejores, muy trabajadores y responsables —los defendió y él hizo una mueca cuestionando sus palabras.

—Yo no estaría tan seguro —dijo entre dientes.

Séverine al final se resignó a no poder continuar su inspección, pero no quería dar el día por perdido, así que sugirió que continuaran recorriendo Nuage Noir por si detectaban alguna pista y les sonreía la suerte.

Pierce se negó, no quería seguir hecho un asco y que alguien lo viera de aquella guisa, por no mencionar que le picaba todo el cuerpo. Por un día ya había tenido suficiente dosis de explorador; sin embargo, ella se las ingenió para convencerlo con ciertas promesas a las que no pudo resistirse para permanecer en el palacete.

—Hagamos un trato —propuso él, ya que una cosa era ceder y otra darle carta blanca.

—No me fío de ti —respondió ella sin perder la sonrisa. —Haces bien —convino sonriendo—. No obstante, creo que te gustará mi idea. ¿Qué te parece si en vez de rebuscar entre la mugre —hizo una mueca de asco— optamos por disfrutar de Nuage Noir y te muestro las ideas de Armand para reconvertirlo?

—Mmm, no sé...

—Me gustaría conocer tu opinión, sincera a ser posible, sobre el proyecto. Comentarte las ideas... pasar el día juntos.

Séverine lo miró fijamente. ¿Aquello último significaba lo que creía que significaba? Porque por el tono, un tanto prosaico, pocas conclusiones podía extraer. Había pasado la noche con él, pero hasta el momento su casi exclusiva relación sexual no se traducía en momentos fuera del dormitorio. Comportarse como si su relación fuera algo más no entraba en sus planes.

—¿De verdad quieres conocer mi opinión sobre el proyecto? —inquirió sólo por asegurarse, pues los tipos como Pierce no pedían opinión, sino que se limitaban a tomar decisiones dando prioridad a sus intereses y, en caso de querer escuchar una, encargaban un informe y listos.

—Por extraño que te parezca, no soy tan tonto como para desdeñar tu experiencia sobre arte y puesto que no tenemos otra cosa mejor que hacer...

Séverine sonrió, había vuelto a utilizar un tono distante; cualquiera que lo oyera pensaría que sólo deseaba aprovecharse de sus conocimientos, pero ella supo leer entre líneas.

—¡Ni se te ocurra hacer algo semejante!

Pierce se quitó las gafas, las limpió como pudo con el borde de su mugrienta camiseta, volvió a colocárselas y, con una paciencia que no tenía, la miró como si nada. Se podría decir que estaba más que acostumbrado a lidiar con salidas de tono y que la mejor forma de hacerles frente era no entrar al trapo, y menos cuando tenía la sartén por el mango.

Habían dado un paseo alrededor de Nuage Noir, observando la construcción y las fachadas hasta llegar al lugar que consideraban el punto de partida: la torre norte. Séverine se había detenido en cada lugar que consideraba relevante, disfrutando como una niña pequeña, imaginando lo que entre aquellos muros pudo haber ocurrido y él..., bueno, él se limitó a caminar junto a ella, incapaz de comprender cómo podía demostrar tanta pasión por un edificio, pues ver una balconada de madera apolillada no le suponía ningún estímulo, por lo que optó por contarle sus planes de reforma.

—Si instalas un ascensor dentro de la torre, eliminarás la elegante escalera de caracol, rompiendo la armonía de la construcción y perdiendo un elemento arquitectónico importante —alegó Séverine escandalizada, en vista de las pretensiones de aquellos insensatos respecto al palacete.

—¿Has oído hablar de las barreras arquitectónicas? —preguntó Pierce con retintín.

—Claro que sí —respondió ella gruñendo.

—Pues entonces comprenderás que no se puede conservar esta escalera, por muy artística que te parezca. El acceso a la torre debe ser posible para cualquier residente, sin restricciones; se ha diseñado un mirador con terraza en la parte superior para contemplar la ciudad y sería una lástima que ciertos huéspedes no pudieran llegar a él, por no mencionar que nos denegarían cualquier licencia si no se contempla la supresión de barreras —explicó con suma paciencia algo que lo más probable era que ella ya supiera.

—¿Y por qué no dejáis esta zona como restringida?

Pierce cruzó los brazos.

—Ni hablar. En la torre están proyectadas las suites de lujo —explicó como si

fuera algo irremediable.

—Pues, si conservas esta zona, reduce el tamaño de esas estancias, eso te permitirá conservar la escalera e instalar el ascensor, y todos contentos.

Él negó con la cabeza.

—Imposible, pues el ascensor debe ir pegado a la fachada interior, donde se sitúa la escalera; de ese modo, las habitaciones disfrutarán de las vistas.

—Uno de los atractivos que ofrecen los viejos palacios restaurados es poder sentir, tocar y pisar las mismas cosas que en su día sintieron, tocaron y pisaron personas desconocidas y que han perdurado a lo largo de los siglos —argumentó ella, viendo el lado sentimental del proyecto, no como él, que sólo había contemplado el comercial.

—No lo dudo, pero Nuage Noir debe modernizarse, contar con los últimos avances técnicos, por lo que no queda más remedio de desprenderse de algunos elementos —explicó Pierce sin sentirse culpable por ello.

—Sigue sin gustarme —murmuró apenada, porque aquella escalera era una preciosidad.

Cierto que el estado de conservación de la madera era lamentable; sin embargo, con una remodelación adecuada luciría de nuevo como cuando se construyó, otorgando al conjunto un aspecto envidiable.

—Pues no hay más remedio —aseveró él, siempre pragmático.

—Ya sé que a los ricos les gusta la ostentación, el derroche y presumir de sus millones, pero ¿tan complicado es prescindir de unos pocos metros cuadrados por suite y conservar la escalera? —insistió sintiéndose un poco tonta, pues se enfrentaba a un tipo acostumbrado a mirar el resultado del balance por encima de cualquier otro aspecto.

—Vaya perra te ha dado con la escalera —masculló Pierce.

Y ella, consciente de que intentar convencerlo de lo contrario era misión imposible, decidió no seguir discutiendo.

Comenzaron a subir con mucho cuidado; los técnicos habían asegurado que los peldaños estaban practicables, pero cada uno crujía más que el anterior. Pierce estuvo a punto de dar media vuelta, pues no lo veía seguro; sin embargo, Séverine, mucho más atrevida y resuelta, se puso en cabeza y no miró atrás en ningún momento, deseosa de llegar al final.

De nuevo un obstáculo, otra puerta atascada. Esta vez una de hierro, de intrincados nudos soldados de forma artesanal, sin duda un vestigio de la construcción

original; el cerrojo oxidado se había incorporado a posteriori. Ella no lo pensó dos veces y comenzó a deslizar el pasador moviéndolo con energía, hasta que poco a poco lo fue desplazando y pudieron abrir.

—Nadie me va a privar de las vistas —farfulló, haciendo un último esfuerzo al empujar la puerta.

Pierce sonrió ante su determinación.

—Tú primero —le indicó sosteniéndole la puerta y ella no lo dudó.

—No tengo palabras... —murmuró soñadora cuando accedió al exterior y pudo contemplar Carcassonne desde aquella situación privilegiada.

Él se situó tras ella y le dio la razón en silencio. Sin lugar a dudas la torre norte sería un reclamo muy potente para explotar el negocio, pero, sin saber por qué, se dejó arrastrar, al menos un poquito, por el entusiasmo de Séverine. El cuerpo le pedía tocarla, rodearla con los brazos y admirar juntos la ciudad desde aquel mirador; aun así, permaneció quieto, en silencio y aguantándose las ganas.

Ella se volvió y lo miró fijamente; en su rostro se mezclaba la emoción y algo más que Pierce no supo o no quiso interpretar. Debía al menos ser capaz de pronunciar alguna palabra; sin embargo, le resultó difícil, pues no le venía ninguna a la mente. En ese preciso instante notó una vibración en el bolsillo y sacó el móvil.

No tenía ganas de responder, pero vio una vía de escape para no terminar diciendo alguna estupidez o, peor aún, haciéndola.

Ella le concedió privacidad y se acercó a una de las almenas para olvidar ese momento extraño que acababa de vivir y concentrarse en lo importante. Disfrutar del privilegio de poder contemplar desde aquella torre toda la ciudad antes de que se abriera al público, pues estaba segura de que una vez remodelado el palacete, Nuage Noir tendría éxito, y, muy a su pesar, perdería la esencia original.

Pierce no dejaba de mirarla mientras hablaba por teléfono con quien menos se esperaba: Mary Ann había decidido ponerse en contacto con él justo en ese momento. Esperaba con ansia una respuesta por su parte, pero, maldita sea, qué inoportuna.

—Me alegra oír eso —le dijo en voz baja, pues era mejor que Séverine no se enterase aún de quién lo había llamado—. Ya lo hablamos en su momento, quiero que sigas siendo mi secretaria.

—He pensado mucho en ello, señor Wesley. No ha sido fácil, pues usted pensará que...

—Yo no pienso nada, Mary Ann —la interrumpió—. Y ahora sólo falta que me confirmes cuándo vuelves.

—Hoy mismo, lo estoy llamando desde su oficina —le informó y él sonrió; ella siempre tan eficiente.

—Me alegro. Y, ya que estás ahí, por favor, toma nota...

Le dio un sinfín de indicaciones, confiando en la profesionalidad de su secretaria y en que ésta lo tendría todo dispuesto cuanto antes. Mary Ann se despidió prometiéndole que dispondría de todo lo que le había solicitado en cuarenta y ocho horas. Él se dio cuenta de que mentía, pues sabía que lo recibiría en veinticuatro.

—¿Buenas noticias? —preguntó Séverine al observar su expresión satisfecha cuando se acercó a ella.

—Muy buenas —corroboró, sin mencionar con quién había estado hablando.

Ella, con cautela, evitó seguir mirándolo, y se concentró en el paisaje; aparte de deleitarse con él, era muchísimo más seguro que mirar a Pierce. No se sentía preparada para un momento íntimo, porque a veces las miradas resultaban mucho más peligrosas que cualquier otra cosa.

Él debió de percatarse y no insistió, se quedó cerca y sin tocarla, mirando también el paisaje y reflexionando sobre la conversación que habían mantenido. Puede que Séverine no fuera tan descaminada y debiera contemplar con el arquitecto la posibilidad de mantener la escalera. Involuntariamente frunció el cejo, pues por norma general él no tomaba decisiones basándose en sentimientos, sino en razones técnicas y prácticas.

Para evitar caer en la tentación de modificar el proyecto, algo que desde luego llegaba a plantearse en serio, lo comentaría de inmediato con Armand, le gustara al arquitecto o no hacer modificaciones. Le propuso a Séverine regresar al hotel y ella, sin oponerse, aceptó la sugerencia. Algo raro, teniendo en cuenta la tendencia de aquella mujer a permanecer en Nuage Noir y revisar cada piedra.

Volvieron al hotel y él por fin pudo quitarse la ropa sucia. Mientras la dejaba en la bolsa de la lavandería, estuvo tentado de tirarla a la basura. Fue el primero en pasar por la ducha, cosa que agradeció, y, si bien le hubiera gustado que Séverine se le uniera y repetir el episodio de la memorable mamada, que ya había situado en el top uno de su lista de felaciones, entendió que a lo mejor no les venía nada mal distanciarse un poco.

¿Distanciarse? Pero ¿qué chorrada era aquélla?

Ella, por su parte, una vez limpia, lo dejó a solas trabajando en su portátil y se marchó en busca de Albertine antes de que ésta se despistara demasiado por Carcassonne, porque en realidad deseaba charlar un rato con su amiga y olvidarse de

Pierce, que buena falta le hacía: pasar el día con él, aunque fuera discutiendo, no ayudaba a mantenerse firme en sus convicciones. Ya lo había estropeado todo acostándose con él, lo menos apropiado era empatizar demasiado.

—¿Dónde te has metido?

—He pasado el día de compras —respondió Albertine dicharachera.

—¿Y no has ligado con nadie? —le preguntó Séverine un tanto maliciosa.

—Sorprendentemente no. ¿Celosa?

—No. Sólo perpleja —admitió y se percató de que no era plan volcar su frustración en su amiga.

—¿Y tu señor Wesley?

—Lo he dejado en su suite. He pensado que podríamos pasar la tarde las dos juntas.

—¿Ah, sí? ¿Y me prefieres a mí antes que a él? —inquirió su amiga con guasa.

Séverine ni se molestó en ofenderse.

—Tenía trabajo.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Pues que no voy a quedarme allí como un pasmarote, mientras él hace cositas de ejecutivo —contestó con ironía.

—¡Qué tonta eres, por favor!

—Entonces ¿quedamos o no?

—No puedo.

—¿Cómo?

—A diferencia de ti, yo sí sé pasar buenos ratos, así que hasta la noche no te veo.

Séverine, estupefacta, se despidió de Albertine, que no le dio pistas de sus planes, lo cual era sin duda preocupante. De ese modo, sin otra cosa mejor que hacer, buscó una cafetería cercana al hotel y se dispuso a comer sola. Cualquiera otra se hubiera empezado a deprimir; sin embargo, ella no, pues desde un punto de vista práctico era bueno pasar tiempo a solas y así reflexionar sin interrupciones.

El problema era que, si se ponía a pensar, quizá un único asunto se instalara en su mente y eso no se lo podía permitir, así que nada mejor que mantener la cabeza distraída. Y ya que siempre se quejaba del poco tiempo que tenía para la lectura, se decidió a buscar un buen libro y pasar la tarde. Le preguntó al camarero de la cafetería y, tras acabar la comida, muy resuelta se dirigió a la librería que el hombre le había indicado.

Ya con un libro bajo el brazo y tiempo libre, regresó al hotel y, aprovechando que

Albertine estaba a saber dónde, ocupó la habitación que hasta hacía poco era la suya y se puso a leer.

* * *

—*Oh, my God!*

Pierce sonrió ante el comentario de Albertine, que iba a convertirse en un clásico.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó amable, dejándola pasar, pues iba cargada de bolsas.

—Tenemos una cena pendiente, ¿recuerdas? —ronroneó ella.

—Lo recuerdo.

—¿Has estado trabajando toda la tarde? —Él asintió—. ¿Tú solito?

—Ajá. Pero la próxima vez, puedes hacerme compañía —sugirió, y Albertine se rio coqueta.

—Bueno, se supone que Séverine y tú estáis en el mismo barco —dijo la joven, buscando a su amiga con la mirada—. ¿Y no sabes nada de ella?

—No, no se ha puesto en contacto conmigo en toda la tarde.

—Será tonta del culo... —murmuró sin perder la sonrisa. Sacó su móvil para llamarla, confiando en que Séverine diera señales de vida.

Pierce se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, observándola divertido. Vaya curvas, vaya tetas, sabía muy bien de qué hablaba, y vaya vestido azul que lucía. Todo en su sitio, maquillaje, peluquería... vamos, una mujer de bandera con la que no le importaría tener algo más que palabras. Lástima que, uno, fuera lesbiana y, dos, que últimamente se excitara más con otra. Una pena.

—¿Que has estado toda la tarde sola en tu cuarto leyendo?! Pero ¿tú estás tonta? —exclamó Albertine negando con la cabeza ante la estupidez de su amiga.

Pierce, que no perdía ripio de la conversación, hasta se alegró de que hubiera sido así, pensamiento que por supuesto no compartiría con nadie.

—Haz el favor de venir ahora mismo a la suite del señor Wesley. —Pausa en la que ella frunció el cejo—. ¿Cómo que no? No me obligues a tener que ir a buscarte. Vamos a cenar aquí los tres.

—Cena tú con él si tanto de gusta —replicó Séverine gruñona.

—He dicho que vengas, vamos a pasarlo genial, ya lo verás. Será una velada entre amigos, nada más —afirmó, mirando de reojo a Pierce, que disimulaba como podía su sonrisa.

—Mmm, vale, pero nada de tonterías. ¿De acuerdo? —dijo Séverine.

—Prometido —mintió su amiga.

—No te creo, pero aun así iré.

—Ya viene para acá —le comunicó Albertine y adoptó una actitud resignada—. ¡No puedo con ella!

—¿Vamos pidiendo la cena? —propuso él amable y la joven asintió—. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosilla —respondió, siempre sugerente.

Él llamó al servicio de habitaciones para encargarse de la cena y, mientras aguardaban, charlaron de temas un tanto banales. Ella le contó algunas anécdotas de su trabajo y Pierce disfrutó de lo lindo con las ocurrencias de la rubia.

—Ni te imaginas lo babosos que son algunos, aunque con otros, la verdad, a veces estoy tentada de volver a la senda de la heterosexualidad.

—¿Dudas?

—Sí, en más de una ocasión —confirmó lanzando el anzuelo, porque iba a ponerlo a prueba.

—¿Y lo has hecho?

—Ni te imaginas el tiempo que hace que no me como una buena polla.

A Pierce le dio un ataque de tos ante la sinceridad brutal con la que se expresaba.

—Por mí no te prives —acertó a decir mientras recuperaba la normalidad.

—Es una propuesta que tendré en cuenta —aseveró Albertine sonriendo de oreja a oreja.

—Gracias, me lo tomaré como un cumplido —dijo él, educado, tras recuperarse de la impresión. Entonces se miraron a los ojos y ambos estallaron en carcajadas.

* * *

Cuando Séverine llamó a la puerta y oyó aquellas carcajadas se puso en lo peor. Conocía a su amiga y a saber qué había hecho, porque el numerito de enseñarle las tetas había resultado cuando menos pintoresco. Hubiera preferido seguir en su cuarto leyendo, pues gracias al libro se había olvidado del quiero y no puedo que representaba Pierce; sin embargo, había terminado acercándose, pues cualquiera aguantaba a Albertine en plan ordeno y mando.

Llamó con suavidad a la puerta y no obtuvo respuesta; los dos seguían partiéndose el culo. Insistió y nada. Llamó esta vez más fuerte justo cuando por el pasillo aparecía

un camarero con el carrito de la cena.

—¡Ya voy! —gritó Albertine y a los pocos segundos abrió la puerta deslumbrando al camarero con su vestido ajustado y su sonrisa seductora.

—Señora, la cena —anunció el camarero, solícito, obviando por completo a una Séverine que parecía la hermana pobre.

—Pase, pase, adelante —contestó la «anfitriona» cantarina.

—Y a mí que me parta un rayo —farfulló Séverine, que con su modesto pantalón corto y su camiseta deportiva de tirantes desentonaba como la que más.

—Podías haberte arreglado un poco —le susurró Albertine, con cuidado de que Pierce no la oyera—. O haber venido con un sujetador mono. Aunque para lo que te sirve...

Séverine puso los ojos en blanco. La conocía y seguramente ya estaba tramando algo, pero como no quería enfadarse, ni se molestó en responder. Y no se había molestado en ponerse sostén, pues para cenar no lo veía necesario.

Pierce se ocupó de atenderlas, incluso apartándoles la silla para que se sentaran a la mesa. A pesar de las reticencias de Séverine, no surgieron temas de conversación comprometidos ni su amiga habló más de la cuenta ni él se comportó como un cretino, mirando más de lo normal a la rubia.

Así que Séverine se fue relajando, pues, tal como le había prometido su amiga, aquélla era una simple cena de colegas en la que la única premisa era pasarlo bien, disfrutar y sonreír. Lo cierto era que necesitaba momentos como ése. Puede que Albertine fuera un dolor de muelas en más de una ocasión; sin embargo, no podía enfadarse por ella, puesto que intentaba animarla: ya habían pasado juntas demasiadas crisis emocionales y eso une más que ninguna otra cosa.

Y además estaba Pierce, que lejos de comportarse como el tipo estirado que presumía ser, por lo visto había congeniado a las mil maravillas con Albertine, lo cual no era fácil, pues ella siempre se mostraba muy selectiva.

—Estoy llena —murmuró ésta.

Pierce arqueó una ceja, dado que apenas había probado bocado, pero se quedó callado, porque no lo preocupaban demasiado los hábitos alimenticios de la rubia, y además había estado más pendiente de Séverine, que tampoco había comido mucho, aunque sí lo suficiente como para no morir de inanición.

—¿Pasamos a los postres? —preguntó Albertine poniéndose en pie. Caminó hasta las bolsas que había traído consigo y, para sorpresa de Séverine y de Pierce, sacó dos botellas y unos vasos de chupito—. Venga, chicos, hay que soltarse la melena.

Para que no quedasen dudas, les hizo una demostración práctica de lo que quería decir.

—No sé yo si... —titubeó Séverine.

—¡No seas pederro! —exclamó su amiga, divertida.

Pierce permaneció expectante, cauteloso, no haría ningún movimiento hasta ver cómo reaccionaba Séverine.

—Estoy cansada —se excusó ésta.

—Has estado toda la tarde sentada leyendo, muy cansada no puedes estar — retrucó con rapidez Albertine, desmontando su excusa.

—De acuerdo, uno solo...

—Venga, señor Wesley, no seas tan estirado y únete a nosotras...

Albertine puso música en su teléfono, *All that Jazz*, y comenzó a bailar al más puro estilo cabaret, contagiándolos, pues a pesar de querer tomar sólo un chupito, Séverine cedió y repitió, igual que Pierce. Así que hora y media más tarde terminaron sentados en el suelo, riéndose como niños pequeños, con la banda sonora de la película *Chicago* de fondo.

—¿Por qué no jugamos a algo? —propuso Albertine, que como maestra de ceremonias no tenía precio.

—Yo debería irme a dormir ya —apuntó Séverine un poco borracha, frotándose las sienes.

—¿Qué os parece si jugamos a verdad o atrevimiento?

—¡No jodas! —exclamó Séverine—. Eso es de adolescentes inmaduros.

—Hace una eternidad que no juego a algo semejante —terció Pierce, riéndose bastante animado, porque se lo estaba pasando en grande con ellas.

Al día siguiente pagaría las consecuencias del alcohol, pero no podía aguar la fiesta y, ¡qué coño!, aquellas dos eran muchísimo más divertidas que su abogado y el arquitecto.

—No se hable más —sentenció Albertine pasando por alto las protestas.

De nuevo se acercó a sus bolsas y sacó una baraja de cartas, lo que indicaba que todo aquello era premeditado. Las mezcló con habilidad y repartió.

—Yo no juego —farfulló Séverine; no obstante, su amiga la ignoró una vez más.

—Yo sí, qué narices —se apuntó Pierce.

—Éstas son las reglas —expuso Albertine—. La carta más alta comienza. Si se elige atrevimiento, no vamos a hacer ninguna tontería fuera de la habitación, así que nos desprenderemos de una prenda.

—De acuerdo —convino él asintiendo.

—Él puede hacer trampas —lo acusó Séverine.

—Oye, no voy a hacerlas —objetó Pierce, molesto.

—¿Y cómo lo sabremos? —se obstinó ella—. Si yo miento, Albertine puede corregirme, y viceversa, pero si tú nos engañas, ¿cómo podremos probarlo?

—No seas tan desconfiada —lo defendió la rubia—. Señor Wesley, ¿nos da su palabra de caballero?

—Por supuesto —aceptó él sonriente y se llevó una mano al corazón.

—Sigo sin fiarme...

—No se hable más, ¿empezamos? —Albertine repartió las cartas, a Pierce le tocó un siete, a Séverine un cuatro y a la «manipuladora» un rey—. Muy bien, yo soy la primera... —Miró alternativamente a uno y a otro antes de formular la pregunta; se decidió por ella—: ¿Cuál fue tu polvo más inesperado?

Séverine se atragantó. No quería beber más; aun así, lo hizo de un trago. Le necesitaba.

Vaya preguntita...

Como si tuviera que pensarlo.

—No pienso contar eso —farfulló y se bebió de golpe otro chupito, porque la pregunta de Albertine no tenía otro objeto que ponerla en evidencia.

Se sentía observada, algo que la sacaba de quicio, pues era evidente que ambos se estaban divirtiendo a su costa y encima le tocaba romper el hielo. Necesitaba más combustible para soportar aquella tortura, o para vengarse de su amiga en cuanto le fuera posible.

—Pues entonces quítate la camiseta —propuso Albertine dirigiendo el juego.

—Yo no he puesto las reglas —se disculpó Pierce disimulando su regocijo, pues tanto si Séverine contaba la historia como si se quitaba la camiseta él iba a agradecerlo. Eso era sin lugar a dudas, por obra y gracia de la rubia, un detalle que, por supuesto, recompensaría sin dudarlo y ocultaría, por razones obvias, a Dora la Exploradora.

Séverine hizo cuentas. No se había puesto sujetador así que, o enseñaba las *lolas* en la primera ronda, circunstancia que la dejaba en desventaja frente a aquel par de liantes, o se inventaba un polvo antológico. No obstante, la segunda opción tampoco era viable, pues la traidora de su amiga estaba al tanto de su historial sexual.

—Estamos esperando —la apremió Albertine chasqueando los dedos delante de su cara.

Pierce, que no dejaba de mirarla, se dio cuenta de un detalle: tal vez él no fuera el protagonista del relato sexual. Cruzó los dedos. Si le daban a elegir, que al menos fuera con otra mujer. Escuchar una historia lésbica siempre era un buen comienzo.

—De acuerdo —aceptó Séverine a regañadientes tras mirarlos de nuevo y comprobar que no le quedaba otra alternativa—. Fue en la universidad. Yo estudiaba y trabajaba para complementar la beca, pues Oxford no es barato. No ganaba mucho como camarera, pero me permitía compaginar los horarios. —Hizo una pausa, hasta ese punto de la historia podía sentirse tranquila, aunque debía ir al meollo de la cuestión—. Había conocido a alguien, no creía que fuera una relación seria, más bien el típico rollo universitario... —Miró a Pierce. No estaba mintiendo, ya que por su tono de voz quedaba claro que aquello sí fue importante.

«Vaya si lo fue», pensó Séverine.

Pierce inspiró hondo. Si sólo hubiera sido el típico rollo universitario...

Albertine le sirvió otro chupito para animarla. Sabía que estaba siendo un poco cabrona con su amiga; sin embargo, si no la animaba, aquella pánfila no se decidiría. No había más que mirarlo a él, cómo disimulaba la impaciencia por escucharla. De todas formas, también tenía una ración de mala leche para el señor Wesley.

—Venga, sigue.

Séverine se lo bebió de un trago y apartó la mirada de Pierce para proseguir:

—Fue un jueves, a la hora del cierre. Había sido un día tranquilo y por eso me quedé sola en el local. El dueño me pidió que cerrase y no me importó; es más, prefería ocuparme de todo sola. Ya no esperaba a nadie más cuando apareció él.

De nuevo tuvo que hacer una pausa, no para reorganizar sus recuerdos, que tenía muy presentes, sino sus sentimientos, pues éstos podían jugarle una mala pasada y revelar más de la cuenta, aunque lo más probable era que su expresión y su tono ya la hubiesen delatado.

—No habíamos quedado hasta el sábado, él también estudiaba, así que entre semana preferíamos concentrarnos en nuestras ocupaciones. Tampoco es que fuéramos en serio. Me sorprendió, claro, y puesto que estábamos solos, lo invité a una copa...

Sin querer miró a Pierce, su expresión no dejaba entrever nada; se mantenía en aparente calma, no interrumpía.

Nada más lejos de la realidad, pues él, en lugar de sentirse relajado, a medida que ella avanzaba en su relato, se iba tensando. Había cruzado los dedos y se repetía en silencio el dicho «ten cuidado con lo que deseas...». Si la memoria no le fallaba, y hasta la fecha no había tenido problemas al respecto, sabía qué venía a continuación. Iba a ser difícil seguir impasible, pues su contención tenía un límite. Y encima con público delante, así que debía controlarse y no aportar datos de su propia cosecha.

—Comenzamos a hablar, como siempre, era muy fácil con él y pasamos un buen rato mientras yo lo recogía todo antes de marcharme. Incluso me echó una mano para acabar antes, algo que no esperaba, pues era evidente que no era un tipo acostumbrado a trabajar. Hizo cuanto pudo —prosiguió—. Apagué las luces y fui a por mi bolso, que había dejado sobre la barra del bar, y fue entonces cuando lo sentí a mi espalda. No había hecho ninguna insinuación sexual, así que me pilló un poco desprevenida. Presionó contra mí por detrás. Podía haberle pedido que se apartara, y él lo habría hecho; sin embargo, no lo rechacé.

Albertine, que no le quitaba ojo a Pierce, sonrió con disimulo. Aquellos dos

tenían mucho que decirse y por tal motivo se había propuesto hacer cuanto estuviera en su mano para que por fin dejaran de marear la perdiz. Puede que al final no solucionaran nada, pero al menos ella no se iba a quedar cruzada de brazos.

—Espero que ahora nos cuentes los detalles más morbosos —apremió a Séverine, que hizo una mueca.

—Él comenzó a besarme el cuello, despacio. Yo me apoyé sobre la barra de acero inoxidable, que estaba fría y olía a detergente. No me importó cuando él tiró de mis caderas obligándome a poner el culo en pompa y me lo manoseó a su antojo. —Inspiró hondo, recordarlo la excitaba, era inevitable—. Tampoco me resistí cuando me subió la horrible falda del uniforme. Yo no llevaba precisamente unas bragas muy eróticas; sin embargo, me acarició como si vistiera la lencería más exquisita. Cada vez respiraba con mayor agitación. Cuando se arrodilló detrás de mí y comenzó a mordisquearme las nalgas, casi me corro allí mismo... —Su tono de voz la traicionó, pues denotaba que le estaba afectando.

Pierce respiró. También le estaba afectando a él... y mucho. No le apetecía seguir bebiendo; a pesar de ello, rellenoó su vaso, porque así tenía algo que hacer con las manos. Era consciente de cómo Albertine lo observaba, de ahí que tuviera que esforzarse aún más en disimular.

—¿Sólo te mordisqueó? —inquirió ésta, divertida.

—No, por supuesto que no. También me besó y me acarició las piernas, muy despacio, tanto que yo me desesperaba... —«Menos mal que estoy borracha, así mañana podré decir que no me acuerdo de nada», pensó—. Hasta que sentí sus manos recorriendo el elástico de mis bragas. Me las bajó y con rapidez se puso en pie. Miré por encima del hombro y vi que estaba desabrochándose los vaqueros... Entonces cerré los ojos, posé la mejilla sobre la barra y me quedé inmóvil, a la espera de que hiciera cuanto le viniera en gana.

—¿Y lo hizo? —preguntó Albertine sin perder la sonrisa.

—Sí —afirmó Séverine, y suspiró—. Vaya si lo hizo. Me folló de una manera un tanto brusca, como nunca antes, pues siempre había sido delicado, tierno. Y me gustó... mucho.

No hacía falta añadir nada más, quedaba todo dicho. Séverine se sintió un tanto avergonzada, porque sin querer se había dejado llevar y quizá había revelado más de la cuenta. No en lo relativo a los hechos, pues dar detalles sobre un encuentro sexual no iba a escandalizar a nadie; sin embargo, sin pretenderlo, se había confesado en voz alta.

Aquella noche, tras echar un polvo contra la barra del bar donde ella trabajaba, Pierce la acompañó hasta su apartamento y, pese a que ella hubiera querido invitarlo a subir, optó por dejarlo marchar. Fue el momento exacto en que supo que ya no era un rollo más sin compromiso. Fue cuando se dio cuenta de que por primera vez sentía algo por un hombre y que quería volver a verlo.

Fue el principio.

—Ahora te toca a ti —intervino Albertine señalando a Pierce—. Me muero por escuchar de tu boca una nueva historia de tipo rico.

—¿Y por qué no cuentas tú primero una? —repuso él con su tono más seductor, pero no logró sus objetivos.

—Yo he sacado la carta más alta. Será la última historia y, por supuesto, la más explícita, morbosa e interesante. Que no te quepa la menor duda.

Pierce levantó su vaso pidiendo en silencio que se lo rellenara, algo que Albertine hizo con rapidez, animándolo a hablar.

—Fue en el último curso. Yo iba un poco retrasado con los trabajos, pues había estado un poco... disperso —comenzó él y esbozó una sonrisa de niño bueno—. Hasta la fecha siempre había entregado los trabajos a tiempo, pero durante aquel semestre...

—Uy, qué chico tan aplicado —bromeó Albertine.

—El caso es que aquel fin de semana me quedé solo en el apartamento que compartía con mi mejor amigo, Owen. Él se fue a casa de sus padres y yo quería aprovechar para trabajar sin distracciones, y me puse a ello. Adelanté bastante, pero aun así a última hora del sábado estaba a punto de tirar la toalla y salir por ahí —prosiguió tragando saliva, vaya recuerdos...—. El caso es que había estado tonteando con una alumna y, bueno, sabía dónde encontrarla para desahogarme y volver a casa más relajado y...

—Joder, señor Wesley, no nos dejes con la intriga.

—Pero ella, no sé cómo, aunque siempre sospeché que Owen tuvo algo que ver, consiguió las llaves del apartamento y se presentó allí por sorpresa.

—Y te ayudó con los apuntes, supongo —apuntó Albertine con humor, mirando de reojo a Séverine, que mantenía una expresión distante, pese a que lo más probable fuera que por dentro estuviera ardiendo.

—Si sólo hubiera hecho algo así, ¿te lo creerías? —la retó Pierce divertido y cada vez más a gusto con Albertine, porque la chica a veces era un poco meticona, pero lograba que al final todos participaran.

—Continúa.

—Ella entró en mi dormitorio, aquello estaba manga por hombro; sin embargo, no parecía importarle. Yo permanecí sentado en mi silla de escritorio y tan sólo me limité a observarla. Ella ya había estado antes, pero sabíamos que esa vez era diferente. Estábamos solos y si bien a mi amigo no le hubiera importado, siempre resultaba más fácil sin compañeros de piso al otro lado de la pared.

Séverine se había encontrado con casualidad con Owen y, tras saludarlo con amabilidad, habían intercambiado cuatro palabras de cortesía. Fue entonces cuando él le comentó que se marchaba a casa y, claro, la tentación fue irresistible. Le echó un poco de valentía y otro poco de morro, pues tampoco tenía tanta confianza con el compañero de piso de Pierce, y le pidió las llaves.

—Comencé a tensarme, pues únicamente me había dicho «hola». —Pierce se quitó las gafas, se frotó los ojos y se las colocó de nuevo, un gesto muy suyo—. Pensé que quizá quería mandarme a paseo (las tías a veces sois muy retorcidas), pues seguíamos en plan «nada serio». —Esto último lo dijo en falsete y marcando unas comillas con los dedos—. Reconozco que yo no le eché un par de huevos y hablé claro y ella —miró a la susodicha— tampoco.

Séverine estuvo a punto de gritarle «¡Cretino, yo también estaba acojonada!», pero se controló.

—¡Qué bonito! —terció Albertine, mitad burlona mitad soñadora.

—Cuando me miró, supe que no iba a mandarme a paseo. Me dejó sin aliento cuando comenzó a desnudarse.

«¡Qué joven e impulsiva era!», pensó Séverine, pues aquello seguramente fue la peor escena de seducción del mundo.

—¿Te hizo un *striptease*? —preguntó la rubia.

—No iba vestida para ello, la verdad. Se notaba que se había escapado un rato de su trabajo para venir a verme. Y no me importó, todo lo contrario, pues nunca un uniforme de camarera, a priori anodino, resultó tan sugerente. Yo permanecí en la silla, agarrado a los reposabrazos, muy excitado y pendiente de cada movimiento.

—¿Y? —lo apremió Albertine, mirando de reojo a Séverine.

—¿Qué querías que hiciese? Pues aguantar como un valiente —respondió Pierce y Albertine se echó a reír.

—¿Te la follaste a lo brutote? —inquirió con una sonrisa irónica.

—Pues no, al final no. Pese a que el cuerpo me lo pedía, fui capaz de contenerme y permanecí sentado en la maldita silla hasta que ella se acercó a mí y comenzó a jugar conmigo. Me provocó, me excitó y todo sin decir una palabra. —Esbozó una

tierna sonrisa y fue evidente a quién se dirigía—. Cuando me desabrochó los pantalones, casi me da un infarto. Me dejó impresionado, pues no fue sólo el acto en sí. Acabamos follando en la silla, desde luego, y cuando todo acabó, nos quedamos abrazados un buen rato, el suficiente como para saber que no era un rollo como nos gustaba creer.

—¿Y se lo dijiste?

—No, la verdad es que no —admitió Pierce con una mueca, pese a que ya había pasado mucho tiempo y no tenía remedio—. Ella tuvo que marcharse y después yo me concentré en estudiar. Y por si te lo preguntas: sí, en efecto, obtuve unas calificaciones excelentes.

—¡Oh, qué romántico! —exclamó Albertine a medio camino entre la chufra y la emoción.

—Ahora es tu turno —le recordó él.

—Es verdad... —dijo soñadora—. Déjame que piense... Ha habido tantos momentos intensos, inolvidables...

—No te vayas por las ramas —la interrumpió Séverine, recuperada tras escuchar a Pierce hablar de aquella vez en su piso de estudiante. El mismo piso donde unos meses después vio lo que nunca pensó ver y todo se fue a la mierda.

—Yo me enamoro con mucha facilidad, no puedo evitarlo —empezó Albertine—. Luego, cuando me dan calabazas, por suerte se me pasa rápido; sin embargo, con ella fue muy diferente. Fue el año que acabé mis estudios de Psicología...

—Espera, espera, ¿eres psicóloga y trabajas como camarera? —preguntó Pierce frunciendo el cejo.

—Pues sí, prefiero escuchar a la gente tras la barra y relajada, que en un sillón y encerrados en un despacho anodino pintado de color pastel —replicó orgullosa—. Y si piensas que se gana más, bórrate eso de la cabeza, con las propinas me pago todos los años unas vacaciones de lujo.

—Doy fe —terció Séverine y ambas levantaron sus vasos para brindar.

—Ver para creer —murmuró él, pues no le encajaba nada en absoluto que la rubia explosiva, primero, tuviera estudios universitarios, y, segundo, fuera psicóloga. Y lo que menos le encajaba aún era que una persona prefiriese una barra de bar a una reputada consulta.

—Aquel año elegí Estocolmo para pasar el verano. Ya lo sé, no es muy lógico, pero me apetecía y allí conocí a Ilsa. Mmm, ¡Ilsa...! —exclamó emocionada—. Nada más verla supe que era la mujer de mi vida... —suspiró un poco exageradamente,

haciéndolos reír.

Séverine sabía que, a pesar de ser un poco melodramática, su amiga lo había pasado muy mal con Ilsa, pues la sueca había jugado durante bastante tiempo al gato y al ratón con ella, dejándola hecha polvo cada vez que decidía romper la relación.

—Enseguida vi que Ilsa sentía lo mismo por mí. Nos enrollamos, por supuesto, y siempre recordaré la primera vez que estuvimos juntas. Qué noche, qué día, qué atardecer...

—¿Podrías ser un poco más concreta? —bromeó Pierce, pues eso de escuchar un relato lésbico, sumado a la cantidad ingerida de alcohol, sumado a lo que Séverine había contado y a sus propias palabras, lo tenían un tanto animado, por no decir cachondo.

—Podría, pero a lo mejor te escandalizas —lo provocó.

—Prueba... —dijo él recogiendo el guante.

—Nos fuimos a mi habitación de hotel a por mis cosas y desde allí nos encerramos en su casa. Vivía sola y eso nos vino de perlas, pues nada más cerrar la puerta me estaba comiendo la boca. La primera vez acabamos desnudas en el recibidor. ¿Sigo?

—Por supuesto —contestó Pierce y miró a Séverine, que sonreía de medio lado, ya que conocía la historia.

—Me desnudé primero y ella comenzó a besarme por todas partes. No hacía falta que me excitase, mis bragas empapadas eran una prueba irrefutable; sin embargo, se tomó su tiempo mientras yo gemía y abría las piernas todo cuanto me era posible para que Ilsa me devorase. Y vaya si lo hizo.

—Entiendo que luego le devolviste el favor —murmuró Pierce animado.

—¡La duda ofende! —exclamó ella riéndose—. Y, por si te interesa, siempre viajo con mis juguetitos, así que imagínate el resto.

—Mejor me lo cuentas —bromeó él.

—Otro día. Toma, reparte, eres el siguiente —le espetó, entregándole la baraja de cartas.

—¿Por qué se las das a él? —protestó Séverine.

—Porque antes ha sacado una carta más alta que tú y porque me da la gana —replicó la rubia.

Pierce barajó mientras reflexionaba sobre qué pedir, si verdad o atrevimiento. A él le importaba muy poco quedarse en cueros delante de las damas, porque, uno, Séverine ya lo había visto así más de una vez y, dos, Albertine era lesbiana, así que

nada de que preocuparse.

Séverine recibió un dos y resopló. La rubia un cinco y sonrió, y él un siete; por tanto, tenía ventaja.

—Tú dirás —indicó la perdedora, un poco gruñona y desafiante.

—La tentación de que os deis un beso delante de mis narices en muy fuerte... — reflexionó Pierce mirándolas con picardía.

Y antes de que pudiera decidirse, Albertine ya se había inclinado hacia su amiga y le estaba comiendo la boca de manera increíble, tanto que le saltaron todas las alarmas indicándole que o bien paraba aquello o bien terminaba masturbándose delante de ellas y al cuerno con las consecuencias. Y, para su desesperación, Albertine no sólo la besaba, sino que además Séverine respondía, tocándola aquí y allá, evitando por el momento las zonas más evidentes, pero gimiendo de forma escandalosa.

—Ya es suficiente, me hago una idea —dijo él con intención de que frenasen un poco su exhibición, antes de que todo se acabase desmadrando.

—¿Seguro? —preguntó la rubia poniéndole morritos.

—Podemos hacerlo aún mejor —añadió Séverine y se dio cuenta de que era un desafío en toda regla.

No, si al final iba a acabar tirándosela delante de su amiga, quisiera o no Séverine, porque dudaba que Albertine se escandalizara al verlos follar.

—Mejor os planteo una cuestión...

—¿Otra vez? —se quejó Albertine antes de volver a besar a Séverine delante de sus narices.

—Ya os he visto las tetas a las dos —afirmó él encogiéndose de hombros.

—Es verdad, te hemos roto el misterio —corroboró la rubia.

—¿Cómo fue vuestra primera vez? —preguntó a lo loco, pues no estaba muy sereno como para hacer una pregunta inteligente.

—Vaya forma de cortar el rollo...

Las dos le pusieron mala cara.

—¿La primera vez? —repitió Séverine y él asintió.

Tanto la una como la otra hicieron el típico gesto de «voy a vomitar».

—¿Tan malo fue?

—Decepcionante —contestó Séverine.

—Horrible —respondió la rubia.

—¿Es que no hay ninguna mujer que hable bien de su primera vez? —inquirió

extrañado.

—Dudo mucho que encuentres una —afirmó Albertine seria—. Yo me acosté con un amigo de mi hermano, porque todas mis amigas ya habían probado el sexo y, claro, como adolescente inmadura y gilipollas que era, aun siendo consciente de que no me gustaban los chicos, terminé aceptando las insinuaciones de un tipo que era mono y poco más. Y también por jorobar a una compañera de clase que le tiraba los tejos y, como me caía fatal, así mataba dos pájaros de un tiro.

—¿No has sido siempre lesbiana?

—Sí, pero por desgracia todas tenemos un pasado heterosexual. No me dolió y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no apartarlo. Menos mal que los tíos de dieciocho la meten y duran medio minuto.

Pierce arqueó una ceja. Sin darse por aludido, reconoció en silencio y a pesar del alcohol ingerido, que sí, en efecto, con dieciocho años uno no hace virguerías.

—Yo lo hice con mi primer novio. Todas esas tonterías que te meten en la cabeza —murmuró Séverine—. Fue en el último año de instituto. Nos llevábamos bien y él me dijo que sabía hacerlo y que me gustaría, así que, como dice ella, era gilipollas y adolescente. Me lo creí. Y vaya decepción, él tenía menos idea que yo, ¡si no sabía ni ponerse un condón! En resumen, después cortamos y por fortuna tuve la suerte de madurar y de conocer a hombres que sí sabían lo que era el cuerpo de una mujer.

—No todos —le recordó Albertine—, porque a veces bien te quejas de algunos con los que has salido.

—Exacto. No todos —repitió Séverine, obediente.

—Ahora tú, señor Wesley. Siempre he querido saber cómo es la primera vez de un hombre.

Pierce torció el gesto.

—Visto en retrospectiva, creo que cumplí con una función biológica —respondió y los tres estallaron en carcajadas—. Joder, yo tenía diecisiete y ella creo que veinte. Me dio un buen repaso —admitió entre risas—. Pero ¡a ver quién era el valiente que decía que no!

—Más detalles —pidió la rubia.

—Sucedió un verano en que mi familia, por compromiso más que por otra cosa, fue a casa de unos conocidos a pasar quince días. La típica finca de campo, con su casita antigua, mil recovecos, jardines de diseño y caminos que no se sabía muy bien adónde llevaban y que servían para escabullirse —contó, captando la atención de ambas—. Como podéis imaginar, a mí no me apetecía nada pasar un verano alejado

de mis colegas, pero tuve que transigir. Así que cuando llegué allí, sólo pensaba en soportar aquellas vacaciones sin aburrirme demasiado y, oh, sorpresa, a los pocos días llegaron las hijas del matrimonio anfitrión y la cosa cambió considerablemente.

—¿Rubia o morena? —preguntó Albertine.

—Las dos, por supuesto, pues primero me tiró los tejos la mayor. Sospeché que a ella le entusiasmaba el campo tanto como a mí y por ese motivo buscaba un poco de diversión. Una rubia a la que debí de decepcionar, pues ni volvió a hablarme, pero que me inició en el sexo... con una mujer, claro, porque la vertiente manual ya la tenía controlada —admitió, haciéndolas reír de nuevo.

—Qué envidia —murmuró Albertine—, dos para ti solo.

—Y el resto de las vacaciones me entretuve con la hermana menor, que era de mi edad, y, si bien tenía menos idea que yo, al menos le ponía voluntad.

Séverine lo miró; ella conocía parte de la historia, de ahí que no la sorprendiera.

—Ahora me toca a mí —dijo Séverine cogiendo el mazo de cartas y mirándolos a ambos con cara perversa, dispuesta a vengarse...

Séverine gimió al oír el infernal pitido de su móvil. Tocaba levantarse. Le dolía la cabeza y su cuerpo se negaba a cooperar. Entonces recordó la noche de fiesta, confidencias, risas y alcohol. A su lado alguien también respiraba, lo que hizo que, pese a no poder mover un músculo, se volviese y así comprobara que, además, también había cometido alguna que otra estupidez.

En efecto, a su lado dormía Pierce a pierna suelta y lo peor no era haber compartido cama con él, sino que estaba desnudo y ella sólo tenía las bragas puestas. Pistas insuficientes para saber qué había ocurrido con fiabilidad.

Entonces la invadió la peor de las dudas... ¿y si imbuidos en el desenfreno habían acabado follando con Albertine delante? O, aún peor, ¿y si se lo había montado con su amiga con él de espectador? O, ya puestos a torturarse, ¿y si habían hecho un trío? Y su lado pesimista remató: ¿y si habían follado ellos dos y ella estaba tan borracha que ni había mirado?

No le dio tiempo a hilar un razonamiento coherente, pues la puerta de la suite se abrió y tras el carrito del desayuno y el correspondiente camarero entró Albertine, fresca como una lechuga, vestida con unos shorts cortos vaqueros, una camiseta negra ajustada, unas zapatillas de cuña y, lo más preocupante, esbozando una sonrisa traviesa.

—Muchas gracias por todo —le dijo al camarero, que se la comió con los ojos. Cerró la puerta y avanzó hasta la cama en donde Séverine tapaba a Pierce y, de paso, se cubría ella misma—. No seas ridícula, ya vi anoche todo lo que tenía que ver.

—¿Y te gustó? —preguntó él, que al parecer no estaba tan dormido como podía creerse. Su voz sonaba amortiguada al estar tumbado boca abajo.

—Mucho... Tentador, aunque no tanto como para volver a ser heterosexual —respondió risueña.

—Una lástima, tendré que esforzarme más la próxima vez —comentó Pierce también de buen humor.

Séverine resopló. Vaya dos.

—No hace falta —indicó la rubia, y, sin ningún pudor, se sentó en el lado donde dormía él y se inclinó para susurrarle al oído—: Esfuérzate con ella y verás como te

lo agradecerá mucho más que yo.

—No sé si merece la pena el esfuerzo —se quejó Pierce.

—Por si acaso, no te rindas —lo animó Albertine.

—Lo haré —prometió él también en voz baja, sin importarle que la chica le mirase el trasero tras apartar la sábana.

Es más, se sintió hasta halagado de que no le quitase el ojo de encima, lo que sin duda hinchaba su orgullo varonil. Había quienes podrían considerar una pérdida de tiempo que una lesbiana coqueteara con uno, pero siendo práctico, quizá el piropo fuera más valioso y objetivo.

—¡Buen culo! —exclamó ella y le propinó un buen azote.

—Gracias —murmuró complacido.

—Y ahora toca levantarse. El desayuno está servido.

—Eso intento —dijo él y alargó la mano hacia la mesilla en busca de sus gafas.

—¿Quieres esto? —lo provocó Albertine, que se le adelantó y mordisqueó la patilla de las gafas al más puro estilo secretaria cachonda.

Pierce, apoyado en un codo, se la quedó mirando con una sonrisa de oreja a oreja, porque había de reconocer que la rubia sabía animar a un tipo a primera hora de la mañana, no como la refunfuñona que permanecía detrás de él.

—¿Cómo puedes estar tan bien después de lo de anoche? —se quejó Séverine incorporándose en la cama y mordiéndose la lengua para no preguntarle qué le había susurrado.

—La costumbre. Me paso las noches sirviendo copas, riendo, bebiendo... Y ya me conoces: a primera hora siempre voy al gimnasio —contestó Albertine. Acto seguido se encogió de hombros.

—Pues yo me estoy haciendo mayor —murmuró él incorporándose. Miró por encima del hombro a Séverine, que, sentada en la cama, se afanaba en cubrirse con la sábana—. Intentaré recuperarme con una ducha tonificante.

—Yo podría frotarte la espalda —canturreó Albertine haciéndolo reír y dudar al mismo tiempo.

—Gracias por el detalle. Hoy me las apañaré solo.

Dicho eso, caminó desnudo por la habitación en dirección al baño. Albertine le silbó y él posó para ella, haciéndola reír y logrando que además lo piroleara de lo lindo.

—¡Tío bueno! ¡Macizo! ¡Te lo comía todo!

—Gracias, gracias —respondió Pierce, lanzando besos a su público antes de

encerrarse en el baño.

—Yo te guardo las gafas —anunció ella y se las colocó en el borde de la camiseta, haciendo su escote más pronunciado.

—¿Ya has acabado con el numerito? —preguntó Séverine con sarcasmo.

—Deberías animarte, que estás de un soso... —le espetó Albertine.

—Dime que anoche no acabamos los tres en la cama —pidió su amiga preparándose para lo peor.

—Está bien. No te lo diré.

—Joder, joder...

—Oye, no exageres. Se hizo tarde, habíamos bebido y yo no tenía ganas de regresar a mi cuarto. Así que compartimos cama. Tienes las bragas puestas, que yo sepa, él no te folló y yo tampoco.

—Gracias por tu sinceridad —masculló Séverine con ironía.

—De nada. Y ahora desayuna, que tenemos trabajo por delante.

—¿Perdón?

—Como hoy no tengo nada que hacer, me voy con vosotros al palacete ese que tanto os apasiona.

Séverine entendió entonces el porqué del atuendo de su amiga.

* * *

—¡Qué pasada de coche! —exclamó Albertine, estacionando a la entrada de Nuage Noir—. Mucho mejor que tu Twingo, te pongas como te pongas.

—Gracias, otras no lo aprecian tanto —respondió él con segundas.

—Traidora... —farfulló Dora la Exploradora.

—Sincera, más bien —replicó la rubia.

Séverine, que iba en el asiento de atrás, le había cedido gustosa el puesto del conductor. Se bajó sin esperar a que aquellos dos, que no habían parado de dedicarse zalamerías, la siguieran. Ahora tenía de qué ocuparse y según el mensaje de sus colaboradores, ya podían acceder a las caballerizas sin peligro. Un día antes de lo previsto. Por fin una buena noticia.

Cuando entró en el palacete, saludó, como no podía ser de otro modo, a Pascal y Nestor, que nada más ver a Albertine la alzaron en volandas y la besuquearon a placer, logrando que la susodicha riera con ellos. Como siempre, a Pierce ni caso.

Él estuvo a punto de imponerse y decir de una vez quién era; no obstante, al final

reprimió sus intenciones. Ya llegaría el día de ponerlos a cada uno en su sitio.

—Chicos, chicos, bajadme —protestó Albertine sin mucha vehemencia, disfrutando de las atenciones de sus admiradores.

Pierce no podía culparlos por ello, aunque daba un poco de vergüenza ajena como esos dos la trataban, pero por lo visto existía confianza entre ellos.

—¡Estás estupenda! —exclamó Nestor con entusiasmo.

—Claro que sí, esta noche nos vamos los cuatro por ahí, que hace una eternidad que no salimos juntos —añadió Pascal, olvidándose una vez más de Pierce.

A él no le extrañó lo más mínimo; además, ni loco se mezclaría con ellos fuera de las paredes de Nuage Noir y, si pudiera, ni eso.

—Ya hablaremos —murmuró Séverine sin comprometerse, pues lo que en realidad deseaba era tumbarse y dormir cuantas horas le fuera posible; dos noches seguidas de fiesta eran mucho para ella.

—¿Empezamos o vamos a seguir toda la mañana aquí de cháchara? —los interrumpió Pierce.

—Tu ayudante no aprende —comentó Pascal y Albertine lo miró extrañada.

—¿Ayudante?

—Sí, soy su ayudante —le confirmó Pierce, señalando a Séverine.

—Qué suerte tienen algunas —bromeó la rubia.

Los tres se despidieron de Nestor y Pascal para dirigirse a las caballerizas. Al entrar se dieron cuenta de que parecía otra estancia. Habían desclavado los tablones de las ventanas, por lo que la luz natural daba una perspectiva diferente. También se habían deshecho de las cajas, sacos y demás útiles amontonados durante años, para dejar sólo los cubículos originales. Y el suelo, aunque deteriorado, al menos evidenciaba que le habían dado una pasada de escoba.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Albertine.

—Primero vamos a hacer una inspección general —le explicó Séverine—. Ve con él, a ver qué encontráis —añadió un tanto maliciosa.

A Pierce lo salvó la campana, pues su móvil eligió justo ese instante para sonar y él, que había captado el tonito, se disculpó con una sonrisa.

Séverine, con su amiga a la zaga, dejó la mochila junto a la puerta y sólo sacó la linterna. Comenzó a inspeccionar el muro despacio, antes de ir metiéndose en los compartimentos.

—Pareces del CSI —bromeó Albertine tras ella y ambas se echaron a reír—. Por cierto, cuando esto acabe, ¿qué vas a hacer con el señor Wesley?

—No sé a qué te refieres —murmuró Séverine en un intento de desviar la conversación.

—¡Qué mal mientes, querida! Espero que no te limites a volver a París sin antes hablar con él.

—Ya he hablado con él —musitó, prestando atención a lo importante en aquel instante, las paredes y no la conversación con su amiga.

—Al final voy a tener que intervenir... —la amenazó ésta cantarina.

—¿Más? —preguntó Séverine sarcástica.

—Lo que haga falta —confirmó la otra.

—Oye, ahora no es el momento —se quejó Séverine—. Estoy trabajando.

—Mira, no soy tonta y Pierce tampoco. Ese tío siente algo por ti, llámalo intuición o como quieras. He hecho las tres pruebas y él no ha caído en la tentación.

Séverine frunció el cejo. Que ella supiera sólo habían sido dos, la de enseñarle las tetas y la de *Oh, my God!*

—¿Cuándo le has dicho que hacía mucho que no te comías una buena polla? —preguntó, porque no era el primero ni el último al que Albertine sometía a ese curioso test.

—Anoche, antes de que tú llegaras —admitió sin inmutarse.

—No deberías haberlo provocado de ese modo.

—Lo importante es que reaccionó con educación, buen humor, respeto y no hizo ni amago de desabrocharse la bragueta —recordó Albertine sin dejar de presionar—. Y anoche, mientras tú hablabas, él no apartaba la mirada de ti.

—Eso no significa nada.

—Ya, claro. Podías haber contado cualquier otro rollete, pero no, elegiste uno en el que Pierce participaba... que no me chupo el dedo: eso tiene que significar algo.

—Hablar de un polvo increíble, influida por una amiga meticona y unos chupitos, no quiere decir nada.

—¿Y por qué no contaste otra experiencia sexual?

—Si llego a mentir, tú me habrías delatado —se justificó y nada más hacerlo se dio cuenta de que, por más que se empeñase, estaba perdiendo el tiempo.

—No seas boba, las amigas nunca se traicionan —la corrigió Albertine.

—Vaya, gracias.

—Aunque en este caso... te habría delatado.

Séverine puso los ojos en blanco y resopló.

—Abstente, por favor, de meterte donde no te llaman —le advirtió y, como la

conocía, dejó de mirar la pared para ponerse cara a cara con ella—. Prométemelo.

—La estás cagando y bien, además —afirmó Albertine y hasta puso morritos—. Vale, lo prometo. A cambio, tú debes hacer algo por mí.

—No —se negó Séverine, pues a saber qué favor era capaz de pedirle.

—Pero ¡si no sabes qué es!

—Te conozco y la respuesta es no —repitió.

—Iba a pedir que pasáramos una noche juntas, ya me entiendes...

—Y de repente aparecerá él y...

—Anoche, cuando te besé, no pareció importarle tanto —le recordó Albertine con retintín.

—A cualquier tío le gusta ver cómo se lo montan dos mujeres, Pierce no va a ser una excepción —adujo Séverine.

—Yo no estaría tan segura.

—Eso fue diferente —dijo Séverine frunciendo el cejo, porque, en efecto, lo había sido y no pudo evitar observar de reojo a Pierce—. Y ahora, por favor, vamos a concentrarnos en lo importante —añadió un tanto gruñona.

—Me voy a dar un paseo por ahí —murmuró Albertine, porque desde luego su amiga estaba imposible. Ya idearía otra forma para que admitiera sus sentimientos o, ya puestos, hablara de una vez con él.

—Muy bien. Procura no tocar nada —comentó Séverine, que se concentró de nuevo en su búsqueda.

—No pensaba hacerlo, hay demasiada mugre.

—Pues haberte puesto otro modelito más acorde —le contestó.

—Ni borracha me visto como tú.

—Vaya, gracias —masculló Séverine, que siempre buscaba la comodidad ante todo y más cuando se trataba de cuestiones laborables.

—No te enfurruñes. Lo que quiero decir es que el glamour no está reñido con el trabajo.

—Ya, si quieres me pongo taconazo para buscar entre las piedras —sugirió Séverine sarcástica.

—Déjalo, contigo me rendí hace tiempo.

Albertine, reflexionando sobre la forma de hacer entrar en razón a su amiga, la dejó sola y se dirigió al jardín lateral del palacete. Tuvo cuidado, pues lo que antaño fue con toda probabilidad un jardín exquisito, bucólico y cuidado, ahora era un barrizal. Divisó a Pierce hablando por teléfono junto a la escalera que daba acceso a

la casa y lo observó. De acuerdo, no podía traicionar a Séverine revelando más de la cuenta, pero sí podía ir dejando pistas para que él presionara o al menos intentara hablar con ella. La noche anterior, al ponerlos a prueba con el juego de verdad o atrevimiento, quedó patente que ambos se mantenían recelosos, aunque no evitaban desearse.

Conclusión número uno: eran gilipollas y, por suerte, ella estaba en medio, dispuesta a meterse en el papel de Celestina, para lo cual su carrera de psicóloga le venía de perlas.

—¿Qué haces aquí tan sola? —le preguntó Pierce, siempre con una sonrisa amable, acercándose tras finalizar su conversación telefónica.

—Pensar en esto y aquello.

—Vamos, que Séverine se ha puesto en plan Dora la Exploradora y no te hace ni caso.

—Eso también —admitió y se le cogió del brazo—. ¿Por qué no dejamos que ella juegue a Dora la Exploradora y mientras tú y yo damos un paseo y me cuentas qué tienes planeado hacer en este maravilloso lugar?

* * *

—Tiene que estar por aquí —farfulló Séverine, tras revisar la cuarta cuadra de los caballos.

Había examinado las piedras de muro y también los paneles de madera, los marcos de las ventanas, incluso los suelos. Sólo quedaban dos habitáculos más y empezaba a desesperarse.

¿Y si las suposiciones de Pierce eran erróneas?

Desde luego, no podía ser tan retorcido como para inventárselas y así tenerla ocupada, pues quien más preocupado se mostraba por el retraso era él. Y en el caso de que la teoría no fuera cierta, al menos el chico lo había intentado; no se le podía pedir más a un tipo acostumbrado a dirigir sus negocios desde una oficina.

No podía culparlo por ello, desde luego, aunque sí supondría un gran varapalo. Miró incluso hacia arriba, a la moldura que recorría todo el perímetro del techo. Sospechó que aquella escayola no pertenecía a la construcción original. Frunció el cejo. ¿Y si tras ella encontraba alguna marca? De ser así, vaya papeleta, pues desmontarla conllevaría un retraso considerable, amén del coste.

Rumiando esa posibilidad, pasó a la siguiente cuadra y comenzó su inspección. En

aparición era igual que las anteriores, la misma distribución y dimensiones. Nada reseñable. Suspiró, no quería caer en el desánimo.

Se arrodilló esperanzada al ver unas muescas en la loseta de piedra del suelo. Se quitó los guantes y siguió con la yema del dedo cada línea por si la vista la engañaba. No estaba segura, podía ser cualquier cosa, desde un simple defecto de la piedra hasta el desgaste producido al arrastrar algún objeto, pues al haber utilizado aquel espacio como trastero, todo era impredecible.

Por si acaso, marcó con tiza la loseta y después hizo fotografías. También dio pequeños golpes por si se movía o sonaba a hueco. No hubo nada que despejase sus dudas, pero aun así decidió seguir y no rendirse ante la primera dificultad.

—¡Eres la monda, señor Wesley!

Séverine, concentrada como estaba en lo suyo, puso los ojos en blanco ante el comentario coqueto de su amiga y la risita divertida que le siguió. Aquellos dos andaban cerca y no le apetecía nada en absoluto seguirles el rollo, en especial a Albertine, porque saltaban a la vista las intenciones de su amiga. No era tan tonta como para no percatarse de que estaba orquestando una campaña para que al final ella cediera, se comportara de forma ridícula con él y terminara por hablar más de la cuenta.

—¿Vamos a ver qué hace Dora la Exploradora? —propuso Pierce con aire jocoso.

—Dora la Exploradora —repitió Séverine resoplando y pensó: «Qué original y que gracioso».

Se incorporó, se limpió las rodillas con la mano y se dirigió a la última cuadra. Tenía que estar allí sí o sí.

—¡Cómo disfruta ensuciándose! —comentó Albertine entrando en las caballerizas.

—Eso parece —convino él, siempre atento a los comentarios de la rubia.

El «dúo cómico» llegó hasta donde ella estaba y se la encontraron a cuatro patas, despeinada y tanteando el suelo. O sea, la postura más glamurosa imaginable.

—¿Ha habido suerte? —inquirió Albertine sin soltarse del brazo de su caballero andante.

Séverine ni se molestó en mirarlos y siguió a lo suyo.

Pierce se acercó a ella, dejando a su acompañante y sin importarle acabar con la ropa sucia, algo que empezaba a tolerar (¡qué remedio!, porque desde que llegó a Carcassonne no había día en que no se ensuciara), y se arrodilló a su lado.

—¿Y bien? —preguntó en un murmullo.

Albertine cruzó los brazos y los miró. ¿Blanco y en botella? Algún idiota diría «horchata»; sin embargo, era evidente que aquellos dos tenían que mirarse a los ojos y aceptar de una vez lo que los unía. Y aunque tuviera que darles a cada uno un par de collejas y correr el riesgo de enemistarse con ambos, no se rendiría.

Séverine inspiró, pues Pierce había formulado la pregunta sin rastro de ironía, con verdadero interés. Lo miró y dijo:

—No, por desgracia no he encontrado nada.

Él fue consciente de su desánimo y le sonrió.

—Venga, te invito a comer —le dijo.

La rubia se dio cuenta de que ni siquiera había reparado en ella. ¿Era o no era motivo de alegría que un tipo prestara toda su atención a Séverine? ¿Qué más pruebas necesitaba?

—Prefiero continuar aquí, si no te importa —respondió ella.

Albertine frunció el cejo... «¡Qué pava, por favor!»

—Hagamos una cosa. Nos tomamos un descanso y después regresamos y yo te ayudo. ¿Te parece bien? —le planteó Pierce con amabilidad.

Albertine cruzó los dedos.

Séverine no se mostró muy conforme y él se percató de que o se imponía, pues al fin y al cabo era el jefe de todo, o, mejor, le proponía una alternativa que no pudiera rechazar.

—Acabo de recibir más información sobre Nuage Noir desde mi despacho —la tentó, guardándose detalles, como por ejemplo que Mary Ann ya había regresado a su puesto y tal circunstancia se había traducido en efectividad.

—¿De verdad? —preguntó Séverine interesada.

—Ajá.

—¿Y por qué no me la muestras ahora?

«Qué tonta es esta mujer», pensó Albertine, conteniéndose para no gritarle cuatro cosas y que espabilara de una jodida vez.

—Porque nunca hay que poner todas las cartas sobre la mesa; siempre procuro guardarme más de un as en la manga y negociar con él cuando es preciso.

—Juegas sucio —lo acusó Séverine, pues saltaba a la vista que de nuevo tenía enfrente al tipo dispuesto a todo con tal de salirse con la suya, a manipular incluso.

—No lo niego —admitió Pierce cruzando los brazos y preguntó—: ¿Aceptas?

—Qué remedio —farfulló ella.

Él se acercó un poco más sólo con la intención de ayudarla a levantarse. Algo que no hizo, pues se la quedó mirando y le acarició la mejilla; no sólo porque tuviera una pequeña mancha, sino porque deseaba tocarla.

Séverine quiso apartar la mirada y fracasó. Estaba en el suelo, mirando embobada a un tipo que sólo podía acarrearle complicaciones; aun así, no fue capaz de rechazarlo.

Y él tampoco.

A pesar de la postura tan poco propicia, logró besarla, un tanto forzado, y poco a poco fue variando su posición y pudo ser mucho más contundente. Ella gimió, sorprendida de no negarse, y también complacida por recibir aquel detalle.

Pierce dio por finalizado el beso, no por gusto, sino por precaución, pues tirársela en una cuadra de caballos y además con público no era de recibo. ¿O sí? No le dio tiempo a establecer una teoría, pues cuando iba a incorporarse fue ella quien tomó la iniciativa, lo sujetó del cuello y tiró de él para besarlo.

Ver a Séverine tan impulsiva y decidida tuvo consecuencias. La reacción fue inmediata y Pierce abandonó cualquier asomo de prudencia al rodearla con los brazos y atraerla hacia sí. Sin embargo, al estar en el suelo, no resultó sencillo. Protestó al hacerse daño en el trasero, sin soltarla, por supuesto, cuando ella, más atrevida que nunca, se subió a horcajadas.

—Pierce... —jadeó, acunándole el rostro.

Por el tono empleado, supo que se había excitado tanto como él. Y de ser así iban bien servidos, pues se había empalmado a la velocidad del rayo y todo tras un besuqueo. Intenso, desde luego. Algo que ya no le ocurría con facilidad, en los últimos tiempos necesitaba más estímulos para ponerse cachondo, o al menos para tomarse la molestia de intentarlo. Y, por extraño e inexplicable que pareciera, se le había puesto dura con su Dora la Exploradora particular.

Sin preocuparse lo más mínimo de todo lo que los rodeaba, metió las manos debajo de su camiseta y al llegar al sujetador deportivo frunció el cejo.

—¿Para qué te pones algo semejante si tienes las tetas pequeñas? —gruñó, pues aquel artefacto no tenía cierres que abrir, lo que dificultaba sus planes más inmediatos.

—No voy a ir por la vida con las *lolas* colgando —se justificó ella jadeando—. Y si no te gustan...

—Me encantan tus tetas, ya deberías saberlo —la interrumpió él, apartando aquella odiosa prenda como pudo hasta poder acceder a sus pezones y comprobar lo duros que estaban.

Mientras, Séverine no dejaba de enredar las manos en su pelo y de contonearse sobre él. Sentía entre sus piernas la humedad y el hormigueo, junto con la presión de su erección, lo que hizo que se dejara de frotamientos para ir directa al meollo de la cuestión.

Pierce, al adivinar sus intenciones, se lo facilitó en la medida de lo posible, pues no quería dejar de acariciarla, y entre ambos lograron desabrochar los pantalones y de esa forma ella pudo meter la mano dentro y rozarle la punta.

—Quiero más —exigió, apartando la barrera textil de malos modos para poder sujetarle la polla en condiciones, nada de medias tintas.

—Joder... —siseó Pierce.

—Bájate los pantalones —ordenó ella impaciente, forcejeando sin éxito con su ropa.

—Se me va a quedar el culo helado —gruñó él en respuesta, alzando las caderas; de esa manera pudo bajárselos lo suficiente.

—Te compensaré —susurró Séverine y Pierce olvidó cualquier posible inconveniente cuando ella se las apañó para abarcar su erección por completo.

—Eso espero. Y a ser posible esta misma noche, en mi cama —dijo exigente y ella asintió con fervor—. Que al parecer es imposible follar contigo de forma convencional.

—Qué cómodo te has vuelto —bromeó ella, apretándolo dentro del puño hasta hacerle contener el aliento.

Todavía quedaba un escollo que resolver: desnudarla a ella. No resultaba sencillo, pues llevaba unos pantalones de trabajo, la prenda menos apropiada para los encuentros sexuales fortuitos y rápidos.

A Séverine no le quedó más remedio que dejar de acariciarlo, ponerse en pie y

desprenderse de los pantalones bajo la atenta e impaciente mirada de Pierce, quien, para no perder ni un ápice de excitación, comenzó a masturbarse.

Ella se deshizo de la ropa, haciendo una mueca por llevar unas sencillas y antieróticas bragas color carne, aunque ese detalle a él no pareció importarle, pues no dejaba de mirarla con evidente intención de devorarla.

Con cuidado de no despellejarse las rodillas, se acopló sobre él. Pierce la recibió encantado y, nada más penetrarla, gruñó complacido sin importarle que alguien se percatara de lo que estaban haciendo.

—Estoy mal de la cabeza —gimió ella antes de comenzar a moverse, buscando la mayor estimulación.

—Muy mal —corroboró él tenso y le dio un buen azote en el culo, que, lejos de enfadarla, hizo que se volviera más agresiva.

—¿Qué haces? —protestó Séverine cuando le soltó el pelo.

—Así es como me gusta que me cabalgues, con aire salvaje —alegó Pierce.

—Ah, vale —murmuró, encantada por el cumplido.

Cerró los ojos, se aferró a sus hombros y se concentró en disfrutar, pues ocupándose de su propio placer también disfrutaría él. Además, tampoco podía entretenerse, así que aceleró, montándolo con brío.

—Estas cosas deberíamos hacerlas en la cama —jadeó Pierce embistiendo como podía desde abajo.

—No te quejes tanto —repuso ella con la respiración agitada debido a la excitación y el esfuerzo—. Al fin y al cabo, yo lo estoy haciendo todo.

—Oye, a quien se le está helando el culo es a mí.

Séverine sonrió ante aquel tono de protesta y, tras morderle el labio a modo de incentivo, lo besó, mejor dicho, le devoró la boca, al tiempo que tensaba cada músculo interno hasta que él jadeó de manera incontrolada, síntoma evidente de que estaba a un paso de correrse. Ella no perdió ni un segundo y se restregó sin contemplaciones.

En ese momento oyeron unos pasos y se miraron alarmados, jadeantes. Pierce se impulsó hacia arriba y ella contrajo sus músculos internos.

Los pasos cada vez se oían más cerca.

—Joder... —gruñó él apretando los dientes. No quería ni imaginar el choteo que iba a haber si aquellos dos lo pillaban allí con la que se suponía que era su jefa.

—Pierce...

—¡Córrete!

—Eso intento, no me presiones —repuso ella inspirando hondo.

Como no quería arriesgarse más, se mordió el labio para no gemir en exceso y delatarse.

Pierce se le unió, ocultando la cara en su cuello por el mismo motivo.

—Siento ser un aguafiestas, pero debemos arreglarnos —dijo él, ahora ya consciente de lo que habían hecho y dónde lo habían hecho.

Ya no se oían más pasos, pero eso no significaba que estuvieran a salvo.

Todavía con la respiración entrecortada, acalorados y con ganas de más, se dieron cuenta de que no podían entretenerse ni recrearse como hubiesen deseado; además, tarde o temprano alguien podía pillarlos, lo cual sería contraproducente e incómodo y, por encima de todo, excitante.

Pierce, mientras se incorporaba haciendo una mueca debido al estado de sus pantalones, empezó a idear un plan, pues follar con ella en Nuage Noir tenía un componente demasiado morboso como para desperdiciarlo. Se las apañaría de algún modo para eliminar riesgos y quedarse sólo con la parte positiva.

Séverine se puso en pie con rapidez y con las prisas casi se cayó de culo al ponerse las bragas. Él tuvo más suerte, pues sólo tenía que subirse los pantalones.

—Joder, espabila, que nos van a pillar —la apremió y se ocupó de ayudarla para que pudiera adecentarse, aunque el sonrojo de sus mejillas iba a ser más complicado de pasar por alto.

—Ya voy —contestó tensa, abrochándose los pantalones.

—¿Estáis visibles? —preguntó una voz cantarina.

—Maldita sea —masculló él.

—Tengo hambre y ya no sé qué más hacer mientras vosotros... bueno, jugáis a los exploradores —dijo Albertine llamando a la puerta de acceso a las caballerizas, pese a estar abierta.

—¿Tú crees que nos habrá visto? —preguntó Pierce, no tan preocupado como podía parecer.

—Lo más probable —respondió Séverine sólo por torturarlo un poco y porque su amiga era capaz de haber observado toda la escena sin delatar su presencia y sólo advertirles cuando hubieran acabado.

—Confío en que esta noche me compenses por esto —le recordó altanero cuando por fin estuvieron presentables.

—Y yo espero que tú me compenses a mí —añadió Séverine y él asintió sonriendo.

Caminaron separados hasta la puerta, donde los esperaba Albertine, que se limitó a mirarlos como si no supiera nada.

—Imagino que no habéis encontrado nada de lo que estáis buscando...

Tanto a Pierce como a Séverine no les pasó por alto el doble sentido de esas palabras y optaron por no entrar al trapo.

—Por desgracia, habrá que seguir buscando —comentó él.

—Así es —corroboró Séverine.

—Qué pena —se lamentó la rubia poniendo morritos.

Para evitar más dobles sentidos, Pierce sugirió que abandonaran Nuage Noir y terminó de convencerlas con una interesante propuesta: las invitaría a comer.

Las dos aceptaron. A Séverine le tocó ir de nuevo en la parte de atrás, pues su amiga insistió en conducir, porque conocía el restaurante ideal.

Por suerte, durante la comida Albertine no hizo comentarios sobre lo que con toda probabilidad había presenciado, si no desde el comienzo, sí al menos desde el momento relevante. Los miraba disimulando una sonrisilla, pues a pesar de que eran unos cabezotas, a veces el subconsciente tomaba las riendas y se dejaban llevar.

—¿Puedo pedirte un favor personal? —le preguntó Pierce cuando Séverine se disculpó para ir al aseo.

—Lo que tú quieras, señor Wesley —ronroneó ella.

Él sonrió; ya había aceptado y hasta disfrutaba con la tendencia innata al coqueteo de la chica; además, le subía la autoestima, no iba a negarlo.

—Para esta noche necesito que te encargues del vestuario de Séverine. Quiero pasar una velada, digamos...

—¿Mágica?

—Especial.

—¡Por supuesto! —accedió ilusionada—. ¿También ropa interior?

—Por supuesto, confío plenamente en tu criterio —contestó agradecido.

—Confía en mí.

Él sacó una tarjeta de crédito y se la entregó.

—No repares en gastos —le dijo.

Albertine negó con la cabeza.

—Guárdate eso antes de que me sienta ofendida.

—Disculpa —murmuró contrariado, pues, en teoría, a cualquier mujer la atraía la idea de gastar en ropa sin mirar el precio y más aún cuando pagaba otro.

—Para lo que tengo en mente no necesito mucho dinero y, además, me ocupo yo.

Considéralo un regalo.

—Gracias, de verdad.

«No me las des todavía», pensó Albertine.

Cuando Séverine regresó a la mesa, ambos estaban charlando del proyecto del palacete, lo cual en principio no debería resultar sospechoso; sin embargo, sin saber por qué, sintió desconfianza. De todas formas, como tampoco quería amargarse, no hizo preguntas.

—Bueno, chicos, ha sido un placer compartir mesa y mantel con vosotros, pero una tiene que ocuparse de sus quehaceres —anunció la rubia poniéndose en pie—. Además, sé que os vais a poner con vuestras investigaciones y, la verdad, cuando Séverine se pone en plan académico, me aburre. ¡Chao!

Le guiñó un ojo a Pierce, que asintió con disimulo.

Tras la comida, se marcharon al hotel y él cumplió el trato mostrándole a Séverine parte de los archivos que Mary Ann le había enviado.

—Estas fotos se hicieron en 1946 —explicó él enseñándoselas en la tableta—. Según se ve, ése era el estado de Nuage Noir cuando lo adquirió mi bisabuelo Sebastian.

—La verdad es que estaba en muy mal estado —comentó ella, ampliando la foto y fijándose bien.

—En efecto, de hecho se realizaron obras de acondicionamiento y tres años más tarde el aspecto era bien distinto.

Observaron las diferencias y, para frustración de Séverine, seguía sin encontrar ninguna pista que la ayudara.

—¿Hay fotos del interior?

—Puedo pedir que me las envíen, aunque... no sé cuánto tardarán, pues, para qué negarlo, nuestro archivo documental es un asco.

Ella frunció el cejo.

—¿Y eso?

Pierce puso cara de disculpa.

—Me hago una ligera idea de qué me vas a decir. Ahórrate el rapapolvo. Sin saber muy bien por qué, lo hemos ido dejando. Ni mi padre ni yo hemos prestado la atención debida, ya que los negocios han tenido prioridad. Sé que no es excusa, pero la digitalización y clasificación es un desastre —explicó.

—Pues no lo entiendo. Si yo tuviera semejante herencia, la cuidaría como ninguna otra cosa —afirmó ella, manifestando su desaprobación por la forma de proceder de

la familia Wesley—. Tiene que haber verdaderas joyas.

—Lo más probable.

—¿Y lo dices así, como si tal cosa?

—Confieso que nunca me he preocupado.

—¡Ya te vale! —exclamó Séverine con tono de regañina—. Ni te imaginas qué sería capaz de hacer por poder acceder a un fondo documental como el de tu familia.

—He contratado a una empresa para que se encargue de ello. Pero es tal el caos y el desorden que van a paso de tortuga —admitió él y ella puso mala cara.

—Dios da pan a quien no tiene dientes —murmuró—. En fin, concentrémonos en Nuage Noir.

—De acuerdo. Disponemos también de los planos que se hicieron para llevar a cabo la remodelación, así como del informe técnico. Espero que te sirva; de todas formas, ya he pedido que me busquen más información.

—Cuánta eficiencia cuando te lo propones —comentó sarcástica.

Pierce no objetó nada, pues en el fondo tenía toda la razón: tanto su padre como él habían sido bastante descuidados con el tema del patrimonio cultural.

Así que mientras Séverine se lo pasaba bomba revisando planos antiguos, fotografías, haciendo esquemas, ampliando imágenes y a saber qué más, pues no le hacía ni caso, él se dedicó a planificar una velada especial. Le envió un par de mensajes a Albertine y ésta le respondió con emoticonos de pulgares arriba. Sonrió, seguro de que la rubia acertaría; lo complicado iba a ser engatusar a Séverine, aunque para ese asunto también contaba con la pericia de su amiga. Una aliada. Todo un descubrimiento.

—Mira esto —pidió Séverine, ajena a sus tejemanejes.

—Dime —dijo él volviendo a su lado.

—Según estos informes, en el año 1950 cambiaron el tejado de las caballerizas.

—Sí, bueno, ¿y?

—Que hoy me he pasado todo el santo día a cuatro patas buscando por el suelo y...

—Tampoco lo has pasado tan mal... —Ella le fulminó con la mirada—. Vale, me callo.

—Y puede que tengamos que buscar en el techo...

—Intuyo que no me va a gustar —comentó él, quitándose un instante las gafas para frotarse los ojos.

Un gesto muy suyo que a ella le gustaba.

—Depende de cómo se mire. Esta mañana me he fijado que instalaron toda una moldura de escayola, puede, y es una posibilidad remota, que debajo aún esté parte de la estructura original y que encontremos algo.

Pierce inspiró hondo.

—¿Y no podrías hacer, digo yo, la vista gorda por una vez?

Séverine lo miró como si fuera un terrorista nuclear a punto de pulsar el botón rojo y hacer estallar el planeta en mil pedazos.

—¿Cómo puedes pedirme algo semejante?

—Oye, no te niego que todo esto de buscar pistas, ensuciarme, follar en el suelo a la vista de cualquiera y mil vicisitudes más al principio tenía su gracia; no obstante, empieza a cansarme —adujo sin sentirse culpable por proponerle olvidar el asunto.

—Sabes muy bien que mi trabajo consiste en dejarlo todo resuelto, y me parece una desfachatez y una falta de respeto que me pidas que mire para otro lado para que el señorito pueda abrir su establecimiento exclusivo para ricos —le replicó con aire acusatorio.

—¿Y qué tiene de malo querer abrir Nuage Noir? No te estoy pidiendo que cierres el informe, sólo que busques en otro lado, ¡joder!

—Mañana les pediré a Pascal y a Nestor que se ocupen de desmontar la escayola —declaró Séverine, dejando muy claro que no iba a plegarse a sus deseos—. Y ahora, si no te importa, me voy a mi cuarto.

—Te recuerdo que Albertine ocupa esa habitación y que pasas aquí las noches.

—No te preocupes tanto por mí —le espetó sarcástica—. Podemos dormir juntas en la misma cama, no sería la primera vez.

Pierce vio cómo recogía sus papeles y lo guardaba todo en su mochila sin decirle ni una palabra. Otra vez la había cagado, no por proponerle algo así, sino por su tono exigente; tenía que habérsela camelado o al menos sugerirlo mientras cenaban.

Ella salió de la suite sin despedirse y sin dar un portazo.

—Joder...

Pierce cogió el móvil y le envió un mensaje a Albertine, sólo la rubia podía solventar aquel inconveniente.

Tecleó:

Cambio de planes, Séverine enfadada. SOS.

La respuesta llegó treinta segundos después:

¿Qué has hecho ahora?

No hay tiempo para explicaciones. Apáñatelas para que a las ocho y media esté lista para salir.

Lo haré. Me debes unas cuantas, señor Wesley.

Le pondré tu nombre a mi primogénito.

No es suficiente.

Pon el precio.

Ya hablaremos.

Pierce dejó el móvil a un lado con una media sonrisa. Desde luego, con Albertine era imposible deprimirse, incluso ante la adversidad lograba ser positiva. Tenía toda la razón, iba a estar en deuda con ella de por vida.

Séverine tuvo que esperar al menos cinco minutos en el pasillo del hotel a que su amiga se dignara abrirle la puerta de su propio cuarto, lo cual ya era rocambolesco de por sí, como para además tener que aguantar sus tonterías, por lo que le advirtió muy seria nada más poner un pie dentro que no estaba el horno para bollos y que nada de preguntas ni indirectas.

—Eres una amargada —dijo la rubia sin perder su buen humor—. Y me vuelvo a la ducha, que quiero estar divina para mi cita de esta noche.

—¿Otra cita? —preguntó incrédula.

—A diferencia de ti, mi querida Séverine, yo intento disfrutar al máximo —respondió Albertine un tanto chulesca.

—¿Otra vez con la camarera? —inquirió ella siguiéndola al cuarto de baño.

—No —respondió la otra escueta.

—¿Y con quién, si puede saberse?

—Con un hombre.

—¡¿Perdón?! —exclamó Séverine parpadeando, porque no creía haberla oído bien—. ¿Un hombre has dicho?

—En efecto.

—¿Uno de esos amigos tuyos gais que has conocido en internet y que casualmente está en Carcassonne? —sugirió con ironía, porque no era ninguna novedad que Albertine socializaba en cualquier parte con una facilidad pasmosa.

—No, uno heterosexual convencido —contestó como si nada.

—Vaya... No sabía que de repente te gustasen los hombres.

—Necesito refrescarme la memoria y, oye, éste parece limpio, educado y buen conversador —se justificó, describiendo a la perfección a su cita.

—Pues que te diviertas —murmuró Séverine dejándola a solas en el aseo para que terminara de arreglarse. Ella estaba molida y quería descansar, además, tenía material sobre el que trabajar, porque Pierce podía ser un cretino, pero disponía de documentos importantes que ayudarían en la investigación.

Un buen rato después apareció Albertine ataviada para matar. Con un vestido verde botella de punto, unas botas a juego y su pelo rubio peinado y alisado parecía

una modelo de pasarela y no una camarera de club nocturno con el diploma de Psicología olvidado en algún cajón.

—Vas realmente espectacular —la alabó Séverine, que podía ser muchas cosas pero no rencorosa con su mejor amiga. Y si ahora quería estar con un tipo, pues adelante.

—Gracias, gracias —ronroneó Albertine—. Que conste que aún puedes unirme a la fiesta, seguro que al tipo no le importa montarse un trío con nosotras —la provocó.

Séverine se echó a reír mientras negaba con la cabeza.

—¡Estoy yo para tríos!

—No sabía que jugar a los exploradores cansaba tanto...

—Una barbaridad —corroboró, pasando por alto el tonito de su amiga, que se quedó allí de pie, con una mano en la cadera, esperando un poco más de información—. Nos viste, ¿verdad?

—Mentiría si dijera que no. Fue tan... sucio —dijo enfatizando la palabra «sucio»—. Por eso os dejé intimidad y me fui a distraer a Pascal y a Nestor para que no os aplaudieran al final.

—En lo de sucio te doy la razón —admitió Séverine con una mueca y le mostró las rodillas, en las que podían apreciarse las rozaduras.

—Sucio y primitivo... Como tiene que ser.

—Yo no estaría tan segura...

—A ver, ¿qué te ha pasado ahora con el señor Wesley? —preguntó Albertine sentándose a un lado en la cama y cogiéndole la mano como si fuera una madre preocupada.

—Lo dices como si él fuera un santo y yo una bruja manipuladora —se quejó Séverine.

—No tienes verrugas, pero sí, a veces eres una bruja malvada —afirmó sonriendo con cariño—. Oye, mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—Muy bien, hablamos. Y hazme un favor, déjame dormir aquí esta noche, no me obligues a ir a su habitación.

—¿Y si yo necesito una cama?

Séverine le puso morritos, imitándola, así que al final Albertine suspiró y accedió:

—Vale, en caso de que sea necesario, buscaré una alternativa.

—Pásalo bien.

—Lo haré.

Antes de marcharse, Albertine le dio un fuerte abrazo.
Lo que tenía que hacer una por las amigas.

* * *

—*Oh, my God!*

—¿Dónde está Séverine?

Pierce la observó de arriba abajo. Decir que estaba impresionante era quedarse corto, a cualquier hombre se le haría la boca agua si tuviera la oportunidad de salir a cenar con una mujer semejante; sin embargo, él deseaba estar con otra, quizá menos espectacular desde el punto de vista físico.

—En su cuarto, así que me he ofrecido a sustituirla —contestó cantarina—. ¿Adónde vas a llevarme?

—A cenar, por supuesto —respondió él resignado y añadió malicioso—: Aunque contigo no sé si el fin de fiesta será tal como había previsto.

—Ya se verá. No adelantemos acontecimientos, ¿te parece?

—Muy bien, vámonos —dijo Pierce, ofreciéndole el brazo.

Comportándose como un auténtico caballero, se ocupó de todos los detalles, dejándola sin habla ante aquel despliegue de buen gusto y educación. Había reservado un comedor privado y elegido lo mejor de la carta. Una vez servidos, ningún camarero los interrumpió, ya que la idea era pasar una velada íntima y bien es sabido que nada rompe más el clima que un atento camarero rellenando la copa de vino.

Cuando Albertine gimió tras probar el helado artesano de *capuccino*, Pierce cruzó los brazos y la observó divertido; ella, al darse cuenta, chupó la cuchara de una forma obscena.

—Si quieres lo comparto contigo —susurró poniéndole ojitos.

Él se inclinó hacia delante y la rubia, toda servicial, rellenó la cuchara y se la acercó a los labios para que también probara el postre.

—Delicioso...

—Por lo general no soy partidaria de compartir, pero contigo haré una excepción.

—¿Te refieres al postre?

—Te creía más listo —replicó Albertine ofreciéndole otra cucharada, que él aceptó.

—Puede que esté fingiendo —repuso Pierce sin perder la sonrisa.

—Tú no eres uno de esos tipos a los que les gustan los disimulos. Hablemos claro

—propuso ella.

—Muy bien, tú dirás.

—Quiero saber tu versión de la historia —exigió Albertine mirándolo fijamente.

—Sé más concreta —pidió él, sólo para demorar lo inevitable.

—Conozco una parte de lo que ocurrió, la contada por Séverine, y aunque ella no se ha inventado nada, sé que faltan piezas en este rompecabezas que os traéis entre manos los dos.

Pierce cruzó los brazos, se recostó en la silla y sonrió de medio lado.

—No sabía que ahora fuésemos amigos íntimos.

—Te he enseñado las tetas, eso cuenta —alegó Albertine y él se echó a reír asintiendo.

—Cierto.

—Y ni se te ocurra proponerme a cambio enseñarme la polla. No cuela.

—Tú te lo pierdes —adujo Pierce, consciente de que sería más sencillo bajarse los pantalones, en sentido literal, que hablar de sus sentimientos.

—Mira, Séverine es para mí mucho más que una buena amiga —confesó Albertine.

—Estoy al tanto de vuestra relación —comentó él.

—No te centres en lo evidente —lo corrigió—. Cierto que fuimos pareja, pero desde el principio yo fui consciente de que no iba a funcionar. No sólo porque Séverine y yo no tenemos los mismos gustos, sino porque ella no te había olvidado, y así, querido señor Wesley, es imposible competir en igualdad de condiciones.

—¿Sabes que se lio con mi secretaria? —preguntó, consciente de que ya estaría informada de ese suceso.

—No pongo la mano en el fuego por casi nadie, pero me arriesgaría a decir que sólo fue un momento tonto —comentó ella, callándose que a lo mejor no había sido más que una patética maniobra para llamar su atención.

—O un intento, bastante mediocre, de no dejar cabos sueltos —retrucó él e intentó no cabrearse demasiado, para no acabar estropeando la velada.

—No me negarás que tiene su morbo... —dijo Albertine, como siempre viendo el lado positivo.

Pierce reconoció en silencio que sí, que, si eliminaba de la ecuación el factor personal, aquello tenía un morbo de cojones, pues hasta él mismo había contemplado la posibilidad de seducir a Mary Ann.

—¿Qué te contó ella? —inquirió reconduciendo la conversación, pues prefería

saber qué le había contado Séverine a su amiga de todo cuanto ocurrió, que no fue poco.

—No pienso decírtelo, quiero escuchar tu versión. Ya juzgaré yo por mí misma.

—Albertine levantó su copa de vino, invitándolo a brindar.

Él correspondió al gesto y, tras degustar el vino, buscó las palabras que resumieran la situación.

—Me abandonó. Fin de la historia —concluyó y procuró no enfadarse, pues no era un tema del que le apeteciera hablar.

—Por favor, no seas crío. Seguro que puedes hacerlo mejor —dijo Albertine adoptando un aire muy diferente al que Pierce le conocía.

—¿Practicando psicología conmigo?

—Puede. Y deja de escurrir el bulto —lo apremió exigente, porque no iba a dejarse confundir con su sonrisa de chico bueno ni sus modales refinados.

La miró. Reflexionó sobre qué podía y qué no podía contar, pues su historia no la conocía nadie excepto su mejor amigo, Owen, y aun así se había guardado algunos detalles. El resto de sus conocidos pensaba que tuvo un rollo en la universidad con una francesa y que ésta lo dejó. Nada más. No hablaba de lo que lo afectó en su momento o cómo aún seguía un tanto escocido por aquello. Y eso que en los últimos años, tras pasar un necesario y revelador período de atracón sexual, más de una le había dado plantón, véase, sin ir más lejos, Keiko, sin que por ello se sintiera molesto.

—Y procura no adornar la historia —apostilló Albertine, acercándole la copa para que también le sirviera, algo que Pierce hizo con rapidez.

—¿Qué te hace pensar que voy a inventar detalles?

—Vuelves a intentar escaquearte —afirmó.

—Muy bien —accedió él—. En primer lugar, los hombres procuramos evitar cualquier conversación que implique desvelar nuestras emociones.

—En especial cuando los sentimientos pueden tomar el control y arruinar vuestra fachada —remató ella—. Lo sé, no es ninguna novedad. Continúa.

—No sé por qué trabajas de camarera, podrías hacerlo de inquisidora —bromeó él.

—Señor Wesley, no se despiste, por favor —le recomendó—. Vaya usted a los hechos.

Joder, pensó Pierce, si de verdad se le antojara ir al psicólogo, desde luego pediría hora con Albertine.

—Conocí a Séverine en el último año de universidad. Ella estudiaba becada y, bueno, tampoco fue nada del otro mundo. Nos enrollamos en una especie de fiesta, coincidimos alguna que otra vez, pero nada serio —dijo y controló su respiración.

Ella no dejaba de mirarlo fijamente y quizá ese detalle lo ponía nervioso.

—De acuerdo, sexo universitario sin compromiso, un clásico que apruebo y recomiendo —apuntó Albertine sonriendo y él asintió.

—No sé por qué, o cómo, empezamos a vernos con más asiduidad. Yo iba a la cafetería donde trabajaba, aunque a veces no me pillaba de camino, sólo por verla, y ella supongo que...

—No hables por Séverine, céntrate en ti.

Pierce arqueó una ceja.

—No sé yo si esto de tener una sesión gratis contigo es beneficioso —murmuró, quitándose las gafas y dejándolas sobre la mesa.

—Considérate un afortunado. Sigue.

—El caso es que sin darnos cuenta estábamos saliendo. A mí me gustaba, lo pasábamos bien, en todos los sentidos, y hasta le caía bien a mi compañero de piso. Todo perfecto.

—¿Hiciste planes de futuro?

—No —negó con una mueca—. ¿Quién los hace a los veintipocos?

—Tienes razón, pero entiende que debía preguntarlo —contestó Albertine y le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Casi vivíamos juntos, pues si bien al principio sus visitas fueron ocasionales y no pensábamos que aquello se convirtiera en algo serio, ocurrió, y reconozco que nos fue bien, bastante bien de hecho.

—¿Fue el factor económico el motivo de vuestra separación? —preguntó ella por si acaso.

Pierce suspiró, pues tarde o temprano ese aspecto tenía que salir a relucir.

—Me gusta pensar que no. Yo supe desde el principio su situación económica. Trabajaba y estudiaba, sólo era sumar dos más dos. Y ella conocía la mía.

—¿Entonces?

—Si te soy sincero, de todos los finales posibles fue el único que no imaginé —admitió y se sintió un tanto extraño al hablar en voz alta de sus sentimientos.

—¿No hubo ninguna señal previa?

Pierce negó con la cabeza.

—Un día, al despertar, me di cuenta de que no estaba en la cama. No le di

importancia, supuse que tendría clase o cualquier otra obligación. Cuando fui a buscarla a última hora de la tarde a la cafetería donde trabajaba, me dijeron que no le habían visto el pelo y que ya podía ir despidiéndose del puesto.

—¿Te preocupaste por ella?

—¡Joder, pues claro! —exclamó poniéndose en pie—. Pregunté a sus amigas y ninguna supo darme un motivo válido.

—¿Qué te dijeron?

—Que sin dar explicación alguna había recogido todas sus cosas y se había largado. Ni una llamada ni un mensaje. Ni una triste nota. Nada. —Se volvió y la miró a los ojos sin parpadear. Estaba cabreado, pues recordar aquel maldito día siempre lo ponía de mala leche—. ¿Contenta?

—¿Y por qué pensaste mal de Séverine?

—¿Qué hubieras hecho tú?

—Darle el beneficio de la duda, para empezar —respondió Albertine sin titubear.

—Eso es muy fácil decirlo. Nunca me dio su dirección en París, sólo sabía su nombre y apellido. Y su teléfono estaba siempre apagado. ¿Crees que me quedé de brazos cruzados? Si hasta intenté engatusar a una mujer de administración para conseguir sus datos personales.

—¿Hiciste eso? —inquirió Albertine sorprendida, pues conocía la versión de su amiga y, por lo que estaba revelando Pierce, a la tontaina de Séverine le faltaba mucha información.

—Por supuesto —reconoció orgulloso—. Y no me sirvió de nada. Tu querida amiga, la señorita Chavannel, se esfumó y, mira por dónde, aparece quince años más tarde, dispuesta a darme por culo...

—O tú a ella —apostilló Albertine y Pierce no se rio del juego de palabras.

Él negó con la cabeza, pues toda aquella conversación no le gustaba nada en absoluto. Demasiado había hablado ya sobre sí mismo, algo que evitaba a toda costa, y encima con una mujer con la que, si bien era divertida y le caía bien, tampoco tenía la suficiente confianza como para desnudarse emocionalmente ante ella. Por no mencionar que había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que siempre se pusiera del lado de Séverine.

«Solidaridad femenina» lo llamaban algunos.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Pierce, aunque por el tono parecía más bien una exigencia. Recuperó sus gafas y se puso en pie, invitándola sin palabras a que hiciera lo mismo, para abandonar el local.

—¿Sabes? Cuando nos dejamos llevar por la primera impresión, podemos meter la pata hasta el fondo.

—Sé que no ejerces de psicóloga, pero por favor, si alguna vez lo haces, no utilices frases como ésa, suenan a tópico —le recomendó un tanto indolente.

Albertine se puso en pie, se alisó el vestido y acortó distancias para susurrarle al oído:

—Querido señor Wesley, yo que tú olvidaría. No le daría tantas vueltas para empezar; acto seguido, con un par de huevos, preguntaría a la única persona que puede explicártelo qué sucedió y después, si quieres, volvemos a tener una sesión de psicoterapia.

—¿Gratis?

—Depende...

Ella le dio un beso en la mejilla y se apartó con la intención de coger el bolso y el abrigo, no dispuesta a dar la noche por perdida. Puede que él se hubiese mantenido muy cauto respecto a hablar de sus sentimientos, pero con lo que había escuchado, al menos Albertine confirmaba su teoría. Que, aparte de dos páñflos incapaces de hablar claro, tanto él como Séverine habían sido incapaces de ponerse en la piel del otro.

—Y ahora, si me acompañas, todavía podemos pasárnoslo muy bien...

Séverine oyó el sonido de la cerradura y se tapó bien con la manta, esforzándose por fingir que estaba dormida. No quería que Albertine se pusiera a contarle cada detalle de esa noche, porque no estaba de humor. Era tardísimo y aún no había logrado conciliar el sueño.

Incluso había estado tentada de acercarse a la habitación de Pierce en tres ocasiones; no obstante, había logrado vencer esa insensatez.

Agradeció en silencio que su amiga se hubiera bajado de los tacones para no molestarla, así que cerró los ojos y no dijo ni mu cuando la oyó dirigirse al baño.

Pese a todo, no podía evitar sentir curiosidad por el tipo con el que había estado. Desde que la conocía, rara vez, por no decir ninguna, había tenido Albertine una cita clásica. Se aguantaría las ganas... De todas formas, al día siguiente, a la hora del desayuno, conocería los detalles. Su amiga no era de las que había que sacarle las palabras con sacacorchos.

Iban a dormir apretujadas, pero no sería la primera vez, pues en más de una ocasión, durante esas crisis que toda mujer tiene, terminaban compartiendo cama, abrazadas, dándose apoyo mutuo, y renunciaban a la comodidad y espacio del dormitorio individual.

Notó a su espalda cómo se hundía ligeramente el colchón y continuó inmóvil. Igual que cuando levantaron las sábanas. Frunció el cejo cuando sintió un brazo rodeándole la cintura y un cuerpo pegado a su espalda.

—¡Tú no eres Albertine! —exclamó.

—Me alegra que lo hayas notado, aunque, por lo visto, cada noche se mete en tu cama una persona distinta y tú ni te inmutas —respondió Pierce sin soltarla.

Séverine forcejeó para darse la vuelta y mirarlo. No había mucha luz, pero sí quería echarlo, qué menos que hacerlo a la cara.

—¿Qué haces aquí?

—Salir de dudas —murmuró él en respuesta, intentando abrazarla, pese a que la muy jodida se resistía.

—Pierce, vete.

—No puedo, he hecho un cambio.

—¿Perdón?

—Albertine me ha intercambiado la habitación. Dice que yo salgo ganando, aunque con este recibimiento ya no estoy tan seguro —alegó con ironía.

—Explícate —masculló ella agarrándose a la sábana sin permitir que la tocara.

—Tras una velada que podría calificar de extraña y muy instructiva, ha conocido a una mujer, algo vulgar para mi gusto, y necesitaban privacidad, así que me ha propuesto un intercambio.

—¿Habéis estado juntos? —preguntó frunciendo el cejo y Pierce levantó la mano para acariciarle las cejas.

—¿Celosa? —dijo, sonriendo de medio lado.

—Perpleja más bien —lo corrigió ella y entendió por qué su amiga había dicho que tenía una cita con un hombre.

—Así que hoy soy yo el que necesita una cama donde dormir.

«La mato», pensó Séverine, refiriéndose a la manipuladora de su amiga.

—Puedes dormir aquí.

Luego se volvió e intentó buscar una postura cómoda para conciliar el sueño, pero con él tan pegado a su espalda, la cosa no iba a ser fácil.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —musitó Pierce al cabo de un rato.

—¿A estas horas?

—¿Cómo lo hace? Quiero decir, la conozco hace apenas unos días, me trata como si fuéramos colegas de toda la vida, salimos juntos, me arrastra a una fiesta privada que, bueno, si te lo cuento no creerías lo que he llegado a ver, y encima acaba enrollándose con una de las asistentes menos de diez minutos después de haber llegado.

Omitió que además le había sonsacado información.

—Albertine conoce a mucha gente; está apuntada a un grupo que organiza fiestas privadas en diferentes localidades. Yo he ido alguna vez acompañándola.

—¿Y no vas a preguntarme qué he hecho? —la provocó, frotándose un poco contra su trasero.

—Poco o nada... si no, no tendrías esa erección apuntándome. Supongo que habrás babeado, y no te culpo, yo no fui capaz ni de pestañear la primera vez que asistí.

—Oye, da un poco de rabia que te cuente que salgo con tu amiga, nos vamos a una fiestecita subida de tono y tú ni te inmites.

—Dejando a un lado el hecho de que estando Albertine por medio casi nada me sorprende, y siendo tú un hombre de mundo, no, no estoy celosa ni cabreada. Además,

te creía más maduro —agregó, obviando el hecho de que estar así con él, en la semioscuridad, mientras la abrazaba y charlaban, le traía buenísimos recuerdos.

—Vaya...

—Además, estoy enfadada contigo, ¿recuerdas?

Pierce inspiró, claro que lo recordaba, joder.

—Si te pido perdón, ¿volverías a ser mi amiga? —inquirió, adoptando un tono de falsete que la hizo reír.

—¿Desde cuándo eres tan ganso? No conocía esa faceta tuya —susurró ella sonriendo en la oscuridad.

—¿Me *ajuntas* o no me *ajuntas*? —insistió, manteniendo el falsete.

—Anda, duérmete, que mañana tenemos trabajo.

—Séverine, de verdad, quiero pedirte disculpas —añadió en tono serio—. No tenía derecho a exigirte algo así. Ha estado fuera de lugar.

Ella movió el culo.

Él siseó debido al roce.

—¿Eso quiere decir que me perdonas? —preguntó esperanzado, pues hasta donde recordaba, Séverine no era rencorosa.

—Eso quiere decir que me cuentes con todo lujo de detalle qué has visto y además me pongas ejemplos prácticos —lo corrigió ella volviéndose.

—De verdad, no te entiendo —susurró Pierce lamentando no haber encendido la luz—. Antes me has mandado a la mierda sin contemplaciones.

—Has menospreciado mi trabajo e intentado dejarme a la altura del betún... ¿sigo?

—Te he pedido perdón —le recordó en voz baja. Quiso acariciarle la mejilla, aunque se contuvo—. Y parece ser que me has perdonado; lo que me deja desconcertado es que así, de repente, te muestres tan amistosa.

Ella se encogió de hombros y movió una mano hasta agarrarle la polla.

—No voy a tolerar ni una sola vez más que intentes mangonearme e imponer tus intereses —afirmó un segundo antes de comenzar a masturbarlo.

—Pero... —siseó él y se esforzó por mantener los ojos abiertos.

—Pero no vamos a desperdiciar esto —prosiguió Séverine apretando un poco más hasta hacerlo jadear—. Y porque no voy a poder dormir tranquila sin averiguar qué has estado haciendo por ahí.

—Nunca pensé que fueras tan cotilla —musitó.

Se colocó boca arriba y se olvidó del resto. ¿Quién era el gilipollas que ante una

propuesta en firme de follar se ponía a cuestionarla?

¿Ella quería enfadarse por la mañana y follar por la noche? Pues que así fuera. Además, bastante calentito venía ya después de la fiesta a la que había acudido medio engañado por Albertine.

—Séverine... —susurró a falta de algo mejor que decir, cuando ella se deslizó hacia abajo para chupársela. No hizo falta darle ideas, se las apañó muy bien.

—No te quejes tanto, que estamos en una cama, como tú querías.

Tan bien que él no puso ninguna objeción.

* * *

—Es hora de levantarnos —murmuró Séverine dándole un empujoncito para que la soltara.

—Hoy podíamos tomarnos el día libre —contestó él con la voz amortiguada por el sueño.

—Parece mentira que tú, un adicto al trabajo, digas tal blasfemia —replicó ella mirándolo por encima del hombro, porque él no la soltaba.

—Por esa misma razón deberías considerarlo. No creo que vuelva a proponer algo semejante —dijo frotándose la cara, pues ni él mismo se creía lo que acababa de decir.

—Y, si puede saberse, ¿a qué se debe este cambio en tu proceder? —inquirió Séverine con toda lógica, mientras apretaba los muslos, pues él empezaba a meterle mano, o al menos intentarlo.

—Aún me quedan un par de cosas que llevar a la práctica contigo. Anoche me quedé con las ganas cuando te quedaste frita después de chupármela.

—¿Y qué esperabas? —repuso ella—. Algunas trabajamos, y no te oí quejarte, así que todos tan contentos. Los tíos, por lo general, no ponen tantas objeciones cuando les hacen una mamada.

—Puede que te sorprenda, pero ya deberías saber que yo no soy como los demás —arguyó un tanto molesto, porque ella lo considerara uno de tantos.

—¿Y no podemos hablar de esto más tarde?

Pierce le mordió el hombro y consiguió colocar una mano donde pretendía; de esa forma, pudo acariciarla y jugar con su sexo hasta excitarla.

—No, hablemos ahora. Anoche tuve la buena suerte o mala, según se mire, de ver muy de cerca ciertas cosas de lo más interesantes y, mira por dónde, antes de que se

me olviden voy a ponerlas en práctica.

Continuó acariciándola y ella, poco a poco, fue dejando de resistirse y separó los muslos para que hiciera cuanto le viniera en gana.

—Pierce... —gimió cuando la penetró con un par de dedos, pero fue tan efímero que se vio obligada a añadir—: ¿Por qué paras?

—Túmbate boca arriba, cierra los ojos y no digas una sola palabra.

Séverine lo miró con desconfianza; el muy puñetero la había puesto cachonda y ahora ya no quería abandonar la cama sin antes quedarse satisfecha.

Frunció el cejo cuando él, en vez de tocarla, se apartó y se puso en pie. Y ya el desconcierto absoluto vino cuando tiró de la sábana y la cubrió con ella. De los pies a la cabeza.

—No te muevas —exigió él.

Fue tal la contundencia de su orden que Séverine no se atrevió a replicar ni a desobedecer. Permaneció quieta, cubierta con la sábana a la espera de que hiciera algo.

Antes de subirse a la cama, Pierce se entretuvo tensando la sábana de tal forma que cada curva del cuerpo femenino quedara bien marcada. Para ello se demoró cuanto consideró necesario, pues en teoría para semejante juego, según aprendió la noche anterior, nada mejor que una tela elástica, pero a falta de algo mejor se las apañó metiendo bien la sábana por debajo del colchón. Observó el escenario y frunció el cejo, no era perfecto, pero tendría que servir. Con cuidado de no estropear el montaje, se subió a la cama, colocándose a horcajadas sobre las piernas de ella; un punto interesante desde el que comenzar.

Séverine inspiró hondo, pues, al estar con la cara tapada, le era más difícil tomar aire. Pese a ello, se excitó mucho y sólo pensó en el próximo movimiento.

No tuvo que esperar demasiado, pues unos dedos le acariciaron el rostro por encima de la tela, instándola a abrir la boca. Acto seguido, Pierce le rozó el contorno de los labios y colocó las manos a la altura de sus pechos; puede que fueran pequeños, pero los pezones se le marcaban, indicándole muy bien su localización. No merecía la pena demorarse más, por tanto, comenzó a describir círculos alrededor, muy pendiente de su respiración.

Aquel extraño juego, además de excitante, tenía un componente perverso, pues ella, sin estar atada, en la práctica quedaba inmóvil y a su merced.

Séverine volvió a inspirar mientras él rozaba la tela de encima de sus pezones, proporcionándole una fricción alucinante, al tiempo que se los apretaba, siempre

manteniéndola con la cabeza cubierta, dificultándole la respiración.

—¿Decías? —preguntó él con cierto recochineo, pues al tenerla atrapada y con la tela bien tensa, a Séverine no se le entendía nada—. ¿Puedo continuar?

Ella gimió a modo de respuesta y optó por concentrarse en las sensaciones.

Tragó saliva. Pierce estaba jugando de una forma demasiado perversa como para negarse.

Él colocó las manos en sus caderas, volvió a ajustar la sábana y se inclinó para besarle el ombligo, humedeciendo el tejido hasta lograr que traspasara y llegase hasta su piel. Séverine intentó arquearse, sin éxito, y Pierce, riéndose entre dientes, se deslizó un poco más abajo.

—Sé que en estos casos lo lógico sería pedir que abrieras las piernas, pero mira por dónde, hoy lo vamos a hacer con las piernas cerradas —comentó sólo a título informativo, aunque lo que logró fue inquietarla todavía más.

Pierce cambió ligeramente de postura para aliviar un poco la presión sobre su polla y se colocó de rodillas. Con una mano comenzó a recorrer las líneas del cuerpo femenino que marcaba la sábana. Presionó cada punto que consideraba interesante, observando en cada momento las reacciones de Séverine, pues a pesar de tener cubierto el rostro, podía entrever cómo intentaba respirar y asimilar todo lo que iba ocurriendo.

Ella intentó hablar de nuevo, sin conseguirlo. Quería gemir, gritar su nombre; sin embargo, se vio incapaz de hacerlo. Tal era su excitación y confusión que primero debía llevar aire a los pulmones.

—Me encanta tenerte así, tan disponible, tan calladita, tan cachonda —murmuró él, al tiempo que presionaba sobre su clítoris y se lo frotaba de manera desesperadamente suave—. Si te soy sincero, nunca imaginé poder tenerte así, a mi merced. Y como no soy tonto e intuyo que esta situación no se repetirá, comprenderás que aproveche para hacer cuanto me venga en gana.

Ella jadeó, pues nada más decirlo, Pierce se inclinó y sustituyó el dedo por la boca, presionando con la lengua y abriéndose camino, salvando las dificultades que entrañaba tenerla con las piernas juntas y cubiertas.

Pronto dejó una nueva marca de humedad sobre la sábana y, si bien podía pasar a mayores, optó por seguir experimentando. La noche anterior, cuando vio en la fiestecita al que lo llevó Albertine esa interesante escena, la primera en quien pensó fue en Séverine, en proporcionarle aquella experiencia y, para ello, salvar cualquier obstáculo.

—Quiero sentir cómo te corres así, quieta, sin moverte. Respirando a duras penas —musitó y de nuevo se concentró en lamerla a través de la sábana.

Ella farfulló algo así como «Voy a morir de gusto, aunque me quede sin aire». No le quedó muy claro, pero daba igual, lo importante de verdad era llegar al final del camino y, para ello, nada mejor que pasar por alto cualquier tipo de protesta.

Pierce se esforzó como nunca. Los gemidos de Séverine iban en aumento, síntoma inequívoco de lo cerca que estaba de correrse, así que sólo debía darle el golpe de gracia. Y se lo dio, vaya que sí. Presionando justo sobre su clítoris, y junto con la fricción que le proporcionaba la tela, obtuvo su recompensa.

Ella gritó y él, lejos de dar por concluida su tarea, se incorporó con rapidez y sólo levantó la parte inferior de la sábana, le abrió las piernas y, sin mediar palabra, la penetró y comenzó a follársela como un poseso, todo ello sin permitir que se destapara de cintura para arriba, incluso agarró la tela y la tensó aún más.

La embistió, sacudidas secas, duras. Séverine se revolvió sólo lo que su limitada postura le permitía, arqueó las caderas y Pierce cerró los ojos para alcanzar su orgasmo, que se había ganado.

Debido a la excesiva estimulación, apenas tardó tres minutos en correrse, eso sí, entre jadeos y respirando igual que ella, o mejor dicho, como un pez fuera del agua.

—¿Pretendías asfixiarme? —preguntó Séverine apartando de malas maneras la sábana cuando él se lo permitió.

—Esperaba un «gracias» —replicó Pierce sonriendo de oreja a oreja, pues había sido un polvo cojonudo y ella lo más probable era que sólo protestara por molestar.

—Aparta, necesito aire —añadió empujándolo.

Pierce rodó a un lado.

—Admite que te ha gustado —la provocó y estiró el brazo para acariciarle el ombligo. Como era de esperar, Séverine lo apartó de un manotazo.

—Sí, no ha estado mal —admitió con actitud chulesca y acto seguido se incorporó—. Bueno, pues tras echar un polvete mañanero, nos levantamos, ¿te parece?

—Oye, lo de «polvete mañanero» lo has dicho como si fuera cualquier cosa —le reprochó él, impidiendo que abandonara la cama—. Al menos podrías admitirlo.

—Sí, ha sido impresionante —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Pero yo tengo que trabajar.

—¿Y por qué no te tomas el día libre? —insistió Pierce, acariciándole el brazo en plan zalamero.

—Ni hablar —negó ella, y de nuevo intentó levantarse, pero no hubo forma, ya

que él se lo impidió.

La atrapó bajo su cuerpo y comenzó a besuquearla, no con la intención de seducirla, sino más bien por hacer el tonto. Séverine protestaba e intentaba liberarse, sin éxito, pues estaba a su merced.

—Para ya —murmuró mirándole a los ojos, y Pierce negó con la cabeza.

—Me apetece pasar el día así, contigo en la cama —confesó en voz baja, serio y sin apartar la mirada.

No hizo falta mencionar que los dos estaban recordando aquel fin de semana que ambos pasaron en un hotel, encerrados a cal y canto. Para que ella no se enfadara, Pierce reservó una habitación en un establecimiento modesto, pese a que podía permitirse uno de lujo. La idea era estar juntos, pues entre los estudios, su compañero de piso, las amigas de ella y el trabajo de Séverine, no siempre podían dedicarse el tiempo que deseaban ni lograr la intimidad que buscaban.

Lo organizaron todo para dar paseos, comer por ahí... en resumen, lo típico; sin embargo, no abandonaron la habitación de hotel hasta el último minuto. Y no sólo porque estuvieran en la cama, dándole sin parar, sino también por todo lo que hablaron, susurraron más bien.

—Juegas sucio —lo acusó ella tragando saliva al recordar.

—Lo dices como si fuera un sacrificio —contestó él sin aflojar la presión, para que ella no se le escapara.

En cierto modo lo era, pensó Séverine antes de cerrar los ojos.

—¿Sabes que, de haber querido, tu señor Wesley se hubiera tirado al menos a dos tías buenas en la fiesta, y eso sin contarme a mí?

Séverine puso los ojos en blanco. Tras un día de vacaciones, «obligada», de nuevo había retomado su trabajo y Albertine, que no tenía nada mejor que hacer, la acompañaba. Pierce había tenido que marcharse a su oficina por unos asuntos urgentes y ella, agradecida y también desilusionada (aunque no lo reconocería ni muerta, por estar de nuevo lejos de él, más que nada para no seguir enredando las cosas), se había propuesto desenmarañar los secretos de Nuage Noir.

—Y todo sin el menor esfuerzo —prosiguió su amiga, echando sal en la herida, o al menos intentándolo, pues puede que el señor Wesley hiciera voto de contención durante un tiempo, pero al final desistiría ante tanta estupidez y, cansado de recibir una de cal y otra de arena, mandaría a paseo a Séverine. Y ella le daría la razón, porque el tipo se estaba comportando de manera correcta.

Séverine, en un vano intento de no seguirle la corriente y evitar males mayores, le había pedido a Nestor una escalera y ahora se encontraba examinando la parte superior de la estancia, en concreto las dovelas, por si en alguna de ellas hallaba por fin una pista.

—¿Y sabes que hasta yo estuve a punto de seducirlo? —continuó la rubia, que, sentada en una silla plegable, se las había ingeniado para posar como una modelo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —replicó Séverine fulminándola con la mirada, porque su intención era concentrarse en las paredes de las caballerizas y no en una amiga chinche ni en lo que Pierce había hecho o dejado de hacer por ahí. Por otra parte, ya puestos, era libre de hacer cuanto le viniese en gana, porque en ningún momento habían hablado de exclusividad; ahora bien, aquella era una calle de dos direcciones.

—¿Me hubieras dejado follar con él? —preguntó perpleja.

—No sería la primera vez que compartimos amante —murmuró Séverine pasando la mano por las piedras despacio, más atenta al sentido del tacto que a la conversación.

—Vaya, pues gracias. Lo tendré en cuenta —dijo su amiga sonriendo.

—Mierda, no hay nada —masculló, bajándose de la escalera.

—¿Y si buscamos en otro sitio? —sugirió Albertine, porque una cosa era chingarla con el asunto de Pierce y otra muy distinta su trabajo, en ese aspecto la apoyaba sin fisuras.

—Me temo que no es posible. En las cartas que leímos quedaba bien claro que en las caballerizas estaba la letra omega...

—¡Mira quién te llama! —exclamó Albertine cantarina, agitando el teléfono de ella, tras cotillear la pantalla, ejerciendo de secretaria eficiente.

—Responde tú —le pidió Séverine un tanto gruñona.

—¡Hola, hola! ¿En qué puedo ayudarte?

—Joder, sueñas sexy hasta por teléfono —comentó Pierce al reconocer la voz.

—Muchas gracias, caballero —contestó ella en el mismo tono—. Y si me permites el atrevimiento, tú también tienes una voz de lo más erótica.

Séverine negó con la cabeza y resopló.

—Necesito hablar con Séverine.

—No te lo recomiendo, está gruñona. Ya sabes, te echa de menos y no lo quiere admitir —explicó Albertine y la aludida, para evitar males mayores y a pesar de que no le apetecía nada ponerse al teléfono, se bajó de la escalera y se acercó para arrebatarse el móvil y así evitar que continuara diciendo bobadas y/o cursilerías.

Bueno, a lo mejor no lo eran tanto.

—Hola, ¿qué ocurre? —inquirió directa, adoptando un tono profesional.

—Esperaba un poco más de entusiasmo —confesó Pierce.

—Lo siento —se excusó ella con rapidez al darse cuenta de su tono tan arisco—. Llevo toda la mañana en Nuage Noir sin éxito.

—Perdonada —murmuró él—. Por eso te llamo, me acaban de localizar unos documentos que te van a poner muy contenta.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó Albertine acercándose.

—En cuanto pueda —contestó él riéndose.

—Vale, porque tengo autorización de Séverine para acostarme contigo —añadió la rubia.

Ambas oyeron las carcajadas de Pierce.

—¿Has dejado de ser lesbiana? —inquirió risueño.

—Deja de dar por saco —le espetó Séverine a su compañera de piso, de habitación y ex amante.

—Estás celosa —le espetó Albertine sonriendo de oreja a oreja.

—Chicas, chicas, tranquilas —intervino él.

—Dime qué documentos son éstos —pidió Séverine, apartándose de su amiga para que no interrumpiera más.

—¿Te estás peleando por mí?

—No seas crío. Puedes hacer lo que te venga en gana. Vamos a lo importante.

—Le quitas toda la gracia al asunto —se lamentó él resoplando y sin evitar sonreír.

Se encontraba en su despacho, en su elemento, reclinado en el sillón ergonómico y a punto de reunirse con unos colaboradores. Debería estar entusiasmado por recuperar la rutina, pero lo cierto es que no era así, la echaba de menos y eso lo cabreaba bastante.

—Al grano.

—Por lo visto, en 1950 se derrumbó parte del tejado de las caballerizas, entre otras cosas debido al mal estado de conservación. Eso afectó a la instalación eléctrica. He rescatado unos papeles en los que figuran las obras que se realizaron...

—¿Cuándo podré verlos? —lo interrumpió ansiosa.

—Vaya, ya veo cuáles son tus prioridades —comentó irónico.

Séverine se dio cuenta de que quizá debería haberse mostrado algo más cariñosa con él, al fin y al cabo, habían pasado un día inolvidable, y si bien entre ellos todavía quedaban asuntos pendientes, al menos habían logrado una especie de *entente cordiale*.

Miró de reojo a Albertine, que no se perdía ripo de la conversación, y frunció el cejo; delante de ella no iba a ponerse mimosa, porque después las burlas estarían garantizadas.

—Tú eres el primer interesado en resolver todo esto —le recordó, procurando no sonar petarda.

—De acuerdo, hablemos de negocios —convino él adoptando un aire distante. Le jodía, desde luego, pues esperaba un poquito más de amabilidad. Después de todo, no sólo trabajaban juntos, maldita sea.

—Pierce...

Albertine estuvo a punto de quitarle el móvil, arrearle con él en la cabeza y después hablar con Pierce para convencerlo de que su amiga no era tan arisca como pretendía aparentar.

—Señor Wesley para ti —le recordó indolente—. Le he enviado a Armand una copia de todo, creo que le vendrá bien para el proyecto definitivo —agregó, pese a

que su primera idea era enviárselo a ella, pero por comportarse de manera tan impersonal optó por castigarla, en cierto modo.

—¿A Armand? —preguntó confusa.

—Habla con él, te explicará cuanto desees saber. Y ahora tengo que dejarte. Me esperan dentro de cinco minutos. —Hizo una pausa antes de rematar con su tono más condescendiente—: Volveré a llamarte. —Y antes que ella pudiera replicar, cortó la comunicación.

Séverine se quedó con el móvil en la mano, mirando la pantalla sin saber muy bien qué había hecho mal para que él, de repente, la tratara como a una subordinada más. Bueno, se hacía una ligera idea. Además, quería comentarle el asunto de las joyas, pues ya había recibido una tasación y un informe preliminar.

—Ahora que has cabreado a tu amante, ya podemos ir a tomar un café —dijo Albertine toda sonriente, cruzando los brazos.

Séverine resopló. ¡Qué cruz!

—Tengo que pasarme por el despacho del arquitecto —anunció frotándose la cara. No podía evitar sentirse alicaída; sin embargo, ¿qué podía hacer para contrarrestar un poco aquella actitud fría que le había demostrado a Pierce?

«Quizá si no estuviera siempre a la defensiva...», se dijo en silencio. Era complicado cambiar un hábito adquirido tras tantos años. Únicamente cuando estaban a solas, frente a frente, sin barreras, sin ropa y sin recuerdos era capaz de relajarse y acabar comportándose con naturalidad.

Sólo se le ocurrió una idea, la más cursi del mundo; no obstante, ¿qué alternativa existía?

—De acuerdo, vayamos a tomar algo —convino.

Pierce les había prestado su Evoque y, pese a que ella se mostraba reticente, Albertine terminó por convencerla y al final dejó aparcado su querido Twingo.

—*J'ai cherché...* ¡Me encanta esta canción! —exclamó Albertine al sintonizar la radio y, con esa música de fondo, recorrieron las calles.

Al principio sólo la conductora canturreaba, pero a mitad del trayecto ya eran dos las que desafinaban sin complejos y, en menos de quince minutos, ambas llegaron a una *croissanterie* del centro, dispuestas a disfrutar de un desayuno tardío.

—Tengo que ir un momento al baño —dijo Séverine y se escabulló con el móvil.

Una vez encerrada en el cubículo, accedió al WhatsApp y buscó el número de Pierce. Vale, se iba a comportar como una idiota remilgada y sensiblera, pero algo tenía que hacer. Y debía darse prisa para que su amiga no la pillara haciendo el

ridículo en un baño público.

Siento lo de antes, he estado un poco borde. ¿Me perdonas?

Nada más teclear el mensaje se dio cuenta de que, aparte de idiota y cursi, sonaba patética e inmadura. Borró todos los caracteres y pensó en algo más contundente, más atrevido. ¿Qué mensaje enviaría Albertine?

¿A que no adivinas de qué color son mis bragas?

También lo borró, demasiado descarado.

Para su más absoluta sorpresa, la respuesta llegó apenas diez segundos después. Mierda, había dado a Enviar por error.

Albertine, te agradezco el detalle, devuélvele el teléfono a su dueña, que ya sabes cómo es y luego se enfada.

—¡Será posible! —exclamó a medio camino entre el enfado y la diversión. De ahí que decidiera seguirle el juego.

¿Cómo me has descubierto?

Porque tú eres la amiga divertida, sincera y amable y Séverine es la seria, responsable y gruñona.

Séverine no salía de su asombro. Vaya adjetivos. No eran malos, pero tampoco muy halagüeños. Escribió de nuevo:

¿De verdad te vas a quedar con las ganas de saber el color de mis bragas?

Por lo poco que te conozco... Sí, mejor moriré con la duda.

Creía que eras más atrevido. Habla, no se lo diré a Séverine.

¿No os lo contáis todo?

—¡Ocupado! —gritó cuando llamaron a la puerta. Aquello se estaba poniendo demasiado interesante como para dejarlo. Y todo pese a que ella rara vez perdía el tiempo con mensajitos, para ella el WhatsApp era una herramienta de trabajo, no un entretenimiento—. ¡Que está ocupado, joder! —repitió cuando insistieron.

¿Sigues ahí?

Sonrió al leer el mensaje, por lo visto Pierce quería jugar... Perfecto.

Yo pensaba que los ejecutivos como tú no perdían el tiempo en horas de trabajo.

Tengo un lado perverso, ¿no lo sabías?

Me hice una idea la otra noche...

Se mordió el labio, había elegido deliberadamente una frase capciosa para ver si él se delataba.

¿Se lo has contado a Séverine?

Alguna que otra cosilla...

Estaba corriendo el riesgo de que la descubriera, pero merecía la pena con tal de sonsacarle más detalles. Inspiró hondo cuando por fin leyó el mensaje de respuesta.

¿Y qué dijo?

Qué listo era el puñetero, no se pillaba los dedos.
Pues ella tampoco iba a enseñar sus cartas. Tecléo:

Ya sabes cómo es...

Sí, sé muy bien cómo es.

Séverine gimió. ¿Y si Albertine tenía razón y estaba siendo una estúpida?
Escribió lo que con toda probabilidad pensaba su amiga:

Un poco mojigata.

Mmm, no, no lo es. Sólo intenta serlo.

«Qué bien me conoce», pensó ella y sonrió.

¿Qué importaba si él había hecho esto o aquello con alguna otra?

Ponerse celosa era de hipócritas, además, si de verdad hubiera estado con otra u otras, luego no habría ido a su habitación y, por supuesto, no hubiese ocurrido nada.

Tenía que dejarle muy claro con quién estaba chateando.

Hoy llevo bragas negras.

Sujetó con fuerza el móvil a la espera de la respuesta.

Nada, no llegaba contestación, aunque continuaba en línea. Y ella tenía que regresar junto a Albertine, que iba a empezar a preocuparse. Ir al baño a veces necesitaba su tiempo, pero no tanto.

Nada, ni una palabra. Desanimada, salió del cubículo. Había vuelto a fastidiarla. Ahora Pierce estaría cabreado al ver que se había hecho pasar por otra persona.

—Genial... —farfulló.

—¿Problemas intestinales? —preguntó su amiga al verla ocupar su asiento con cara triste, tras haber permanecido un buen rato en los aseos.

—Ya podía ser eso —murmuró y le dio un buen bocado a su cruasán.

—¿Qué has hecho esta vez? No, no me lo digas. Déjame adivinar. ¿Te sientes culpable por algo que has dicho o hecho?

Séverine entrecerró los ojos, daba un poco por saco que la conociera tan bien.

—Toma y dime qué opinas —dijo, entregándole el móvil.

Albertine se puso a ello y leyó el intercambio de mensajes disimulando una sonrisa.

—Por lo menos lo has intentado —comentó al acabar—. Aunque es evidente que el *sexting* no es lo tuyo.

—No sirvo para esto —se quejó ella, torciendo el gesto.

—Lo primero, no le mientas. No es tonto, ya deberías saberlo —indicó la rubia en tono condescendiente, algo que a Séverine le sentó fatal.

—Ha sido él quien ha supuesto la identidad de la remitente, no yo —se defendió.

—Me refiero a lo de tus bragas, esta mañana te las he visto y no eran negras —la

corrigió y ella dio un respingo.

—¡Él no puede saberlo! —exclamó.

Albertine negó con la cabeza.

—Te falta convicción —afirmó con rotundidad—. A ver, si nunca has coqueteado con él por mensajitos, lo menos que puedes hacer es creerte lo que escribes.

—No te sigo. De verdad que lo intento, pero no hay forma. Admito que sí, que he sido borde con él, pero también he me esforzado para compensarlo. ¡Y mira qué birria de resultado! —se lamentó, mientras se deshacía el recogido del pelo para volver a sujetárselo con los palillos de madera.

—Escucha, ve al baño, desnúdate y saca una foto sugerente. Insinúa, no lo muestres todo; luego se la envías y ya verás cómo cambia de parecer —propuso, antes de llamar al camarero, coquetear con él y pedir que le sirviera otro café.

—No lo veo tan claro...

—Él conoce tu cuerpo, de ese modo despejarás todas sus dudas sobre quién le envía los mensajes —argumentó Albertine sonriendo.

No muy convencida, Séverine regresó a los servicios. Tuvo que esperar a que quedase uno libre, después cruzó los dedos para que nadie la molestara.

Cuando por fin estuvo a solas, miró a su alrededor, los azulejos blancos no eran lo más erótico del mundo, pero tendrían que servir.

—Las tonterías que hace una por un hombre —se quejó en voz baja, para que otras usuarias no la oyeran.

Se quitó la camiseta y torció el gesto, su ya de por sí reducida delantera aparentaba ser aún más escasa con el sujetador deportivo.

—Nada, ésta no sirve —masculló tras hacerse la primera instantánea de su escote y comprobar el resultado—. Con estas tetas poco o nada se puede hacer...

Justo cuando se estaba desabrochando los pantalones, golpearon a la puerta.

—¡Ocupado!

—¿Cómo vas? —preguntó una voz por desgracia conocida.

—De culo —respondió.

—Anda, déjame entrar.

Séverine cedió el paso a su amiga, que, a pesar del reducido espacio, tomó el mando de la situación.

—Ahora me dirás que pose sugerente —comentó Séverine con ironía.

—Por supuesto —convino la otra, enfocando con la cámara.

Y en ese preciso instante el móvil de Séverine emitió un pitido, avisando de la

entrada de un mensaje.

Perdona por haberte dejado sin respuesta, tenía una llamada urgente que atender. ¿Por dónde íbamos?

Albertine le mostró el móvil para que viera el mensaje.

—Trae, ya no hace falta que me hagas una foto —dijo Séverine un tanto aliviada.

—¡Todo lo contrario! Esta respuesta dice a las claras que está pendiente, así que, en vez de escribir, vas a ir con toda la artillería. Date la vuelta. No tendrás tetas, pero tu culo es aceptable.

—Albertine, mira mis bragas, por favor, son horribles.

—¡Pues nos las apañaremos, porque sí, ya te vale, son horribles! —repuso paciente y esperó a que se volviera—. El sujetador fuera. A ver, date la vuelta; de medio lado es más morboso. Baja el elástico, le mostraremos una pincelada, no vamos a enseñarle toda la merienda, que su imaginación haga el resto.

—Como fotografía erótica no tienes precio —murmuró Séverine con sarcasmo.

—Eso es...

—Ni se te ocurra sacarme la cara —le advirtió.

—Entonces ¿cómo va a saber que eres tú? —preguntó con toda lógica.

—Pues espera un segundo —pidió tensa.

Se deshizo el recogido, se ahuecó el pelo con las manos y acto seguido procuró que le tapara una parte de la cara. Retomó su pose original e intentó no tambalearse, porque encima de la tapa del retrete la estabilidad era más bien precaria.

—Se te han puesto duros los pezones... —canturreó la fotografía.

—¿Y qué esperabas? Aquí no hace mucho calor —refunfuñó ella.

—Mejor, nos ahorramos acariciártelos un poco para endurecerlos. Mmm, me estoy excitando hasta yo.

—Dispara de una maldita vez —ordenó Séverine tensa.

—¿Qué te parece? —preguntó su amiga mostrándole el móvil.

Séverine lo primero que quería era cubrirse y lo hizo. Miró la pantalla y quedó encantada con el resultado: jamás habría esperado una foto tan sugerente y morbosa.

—De acuerdo, dale a Enviar.

—Ya lo he hecho.

—¿Sin esperar mi aprobación?

No hizo falta responder, ya que entró un mensaje que ambas leyeron:

No sé qué está pasando ahí, pero ahora mismo
liquido lo que tengo pendiente y me voy contigo.
Bonitas tetas. Estupendo culo.

—¿Lo ves? Te lo he dicho, esto funciona siempre —le recordó Albertine orgullosa.

Si además de posar en bragas también se sincerase con él, todo saldría a pedir de boca.

Albertine se fue por ahí, ya que no le apetecía nada en absoluto pasarse la tarde en el despacho del arquitecto. Así que Séverine, ya vestida tras la sesión de fotografía erótica, y algo más arreglada, se presentó en la oficina de Armand dispuesta a adelantar trabajo y a olvidarse, por el momento, de propuestas indecentes vía WhatsApp. Porque Pierce, sin rastro de vergüenza o pudor, le había sugerido un catálogo de obscenidades a cuál más interesante.

Y, como era de esperar, la fotógrafa se vino arriba y propuso una nueva sesión guiándose por las sugerencias del señor Wesley; no obstante una vez más Séverine impuso su criterio.

—Qué petarda eres —dijo Albertine a modo de despedida.

Puede que fuera cierto, pero una cosa era coquetear un poco y otra muy distinta enviarle un catálogo de instantáneas subidas de tono, que a saber en qué manos podían llegar a acabar.

—Adelante, señorita Chavannel —le pidió amable Armand, nada más llegar ella. Séverine no supo cómo interpretar ese gesto.

Pasaron a una oficina decorada con buen gusto. El arquitecto le indicó que tomara asiento y le preguntó también si deseaba tomar algo, todo con mucha educación y con un toque de coquetería que Séverine agradeció con una sonrisa.

Imaginó que Pierce, al que no se le escapaba nada, ya habría aleccionado a Armand y por consiguiente todo discurriría de forma sencilla.

—Éstos son los documentos que he recibido desde el despacho del señor Wesley —expuso él, entregándole una carpeta—. No he tenido tiempo de examinarlos a fondo, pero serán de gran ayuda, ya que en ellos se describen las reformas que se llevaron a cabo en 1950.

—Por lo que veo, se añadieron cornisas y se cambió la instalación eléctrica —comentó ella, mientras leía con atención los documentos.

—En efecto. De ahí que algunos elementos, como algunos falsos techos de escayola que cubrían parte del artesonado de la sala central, se hayan desmontado: para recuperar el aspecto original —explicó amable el arquitecto junto a ella.

—Habrá que hacer lo mismo en las caballerizas —indicó Séverine frunciendo el

cejo.

—No, no será necesario, pues en el proyecto de reforma está contemplado el cambio completo del tejado, así que es una pérdida de tiempo y dinero desmontar esa parte —la corrigió y ella frunció aún más el cejo.

—¿Puedo ver el proyecto definitivo? —preguntó, sabiendo que era un riesgo, ya que, si Pierce apenas se lo había mostrado, sólo comentado de manera informal, dudaba que Armand fuera a hacerlo; sin embargo, merecía la pena intentarlo.

—Me temo que esa información no puedo dársela —respondió el arquitecto con educación, pero firme.

—Ya, claro... —murmuró ella, entendiendo los motivos.

Por lo visto, Pierce se había cubierto las espaldas; tras criticarle las ideas que le había comentado sobre la rehabilitación de la torre norte, ahora no quería más opiniones.

—Pues me temo que no van a poder hacer nada hasta que concluya mis investigaciones y, teniendo en cuenta su ayuda, no serán todo lo rápidas que el señor Wesley espera —afirmó lanzando un órdago y sintiéndose como al principio, pues por mucho que compartieran mensajitos y fotos subidas de tono, los negocios eran lo primero.

—Creo que ésa no es la forma de llevar este asunto —repuso él.

—Mi intención no es difundir ni criticar el proyecto, sino llevar a cabo una investigación. En Nuage Noir quedan documentos por descubrir y, la verdad, es complicado cuando sólo se encuentran trabas —comentó muy segura de sí misma, sin titubear.

—Hagamos un trato —propuso él, conciliador.

A Séverine le dio la sensación de que se mostraba, de repente, demasiado colaborador, pero como le convenía, se abstuvo de mencionarlo.

—Le escucho —dijo y sospechó que a lo mejor cierto señor Wesley había dado instrucciones de que la presionaran un poco.

—Puedo mostrarle las partes del proyecto donde usted va a desarrollar su investigación —propuso Armand, adoptando una actitud un tanto curiosa, pues de súbito pasaba de un tono profesional a otro más amigable.

—Me conformaré con eso —declaró sin pestañear para acto seguido agregar—: De momento.

—Perfecto —convino él, más relajado. Después llamó a su secretario para que le acercase el dossier.

Séverine salió del despacho algo confusa. Desde luego, Pierce no tenía rival a la hora de manejar los hilos desde la distancia. Había quedado muy claro tras la reunión con Armand, algo que por otro lado no la sorprendía, pues desde que lo conoció en la universidad, siempre dio muestras de su carácter resolutivo.

Cuando llegó al hotel, se encontró a Albertine rodeada de bolsas y medio desnuda, probándose trapitos. Dejó los documentos para revisarlos más tarde y preguntó:

—¿Has estado toda la tarde de compras? ¿Cuánto te has gastado?

—Mira este conjunto, es alucinante. El pantalón me hace un culo espectacular — dijo su amiga, mostrándole las prendas en cuestión.

—Quién diría que el sueldo de camarera da para tanto —comentó Séverine, irónica, mientras comenzaba a desvestirse para ponerse más cómoda.

—No seas envidiosa, que también hay algo para ti.

—Me temo lo peor —murmuró ella entre dientes y su intuición no le falló, pues Albertine sacó de la bolsa un corpiño rojo con relleno en las copas, bordes negros y un tanga a juego abierto justo en medio—. ¿Estás de guasa?

—Pruébate ahora mismo —ordenó la rubia, cogiendo el móvil—. De ésta, tu querido señor Wesley no se recupera. Venga, vamos, ¿a qué esperas?

—Tengo trabajo —le recordó Séverine—. Me gano la vida investigando, no enseñando el culo.

—No seas petarda. Será sólo un momento... Luego puedes aburrirte lo que quieras con tus informes.

—¡Por favor! —protestó ella, pero no le sirvió de nada.

—Mientras, yo voy calentando el ambiente...

—¿Qué has escrito? —preguntó alarmada y logró arrebatarse el móvil para leer:

Hoy he ido de compras...

Lo peor de todo era que él estaba en línea, lo que significaba que en breve recibirían la respuesta. Joder...

—¡Vamos, esta foto tiene que ser alucinante! —la apremió Albertine ante su pasividad.

Ella pensó que más bien era prudencia.

Sin embargo, al final terminó por ponerse el modelito, que completó con unos zapatos de tacón, cortesía de su amiga, que, si bien le venían grandes, daban el pego

para la foto; si hubiera tenido que caminar con ellos, el ridículo y la caída estaban asegurados.

La respuesta de Pierce llegó en pleno proceso de cambio de imagen, pues también debía maquillarse como una cabaretera.

¿De compras?

Y la rubia se encargó de contestar:

Ahora te lo enseño... todo.

—¿Estás lista? —preguntó después, con el móvil preparado.

—No, pero has hecho bien en preguntar —farfulló sarcástica la «cabaretera».

—Siéntate en la silla, cruza las piernas y no sonrías —la instruyó Albertine—. Piensa en algo sucio, prohibido, morboso, en él... Lo que sea, y hazlo rápido.

Séverine obedeció, más o menos, porque ella jamás tendría la habilidad innata de su amiga a la hora de posar y seducir.

Estoy esperando...

Fue el impaciente mensaje de Pierce que recibieron.

—Si has podido esta mañana, en los aseos públicos, joder, no seas timorata.

—¿Así? —preguntó ella con cautela, achicando los ojos, poniendo morritos y sujetándose a la silla para mantener el equilibrio, porque no recordaba haberse sentado nunca de una forma tan rara.

—Puede valer...

Albertine le hizo al menos una docena de fotos en esa pose. Después se las mostró y eligieron un par de ellas para enviar.

¿Te gustan mis compras?

Tecleó Albertine sonriendo, a la espera de una respuesta.

—¿Por qué no subimos aún más la temperatura? —propuso luego en tono picante.

—Tengo que trabajar —contestó Séverine, dejando que su lado responsable aguara la fiesta—. Y tú deberías ir pensando en regresar a París; al final vas a conseguir que te despidan.

—No lo harán —aseveró—. En el club me deben muchos favores.

Enséñame más...

—Trae, ya contesto yo —le ordenó Séverine, al oír el pitido del teléfono. Sonrió al leer el mensaje y después miró a su amiga—. Tienes razón, hay que subir la temperatura.

—¡Así se habla! Me cambio en un minuto: tu señor Wesley va a flipar.

Dicho y hecho. Albertine se desnudó y, al estar ya maquillada, sólo tuvo que ponerse tras su amiga y juntas comenzaron a posar delante del móvil entre risas y gestos morbosos. Acabaron sentadas en el suelo y, si bien sujetar el teléfono y permanecer en determinadas posturas no resultaba muy sencillo, al final lo lograron.

Joder, justo cuando me marchó os ponéis a jugar.

Eso escribió Pierce, frotándose la cara ante las imágenes que le iban llegando a su móvil.

Aún estaba en la oficina, pues quería dejar resueltos todos los asuntos pendientes antes de regresar a Carcassonne, y eran unos cuantos; al haber estado fuera tantos días, el trabajo se había acumulado.

Pero ¿quién era el valiente que prestaba atención a los informes financieros cuando no una, sino dos mujeres le enviaban fotografías subidas de tono?

Miró hacia abajo, se había empalmado y en menos de una hora tenía una cena de negocios. Bueno, de negocios entre comillas, pues con Owen no todo eran cifras. Le apetecía pasar un buen rato con su amigo, pero tampoco deseaba llegar tenso y cachondo a la cita.

Justo en ese instante de excitación no resuelta, entró Mary Ann, como siempre discreta y educada, para dejarle sobre el escritorio una nueva remesa de documentos, todos ellos clasificados y con anotaciones precisas.

—¿Va todo bien? —inquirió él, pues evitaba mirarlo a la cara desde que había regresado.

—Sí, gracias —murmuró ella en respuesta.

—Mary Ann, ¿te sientes cómoda trabajando aquí? —se arriesgó a preguntar, dado que la relación laboral no se desarrollaba todo lo fluidamente que deseaba. Cierto que su secretaria y él nunca habían sido amigos, pero al menos antes se comportaban

con más naturalidad.

—Sí.

—No lo dices muy convencida —comentó y decidió abandonar su postura distante.

Como su excitación parecía haberse calmado un poco, se puso en pie y rodeó el escritorio hasta quedar frente a ella; se abstuvo de tocarla, pues quizá fuera forzar demasiado la situación.

—Lo siento —musitó cohibida.

Pierce torció el gesto. Así no quería que funcionaran las cosas, porque apreciaba a Mary Ann, no sólo por lo buena profesional que era, sino como persona. Y si bien hasta hacía no mucho no se había preocupado por ella, al menos podía enmendar tal descuido.

Su móvil emitió un pitido. Qué oportuno. Intuía de quién era el mensaje. Optó por no mirarlo hasta estar a solas. No era de recibo ponerse cachondo, otra vez, delante de Mary Ann.

—No tienes por qué disculparte. Sólo intento que te sientas a gusto trabajando aquí y, como creo haberte dicho ya, tu vida privada no me concierne —dijo, procurando que su tono de voz fuese amable.

—Lo sé y se lo agradezco, pero... lo que ocurrió con... —No hacía falta mencionar el nombre, ambos sabían muy bien a quién se refería—. Sé que es importante para usted.

Pierce también lo creía, pues no había dejado nunca de pensar en ella y en los últimos tiempos con mayor intensidad.

—Olvídate de la señorita Chavannel y piensa en ti, ¿de acuerdo? —propuso, aunque no tenía muy claro hasta qué punto eso era posible.

—Gracias, señor Wesley.

—De nada. Y puedes irte ya si lo deseas.

Mary Ann se dio la vuelta y caminó cabizbaja hasta la puerta. Pierce hizo una mueca. Qué difícil era todo aquello de lidiar con las emociones, en especial para él, que siempre las relegaba al final de su lista de tareas pendientes. No digamos ya ocuparse de los sentimientos de otra persona.

Cogió su móvil y, tras asegurarse de que nadie podía verlo, lo encendió para leer el mensaje:

¡Cómo te echamos de menos!

—La madre que las parió —masculló, tirando el terminal sobre la mesa de malas maneras, porque o apagaba el maldito trasto o acababa meneándosela en la oficina, algo que hasta la fecha no había ocurrido jamás.

Escribió:

Dejad de provocarme.

Y ellas respondieron:

Pues no mires.

Voy a apagar el teléfono...

Pues tú te lo pierdes.

Sois un par de calentorras.

Si estuvieras aquí podrías comprobarlo por ti mismo.

Cuando regrese os vais a enterar.

Consciente de que las fotos y los mensajes iban a volverlo loco, cumplió su amenaza y apagó el móvil, dispuesto a sumergirse en informes financieros para bajar su erección y conseguir llegar así a su cita con Owen en términos aceptables.

Repasó también los correos electrónicos, incluido el de Armand, en el que le informaba de su reunión con Séverine. Sonrió, pues todo había salido según lo planeado. Ella había presentado batalla y él la había dejado ganar, porque si llega a entregarle los documentos por las buenas, no hubiera tenido gracia.

Con los deberes casi terminados, pues al día siguiente aún tendría que permanecer en la oficina, Pierce apagó el ordenador y bajó al aparcamiento del edificio. Podía haber llamado a un chófer, pero no lo hizo, pues, cosa rara, le apetecía conducir.

* * *

Llegó al restaurante donde había quedado con su amigo tan sólo diez minutos tarde.

Owen lo esperaba en un reservado; muy propio de él, que odiaba ser el centro de

atención. No podía criticarlo por ello, pues él hacía siempre lo mismo.

Se saludaron con afecto y tomaron asiento.

—Vaya, por lo visto tu mujer te deja algunas noches salir solo —bromeó Pierce.

El otro sonrió de medio lado antes de responder:

—Eso parece. Te recuerdo que no soy yo quien está perdido por ahí, retrasando un proyecto y actuando de forma imprudente.

—Siempre me maravilla tu red de información —declaró Pierce sin sentirse molesto—. Pero sí, tienes razón, todo se está complicando de una manera extraña.

Esperaron a les sirvieran antes de entrar en materia. Owen lo puso al corriente sobre los problemas financieros a los que se acercaban sin remedio si el proyecto no salía de una vez del estancamiento. Nada nuevo, pues Pierce era muy consciente de ello. Por suerte, y debido a los estudios previos y a su gran amistad, dejaron más o menos cerrados algunos acuerdos para poder compensar las pérdidas y que el proyecto al final fuera rentable, eso sí, reduciendo el margen de beneficios.

—He logrado contactar con un importante funcionario que estaría dispuesto a relevar a la señorita Chavannel de su obligación. Nos enviarían a otro más...

—¿Maleable? —sugirió Pierce asintiendo.

—Exacto. Tu querida amiga francesa, cuya profesionalidad no pongo en duda, debería haber acabado ya su informe.

—Dilo claro: crees que me está enredando —replicó Pierce sin perder la calma, porque, aunque Owen no estaba al tanto de todo lo sucedido durante aquel último año de estudios, sí fue testigo de la relación intensa que Séverine y él mantuvieron en la universidad.

—No te culparía por ello —comentó Owen, sorprendiéndolo.

—¿Seguro? —murmuró.

—Por extraño que te parezca, no soy tan insensible como me esfuerzo en aparentar, y sé lo que esa mujer significó para ti.

—Tanta comprensión me abruma —confesó Pierce irónico—. Pero tranquilo, sé lo que tengo que hacer.

—Si pretendes distraerte y luego regresar como si nada, allá tú; no obstante, creo que te arriesgas demasiado, dado que nunca es sencillo separar en casos como éste la parte emocional de la racional.

—En eso tienes razón —admitió Pierce, porque delante de Owen carecía de sentido fingir, se conocían demasiado bien.

—Por consiguiente, no te daré consejo alguno.

Pierce esbozó una sonrisa.

—¿Desde cuándo hablamos de forma tan íntima tú y yo? —inquirió divertido, porque si bien habían compartido innumerables experiencias a lo largo de sus años de amistad, rara vez habían hablado de sentimientos de forma tan evidente.

A no ser que estuvieran borrachos y no se acordaran de ello.

—Que yo recuerde... nunca —corroboró Owen sonriendo de medio lado.

Pues cuando Pierce se quedó hecho un asco tras la espantada de Séverine, no hicieron falta palabras ni palmaditas en la espalda. Era muy consciente de que contaba con todo el apoyo de su amigo, aunque Owen no dijera ni mu.

—¿Y vamos a hacerlo ahora?

—Supongo que las situaciones y las personas pueden cambiar —reflexionó Owen.

—Creo que puedes tener razón. Por el momento prefiero que no intervengas; avisa a tu contacto y que no haga nada. Pide otra botella de vino y, si quieres, ve llamando a Astrid, dile que vas a llegar tarde —sugirió Pierce rellenando las copas.

—¿Merece la pena el motivo? —repuso Owen siempre práctico, sacando su teléfono, pero sin marcar ningún número.

—¿Recuerdas la última vez que nos fuimos de juerga los dos?

—Hace demasiado tiempo —respondió su amigo esbozando una sonrisa melancólica.

—Pues bien, creo que ya va siendo hora de que nos divirtamos un poco —afirmó él con convicción.

—No conocía esta faceta tuya tan descarriada.

Pierce apuró su copa de un trago.

—Quizá porque pasamos demasiadas horas sentados en un despacho, sin despejar un poco la cabeza —dijo y Owen asintió.

—Probablemente.

—Ah, y si al final de la noche estoy muy borracho, aprovecha la coyuntura y pídemme que te enseñe unas fotos que tengo en el móvil; sólo en estado de embriaguez te las mostraría —agregó con retintín.

—Lo recordaré, no te preocupes —convino el otro.

—Eso sí, después deberás olvidar lo que has visto y no contárselo a nadie —apostilló Pierce riéndose.

Owen arqueó una ceja ante sus palabras.

—Prometido —aceptó mientras le enviaba un mensaje a su mujer para que no se preocupara. Después le mostró el mensaje de respuesta:

Pásatelo bien con su excelencia.

Pierce resopló.

—Oh, por favor, qué ramo tan espectacular. Qué detallazo... —exclamó Albertine sosteniendo un inmenso ramo de flores que acababan de llevar a la habitación—. Ya sé que no es para mí, pero al menos me dejarás leer la tarjeta.

—Hazlo, yo estoy muy ocupada —comentó Séverine, sin apartar la vista de sus papeles.

Ya había hecho el tonto lo suficiente el día anterior como para permitirse el lujo de perder el tiempo, así que llevaba desde primera hora de la mañana sentada a su mesa de trabajo, examinando con cuidado toda la información que Armand le había entregado, con el fin de presentarse en Nuage Noir con la tarea hecha y saber mejor por dónde continuar buscando.

—«Espero que a mi regreso te encuentre igual de receptiva» —leyó la rubia y añadió exagerando su emoción—: *Oh, my God!* ¡Qué envidia me estás dando!

—Sí, qué bien —musitó Séverine, más pendiente de sus cosas.

—Por favor, un poco más de entusiasmo. Al final me lo voy a tener que tirar yo, porque, de verdad, no sé cómo el pobre te sigue aguantando.

Séverine dejó a un lado su bolígrafo, se volvió y miró a su amiga fingiendo una sonrisa radiante. Albertine respondió negando con la cabeza.

—Tienes mi permiso para hacer con él cuanto te plazca. Y ahora, por favor, déjame terminar con esto.

—Digo yo que le tendrás que agradecer de algún modo este detalle —insistió su amiga.

—Por lo visto ya estás tú para eso.

—Vale, me ocuparé en persona —aceptó ella.

Albertine, para nada dispuesta a ceder hasta lograr su objetivo, la dejó tranquila mientras se ocupaba de poner las flores en un jarrón y mandarle un mensaje de agradecimiento a Pierce. Por supuesto, añadió unas palabras más; le costaba muy poco y seguro que él las agradecía de manera muy original.

Aunque en el último momento borró el mensaje y optó por un agradecimiento más creativo.

—Me voy a hacer unos recados —informó a su amiga, la responsable, que apenas

le prestó atención.

Séverine respiró cuando por fin se quedó a solas. De acuerdo, podría haber sido más entusiasta, pero quería desentrañar aquel misterio y para ello necesitaba concentración, algo que con Albertine pululando a su alrededor resultaba imposible.

Repasó unas cuantas veces el proyecto de 1950 y llegó a la conclusión de que lo mejor era trabajar sobre el terreno. Así que llamó a sus colaboradores para avisarlos y que estuvieran en el palacete. Después se vistió y preparó para otra jornada de búsqueda.

Antes de salir, vio el enorme ramo de flores y sonrió. Claro que se lo agradecería y estaba segura de que Pierce se mostraría aún más contento si ella acababa su investigación. Sabía muy bien que para él los asuntos comerciales primaban sobre los emocionales.

Cuando llegó a Nuage Noir, no vio por ninguna parte a Nestor ni a Pascal, así que se fue directa a las caballerizas y, tras dejar su mochila en el suelo, sacó una linterna y enfocó la parte superior. Según las anotaciones, tras aquella moldura de escayola se encontraba la conducción eléctrica. Fue recorriendo todo despacio, en busca de cualquier muesca, hasta que vio algo, justo encima de la puerta. Podía ser una estupidez, pero aun así se subió a la escalera para observar desde más cerca: sobre el dintel de madera había una especie de símbolo. No podía afirmar a ciencia cierta si se trataba de la letra omega, pero sin duda merecía la pena averiguarlo.

La madera del marco era la original de la construcción, de manera que se tendría que esforzar para desmontarla y no romperla, pese a que lo más probable fuera que después todo acabara en la basura, pues, según el proyecto del arquitecto, en las antiguas caballerizas se instalaría la zona de recepción y cafetería. Una pena, porque si respetasen las molduras originales quedaría fantástico.

—¡Ya estamos aquí! —anunció una voz conocida.

—Pasad, creo que he encontrado algo —les indicó ella, señalándoles el punto exacto que había marcado con tiza.

—Pues nada, habrá que desmontar las jambas sobre las que descansa el dintel y ver qué hay debajo. Aunque a mí me parece una simple rozadura —comentó Pascal, examinando la marca de la piedra.

—Perfecto, manos a la obra —dijo ella, cruzando los dedos para que por fin avanzara su investigación.

Nestor trajo su caja de herramientas y lo primero que hizo fue sacar fotografías para una vez acabado el trabajo, siguiendo las indicaciones de Séverine, dejarlo todo

como estaba. Luego buscó los puntos por los que habían clavado las jambas y, con suma paciencia, fue ahuecándolos para que no se rompieran. La dureza de la madera complicó todo el proceso; además, se notaban marcas de óxido.

Séverine lo observaba todo, impaciente, conteniendo la respiración, hasta que por fin desmontaron todo el dintel. Apreciaron surcos en el marco, probablemente de termitas, pero aún podía considerarse sano.

—Mira esto —indicó Nestor, señalando la porción de piedra que había quedado al descubierto.

Ella sonrió de oreja a oreja y se subió con rapidez a la escalera para poder tocar con sus manos la inscripción. Hasta se le escapó una lagrimilla de emoción.

—Creo que debemos romper una parte del marco, pues de haber algo estará encajado en la madera.

—Adelante —dijo ella—. No perdamos ni un segundo.

Con un formón bien afilado, Pascal comenzó a delinear un rectángulo antes de proceder a cortar. Todo el proceso debía ser lento y cuidadoso, ya que, además de romper más de la cuenta, podían estropear el cofre que con toda probabilidad habían escondido allí.

Fueron veinte tensos minutos hasta que por fin divisaron algo. Pascal continuó desbastando madera hasta poder hacer un hueco que permitiera sacar la caja.

—¡Aquí está! —exclamó entregándosela a Séverine, que contenía la respiración.

En contra de cualquier buen criterio, sacó el contenido. Un pequeño tubo de cuero ennegrecido, donde lo más probable era que estuvieran los documentos, y un pequeño saquito de terciopelo. Mientras sus colaboradores limpiaban y reparaban la moldura de madera, ella se sentó en el suelo con su hallazgo y respiró una vez más antes de descubrir el contenido.

Primero abrió la bolsa, en la que encontró un espectacular collar de perlas y unas cuantas monedas de oro. Tanto las perlas como las monedas estaban sucias, pero no puso en duda su autenticidad. De todas formas lo enviaría a examinar. Después, controlando sus nervios, cogió el tubo y comprobó el cierre: estaba lacrado. Antes de romperlo, sacó un par de fotos.

Como intuía, aparecieron unos pliegos enrollados. Debería esperar a estar en un entorno menos perjudicial, sin embargo, deseaba leerlos cuanto antes.

30 de noviembre de 1667

He logrado llegar hasta el final.

Y ahora que soy una mujer por desgracia casada, debo obedecer a un hombre al que pertenezco y aborrezco, y contra el que no me canso de recopilar argumentos.

No sé si algún día saldrá a la luz todo aquello que he escondido, y cada noche me acuesto sin perder la esperanza de que así suceda.

Langlois desconfía de mí, pero no flaqueo ante sus palabras. Ha intentado doblegarme de varios modos y todos sin éxito, pues ni siquiera lo miro a la cara cuando por desgracia he de someterme a sus deseos carnales.

Por suerte, sus intereses en la corte y sus vicios, que espero que lo debiliten, lo mantienen alejado de Nuage Noir y, si bien he debido acceder bajo coacción a sus pretensiones, al menos albergo la esperanza de que el hijo que llevo en mis entrañas herede todo lo que durante siglos ha pertenecido a mi familia.

No queda ya nada por esconder, tan sólo mi alma, y ésa está a buen recaudo, pues mi detestable esposo no conseguirá jamás adueñarse de ella, aunque mucho me temo que su avaricia sólo contempla las riquezas y el prestigio que esta propiedad pueda rentarle, algo que no puedo evitar.

Sólo cuando logre verme al fin libre de su yugo transmitiré la información. No he querido implicar a mi servicio, pues me temo que muchos me venderían ante su nuevo amo, tan sólo a mi leal doncella, para evitar la ira de Langlois, llevando yo el secreto conmigo.

Dejo aquí testimonio de todos los lugares de mi querido Nuage Noir en los que se encuentran las joyas de la familia. Estos muros no sólo me darán cobijo, sino también la fortaleza necesaria para soportar el castigo inmerecido que me ha sido impuesto.

Séverine suspiró. Tras el documento manuscrito de Priscilla Bouchart encontró un plano de Nuage Noir dibujado a mano, en el que se detallaban los lugares exactos.

Se echó a llorar, feliz, entusiasmada, pletórica y también un poco triste. Había encontrado por fin el mapa que lo resolvería todo, pero no pudo evitar sentir cierta pena por aquella mujer. Puede que su nombre no apareciera en los libros de historia, pero debió de ser una mujer fuerte e inteligente, que buscó una manera de luchar contra unas imposiciones sociales que chocaban de frente con su forma de pensar.

—¿Estás bien? —le preguntó Pascal, amable, acercándose a ella.

—Sí —respondió Séverine, limpiándose la cara con la manga de la camiseta.

—Pues no lo parece...

—Lloro de emoción, tranquilo.

—¿Y dónde has dejado hoy a tu ayudante? —inquirió, pronunciando «ayudante» igual que si dijera «cucaracha».

Pierce... pensó que ni se había acordado de él, a buen seguro esperaba recibir noticias.

—Tenía asuntos personales que atender —lo disculpó y Pascal torció el gesto.

—Bueno, esto ha quedado más o menos disimulado, para que no se enfade nadie —dijo Nestor, señalando el dintel reparado.

Séverine recogió con cuidado todos los papeles y se acercó a comprobarlo. En efecto, nadie notaría nada, aunque, la verdad, tanto esfuerzo, teniendo en cuenta que lo más probable fuera que todo acabara en el contenedor, era malgastar tiempo; no obstante, prefería que nadie le llamase la atención.

—Está perfecto, gracias, Nestor —contestó ella con una sonrisa de agradecimiento—. Mañana seguiremos. Ya sé dónde debemos buscar, así que todo será más rápido.

—Genial, jefa —dijo Pascal, que seguía mirándola preocupado.

Consiguió convencerlos de que no le ocurría nada, a pesar de sus lágrimas, y cuando ellos se marcharon, aprovechó para recorrer Nuage Noir ella sola, con el plano de Priscilla en las manos. Deambuló por las estancias imaginando lo increíble que debió de ser el palacete en sus buenos tiempos. Ya podía ir directa a los puntos precisos y obtener la información, por lo que prefirió pasear sin otra idea en la cabeza que observar.

Tener a su alcance un mapa donde se detallaban los lugares facilitaba la búsqueda, pero al mismo tiempo le restaba emoción.

Cuando accedió al edificio donde en su día estuvieron los aposentos de la servidumbre, tardó apenas tres minutos en localizar la letra kappa. Tras un viejo y destartado armario, en una hornacina. Podía haber sacado el contenido, pero lo dejó tal como lo había encontrado. Una decisión absurda y un tanto sentimental, ya que la gustaría que Pierce estuviera allí.

Era una ilusa con todas las letras, pues tras la entrevista con Armand quedó claro que sí, buen ambiente, aunque el control siempre en manos del señor Wesley.

Con ese pesar en mente, localizó la última letra relevante, épsilon, justo en el vestíbulo. Había entrado cada día en Nuage Noir por esa puerta y nunca se había fijado en el escudo que adornaba el dintel: el escudo de armas de la familia Langlois.

Séverine sonrió; era una jugada maestra, no podía calificarlo de otro modo. Lo

más probable era que Priscilla, sagaz, sabiendo que su futuro marido, ansioso por dejar impresa su huella nada más llegar al palacete, ordenaría cambiar el escudo, utilizó éste también como escondite. Nadie se hubiera atrevido a mover una sola piedra del escudo de los Langlois y, pese al dolor que para ella implicaría ver cada día aquel apellido, supo que era la mejor forma de vengarse.

Entonces pensó hacer algo que, si bien resultaría irrelevante para la investigación, al menos supondría una satisfacción personal: recabar cualquier información sobre Priscilla Bouchart, qué le ocurrió, si logró al menos quedarse viuda y disfrutar de una vida confortable.

Con esa idea en la cabeza, quizá complicada de llevar a cabo, recogió sus bártulos y cuando arrancó el Evoque se quedó allí, con el motor en marcha, dudando de si debería llamar a Pierce o sólo enviarle un escueto mensaje.

Para ser sincera, deseaba hablar con él, lo echaba de menos, más de lo que estaba dispuesta a admitir ante nadie; y no iba a negar la evidencia ante sí misma, era como hacerse trampas al solitario: ridículo.

Al final, para no delatarse, optó por enviarle un WhatsApp conciso, profesional.

Todo resuelto, en dos o tres días habré terminado.

Guardó el móvil y maniobró para dirigirse al hotel. Allí empezaría, si Albertine no lo impedía con sus mil y una ocurrencias, a redactar otro informe, uno de los últimos. Y no podría evitar sentir cierta pena cuando todo acabara.

Al llegar a su habitación no vio a su amiga por ningún lado y lo agradeció, pues quería estar sola; es más, necesitaba estar sola. Comenzó a desnudarse y, en cuanto se desprendió de la camiseta, sonó su móvil.

Dudó entre ver quién era o seguir despojándose de la ropa para proceder a ducharse. Venció la curiosidad y buscó el teléfono en su mochila.

Sinceramente, es el peor mensaje que he
recibido en mucho tiempo.

Séverine torció el gesto al leerlo. Él tenía razón, después de haberlo provocado el día anterior con fotografías y palabras subidas de tono, ahora le había echado un cubo de agua helada.

—La he vuelto a cagar —se quejó en voz alta.

Como ya no podía arreglarlo, o mejor dicho, no sabía cómo, decidió continuar con

sus planes de ducha, a ver si se despejaba un poco las ideas.

No había terminado de bajarse los pantalones cuando de nuevo el móvil avisó de la entrada de un mensaje. No hacía falta ser muy lista para intuir quién era el remitente.

Espero que haya sido una broma o una
extraña forma de comenzar los preliminares.

—¿Qué le respondo yo a este hombre? —se preguntó resoplando—. ¿Dónde está Albertine cuando se la necesita?

Sin embargo, se dio cuenta de un aspecto fundamental: ella solita debía espabilar. Así que se quedó en ropa interior, para crear ambiente... La ducha podía esperar.

Se tumbó en la cama con el móvil en la mano y se puso a pensar... ¿Qué podría escribir para ganarlo de nuevo?

¿«Estoy desnuda pensando en ti»?

¿«Voy a darme una ducha y estaré mojada pensando en ti»?

¿«Cómo me gustaría que me froteras la espalda»?

Todas las opciones eran ridículas.

Resopló abatida. Vaya mierda de ideas que le venían a la cabeza.

Como no se le ocurría nada original ni picante, optó por decirle la verdad.

Estaba a punto de darme una ducha.

Mmm.

Séverine sonrió, ese «mmm» resultaba prometedor. Recurrió de nuevo a la verdad para responder.

Me has pillado en bragas.

Mmm.

—Otro «mmm» —murmuró ella—. Éste no sé qué significa.

¿Mmm?

Esfuézate más.

—Joder, ¿qué hago?

¿Me quito las bragas?

¿Cómo ha ido hoy en Nuage Noir? Ponme al día, si eres tan amable.

—¿¡Qué?!

¿Me estás vacilando?

Mmm... sí.

—Gilipollas —farfulló echándose a reír—. Muy bien, señor Wesley, tú lo has querido.

No te imaginas lo elegantes que lucen las perlas sobre mi cuerpo desnudo.

Pierce arqueó no una, sino las dos cejas al leer el mensaje de Séverine. Puede que se estuviera comportando como un cabrón, ya que le había jodido, y mucho, que ella, así de repente, pasara de ser una mujer ardiente, seductora y excitante a otra sin gracia alguna. Menos mal que al final había optado por volver a la senda del arte erótico.

Estuvo a punto de cruzar los dedos por si, además de las palabras, Séverine se lanzaba a la piscina y le enviaba una fotografía.

Esperó con el móvil en la mano y, al no llegar nada, decidió presionar lo imprescindible, dado que su imaginación ya se había puesto en funcionamiento.

Necesito pruebas de la calidad de las perlas.

Lo de las fotos subidas de tono era algo que jamás hubiera esperado de ella y si bien se notaba la influencia de cierta psicóloga metida a camarera, lo disfrutó, pues ¿quién no se pondría como una moto al contemplar algo semejante?

Y lo mejor de todo era que aquel tesoro quedaría para su uso y disfrute privado. No sabía si en algún momento Séverine había sido consciente del regalo que le había hecho enviándole aquellas imágenes.

No hubo respuesta. Un jarro de agua helada.

De repente, como si nada, se había esfumado y eso jodía bastante. Cierto que también lo preocupaba su trabajo, por supuesto, pero lo uno no estaba reñido con lo otro.

De acuerdo, saber que por fin había descubierto los secretos de Nuage Noir era una buena noticia; sin embargo, esperaba que se la transmitiera con una pizca más de salero. Incluso llegó a pensar que todo aquel despliegue de erotismo había sido producto del alcohol y que, pasados sus efectos, Séverine había vuelto a su postura distante y recatada, aunque él bien sabía que cuando se lo proponía era tan ardiente como ninguna.

Había llegado a su apartamento hacía media hora, con el maletín lleno de documentos y una sola idea: acabar cuanto antes, pues no pensaba en otra cosa que en ella y, encima, desde que había recibido las malditas y provocadoras fotos ya no podía hacer nada sin recordar las imágenes, en especial la primera que recibió. Joder, qué visión, y él reunido con dos asesores...

Bien, debía encontrar una respuesta a la altura, pero antes se puso cómodo. Fuera traje, fuera corbata y bienvenido pantalón deportivo, copa de vino y sofá.

Si no lo veo, no lo creo.

Insistió de nuevo, a ver si la suerte se ponía de su lado.

Sonrió de medio lado mientras se recostaba en el sofá, estiraba las piernas y miraba la pantalla a la espera de la prueba gráfica.

Miró de reojo su maletín, o se ponía las pilas o adiós a la idea de volver a Carcassonne en dos días. Cierto que su presencia allí ya era innecesaria, pues si Séverine terminaba su investigación y Armand reanudaba el proyecto, él tan sólo tendría que supervisar algunos detalles.

Utiliza tu imaginación, señor Wesley.

—Vaya, quiere jugar duro, perfecto —murmuró él sin perder el buen humor.

Ése es el problema, que la estoy utilizando y
puede resultar peligroso.

Mmm...

A Pierce se le escapó una carcajada. No podía seguir con este jueguito de forma indefinida, pues tenía trabajo. Desde luego, entendía al menos un poco mejor a esos adolescentes que se pasaban el día enganchados al móvil.

Si tan acalorada y sucia estás, date esa ducha
y guarda las perlas, las utilizaremos cuando
vuelva.

Apagó el teléfono para evitar la tentación y encendió el equipo de música. Nada mejor que una composición clásica, los Impromptus de Schubert, para trabajar.

Se sirvió otra copa de vino y se fue a la cocina a picar cualquier cosa. Su

asistente siempre le dejaba algo preparado. Con las envolventes notas del piano de fondo, una cena individual y sin compañía, recordó la noche anterior junto a un buen amigo, Owen. Él había cambiado, saltaba a la vista, no podía culparlo por haber reorganizado su escala de prioridades. Sí estuvieron un rato por ahí, tomando un par de copas, recordando alguna que otra andanza, riéndose como niños cuando el alcohol hizo efecto, incluso él terminó hablándole de Séverine y no desde el punto de vista profesional. Ante lo que Owen, dejándolo de nuevo confuso, se mostró comprensivo. Eso no cuadraba con el habitual pragmatismo de su colega, aunque Pierce intuyó que quizá la frase «Es bueno que estés encima de ella» implicaba mucho más que el sentido literal de la misma.

Dejó la cocina recogida y regresó al salón. Cada día, en su despacho, mantenía las formas, en especial de cara al resto de los trabajadores (el jefe ha de dar ejemplo siempre), pero en su casa, a solas, le gustaba tirarse en el sofá, como un tipo corriente, y revisar los asuntos pendientes sin preocuparse de mantener una pose de ejecutivo serio; es más, hasta se descalzó para sentirse más cómodo.

Miró de reojo el móvil, la tentación en forma de tecnología. Inspiró y se concentró en los papeles. No iba a conformarse con cuatro frases subidas de tono, cuando lo que en realidad deseaba era tenerla al lado, volver a tocarla y, ya de paso, averiguar de una puta vez por qué se largó dejándolo plantado y sin una explicación; Séverine, lo quisiera o no, iba a tener que dar la cara.

Y para eso antes debía dejarlo todo resuelto para poder viajar y entre sus preocupaciones podía incluir encontrar el resto de papeles en el caótico fondo documental de la familia. Mary Ann estaba en ello y, aunque no dudaba de su eficacia, sí estaba seguro del desastre en el que por desidia se había convertido aquel fondo. La empresa contratada estaba tardando lo indecible, un asunto pendiente más que resolver para anotar en su agenda.

Aunque la suerte no estuvo de su lado, pues él pensaba solucionar sus asuntos en dos días y éstos se convirtieron en cuatro, lo que significaba que tal vez Séverine ya no estuviera en Carcassonne.

* * *

Nada más bajarse del avión, le pidió al chófer que lo llevara al hotel. Estaba anocheciendo, así que por lógica ella ya habría regresado de Nuage Noir. Decir que estaba impaciente era quedarse corto. Ciertamente que no tenía la menor idea del estado de

ánimo de Dora la Exploradora, pues no habían mantenido contacto en los dos últimos días, más que nada para no distraerse y poder acabar a tiempo.

Porque distraerse no sólo significaba ser menos productivo en el despacho, sino empalmarse cuando menos lo esperaba y tener que ocuparse de ello de forma manual. Y, la verdad, a su edad estar cascándose como un adolescente no era de recibo.

Ordenó que llevaran su equipaje a la suite, la misma que había ocupado en su primera visita; Mary Ann se había encargado de ello, como de todo lo demás. Daba gusto tenerla de nuevo trabajando junto a él, lástima que continuara siendo tan reservada.

Se encaminó hacia la habitación que ocupaban aquellas dos liantas, reconociendo para sí mismo que estaba algo nervioso, como si se tratara de una primera cita.

—Joder —murmuró al detenerse frente a la puerta—, parezco un idiota.

Llamó con los nudillos y torció el gesto.

¿Quién iba a decir que acabaría nervioso y, lo que era peor, persiguiendo, a una mujer?

Como nadie contestó, volvió a llamar, aunque la respuesta fue la misma: nada.

Por lo visto aún no habían regresado, así que tocaba esperar. Otra maldita novedad, pues él no esperaba a nadie, más bien al contrario. Es más, alguna que otra le había montado un buen numerito por llegar tarde a una cita; claro que ese supuesto enfado les duraba bien poco, pues él no daba explicaciones ni a ellas les interesaba seguir por ese camino si deseaban cenar, y hacer otras cosas, junto a él.

Quedarse allí como un pasmarote no era una opción, así que se fue a su suite. Debido a la impaciencia por ver a Séverine, aún seguía con el traje, así que aprovechó para cambiarse. Después, como no tenía ganas de hacer de nuevo el ridículo esperando ante una puerta, se bajó al restaurante, desde donde podría controlar la entrada.

De nuevo se sintió un estúpido allí solo, comportándose con un controlador obsesivo, cuando semejante actitud la reservaba únicamente para el ámbito profesional y jamás la sacara a relucir en el personal; de ahí que cuando alguna mujer lo abandonaba, le importara más bien poco... lo aceptaba con deportividad, ya que tras el primer desplante podría decirse que estaba anestesiado. Sólo dolía una vez: la primera.

Y por desgracia había vuelto al punto de partida.

O eso pensaba mientras pasaban los minutos y seguía sin haber señales de Séverine. Le jodía que después de tantos años aún pudiera influir en su estado de

ánimo. Ni rastro de la susodicha, lo que empezaba a resultar, además de tedioso, ridículo, pues el restaurante se había ido vaciando y apenas quedaban cuatro comensales además de él.

Aunque no todo parecía perdido, porque, cuando acabó de cenar, una de las amables camareras, aparte de atenderlo con elegancia y profesionalidad, se mostró más que encantada de hacerle compañía al finalizar su turno, elevando, lo quisiera o no, su autoestima, y además lo hizo reflexionar sobre su extraño comportamiento con Séverine. ¿Y si se olvidaba de ella por una noche y se divertía con otra? Podía ser una forma de comprobar hasta qué punto estaba afectado y, lo que era más importante, de ver si le era posible seguir adelante y desprenderse de aquella especie de freno a la hora de tantear el terreno, pues la aparición de ella había logrado, muy a su pesar, que no se interesara por ninguna otra. Dicho de otra manera, le había escacharrado el radar.

La chica desde luego estaba de muy buen ver y cuando le indicó que la esperase en la barra para tomar una copa mientras se cambiaba, Pierce aceptó sin dudarle.

Ya resolvería al día siguiente sus asuntos pendientes con Séverine, al fin y al cabo, no le debía nada.

Le sirvieron una copa y apenas tuvo que estar diez minutos solo, pues la camarera, Tessa, apareció vestida para seducir, dejándole muy claro y sin palabras que no le hacía falta esforzarse mucho para llevársela a la suite o a donde surgiera.

—¿Nos vamos? —preguntó ella nada más detenerse a su lado; ni siquiera hizo amago de ocupar el taburete contiguo a Pierce.

Él sonrió. No tenían por qué precipitarse, no pasaba nada por dedicar diez minutos a conversar.

Iba a proponerle que se pidiera algo de beber cuando oyó, él y todo el bar, las risas estridentes de dos mujeres entrando a trompicones en el vestíbulo, con síntomas más que evidentes de embriaguez.

Pierce debía estar más pendiente de su compañía femenina, pero se bajó del taburete para ver de quién se trataba y la vio. Séverine sobre unos tacones imposibles, con un vestido negro corto, escotado (al parecer sus tetas pequeñas no habían supuesto ningún problema a la hora de elegir vestuario), el pelo recogido, maquillada y con una trompa impresionante.

Y a su lado, sujetándola a duras penas, Albertine, también ataviada para la ocasión.

—Disculpa —le dijo a Tessa y se alejó de ella con la intención de dirigirse al

vestíbulo antes de que aquella inconsciente se partiera la crisma.

—¿Adónde vas? —preguntó la camarera, perpleja.

Pierce se dio cuenta de que estaba siendo un grosero y puso cara de niño bueno, sacó dinero para pagar la consumición y murmuró:

—Lo siento, esta noche no va a poder ser. Mis hermanas —señaló a aquellas dos locas que no se parecían a él ni entre sí— acaban de llegar y mira en qué estado.

—De acuerdo, llévalas a su habitación, te espero aquí —le indicó la joven sonriendo de una manera un tanto forzada.

—Me temo que nos han arruinado la noche —respondió educado, mientras negaba con la cabeza e intentaba no maldecir porque aquellas dos liantas, aparte de estropearle el plan con su aparición estelar, estuvieran armando un buen escándalo con sus risas. Al final iban a echarlas de hotel.

A la pobre Tessa no le quedó más remedio que fingir comprensión, aunque cuando él se dio la vuelta y no pudo oírla farfulló: «Gilipollas».

A él, desde luego, le traía sin cuidado el calificativo de una camarera que, sí, estaba muy buena, pero que acababa de conocer, así que tampoco era relevante. Quienes reclamaban su atención en aquel instante eran un par de borrachas; bueno, una en particular.

En lo que a cuidar y apartar de los problemas a «hermanas» con tendencia a desmadrarse se refiere, él poseía un máster, por lo que encargarse de ellas le resultaría pan comido.

—¿Necesitáis ayuda? —inquirió con cierto aire indolente cuando llegó hasta donde estaban.

Séverine, que aún intentaba ponerse en pie, miró hacia arriba y parpadeó sorprendida al verlo.

—¡Señor Wesley! —farfulló frotándose la cara y echándose a reír, porque a lo mejor estaba sufriendo alucinaciones.

Albertine, que procuraba mantener la verticalidad, al tiempo que sostenía a su amiga, sonrió de oreja a oreja y exclamó:

—*Oh, my God!*

Al oír la elocuente exclamación de su amiga, Séverine supo a ciencia cierta que no se trataba de una alucinación. Genial, Pierce había regresado y ella borracha como una cuba.

Ya podía haber aparecido cuatro horas antes, pensó, cuando acababa de arreglarse, por mandato expreso de su compañera de juerga.

—Deja de decir sandeces y ayúdame —rezongó, incapaz de ponerse en pie tras haberlo intentado al menos dos veces.

—No te pongas ahora a tirarle los tejos, ¿no ves que ya lo tienes en el bote? —comentó la rubia riéndose.

Pierce, aparte de arquear una ceja, porque por lo visto había sido protagonista involuntario de sus conversaciones, la sujetó con firmeza de la muñeca y tiró hacia arriba, logrando que por fin se enderezase y, de paso, dejara de enseñarle las bragas a todo el mundo.

—Vaya borrachera lleváis —les dijo a modo de reprimenda; sin embargo, ellas, en vez de comportarse, estallaron en carcajadas.

—Ésta quiere follar contigo —farfulló Séverine señalando a su amiga, que asintió.

—Sólo para darte en los morros, por boba —corroboró Albertine.

—¿Sólo por eso? —se burló Séverine.

—Y porque está bien bueno también, claro —adujo la rubia batiendo las pestañas y mirando a Pierce.

—En eso te doy la razón, amiga —añadió Dora la Exploradora, borracha.

—Y también porque quiero ver cómo funciona en la cama —remató Albertine.

—Eso puedo explicártelo yo —se ofreció Séverine.

—De acuerdo, y no escatimes detalles...

«Tengo que parar este diálogo alcohólico-sexual como sea», pensó Pierce.

Se dio cuenta de que empezaba a llamar demasiado la atención eso de que dos mujeres ebrias hablaran de follar en voz alta refiriéndose a él; podía considerarse como un halago, pero a Pierce no le hacía mucha gracia.

—Os ayudaré a llegar a la habitación —sugirió, sujetando a Séverine como buenamente pudo y ofreciéndole el brazo a la rubia, que aceptó con un ronroneo y un leve magreo.

Él la fulminó con la mirada y Albertine apartó la mano de su entrepierna.

Con ambas colgadas, una en cada brazo, logró llegar a la habitación que compartían, no sin varios tropiezos, risas y comentarios subidos de tono, pues las dos estaban muy animadas.

—Anda, llévatela a tu suite —sugirió Albertine, soltándose de él—. Cuando bebe no es nada graciosa, créeme, la conozco.

—Eh, no te pases —protestó la aludida con un tono poco claro.

Pierce arqueó una ceja. Albertine mentía, pero no podía llevarle la contraria, pues

de esa manera Séverine pasaría la noche con él.

—Buenas noches —canturreó Albertine y cerró la puerta con rapidez para que nadie se colase dentro.

Él negó con la cabeza... Desde luego esa mujer no era nada sutil, pero, como a él le convenía, pues mejor no decir nada.

Con Séverine a remolque, anduvo a trompicones en dirección a su habitación. Con aquellos tacones y la borrachera iba a resultar misión imposible, así que para evitar males mayores se la cargó al hombro como si fuera un saco de patatas.

—Voy a vomitar —le advirtió ella tapándose la boca, pues en aquella postura la cabeza le daba aún más vueltas.

—No te atreverás —masculló él caminando todo lo deprisa que podía.

Por fortuna, contuvo las arcadas hasta que llegaron a la suite, y él, atento a sus necesidades, la dejó en el aseo para que vomitara a gusto, a ver si con algo de suerte se despejaba un poco.

—¿Sigues viva? —preguntó al otro lado de la puerta, tras haber esperado más de quince minutos sin oír ruidos.

Al no obtener respuesta, llamó de nuevo con los nudillos, y nada, seguía sin responder. Así que se arriesgó a pillarla en una situación incómoda y abrió la puerta.

—Joder...

Se la encontró arrodillada en el suelo, abrazada al retrete, dormida. Al final Albertine iba a tener razón: Séverine, o al menos que él recordase, no se excedía con el alcohol, y si hacía memoria sólo recordaba una ocasión en que lo hizo y en que acabó perjudicada. Él también, cómo olvidarlo. Pero eran más jóvenes y por tanto más resistentes.

Buscó algo en el bolso de ella para recogerle el pelo y le hizo una coleta de cualquier manera. Después se agachó para cargarla en brazos y llevarla hasta la cama, aunque lo que debería hacer era meterla bajo la ducha; sin embargo, le pareció una crueldad.

—¿Qué... haces? —preguntó adormilada, cuando sintió que alguien le tocaba los pies.

—Quitarte los zapatos... No vas a acostarte con ellos puestos —explicó con infinita paciencia.

—No, son míos y me quedan estupendos —lo contradujo estirando la pierna para que él apreciara el efecto.

—Sí, muy bonitos —convino, sólo para que no protestara. Desde luego, le hacían

unas piernas estupendas; no obstante, Séverine necesitaba dormir la mona, no desfilarse con tacones.

—No me los quites —insistió.

Él, resignado, se los dejó puestos y como ella se había quedado traspuesta, se ocupó del vestido. Hubiera preferido mil veces desnudarla en otras circunstancias, pero no iba a protestar, porque ella estaba inconsciente.

Le quitó la ropa y le puso como pudo una camiseta y, con los zapatos en los pies, la metió en la cama y la arropó. Después se ocupó de desvestirse, no sin antes buscar una papelería, toallitas de papel y un par de botellines de agua y dejarlos convenientemente cerca de Séverine, pues intuía que lo iba a necesitar más bien pronto. Nunca estaba de más ser precavido.

Apagó la luz y, a pesar de desear abrazarla, optó por mantener la distancia y evitar que a ella el estómago le diera un disgusto, y de paso poder descansar sin miedo a que ocurriera un accidente.

Se quedó en penumbra observándola. Había estado con mujeres de todas las nacionalidades, pero en ninguna como aquélla la elegancia brillaba por su ausencia. Daba por sentado que, tras pasarse con el alcohol, casi nadie podía mantener el glamur, pero lo de Séverine era de traca. Acostada boca abajo, con el maquillaje hecho un asco, bragas, camiseta y zapatos de tacón.

Pierce sonrió, levantó la sábana con cuidado y, sintiéndose un poco perverso, hizo un par de fotos con el móvil. Después se aseguró de cubrirla y se dio media vuelta, dispuesto a dormir.

Ya hablaría al día siguiente con ella, cuando estuviera en condiciones.

Pierce se volvió al oír un gemido lastimero. No le extrañó ver a una mujer en su cama, despeinada, con cara de dolerle hasta las uñas de los pies, e intentando recuperar las constantes vitales.

Debería sentir al menos un poco de lástima por ella. Sonrió.

—Joder, joder, joder... —se quejó Séverine quedándose quieta boca arriba, para centrarse, que falta le hacía.

Pierce se incorporó a medias con expresión divertida, apoyado sobre un codo, sin perderse detalle de sus intentos por recuperarse de la monumental borrachera, e intuyó que la resaca no iba a tener piedad con ella. Decidió compadecerse un poco él, sólo un poco, de aquella infeliz.

—Buenos días —musitó sin perder el buen humor.

Séverine abrió un ojo y, nada más reconocerlo, volvió a cerrarlo y a gemir. Se llevó las manos a la cara y se cubrió sin dejar de fruncir el cejo. Estaba un tanto espesa; sin embargo, al verlo a su lado supo en el acto dónde había dormido.

«Visto con objetividad, al menos no he acabado en la cama de aquel baboso del bar con el que estuve a punto de montármelo en los lavabos para olvidar a cierto hombre de mi pasado que está causando estragos en mi presente», pensó ella e inspiró hondo en un vano intento por relajarse. Pero aunque debería sentirse agradecida de que Pierce se hubiera ocupado de ella, Séverine dejó que su vena más sádica hiciera acto de presencia.

—¿Te has aprovechado de mí? —inquirió burlona.

—No —contestó él en voz baja para no molestarla y, como también podía ser sarcástico, añadió—: ¿Debería haberlo hecho?

A la joven le dolían hasta las pestañas, así que cuando intentó sonreír ante aquella respuesta, terminó gimiendo.

—Pues sí, porque traerse una mujer moribunda a la cama para nada es de idiotas —afirmó sólo por provocarlo, aunque en el fondo agradecía que le hubiera permitido descansar.

Pierce disimuló las risas.

—Puede que tengas razón. Y lo de moribunda me parece exagerar mucho —

replicó, negando con la cabeza ante tanta tontería—. Anda, toma, bebe un poco.

—¿Hice mucho el ridículo? —preguntó ella incorporándose a duras penas, hasta poder coger el botellín de agua, que se bebió sin respirar para quitarse aquel sabor desagradable de la boca—. Puedes decirme la verdad, lo soportaré.

—Lo normal... —respondió Pierce, obviando que tenía pruebas gráficas que sólo utilizaría en caso de extrema gravedad.

—En fin, lo superaré —concluyó Séverine, sacando los pies de la cama con lentitud. Tuvo que concentrarse para poder hacerlo, ya que se movía igual que una anciana reumática.

—¿Adónde vas? —inquirió él frunciendo el cejo.

—A darme una ducha, para empezar, y después a vestirme, que ya me estarán esperando en Nuage Noir.

—¿Perdón?

—Hoy viene el cantero para desmontar el escudo y no puedo faltar.

—Ni hablar —se opuso Pierce.

Séverine lo fulminó con la mirada.

—¿Ya estás interfiriendo otra vez en mi trabajo?

—¿Tú has visto qué cara tienes? —respondió con otra pregunta, mientras la sujetaba de la muñeca para que no se escapara—. Por no mencionar que si te presentas con esas pintas en el trabajo pensarán que te has ido de fiesta, eres una irresponsable y, además, una borracha.

—Es que me fui de fiesta, me sentó mal el alcohol y me meo como una persona mayor, así que ¡aparta!

Tras incorporarse, se limpió la cara con la sábana y lanzó un grito de verdadero terror al ver el manchurrón que dejaba como rastro, prueba irrefutable de que el maquillaje debía de ser historia y su cara, un mapa.

—¿Maquillaje *waterproof*? Y una mierda —farfulló.

Quiso levantarse de nuevo y le sobrevinieron unas arcadas, por lo que tuvo que acostarse. Se tumbó en la cama, cerró los ojos e hizo varias inspiraciones para calmarse.

Y Pierce mientras, un tanto preocupado, permaneció a su lado, a la espera de que se encontrara mejor.

Se levantó, dejándola sola y confiando en que no le ocurriera nada, para pasar por el baño. Después llamó al servicio de habitaciones para encargarse del desayuno. Por supuesto, solicitó que incluyeran analgésicos, porque iban a hacerle falta.

—Venga, te acompaño al lavabo —se ofreció atento.

Séverine se horrorizó, hay cosas que siempre es mejor hacer sin público y, aunque le fuera la vida en ello, llegaría sola, a rastras o a cuatro patas, hasta el aseo.

Él cruzó los brazos y se mordió la lengua mientras ella, arrastrando la sábana, caminaba por la suite de manera un tanto divertida debido a su dolor de cabeza. Como la muy tonta no se dejaba ayudar, no tuvo más remedio que quedarse quieto, confiando en que no se rompiera la crisma en el cuarto de baño.

—Deja la puerta abierta por si acaso —le pidió.

—Ni hablar —replicó ella, cerrando de un portazo.

—¡Qué cabezota y qué ridícula es, por Dios!

Pierce se quedó junto a la puerta, por precaución.

Oyó algún que otro gemido de dolor y, por supuesto, sonidos normales de una persona utilizando el baño. No entendía por qué ese hecho a ella le molestaba tanto.

Esperó, mirando de reojo el reloj por si se demoraba más de lo necesario. Encontrársela otra vez abrazada a la taza del váter era posible, si tenía en cuenta los antecedentes.

—¿Mejor? —preguntó al verla salir de una pieza.

—No, pero gracias por preguntar —musitó. Él caminó tras ella, admirando sus piernas, y la besó en la frente cuando llegó a la cama—. ¿Podrías explicarme, brevemente, cómo es posible que lleve una camiseta tuya, las bragas y los zapatos de tacón?

—Te hacen unas piernas espectaculares —comentó con un toque de humor.

—Gracias por el cumplido —admitió con una mueca—, aunque carece de lógica.

—Cuando te desnudé insististe en ello y, como no quería discutir, te los dejé puestos. No le des más vueltas. Descansa, enseguida traerán el desayuno.

Séverine sintió arcadas nada más pensar en comida; sin embargo, cuando por fin el camarero trajo el carrito, Pierce se empeñó en que tomara al menos algún líquido junto con las pastillas.

Ella reconoció que no esperaba tantos cuidados, teniendo en cuenta su extraña relación, y menos aún de un tipo como él. Eso a Pierce no le gustó, pues siempre había procurado comportarse de manera educada con sus parejas, otra cosa muy distinta era que después les hiciera caso, pues entre la obligación y la devoción siempre elegía, sin dudar, lo primero.

—Ya me siento mejor, gracias —murmuró agradecida, tras tomarse un zumo de naranja y media tostada—. Tráeme papel y lápiz. Voy a hacer una declaración jurada.

Él, divertido ante esa surrealista petición, se lo entregó y Séverine escribió con rapidez:

Prometo solemnemente no volver a salir de copas con Albertine.

—No es por desanimar, pero dudo que puedas cumplir esta promesa —opinó él sonriendo.

—De momento, hoy me voy a concentrar en el trabajo. —Pierce negó con la cabeza—. ¿Cómo que no? Ya lo verás.

—Escucha, estás hecha una mierda. —Ella masculló algo parecido a «gracias» y él prosiguió—: Hoy te quedas aquí, descansando.

—¿No me has oído? Tengo que estar en Nuage Noir, quiero ver cómo desmontan el escudo de piedra del vestíbulo, es el último escondite.

—Me prometiste un informe diario y, si no recuerdo mal, primero tienes que ponerme al día —le recordó él, mostrándose inflexible.

—Por favor —suplicó Séverine poniendo carita de niña buena y él volvió a negar con la cabeza, aunque tentado de ceder—. Por favor... ¿Y si me acabo todo el desayuno sin rechistar?

—Vas a tomártelo de todas formas —replicó Pierce con su actitud más ejecutiva.

Ella odiaba suplicar y más aún utilizar sus dotes de seducción para salirse con la suya; no obstante, reconoció que tentarlo y rozarlo, aparte de para obtener un fin, le proporcionaba cierto placer, porque le había echado de menos. Puso una mano sobre su pecho y, mirándolo a los ojos, fue deslizándose la mano hacia abajo, muy pero que muy despacio.

Él, consciente de estar siendo manipulado, y también encantado, algo que no pensaba admitir ni bajo tortura, se lo permitió sólo por ver hasta dónde era capaz de llegar, ya que no esperaba aquella faceta tan seductora de Séverine. Y, cuando alcanzó el borde de su ropa interior, le agarró la mano con delicadeza y se inclinó para besársela, impidiéndole continuar. Todo un gesto de galantería.

—Hasta intentando seducir soy un desastre —musitó ella, abatida ante su fracaso.

Y Pierce, que no estaba para nada de acuerdo, se acercó para abrazarla y susurrarle al oído que él no se tiraba a mujeres «moribundas» y que en cuanto se recuperase no iba a tener piedad con su cuerpo.

Séverine, tras un extraño escalofrío, se dio cuenta de que esas muestras de cariño

la afectaban más de lo que le gustaría admitir, así que sonrió y trató de convencerlo con argumentos para que cediera. Y como no lo lograba, al final recurrió a su último cartucho:

—Como quieras... —murmuró en tono perverso, lamiéndose los labios—. Esta noche pienso montármelo con Albertine y... a lo mejor... no te dejamos mirar.

Pierce arqueó una ceja. Tragó saliva. Qué hija de puta más taimada. Sabía dar donde más dolía.

—Vístete —ordenó, cambiando de parecer en cinco segundos, tras procesar aquella amenaza—. Nos vamos a Nuage Noir.

Séverine, sonriendo de forma malvada por haberse salido con la suya, se levantó y se fue al baño, porque una ducha no le vendría nada mal. Con el pelo podría apañarse; sin embargo, con aquellos ojos... no iba a haber corrector de ojeras suficiente en el mundo para disimular las suyas. Gimió desesperada. Él se acercó y, antes de que ella pudiera impedirlo, le hizo una fotografía, dejándola aún más cabreada.

Tuvo que esperar paciente a que se arreglara para darse también él una ducha antes de ir al palacete. Por supuesto, fue el encargado de conducir.

* * *

—Vaya, si ha vuelto el ayudante —comentó sarcástico Nestor cuando los vio llegar.

Pierce lo fulminó con la mirada, se limitó a recolocarse las gafas, un gesto habitual que utilizaba para poner de los nervios, y a cerrar el pico. Ya tendría ocasión de aclarar las cosas y, sin duda, lo iba a disfrutar de lo lindo.

—Buenos días. ¿Cómo va todo? —preguntó Séverine, disimulando una sonrisa ante el comentario de Nestor.

—Ya están preparados los andamios y el cantero ha empezado a picar las sujeciones. Calcula que hoy podrá realizar la mayor parte del trabajo, pero no lo asegura, pues no quiere correr riesgos.

—Me parece estupendo. Voy a mostrarle a mi ayudante unos detalles, para que rellene el informe.

El «ayudante» permaneció en silencio mientras la seguía. Ella caminaba despacio debido al cansancio tras la noche de juerga, en dirección a las dependencias que en su día ocupaba el servicio.

Pierce notó su emoción por mostrarle sus hallazgos, lo cual comprendía muy bien, ya que Séverine ponía toda la pasión del mundo en su trabajo, algo admirable, desde luego, y que a veces le hacía sentir un poco de envidia, pues si alguna vez semejante pasión la volcara en él, todo funcionaría a la perfección. Esto último le hizo recordar que aún tenían una importante conversación pendiente.

—Aquí está —dijo ella, mostrándole una hornacina donde se veía la marca de la letra kappa rodeada con tiza—. Tuvimos que desmontar parte de un antiguo horno para acceder. Y mereció la pena, pues entre otros documentos encontramos correspondencia entre Priscilla y algunos nobles de la época que continuaban apoyando la causa de los hugonotes, arriesgándose a ser condenados. También las pruebas que demostraban la culpabilidad de Humbert Langlois.

—Interesante... —murmuró él mientras la escuchaba con atención y, de paso, la miraba de igual forma, porque no entendía tanta frialdad. Una cosa era que fuese profesional y otra que se comportara como si fueran dos extraños. Joder, eso lo fastidiaba bastante.

—Hay algo que no entiendo... ¿por qué Priscilla no hizo uso de todas esas pruebas para quitarse de encima a su marido? —reflexionó Séverine.

—En aquella época dudo mucho que a una mujer se le permitiera denunciar a su esposo sin verse a la vez comprometida. Señalar como antiguo hugonote a su marido implicaba, como mínimo, acusarse a sí misma —añadió él paseándose por lo que en su día fueron las cocinas.

—Podría ser... Por eso he decidido seguir investigando.

Pierce, que estaba de espaldas a ella, se volvió bruscamente, mirándola con el cejo fruncido.

—¿Perdón?

—Sí, ya lo sé, no tiene sentido para ti —se adelantó Séverine antes de que la cuestionara.

—No tiene sentido para nadie, mejor dicho —apuntó él.

—Entiendo que para muchos, como tú, sólo sean importantes los beneficios —replicó ella con acritud, porque intuía lo que iba a decirle a continuación.

—Lo planteas como si fuera un crimen —dijo Pierce a la defensiva—. Y entiendo que te haya picado la curiosidad, pero no por qué vas a malgastar tu tiempo en seguir investigando a una persona de la que apenas podrás averiguar nada.

—Yo no lo considero malgastar mi tiempo —alegó ella.

—Es un capricho.

—Sin embargo, tengo la sensación de que se lo debo —adujo convencida de ello, pues desde la primera carta de Priscilla Bouchart que leyó no pudo evitar conectar con ella y sentirse intrigada.

Pierce puso cara de «¿Qué me estás contando?». Se quitó las gafas para frotarse los ojos, porque a veces su nivel de comprensión era nulo.

—Explícamelo otra vez —pidió, procurando mostrarse comprensivo con aquel despropósito.

—Verás, para ti puede ser ridículo, es normal, tú trabajas con cifras, balances, márgenes de beneficio...

—Lo dices como si fuera algo horrible —le recriminó Pierce acercándose, aunque manteniendo las distancias.

—Para mí lo es, porque carece de emociones, de sentimientos.

—Lo estás arreglando...

Séverine sonrió, pues como le pasaba a él, muchos no lo entendían.

—Tú ves este lugar como una inversión, un negocio. Te trae sin cuidado el hecho de que aquí vivieron personas con sus problemas, sus alegrías... No sólo son piedras bien puestas, Pierce, ¡tienen historia, vida! —exclamó extendiendo los brazos con gran entusiasmo.

Él se dio cuenta de que, por mucho que se esforzara, jamás la comprendería. Quizá porque hacía ya bastante que dejó por el camino ese idealismo del que Séverine aún hacía gala.

—Sabes que el tiempo apremia —le recordó con amabilidad.

—No te estoy pidiendo que retrases tu proyecto —contestó—. Sólo que te muestres colaborador si es necesario.

—Define «colaborador».

—Significa que si necesitara algún dato tú no te opondrías a que accediera a los documentos que aquí hemos encontrado.

—Algo ridículo, pues eres la primera en examinarlos.

—Ya lo sé, y lo hago con un fin determinado, nada que ver con mi decisión personal. Mañana, pasado como muy tarde, ya habré acabado aquí, en Nuage Noir. Redactar mi informe, catalogar las piezas y los documentos puedo hacerlo desde mi oficina.

—¿Entonces? —preguntó Pierce y procuró disimular su malestar, pues en teoría ya no tenía sentido que continuara en Carcassonne, podía regresar a Londres cuando quisiera.

—Quiero investigar la vida de Priscilla Bouchart, averiguar cuanto pueda sobre ella. En una de las cartas afirmaba estar esperando un hijo y, hasta que tu familia adquirió el palacete, permaneció en manos de la familia Langlois —expuso ella convencida.

—¿Y piensas que te lo impediré?

—Muy entusiasmado no se te ve —respondió, pues por el tono empleado daba esa sensación.

—No, la verdad es que no —admitió.

Pierce podía hacerse el tonto, ofrecerle buenas palabras y después que ella misma se diera cuenta de que había llegado a un callejón sin salida. De haberse tratado de cualquier otra persona, no tendría dudas; sin embargo, no quería utilizar la misma técnica con Séverine. Le parecía rastrero, debía ir de frente.

—Y puedes oponerte —apostilló ella.

—Sí, puedo —convino Pierce mirándola.

Séverine suspiró. Sabía que tarde o temprano aquella especie de tregua se disiparía, porque, lo quisiera o no, para él los negocios eran lo primero, bastante se había despistado ya.

—¿Y vas a hacerlo? —inquirió con cierto aire desafiante.

Pierce acortó distancias y le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia su cuerpo. Séverine se mostró maleable aunque desconfiada.

—Convénceme —musitó él junto a su oído.

Ella se dejó abrazar. El contacto siempre ayudaba, pero no podía confundir, o, más bien, seguir confundiéndolos. Así que dio un paso atrás antes de hablar.

—Escucha, no voy a aprovechar lo que quiera que ocurra entre nosotros para conseguir mis objetivos, ya deberías conocerme —declaró, manteniendo la seriedad—. Además, apenas necesitaré tu aprobación, pues en realidad tendré que pelearme con los registros censales. De ti tan sólo preciso que me dejes utilizar los documentos que hemos encontrado aquí, nada más.

—Mmm —murmuró pensativo; tenía que evaluar aquello o, mejor dicho, cómo poder sacar provecho personal de aquello.

—Y alguna que otra visita ocasional a Nuage Noir...

—Me lo figuraba —comentó Pierce, pensando que si las obras no fueran a comenzar de inmediato, sería más sencillo.

—Y en el caso de que, por ejemplo, decidiera escribir una tesis, ésta tendría más solidez si dispusiera de documentos originales, los cuales, como propietario de

Nuage Noir, te pertenecerán una vez acabada la investigación oficial.

—Eso es cierto, pero siempre puedes recurrir a cauces oficiales —sugirió él.

—No cuando se trata de algo personal —lo corrigió, consciente de que ser sincera tal vez resultara contraproducente.

—Muy bien, hagamos un trato.

—Sabes que no me gusta hacer tratos contigo —le recordó ella, y se alejó un paso más hasta quedar apoyada en el muro.

—El que te voy a proponer me parece justo —respondió Pierce manteniendo el suspense.

Le molestaba un poco que Séverine quisiera, justo en aquel momento, mostrarse tan distante. Joder, habían pasado la noche juntos. Bueno, sólo en sentido literal, pero después de una breve ausencia, significaba bastante el hecho de que hubiera pensado en ella y que a lo mejor podían llegar a un entendimiento.

—Te escucho —musitó, dando a entender por el tono que no se confiara.

—Tendrás mi apoyo incondicional en tu investigación personal... —Hizo una pausa para mirarla fijamente antes de mencionar sus condiciones, que por supuesto consideraba innegociables—: Siempre y cuando tú me digas, de una maldita vez, por qué tuviste la poca vergüenza de abandonarme sin una explicación.

—No creo que éste sea ni el momento ni el lugar —contestó Séverine con evidente actitud evasiva.

—Ésa es la excusa más pueril que he oído en mucho tiempo —replicó Pierce cruzando los brazos, porque no estaba dispuesto a permitirle por más tiempo que eludiera la cuestión. Había esperado quince años, su paciencia ya estaba agotada.

—No quiero hablar de ello —se obstinó ella y le dio la espalda, resuelta a ocuparse sólo de cuestiones técnicas, mucho más seguras—. Y me parece ruin que intentes manipularme.

—Te he ofrecido un trato —la corrigió él.

—No me tomes por tonta. Estás acostumbrado a negociar con quien algo falta, ofreciendo lo que consideras imprescindible, sólo pensando en el objetivo final —lo acusó y se puso a buscar en su mochila cualquier cosa que la ayudara a estar ocupada.

—Eres una cobarde, además de rastrera —soltó Pierce hastiado de tanto rodeo.

—¿Cómo te atreves? —preguntó, perpleja ante aquel insulto.

—Es la verdad. Eludes la cuestión una y otra vez. ¿Sabes por qué? Yo te lo diré...

Le arrebató la mochila para que le prestara atención y lo mirase a la cara.

—¡Oye, éstas son mis cosas!

—Deja de comportarte como una cría.

—¡Pues no me insultes!

—Otra vez intentas desviar el tema. Y no te lo voy a permitir. Ahora vas a dar la cara, Séverine.

Ella, al ver que no iba a poder escaquearse, decidió pasar al ataque:

—No sé cómo tienes la desvergüenza de acusarme a mí de cobarde y rastrera.

Pierce se sorprendió de aquella vehemencia y de que lo apuntase con un dedo. Estaba cabreada de lo lindo. Perfecto. Si de ese modo lograba que hablase, por él no había ningún problema.

—Me dejaste tirado, tú veras qué calificativo le pones a eso —arguyó conteniéndose para no alzar la voz y atraer a curiosos.

—No te hagas el mártir, señor Wesley. Tu comportamiento fue aún más indigno y miserable —le espetó Séverine alzando, ella sí, la voz.

—¿Indigno y miserable? —repitió Pierce frunciendo el cejo ante aquellos insultos.

—Por supuesto —corroboró ella—. Y me quedo corta.

—Joder, ¡cómo te gusta darle la vuelta a la tortilla! Resulta que eres tú la que te largaste sin dar explicaciones y el malo de la película soy yo.

—Yo me marché, de acuerdo —admitió con rabia y dolor, antes de añadir—: Y tú fuiste un cabrón, pues te acabaste follando a la novia de tu mejor amigo.

Pierce abrió los ojos como platos.

Aquello era lo último que esperaba.

Séverine, furiosa, recogió de malas maneras sus cosas y no le dio opción a réplica, pues se dirigió a la zona del vestíbulo, donde se encontraban sus colaboradores trabajando. Al menos, rodeada de gente evitaría una discusión. Temía que tarde o temprano él preguntase, pero había querido ser optimista y pensar que lo dejaría correr.

Pero no, Pierce, además de insistir, hasta la había insultado. Pues bien, no iba a darle el gusto de tener la última palabra. Se quedó de pie junto a Nestor, esperando a que terminaran de desmontar el escudo de la familia Langlois, observando con atención todo el proceso; a pesar del enfado, la expectación por encontrar el último tesoro ganaba la batalla.

—¿Puedes venir un momento? —le pidió Pierce en voz baja, situándose a su lado, y ella negó con la cabeza.

—Tu ayudante es un poco impertinente, ¿no? —comentó Nestor jocoso.

—Una estupidez más y te prohíbo la entrada en Nuage Noir, ¿estamos? —le espetó Pierce con su tono más autoritario, pues estaba hasta los cojones de aguantar las pullitas de la parejita de palmeros de Séverine.

—Eh, tío, ¿quién narices te crees que eres? —replicó el aludido todo chulo.

—Nestor, por favor, déjalo —intervino Séverine en un intento de que aquello no acabase en discusión de tipos duros.

—No, no lo dejo. Este tipejo lo mínimo que debe hacer es tenerte respeto —insistió el hombre.

Ella bostezó y se pasó una mano por la cara. Justo lo que más necesitaba: una pelea de gallos.

—Fuera —ordenó Pierce en tono peligroso, sin levantar la voz—. No vuelvas a poner un pie aquí. ¿Me he explicado con claridad?

—¡Y una mierda! ¿Eres tonto y en tu casa no lo saben? Yo trabajo para ella, así

que vete tú a tomar por culo —le soltó Nestor acercándose a él con aire agresivo.

—¿Queréis dejar de montar escándalo?! —gritó Pascal desde arriba, mientras ayudaba al cantero con las valiosas piedras—. Salid a la calle y daos de hostias, pero aquí os comportáis.

—¡Vale ya! —exclamó Séverine hastiada de tanta estupidez masculina.

—He dicho que no te quiero ver por aquí —repitió Pierce intransigente, obviando su petición.

—Y yo te he dicho...

Antes de que la sangre llegara al río, Séverine agarró de malos modos a Pierce de la camisa y tiró de él para apartarlo y poder hablar.

—O te comportas o el que se larga a la calle eres tú, ¿entendido? —lo amenazó ya harta.

Pierce arqueó una ceja ante tanta agresividad dirigida a su persona. Y más teniendo en cuenta que era el dueño de todo aquello.

—Ni hablar, ese tipejo es quien se va a ir de aquí —la contradijo y ella se interpuso en su camino cuando hizo amago de ir otra vez a por Nestor.

—Sólo te lo diré una vez: deja de meterte en mis asuntos. Son mis colaboradores y no voy a permitir que interfieras.

—¡Tendrás valor! —exclamó perplejo ante el rapapolvo que le estaba cayendo.

—Y ahora, si me lo permites, voy a ocuparme de cosas importantes —le espetó, dejándolo por segunda vez con la palabra en la boca; no obstante, él fue más rápido y no lo logró.

—Tú y yo tenemos un asunto pendiente. Si no quieres que ordene el cierre de Nuage Noir y tengas que recurrir a tus superiores para obligarme a reabrirlo, te sugiero que después tengas la amabilidad de comer conmigo.

Séverine asintió tras fulminarlo con la mirada, por supuesto. Pese a que le jodía, y mucho, que él la manipulara, sabía cuándo ceder para lograr sus objetivos. Ya vería después la forma de escaquearse.

Pierce por su parte se mantuvo alejado del grupo, sin dejar de observar el trabajo. Por supuesto aguantó estoicamente las miradas de reproche de Nestor, y lo hizo porque al final él tomaría las represalias que considerase oportunas. A lo mejor ya iba siendo hora de recurrir a sus amistades para que movieran algún hilo que otro. Sin embargo, quizá contagiado por Séverine, se mantuvo expectante hasta que por fin tuvieron acceso al hueco, donde encontraron un cofre de madera envuelto en un paño. No era más grande que una caja de zapatos. A pesar de todas las dudas, se emocionó

al verla a ella sujetarlo entre sus manos con verdadera reverencia, no sin antes felicitar y agradecer a sus colaboradores todo el esfuerzo. Pero ni una mirada ni una palabra dirigida a él.

No quiso estropearle el momento y siguió en silencio. Los operarios reconstruyeron el escudo de armas de la familia Langlois en el suelo para dejar todas las piezas numeradas, dado que, aprovechando las circunstancias, lo limpiarían con un chorro de arena a presión, una tarea que ya estaba contemplada en el proyecto. Armand había diseñado un conjunto moderno, dejando algunos elementos decorativos originales que aportaran clase y distinción.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Séverine al desenvolver un viejo libro—. Está en perfectas condiciones...

Los operarios no le prestaron mucha atención, pues su prioridad era dejarlo todo tal como estaba en origen. Así que ella se apartó para que pudieran seguir trabajando y se sentó en el suelo, sin importarle lo duro y frío que estaba, para echarle un vistazo al libro.

Pierce, antes de que ella se lo pidiera, le acercó sus guantes de tela, aunque no recibió agradecimiento alguno. Quizá estaba demasiado absorta en lo que tenía entre manos como para hacerlo. Con sumo cuidado, abrió el libro y acarició la primera página con reverencia. Desde luego, nadie podía acusarla de no implicarse en su trabajo y de vivirlo con intensidad.

—Buenos días, ¿cómo va todo? —interrumpió una voz educada.

Los presentes, a excepción de Séverine, saludaron al recién llegado, pues llevarse mal con el arquitecto del proyecto significaba problemas.

—Buenos días, señor Leduc —dijo Pascal y hasta se acercó a estrecharle la mano; para ello no dudó en empujar levemente a Pierce a un lado.

Éste arqueó una ceja ante tanto despliegue de educación por parte del tipo, eso sí, no dirigido a su persona. Y ya el colmo fue lo siguiente; no supo qué cara poner cuando Nestor hizo lo mismo.

—Parece que todo se va arreglando —comentó Armand.

—Eso parece —murmuró Pierce un tanto distraído, pues estaba más pendiente de Séverine, hecho del que se percató el arquitecto.

—Sólo quería comentarle un par de asuntos al señor Wesley relacionados con las modificaciones —añadió.

Nada más oír ese nombre, los palmeros de Séverine lo miraron como si fuera un extraterrestre recién llegado al planeta Tierra.

Armand frunció el cejo, pues no entendía qué ocurría a su alrededor.

—¿Señor Wesley? —repitió Nestor atragantándose.

—Nestor, por Dios, llevas aquí unos cuantos días —respondió el arquitecto perplejo—. Tenéis que haber coincidido más de una vez.

Pierce no pudo ocultar su regocijo ante la cara de apuro del hombre, pero tampoco era cuestión de montar una escena, aunque era lo que le pedía el cuerpo.

—Eeeh, sí, la verdad es que sí —admitió Nestor un tanto titubeante al darse cuenta de a quién había estado tomándole el pelo.

—Mi «ayudante» ha preferido no desvelar su identidad —terció Séverine para suavizar el ambiente.

—En fin, no le demos más vueltas. ¿Me acompañas, Pierce? —preguntó Armand, dispuesto a llevárselo y mostrarle in situ las modificaciones del proyecto.

Esa invitación, por cierto, era del todo inoportuna, ya que Pierce tenía otra prioridad en mente; no obstante, terminó por claudicar, no sin antes dirigirle una mirada elocuente a Séverine, indicándole sin palabras que le había concedido un aplazamiento y que a la hora de la cena, lo quisiera o no, tendría que dar la cara.

Ella, en respuesta, hizo un gesto que lo mosqueó un poco, pues se encogió de hombros y devolvió toda su atención al libro que habían encontrado. Al estar rodeados de gente y por la necesidad de discreción, que en cualquier situación era fundamental, Pierce optó por morderse la lengua y seguir al arquitecto, que ya podía haber elegido otro momento para aparecer.

Séverine observó de reojo cómo se marchaban. Suspiró de forma contenida, pues era muy consciente de que tanto Pascal como Nestor la observaban. Más tarde les daría explicaciones por no haber mencionado desde el primer día el apellido de su «ayudante». Ahora lo importante era el tesoro que tenía entre manos.

Pierce, nada más regresar al hotel tras la tediosa e improductiva reunión con Armand, pasó como una exhalación por su suite para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. Era la noche en la que por fin iba a saldar cuentas y si bien podía hacerlo con traje y corbata, no le apetecía que aquello se convirtiera en una cena formal.

Si de él hubiera dependido, a la hora de comer todo se habría solucionado ya, pero una combinación de factores adversos lo habían obligado a posponer aquella ineludible cita. Para empezar, el arquitecto, que no terminaba de aceptar que ahora, tras darlo casi todo por cerrado, le hubiera pedido que reconsiderase la remodelación de la torre norte... Y es que las observaciones de Séverine habían terminado por convencer a Pierce.

Y, cómo no, esa cobarde a la que iba a pedirle explicaciones se había escaqueado yéndose a comer con sus palmeros y, para evitar injerencias, hasta había apagado el móvil.

Con la idea en la cabeza de ser tolerante, al menos al principio, Pierce se dirigió en busca de ella, no sin preguntarse cómo era posible que le afectara hasta el punto de perseguirla. A los cinco segundos se dijo que era lógico si quería cerrar aquel capítulo de una vez por todas, al menos regresar a su rutina conociendo la verdad.

Llamó con los nudillos a la puerta y esperó.

—*Oh, my God!*

—Buenas noches, ¿está Séverine? —preguntó con educación, intentando ver más allá de la rubia despampanante que le había abierto la puerta ataviada con una ropa interior de lo más imaginativa, porque el conjuntito azul se las traía.

—No —se apresuró a responder Albertine—. ¿Quieres pasar?

Pierce ya había aprendido a no tomarse en serio su tono insinuante, así que sonrió.

—Si me lo pides así...

Sin dejar de sonreír, caminó tras la rubia sin poder evitar pensar en su cuerpazo, porque al fin y al cabo era de justicia apreciar aquella obra de arte.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. Dime dónde está Séverine.

—¿Para qué la buscas? —inquirió ella, paseándose por la habitación, o

desfilando, según se mirase.

—¿Tú qué crees? —replicó Pierce de buen humor, porque, de acuerdo, Albertine no colaboraba, pero al menos le alegraba la vista.

—Te comprendo, créeme, y estoy contigo en esto. He hablado con Séverine hace un rato y no puedo traicionar a una amiga —afirmó e hizo un extraño gesto señalando tras ella.

—¿Estás bien? —preguntó él frunciendo el cejo.

—Perfectamente —respondió seductora—. ¿Seguro que no deseas tomar nada?

—No. —Hizo una pausa y decidió hablarle sin subterfugios—. Mira, te conozco hace poco y, si te soy sincero, no soy muy dado a pedir favores ni a confiar en personas hasta que he tenido la oportunidad de comprobar de qué tipo son... No sé por qué, tú has sido una notable excepción.

—Vaya, pues muchas gracias —dijo, complacida ante el cumplido.

—De ahí que necesite tu colaboración y que me digas dónde está Séverine.

—¿Y si no quiero decírtelo? —repuso ella, señalando la puerta del baño.

—Supongo que puedes negarte, aunque pensaba que estabas de mi parte —alegó Pierce sin entender a qué venían tantos aspavientos.

—Entiéndeme, somos como hermanas —se justificó Albertine y de nuevo señaló la puerta del aseo.

Fue entonces cuando él se dio cuenta de la jugada y sonrió.

Ella negó con la cabeza, pues pensaba que el tipo sería más intuitivo.

—Aprecio tu lealtad, de verdad —afirmó Pierce elevando el tono para seguirle el juego.

—Ya, siento no poder ayudarte —dijo ella en un tono más alto de lo normal, tras lo cual disimuló una sonrisa.

—Pues me voy entonces...

—Adiós, señor Wesley —canturreó.

Pierce se acercó hasta la puerta del aseo, divertido, y Albertine fue a la de la entrada para abrir y cerrar. Ambos se miraron riéndose en voz baja debido al teatrillo que estaban montando.

—Gracias —susurró él junto a su oído cuando ella llegó a su lado.

—De nada, y aprovecha la oportunidad. No creo que haya más —le aconsejó Albertine en voz baja antes de darle un azote en el trasero.

Pierce inspiró hondo, consciente de que se la estaba jugando... y a una sola carta, y encima con testigos, pues dudaba que la rubia se marchara, no al menos hasta ver

cómo discurría todo. Perfecto, bajo presión. Podía hacerlo.

Miró una última vez a Albertine, que lo animaba con los pulgares hacia arriba y una sonrisa coqueta, y bajó la manija de la puerta...

Aquel cuarto de baño no era ni de lejos tan grande y lujoso como el de su suite, pero daba lo mismo. Séverine estaba metida en la bañera, cubierta de espuma y con los ojos cerrados. Lo que le dio a entender que, además de escuchar toda la conversación, los había pillado, pues ni se inmutó.

Él buscó algo donde sentarse, pues no quería hacerlo en el borde de la bañera, y no le quedó más remedio que hacerlo en el retrete. No había imaginado una escena tan surrealista para aclarar las cosas ni en su peor pesadilla: ahí estaba él, mirando a una mujer relajada, a la que no había podido olvidar, y sentado en un váter.

Desde luego, no se lo contaría a nadie. Total, no lo creerían.

Séverine abrió los ojos y arqueó una ceja al verlo allí, no esperaba que nadie interrumpiese su sesión de relajación. Pierce desentonaba como el que más, así que supuso que no debía de ser nada fácil para él.

—Entiendo que no has venido a que te dé un informe sobre las actuaciones de hoy —comentó mientras jugaba con la espuma del baño.

—Sabes muy bien que no.

—Yo, por si acaso, he hecho los deberes —informó ella y procuró no sonar muy sarcástica.

Pierce se quedó callado, porque observarla le producía cierta calma... allí, con el pelo recogido de cualquier manera con aquellos sencillos palillos de madera, la cara sonrosada debido al agua caliente y una evidente desnudez que la espuma cubría.

—Así que me pillaste en la cama con otra... —murmuró irónico, pues o bien Séverine tenía una red de espías envidiable o bien había hablado con Owen. Y ambas hipótesis se le antojaban imposibles.

Se pellizcó el puente de la nariz mientras hacía memoria. Habían transcurrido quince años y podía no ser fiel a la realidad, pues a veces los recuerdos se van difuminando.

Para empezar, muy pocas personas estaban al tanto de aquello, sólo tres en concreto, él mismo, Owen y la chica, y en segundo lugar, su amigo, siempre reservado y celoso de su intimidad, jamás lo habría mencionado en el improbable caso de haber coincidido con Séverine.

—Por lo menos no lo niegas —dijo ella e inspiró hondo, pues el momento de poner las cartas sobre la mesa había llegado y no estaba muy segura de si quería

hacerlo.

A veces era más sencillo tirar hacia delante sin más.

—Lo que me pregunto es: ¿cómo lo averiguaste?

Séverine podía inventarse una película, fingir que su intuición femenina había actuado o a saber qué; sin embargo, se decantó por la sinceridad.

—Porque te vi —contestó en voz baja, procurando no enfadarse al recordar.

—Eso no es posible... —reflexionó Pierce frunciendo el cejo. Algo no cuadraba.

—Te aseguro que nadie me vino con el cuento, porque jamás lo habría creído —afirmó, y a él esa rotundidad le resultó amarga.

—Sigo sin comprender. Tú no estabas allí, desapareciste, ¿recuerdas?

Séverine se percató del tono acusatorio y de que hasta el momento Pierce no negaba nada. De acuerdo, él era en teoría libre para follar con quien le diera la gana; sin embargo, hubo otro detalle que le causó sorpresa y enfado.

—Escucha, podría comprender que, en circunstancias digamos atípicas o de estupidez, al no saber nada de mí, acabaras follando con otra. No soy tan celosa ni tan posesiva. Ahora bien, me pareció una canallada que lo hicieras con la novia de tu mejor amigo —le explicó mirándolo a los ojos sin parpadear.

—Mi mejor amigo...

—Traicionarlo de ese modo dice muy poco en tu favor.

Pierce se tomó unos segundos para analizarlo, pues todo aquello tenía una razón de ser; desvelarla implicaba hablar de otra persona, en este caso de su mejor amigo.

—No sabía que fueras tan comprensiva, aunque, teniendo en cuenta que me dejaste plantado, al menos no te comportaste como una arpía controladora.

—Nunca lo he sido —replicó ella.

Pierce inspiró hondo.

—Lo hice por Owen.

Séverine arqueó una ceja.

—Joder, ¿quién quiere enemigos teniendo amigos como tú? —musitó sarcástica.

Pierce se limpió los cristales de las gafas, porque debido al calor se le estaban empañando.

—Aquella relación no iba a ninguna parte —explicó—. Esa mujer sólo pretendía cazarlo. Todos nos dábamos cuenta, incluso él, pero Owen siempre ha sido un tipo responsable y consecuente con sus actos, así que cuando aquella zorra le dijo que estaba embarazada, él no dudó en asumir sus responsabilidades.

—De acuerdo, ella era una zorra y tu amigo un tonto del culo; aun así, ¿qué

pintabas tú en todo eso?

—Por casualidad oí una conversación de ella con un tipo que se suponía que era su hermano, pero en realidad no era otra cosa que un «amigo»; ambos pretendían meterle un gol a Owen y sacarle todo el dinero posible. No había embarazo —le explicó, manteniendo un tono sosegado.

—Joder... —farfulló ella y se puso alerta, pues la historia no pintaba nada bien.

—O al menos no en aquel momento, aunque lo más probable era que tarde o temprano lo hubiera.

—Joder... —repitió ella.

—Fue entonces cuando decidí tomar cartas en el asunto —dijo Pierce en su tono más resolutivo.

Y a ella no la sorprendió, pues a pesar de su juventud él ya mostraba sus dotes de mando y su firmeza a la hora de tomar decisiones y de actuar. Séverine recordaba muy bien aquello.

—Intuí que convencer a Owen de que se la estaban dando con queso iba a ser difícil, así que llamé a su hermano para que se hiciera pasar por él —prosiguió Pierce—. Pero Patrick en aquella época estaba un poco, bastante, descontrolado.

Séverine se puso en pie, pues ya se estaba enfriando el agua y, sin decir nada, él se adelantó para ofrecerle una toalla. Hubiera deseado tocarla; sin embargo, volvió a su asiento antes de continuar contándole la historia.

—No era ningún secreto que aquella hija de puta buscaba asegurarse un buen futuro, así que en cierto modo que me abandonaras me vino de perlas, pues fue sencillo comportarme como un tipo alicaído y necesitado de consuelo.

—Y te aprovechaste de ello —afirmó ella sin rastro de duda, algo que no la sorprendía, ya que Pierce era uno de esos hombres a los que no les tiembla el pulso a la hora de llevar hasta el fin sus propósitos.

—Sí —admitió sin sentirse culpable—. Owen y su familia tenían poder adquisitivo; en mi caso, además, existía un valor añadido.

—El título de tu padre.

—Exacto.

—Así que la chica aprovechada ve la oportunidad no sólo de ganarse la vida sin dar un palo al agua, sino además de obtener una más que elevada posición social —resumió Séverine, mientras se desenredaba el cabello frente al espejo.

—De ahí que seducirla fuera pan comido.

—¿Y Owen estaba al tanto? —inquirió Séverine con cautela, pues a ningún

hombre le gusta descubrir que su pareja es una aprovechada.

—Estaba advertido, sí —afirmó Pierce recordando la tensa conversación que mantuvieron ambos antes de pasar a la acción—. No quiso creerme, discutimos, pero siempre ha sido un hombre pragmático. Puede que inicialmente dudara de mí; sin embargo, al final entendió que aquella cabrona se la estaba jugando y se presentó en el apartamento para comprobar por sí mismo que yo no mentía.

—¿Y os pilló en la cama?

—Sí, ése era el plan —admitió él sin más, porque tampoco se sentía orgullo de eso—. Y por lo visto no fue el único que me vio aquel «glorioso domingo por la mañana».

Pierce hizo una mueca. Quién le hubiera dicho que mientras se tiraba a una tía que ni fu ni fa iba a tener público... De saberlo, a lo mejor se habría esforzado más. Aunque la verdad era que aquella pederza le inspiró más bien poco y fue una faena mediocre.

—¿Y qué hizo él?

—Se limitó a cruzar los brazos, mirarla con cara de asco y esperar a que se vistiera para cerrarle la puerta en las narices —respondió y sonrió de medio lado, pues Owen actuó con una serenidad y madurez impropias de un veinteañero.

—¡Qué estoico!

—Owen siempre ha sido así —declaró él.

—Eso ya me lo había imaginado. Me refiero a ti, qué te dijo.

—Aparte de darme las gracias, me invitó a comer y terminamos borrachos en el apartamento, maldiciendo al género femenino en general.

—Típico de tíos —musitó Séverine.

—Y, por si te lo estás preguntando, Owen y yo mantenemos una excelente relación, tanto personal como profesional —le aclaró, porque era bien cierto.

—¿No se ha interpuesto ninguna mujer más en vuestro camino? —preguntó ella y se dio cuenta en el acto de que había sonado mezquina.

—No —constestó Pierce categórico.

Séverine lo miró por encima del hombro, era muy consciente de que él no se perdía ni uno solo de sus movimientos, por muy rutinarios y sencillos que pareciesen. Se encontraban en un espacio reducido, ella estaba casi desnuda... Traducido: un catálogo de factores adversos para escapar.

—Espero que me correspondas con la misma sinceridad —indicó él ante su silencio.

Séverine apoyó las manos en la encimera del lavabo y bajó la cabeza. Todos esos años había recurrido a la misma excusa, la traición, para justificar su propio comportamiento, cuando era evidente que él había tenido sus razones para actuar como lo hizo. De acuerdo, era rocambolesco y estaba cogido con alfileres, pero al fin y al cabo quien hubiera debido sentirse más perjudicado no había tomado represalias.

—No me fui por capricho —se justificó ella en voz baja—. Teníamos una especie de relación seria, aunque ambos sabíamos que al acabar los estudios cada uno volvería a su vida.

—Y decidiste adelantar los acontecimientos sin consultar conmigo —apuntó Pierce con retintín, pues aquello no era su intención, ya que, de haber sido posible, la habría seguido viendo.

—No —respondió Séverine y se dio la vuelta despacio para mirarlo.

—¿Querías seguir conmigo? —preguntó escéptico.

—Pierce, sabes tan bien como yo que eso habría sido imposible. Tú perteneces a una familia importante. ¡Mírate, joder!

Ella inspiró para calmarse y no levantar la voz.

—No digas bobadas, por favor. Estás desviando la conversación —le espetó, mirándola a los ojos; no quería distraerse pensando en la posibilidad de que se le cayera la toalla.

—Aquella mañana salí de tu apartamento como siempre, para llegar a tiempo al trabajo y seguir con mis cosas.

—¿Y qué ocurrió para que cambiaras de opinión? —inquirió Pierce, procurando no enfadarse, porque le había dado mil veces vueltas a aquel asunto.

—Recibí una llamada que lo cambió todo.

—Qué oportunos —masculló él.

—Me llamaron del hospital. Acababan de ingresar a mi madre, había sufrido un accidente de tráfico.

—Joder...

—Recogí cuatro cosas lo más rápido que pude y salí disparada. No pensé en nada más. —Hizo una pausa para inspirar hondo antes de continuar—. Cuando llegué, estaba en coma, y eso no era todo. El accidente lo había provocado ella misma, por conducir ebria.

—Séverine... —musitó Pierce poniéndose en pie para acercarse y abrazarla; sin embargo, ella levantó la mano impidiéndoselo.

—Por su culpa murió una pareja, así que tuve que hacer frente a todas las

consecuencias. Mi economía no era muy boyante, pero aún disponía de parte de la beca y algunos ahorros, de modo que pude encargarme de los primeros gastos, aunque enseguida busqué trabajo para que no nos quitaran la casa.

Pierce se quitó las gafas y se frotó los ojos. Vaya melodrama.

—No acudiste a mí...

—Eras mi amante, no un cliente al que sacarle la pasta abriéndome de piernas — lo corrigió molesta.

—Creí que éramos algo más que amantes.

—¿Y qué más daba? Era mi puto problema y tiré hacia delante lo mejor que pude —alegó, elevando un poco el tono de voz, y enseguida se dio cuenta de que aquéllas no eran formas—. Mi madre salió del coma con una lesión medular, por lo que se quedó en silla de ruedas. Cuando conseguí organizar un poco todo aquel caos, me percaté de que ni siquiera había tenido la decencia de ponerme en contacto contigo y el primer fin de semana que tuve libre fui a verte.

Pierce se frotó las sienes.

—¡Maldita sea, qué puta casualidad!

—Tú lo has dicho. Yo aún conservaba un juego de llaves de tu apartamento, quise darte una sorpresa y fui yo quien se la llevó. Entré despacio, sin hacer ruido, y oí unos gemidos. Pensé que serían tu amigo y su novia, pero no.

Pierce no podía permanecer más tiempo inmóvil, así que, pese a que ella no se mostraba muy receptiva, salvó la distancia que los separaba y la abrazó. Bien fuerte.

—Si hubieras llegado unos minutos más tarde, te habrías cruzado con Owen en la puerta —susurró junto a su oído.

—Y el sainete hubiera sido completo —dijo ella, intentando sonar bromista.

—No lo niego.

Se quedaron quietos, abrazados en silencio, hasta que Séverine dijo:

—Regresé a París, convencida de que debía olvidarte y centrarme en mi madre.

—¿Lo lograste?

—Me gusta pensar que sí —contestó optimista—. O al menos la mayor parte de los días, por muy duro que resultara, pues mi madre, lejos de recuperarse, se deprimió aún más hasta que... —se detuvo porque ya no quería llorar más, así que cogió aire— hasta que tomó demasiados calmantes y no se despertó.

Pierce, que continuaba abrazándola, seguía perplejo ante aquella historia. Había maldecido a Séverine unas cuantas veces, pues siempre creyó que su abandono era producto de un capricho irracional, y ahora, al escuchar la secuencia de los

acontecimientos, no salía de su asombro.

—Sé que es cruel decir esto, pero me sentí liberada... fueron dos largos años metida en un infierno. Ella no quería recuperarse y vivía amargada, volcando su amargura en los demás —confesó, algo que la había torturado durante mucho tiempo, aunque tras incontables charlas con su psicóloga de cabecera había logrado sobrellevarlo.

¿Qué podía decirle Pierce? Desde luego, muy poco, pues él, a pesar de todos sus avatares, nunca se había encontrado en una situación ni remotamente parecida. No podía hacer otra cosa que transmitirle todo su apoyo.

—Te busqué durante varios días. Por el campus, en tu trabajo... Nadie supo decirme nada de ti —susurró, dando ahora por buenos todos los intentos fallidos de encontrarla.

—¿De verdad? —inquirió ella con un hilo de voz.

—Joder, ¿qué otra cosa podía hacer?

Séverine suspiró y, al final, tras tantas emociones y confesiones, se le escapó una lágrima.

—Maldita sea, qué mierda...

—Si desistí fue porque me encabroné y pensé que si habías desaparecido, allá tú. No merecía perder mi tiempo con una mujer que pasaba de mí —admitió, sintiéndose gilipollas, pero tenía que ser sincero.

—Al final nos comportamos como dos veinteañeros inmaduros —dijo ella esbozando una sonrisa que quedó oculta, pues tenía los labios tan cerca de su cuello que apenas quedaba un milímetro para poder besarlo.

—No te lo discuto. —La abrazó más fuerte—. Nunca me hablaste de tu familia... ¿y tu padre? ¿No os echó una mano?

—Nunca lo conocí —confesó Séverine y, como no podía contenerse, alzó la mano y la enredó en su pelo. No fue un gesto cien por cien sexual, sino que más bien respondía a la necesidad de establecer contacto con ella—. Mi madre siempre me contó una historia bastante surrealista. Era un hombre casado con el que tuvo una aventura y poco más. Ni siquiera al saber que estaba embarazada intentó ponerse en contacto con él.

—¿Y no investigaste por tu cuenta?

—No, nunca sentí esa curiosidad. Cuando murió mi madre encontré sus diarios, al leerlos vi que lo mencionaba. Me dio la impresión de que se trataba más de sus desvaríos que de la realidad. Y, la verdad, yo tenía otras prioridades.

—¿Volver a estudiar? —preguntó, siguiendo una intuición.

—Entre otras cosas, y antes debía saldar las deudas, así que opté por alquilar una habitación y quien primero respondió al anuncio fue...

—Albertine —completó él con una sonrisa. Otro motivo más para estar en deuda con la rubia.

—¡Y desde entonces no podemos vivir la una sin la otra! —gritó la joven desde el otro lado de la puerta, haciéndolos reír.

—En efecto, somos la pareja perfecta. Gracias a ella recobré la ilusión y pude volver a estudiar. No fue sencillo, pero lo logré.

—Me jode bastante que no te pusieras en contacto conmigo. Te hubiera ayudado sin dudar, y no sólo desde el punto de vista económico.

—Te pillé con otra, ¿recuerdas? —apuntó Séverine con un deje de humor.

—En serio, Séverine...

—Escucha, no le des más vueltas.

—¿Y ahora?

—¡Ahora llévatela a tu suite y te la follas como si no hubiera un mañana, que yo me meo y tenéis el baño ocupado!

Cuando ambos salieron del cuarto de baño se encontraron a una rubia fingiendo enfado, que se limitó a entregarle a Séverine una especie de túnica y su neceser. No les dijo ni una sola palabra y se metió dentro del aseo.

Pierce no iba a perder ni un segundo, así que cogió a Séverine de la mano y abandonó la habitación como alma que lleva el diablo en dirección a su suite. Tenía gracia el hecho de contar con público, pero para lo que se le estaba pasando por la cabeza mejor no.

—¡Espera! ¿No pretenderás que vaya descalza? —protestó ella deteniéndolo.

Él gruñó o algo parecido mientras Séverine se calzaba y, nada más terminar, volvió a su plan inicial de llevársela a su «guarida», pues con aquella actitud desde luego distaba mucho de ser un tipo civilizado.

De haber podido, en vez de caminando la hubiera llevado en brazos; no obstante, tuvo que conformarse con agarrarla de la mano. Por dos motivos: para no llamar la atención y, por supuesto, para no lesionarse la espalda al cargarla y arruinar una velada más que prometedora.

Nada más traspasar la puerta de su habitación la besó. Intentó hacerlo de forma delicada, pero fracasó nada más sentirla cerca. Claro que Séverine tampoco ayudó mucho, pues gimió encantada en cuanto él se le echó encima.

Pierce, sin dejar de besuquearla cual adolescente cachondo e impaciente, comenzó a meter la mano por debajo que aquella práctica túnica, que aparte de servir para cubrir la desnudez era fácil de quitar y poner. Y, por supuesto, daba libertad de movimientos, lo que le venía de perlas para sus propósitos.

Sabía muy bien que ella estaba desnuda bajo aquella gasa traslúcida y, como siempre, el mejor aliado para la excitación era comprobarlo por sí mismo, así que enseguida tuvo una mano en su trasero, más en concreto en la separación de sus nalgas.

—¿Te acuerdas? —susurró antes de morderle el labio inferior, obteniendo un increíble gemido, y todo sin dejar de acariciarle el culo.

—¿Mmm? —respondió ella entregada, sin saber a qué se refería.

—La primera vez que intentamos hacerlo por detrás —le aclaró con voz morbosa

y sonriendo como un chico travieso.

—¡Cómo me dolió! —exclamó Séverine al recordar.

—Lo sé —murmuró él con cariño, pues nunca quiso causarle el más mínimo dolor, no al menos de forma intencionada y gratuita.

—Por fortuna mereció la pena, vaya que sí.

Séverine sonrió y le lamió los labios, mientras metía como buenamente podía una mano entre sus cuerpos y lograba rozar su erección por encima del pantalón.

Y Pierce, encantado y cachondo, jadeó para después presionar un poco más con el dedo, animándola, porque estaba seguro de que a ella le apetecía tanto como a él.

—¿Y si...?

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Séverine sólo por caldear el ambiente.

—Joder, ¿lo dudas?

—¿Crees que no lo deseo?

—Habla claro, Séverine, mira cómo me tienes —gruñó y coló una mano sobre la suya para que palpara con más intensidad su entrepierna y despejase cualquier duda.

Ella decidió coquetear y puso cara de niña buena, viciosilla en ciernes, frotándolo como si fuera la primera vez que se encontraba ante un pene erecto, situación que a él lo hizo resoplar.

—¿Me harás daño? —inquirió provocadora.

—Sólo si tú quieres —contestó e inspiró hondo antes de dejarse de tonterías.

La agarró de la muñeca con fuerza, privándola de su entretenimiento para mirarla a los ojos a la espera de una respuesta, a ser posible cuanto antes y afirmativa.

—Pierce... —gimió imitando con bastante realismo a una estrella del porno—, qué cosas tan perversas quieres hacerme.

Él se rio entre dientes.

—¿Sí o no? —atajó impaciente—. Y decídete, porque me cuesta muy poco tumbarte en la cama, ponerte a cuatro patas y follarme ese lindo trasero sin contemplaciones.

—Qué agresivo —ronroneó.

—Séverine...

—¿Sin lubricante? —continuó provocándolo.

—Joder... —masculló él, pues ese maldito detalle no lo había contemplado.

—Seguro que en mi neceser encuentras algo para que todo resulte más fácil —le susurró Séverine al oído, no sin antes darle un pequeño mordisquito a modo de aliciente.

Pierce, que no estaba precisamente para acertijos, esbozó una sonrisa traviesa nada más procesar aquella valiosa información y se apartó para ir raudo y veloz en busca del maldito neceser.

Nada más localizarlo, volcó todo el contenido hasta encontrar el tubo de lubricante.

—Vaya, parece que es un producto con mucha demanda —comentó, ya que el envase tenía la mitad de su contenido original.

—Pues sí, para qué te lo voy a negar —admitió ella mientras caminaba en dirección a la cama, bamboleando las caderas más de lo necesario.

Él esbozó una media sonrisa perversa y la observó muy atento, jugando con el tubo entre las manos. Llevaba empalmado un buen rato, pero no pasaba nada por esperar unos minutos más.

—Desnúdate —le ordenó, manteniendo las distancias.

Séverine negó con la cabeza.

—Tú primero —replicó provocadora—, aunque he de reconocer que así vestido estás bien guapo. Me entran unos sudores... —jadeó y se abanicó con la mano al más puro estilo dama ingenua.

Él lanzó el envase de lubricante a la cama, porque quería tenerlo a buen recaudo, y comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Sudores? —repitió divertido.

—Entre otras cosas —confirmó ella.

Y Pierce, a pesar de que siempre procuraba dejar su ropa recogida, hizo una bola con la prenda y se la lanzó, provocándola.

Séverine le silbó para animarlo y él, que no tenía intención de trabajar en un futuro como *boy*, dejó las gafas con cuidado en la mesa y después terminó de desnudarse sin tantos miramientos. Puso una rodilla sobre la cama como un depredador y, una vez allí, estiró mano para agarrarla del tobillo.

—Dime qué más te ocurre al verme —pidió, subiendo la mano por su pierna, despacio, para observar bien sus reacciones y devorarla con la mirada antes de hacerlo de forma más tangible.

Ella continuó abanicándose y hasta fingió estremecerse de gusto.

Entonces él se inclinó aún más para poder seguir subiendo la mano por la cara interna del suave muslo femenino, quedándose a un paso de su sexo, a lo que Séverine reaccionó con un prometedor gemido y separando bien las piernas.

—Estoy esperando —la apremió.

—Tienes la mano en un lugar privilegiado para averiguarlo por ti mismo.

—Quiero oírtelo decir —insistió, jugando con la sensible piel de sus muslos, consciente de que aquello la excitaba.

Séverine se mordió el labio y adoptó la perfecta expresión de «vas a hacer conmigo cuanto te venga en gana y no te voy a poner ni una sola traba», aderezada con un toque de niña buena dispuesta a dejarse pervertir.

—Me pongo cachonda, mucho —suspiró y se quitó la túnica, procurando ir descubriendo su cuerpo poco a poco para crear expectación; después estiró el brazo para coger el tubo de lubricante.

Pierce inspiró cuando ella desenroscó el tapón y se impregnó los dedos con el producto, dejándolo aún más perplejo cuando se untó los pezones con el gel lubricante, con lo que, aparte de duros, se veían brillantes y por supuesto tentadores.

—Joder... —silbó él —. Eso es hacer trampa.

Y no quedó ahí la cosa, pues fue desplazando el dedo por su vientre, se detuvo un instante en el ombligo y acabó introduciéndoselo en el coño.

—¿Te vas a quedar ahí sin hacer nada?

Pierce negó con la cabeza tras tragar saliva. Joder, qué noche le esperaba.

Se acercó a ella y la empujó hasta dejarla tumbada, se situó encima y la besó mientras le alzaba los brazos por encima de la cabeza, a lo que Séverine respondió arqueando la pelvis para obtener mayor fricción.

—Qué dominante te has vuelto de repente —se guaseó.

Él se limitó a sonreír de medio lado y a darle otro beso un tanto agresivo, más incluso que los anteriores.

Ella se revolvió bajo su peso con la única intención de rozarse y fingir que se sentía atrapada; además, no era muy amiga de quedarse inmóvil. Sin embargo, ante la determinación de Pierce optó por seguirle el juego y comprobar hasta dónde era capaz de llegar.

Él se colocó de rodillas entre sus piernas y la observó, adoptando una pose muy parecida a la que tenía cuando tomaba decisiones de trabajo, gesto que a ella la hizo sonreír.

—¿Sigues sin decidirte? —lo provocó y fingió estar amarrada a la cama.

—Te estoy mirando las tetas porque no sé cuál morder primero —comentó con aire indolente.

—Vaya, si resulta que al final me estás haciendo un favor —apuntó ella de buen humor.

—El favor me lo vas a hacer tú más tarde cuando me la chupes —replicó él.

—¿Te lo puedo hacer ahora? —preguntó Séverine humedeciéndose los labios.

—¡Joder, pues claro! —exclamó emocionado.

—Ven aquí... —ronroneó ella sin moverse.

Pierce comprendió en el acto qué pretendía y no se hizo de rogar. Se situó a horcajadas sobre su pecho y le acercó la polla a la boca para que se la metiera dentro. En aquella postura no iba a ser tan sencillo, pero Séverine se las apañó, muy bien, por cierto, para levantar la cabeza y atraparlo más profundamente.

—Qué boquita tienes... —jadeó él y procuró no embestir como un poseso.

—Mmm... delicioso —gimió ella agarrándole bien del culo.

Luego murmuró algo más, él no entendió el qué, y siguió succionándolo con verdadero arte, tanto que Pierce cerró los ojos, se echó hacia delante y tuvo que apoyar las manos en el cabecero para sobrellevar aquellas sensaciones. No era sólo el hecho de que le estuvieran haciendo una mamada antológica, era quizá la idea asociada de quién se la estaba haciendo.

Pero si ya lo había conducido a un estado de excitación difícil de explicar, cuando sintió las manos femeninas en su culo, arañándole las nalgas e instándolo a penetrarla con mayor profundidad, supo que estaba a su merced. Temía hacerle daño; sin embargo, cuando Séverine gimió más alto y además le clavó las uñas más fuerte, se le despejó cualquier duda.

Gimió, gruñó y tensó la mandíbula, pues estaba a punto de correrse y si bien ése era el objetivo final, estaba siendo tan bueno que no pasaba nada por alargarlo un poco más.

—Séverine, oh, joder, Séverine...

Ella se aplicó aún más al oír su nombre pronunciado de aquella forma tan lastimera, y no sólo eso, también exageró los sonidos propios de la succión para añadir todo el morbo posible.

Él no pudo, a pesar de sus esfuerzos, aguantar ni un minuto más. No sólo se la chupaba, sino que, además, con una mano le acariciaba las pelotas y otra la deslizaba hacia atrás, poniéndolo nervioso cada vez que le rozaba el ano. Ella se encargó de que se corriera entre gemidos bastante escandalosos, algo que la satisfizo.

Pierce se apartó despacio y, aun sabiendo que debería mostrarse un poco más agradecido, no le fue posible. Sentía una somnolencia tal que terminó tumbándose a su lado y como único gesto hacia ella estiró el brazo y le agarró la mano.

Séverine se volvió y con una sonrisa picarona en el rostro lo observó.

—Vaya, qué pronto te desinflas —susurró junto a su oído con un más que evidente tono provocador.

Incluso le mordisqueó el lóbulo mientras él se llevaba la otra mano al pecho en un intento de regularizar su respiración.

—No voy a preguntar dónde has aprendido a hacer mamadas así, aunque espero que también hayas hecho un cursillo de primeros auxilios por si acaso —respondió haciéndola reír, pues entre aquel tono serio y sus palabras no había para menos.

—¡Pobrecito! —exclamó mimosa—. Al final voy a tener que apañármelas yo solita...

—Como sigas con ese tono de actriz porno te vas a enterar —murmuró aún con los ojos cerrados.

—Palabras, palabras... —dijo desafiante y para demostrarle que iba en serio deslizó una mano entre sus piernas y comenzó a masturbarse, exagerando un poco los gemidos.

Ni que decir tiene que Pierce reaccionó de inmediato, como si le hubieran inyectado un chute de adrenalina, o algo más fuerte.

—¿Dónde has dejado el lubricante? —preguntó con su tono más serio, incorporándose para localizarlo él mismo en caso de que ella no colaborase.

Séverine lo cogió y lo movió delante de sus narices, y él respondió arrebatándoselo de manera brusca con la firme intención de utilizarlo cuanto antes.

—¿Cómo quieres que me ponga? —lo interrogó sugerente, con una media sonrisa un tanto burlona.

—Como te dé la puta gana —replicó tenso—. Porque me da igual.

Y ella, que intuía cómo le gustaría hacerlo, se acercó para lamerle la boca, mordiéndosela incluso antes de colocarse a cuatro patas.

Pierce negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —inquirió extrañada. Hasta donde ella sabía, a todos les gustaba aquella postura y para lo que tenían en mente era sin duda la más propicia.

—Túmbate —exigió Pierce cambiando de opinión. Ya no le daba igual y, si bien no podría contemplar el lunar que siempre lo había fascinado, podría mirarla a los ojos—. Boca arriba y coloca los pies sobre mis hombros.

—¡Uy, qué moderno! —bromeó Séverine, pero enseguida perdió las ganas de tomarle el pelo al observar su determinación.

Él se situó de rodillas entre sus piernas, que ella separó a modo de invitación, vertió una cantidad excesiva de lubricante sobre su polla y comenzó a extender el gel

bajo la atenta mirada de ella, que controlaba a duras penas su excitación y su impaciencia.

—Necesito comprobar una cosa... —musitó serio—. Abre las piernas.

Antes de que pudiera procesar esas palabras, Séverine lo vio inclinarse hasta situarse sobre su sexo y comenzar a lamérselo. Controló el primer gemido mordiéndose el labio, pero ya los siguientes fueron imposibles de amortiguar.

—Comprueba, comprueba...

Y él lo hizo a conciencia, jugando con la lengua a desesperarla, a excitarla y a llevarla por el camino de la amargura, ya que se las ingeniaba para frenar en seco justo cuando ella más se retorció de placer.

—Pierce, joder —protestó cuando él, riéndose, le mordió el muslo.

Y él, en vez de ir al grano, se entretuvo otro buen rato, ganándose por ello un buen tirón de pelo además de alguna que otra creativa amenaza.

Sin embargo, a pesar de sus protestas, ella reconoció, en silencio eso sí, que todo aquel juego era, con diferencia, lo mejor que le había ocurrido en la cama en mucho tiempo, pues era tal su estado de excitación que en cuanto alcanzara el clímax sería mucho más que un simple orgasmo. Para correrse sin más disponía de un buen surtido de juguetes, así que ya que Pierce se mostraba creativo y atento, qué menos que permitírsele.

Él empezó a prepararla, con paciencia. Lo bueno de haberse corrido hacía un rato era que ahora ya no se sentía tan impaciente, circunstancia que lo ayudaba a ser mucho más atento con ella; además, por la cara que estaba poniendo, resultaba evidente que Séverine disfrutaba, y eso ya era todo un logro.

Utilizó los dedos, penetrándola primero sólo con uno y sin dejar de utilizar la lengua sobre su clítoris para tenerla siempre al límite. Notaba su tensión y, para evitar que casi lo asfixiara al apretar los muslos, tuvo que hacer palanca en más de una ocasión, además de advertirle muy serio que mantuviera las piernas bien abiertas o se quedaría a medias.

Séverine estaba más que preparada; sin embargo, no quiso correr riesgos, pues como ella había mencionado, la primera vez que lo hicieron le dolió, así que Pierce utilizó el lubricante a discreción. Iba a poner la cama perdida, pero eso lo traía sin cuidado.

—¿Lista? —preguntó de repente.

—¿Eh? —murmuró distraída, pues estaba disfrutando tanto que ya no prestaba atención más que a sus propias sensaciones.

—Lo tomaré como un sí —comentó divertido.

Se situó en posición, le agarró los tobillos y levantó sus piernas hasta colocarla como deseaba. Inspiró hondo, ella también. La besó en el pie y Séverine abrió los brazos en cruz y se aferró a las sábanas, humedeciéndose los labios en señal de aprobación.

Primero Pierce tanteó el terreno. Agarrándose la polla comenzó a presionar de forma suave, mientras con los dedos le estimulaba el clítoris de tal forma que ella pudiera ir recibiendo sin temor a sentir excesivo dolor. Le estaba costando más de lo que imaginaba ser tan paciente, y más aún cuando Séverine no paraba de retorcerse y de gemir, instándolo a ser más expeditivo.

—Pierce, maldita sea, ¿a qué estás esperando? —lo apremió y arqueó la pelvis.

—No quiero hacerte daño...

—Me lo vas a hacer de todas formas y yo voy a disfrutarlo, te lo prometo —lo interrumpió entre respiraciones entrecortadas.

—Vale, allá voy... —accedió y se sintió un poco estúpido por decir algo similar, ya que había sonado a tipo poco o nada experimentado en los pormenores del sexo anal.

Iban a darle la medalla a la contención, desde luego, pues estaba comportándose con toda la cautela del mundo, algo que ella a lo mejor no apreciaba; a pesar de ello, lo creía necesario, por muy impaciente que estuviera Séverine.

Empujó lo justo para que ella se tensara, era la última oportunidad para detenerse y volver al método clásico, pero le apetecía demasiado como para retirarse, así que, puesto que Séverine se lo estaba pidiendo con gemidos y movimientos insinuantes, siguió adelante.

—Me encanta ver tus pezones tan brillantes —murmuró con su tono más pícaro—. Después creo que te los voy a chupar hasta que te duelan.

Ella tragó saliva. Aquello era un promesa y lo demás, tonterías. Cerró los ojos y se aferró a las sábanas al sentir un excitante dolor previo al placer. Tragó saliva e inspiró hondo. Él permaneció quieto, algo que no esperaba, quizá preocupado, pero en aquel instante no quedaba sitio para las preocupaciones.

—¿Sólo sabes hacer eso? —inquirió y, esforzándose, logró abrir los ojos y mirarlo.

Pierce sonrió de medio lado y, con cierta cautela, comenzó a moverse, más despacio de lo que ella desearía, pero al menos le proporcionaba la estimulación que buscaba. Por fortuna fue aumentando la velocidad de sus embestidas, consciente en

todo momento de que no podía ser tan brusco como si se la estuviera tirando de un modo más convencional.

—Pierce... —gimió.

—¿Voy bien así? —preguntó de forma retórica, pues a poco que se fijase era evidente que ella disfrutaba tanto o más que él. Y eso ya era mucho decir, pues la presión sobre su polla, pese a haberse corrido antes, lo estaba empujando sin remedio al orgasmo y cada vez le costaba más aguantar, así que decidió utilizar la mano.

Ella comenzó a tensarse, a sentirse inquieta. Después de tanta estimulación previa, no sólo con toques y caricias, sino también con palabras, iba a durar muy poco. Como, además de metérsela por detrás, él friccionaba con bastante habilidad su clítoris el resultado no se hizo esperar. Todo su cuerpo se agitó y, tras emitir un satisfactorio y a la vez lastimero gemido, se quedó laxa y con una media sonrisa de lo más tontorróna en la cara.

Suficientes evidencias para él.

No perdió tiempo y sólo tuvo que embestir un par de veces más para correrse.

Nada más hacerlo se retiró y le liberó el tobillo, que aún mantenía sujeto, para poder tumbarse sobre ella y besarla.

—He de reconocerlo, con el tiempo has mejorado... —musitó tras besarlo—. Y mucho, además.

Pierce sonrió complacido y volvió a besarla.

—Gracias.

—Y ahora, si no te importa, déjame respirar un poco.

Él, sin perder la sonrisa, rodó a un lado y se quedó tumbado mientras Séverine cerraba los ojos. Respiraba relajada y ni siquiera hizo amago de cubrirse, lo cual le proporcionó una excelente panorámica de su cuerpo, incluidos sus pequeños pechos, que en cuanto se recuperase pensaba chupar y endurecer.

Se quedaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que ella se levantó. Fue un placer contemplarla caminar desnuda hacia el aseo y, como no tenía otra cosa mejor que hacer, se le unió en la ducha. Decisión que les proporcionó otro de esos instantes divertidos, no necesariamente sexuales.

—¿Sabes qué acabo de recordar? —preguntó ella en voz baja nada más acostarse tras salir del cuarto de baño.

—¿Mmm? —murmuró Pierce un tanto somnoliento, pero no tanto como para no abrazarla nada más sentirla a su lado.

—Aquella vez que casi nos pillaron en la biblioteca follando —le dijo al oído.

—Joder, fue alucinante...

—Nada más oír los primeros pasos acercándose me puse tan cachonda que apenas duré un minuto —añadió y él sonrió complacido en la oscuridad.

—Mañana mismo busco una biblioteca y repetimos —propuso de buen humor.

—Me parece que no va a poder ser... —susurró Séverine con aire triste, mientras le acariciaba el torso. No tenía por qué ser un gesto sexual, simplemente se sentía a gusto, muy a gusto, tocándolo ahora que ambos estaban relajados tras el intenso polvo que habían echado.

—Oye, no puedes recordarme algo semejante, ponerme cardíaco y de repente arrojarme un cubo de agua helada —le reprochó.

Ella pudo haber bajado la mano hasta su polla y comprobar hasta qué punto aquellas palabras eran ciertas; sin embargo, optó por confiar.

—Me encantaría ir contigo a una biblioteca —confesó en tono sugerente.

—No sé por qué me da que si ahora mismo te llevase a una acabarías prestándole más atención a viejos libros que a mí —replicó Pierce.

Ella sonrió, porque no le faltaba razón.

—Todo dependería de qué estuvieras dispuesto a hacer.

—¿No pretenderás que compita con un libro por tu atención? —inquirió, controlando su mal humor.

—Elige bien la biblioteca... —lo provocó.

Pierce decidió no ahondar en esa conversación, pues al final el buen rollo se iría al carajo y, la verdad, después de una sesión de sexo intenso, lo que uno menos necesita es que le toquen las pelotas, así que se limitó a darle un beso de buenas noches y a abrazarla con más fuerza.

No obstante, a él no le resultó tan sencillo dormirse como a ella, pues empezó a maquinarse. De acuerdo, habían hablado y aclarado por fin lo ocurrido hacía quince años, pero, y ahí estaba el quid de la cuestión, ¿qué pasaría a partir de aquel momento?

La investigación en Nuage Noir estaba prácticamente cerrada, sólo a falta de detalles técnicos que Séverine resolvería pronto. Y él regresaría a su vida, a su oficina, lo que significaba no tenerla al lado.

«Vaya mierda...», pensó. Sus asuntos empresariales por fin se resolvían, y de forma satisfactoria, pues pese al retraso todavía podían mantener márgenes de beneficios. Esa circunstancia en otro tiempo le produciría una gran satisfacción, pero ahora no lo llenaba del todo. Asumirlo no significaba quedarse de brazos cruzados.

Algo tenía que hacer si deseaba volver a verla, pues eso sí lo tenía claro. Otra cosa muy distinta era lo que ella opinase; aun así, intuía o al menos guardaba la esperanza de que Séverine se mostrase proclive a seguir en contacto.

Cuando Pierce abrió los ojos, se la encontró a su lado, hasta ahí perfecto, pues que Séverine se escabullera de su suite no le hacía ni puta gracia; desnuda, otro punto positivo que le entusiasmó, pero no le pareció de recibo que estuviera leyendo con suma atención el cuaderno que habían encontrado el último día, en vez de abrazándolo, haciéndole mimos o cualquier otra actividad en la que él fuera el protagonista.

—Se supone que por la mañana, a ser posible a primera hora, ibas a meterme mano y a despertarme de forma creativa —comentó acercándose para depositar un beso en su hombro y llamar su atención al más puro estilo niño consentido que siempre ha de ser el centro de atención.

Ella respondió con indiferencia, mirándolo durante medio segundo para concentrarse de nuevo en la lectura. Y lo que terminó por sentarle como una patada en los huevos fue que, en vez de hacer caso a su sugerencia, le diera unas palmaditas en la mejilla como si fuera un crío travieso que molesta y tiene que buscar entretenimiento en otra parte.

Pierce no estaba acostumbrado a que las mujeres se mostraran tan indiferentes con él y menos aún tras haber compartido cama con ellas. Por norma general, se desvivían por complacerlo, por hacer méritos y así volver a ser invitadas. Aunque él tenía muy claro que ese interés no perseguía más que un fin: intentar cazarle. Sin embargo, su ego masculino agradecía el esfuerzo.

—Bueno, pues tendré que ser yo quien lo haga... —anunció, intentando colar una mano entre sus piernas para ir caldeando el ambiente. Pero lejos de alcanzar su objetivo, lo único que se ganó fue una mirada de advertencia.

—¿No puedes entretenerte tú solo? —replicó ella, concentrándose de nuevo en la lectura—. Esto es importante.

—¿Importante? —repitió molesto—. ¿Más que yo?

Séverine, a pesar de estar más concentrada en la lectura que en la conversación, captó el tono irónico utilizado por él. Desde luego, no iba a dejarse engañar ni caer en la evidente provocación.

—Es el diario personal de Priscilla Bouchart —respondió y procuró que su tonc

fuera neutro para no acabar discutiendo.

Él puso mala cara... Otro argumento para retenerla que se iba al carajo. Pero entonces cayó en la cuenta de un pequeño detalle.

—Si anoche viniste con lo puesto..., ¿cómo es que ahora tienes eso? —preguntó sin podersele creer, pues ni en sus previsiones más pesimistas habría imaginado que ella optara por el diario de una mujer muerta hacía siglos antes que por él.

—Qué pesadito estás a primera hora de la mañana —le espetó Séverine resoplando—. Me he despertado temprano y he aprovechado para ir a mi habitación a por lo necesario. Una cosa es tener una noche de desenfreno y pasearse por el hotel sin bragas y otra muy distinta pretender que lo haga a plena luz del día.

—Cojonudo —rezongó él, y aparcó su idea de follar un poco por la mañana, aprovechando que se había despertado animado.

Se quedó tumbado boca arriba pensando en la forma de salirse con la suya, no sólo para echar un polvo mañanero y sobarle un poco aquellas pequeñas tetas que le mostraba para nada, sino también para lo que él consideraba un asunto primordial, que era ni más ni menos plantearle mantener una relación con ella.

Pero claro, para eso lo primero era averiguar hasta qué punto Séverine estaba interesada, porque «si una no quiere, dos no follan». Bromas aparte, lo que lo estaba martirizando era cómo plantearle la cuestión, partiendo de la base de que Séverine era, y la admiraba por ello, una mujer independiente que había salido adelante pese a encontrar varios escollos y de que él tampoco estaba por la labor de llevar a una mujer colgada del brazo.

Ya había salido con unas cuantas candidatas a floreros como para no evitarlas como a la peste. Sus anteriores novias siempre lo acusaron de no comprometerse y, si bien eso lo traía sin cuidado, ahora le escocía un poco que la mujer que permanecía a su lado ignorándolo no hiciera nada en absoluto por hablar de lo que existía entre ambos.

Así que si estaba decidido a salirse con la suya, lo menos que podía hacer era tomar cartas en el asunto y no permanecer más tiempo impasible.

—¡Eh! —protestó ella cuando se vio privada de su lectura, pues él, cansado de ser ignorado, le arrebató el cuaderno.

—Tenemos que hablar.

Séverine resopló, porque temía justo eso. Por supuesto que debían hablar, pero ¿de qué exactamente? Todo había cambiado tras sincerarse, eso era innegable; sin embargo, a efectos prácticos cada uno había hecho su vida, lo que implicaba que, por

mucho que quisieran, ahora ya no quedaba posibilidad de mantener una relación.

—¿No podemos fingir que ya lo hemos hecho y seguir hacia delante? —propuso ella con poca o ninguna esperanza de que él aceptara.

Pierce, por supuesto, negó con la cabeza.

—Parece mentira que, después de todo, aún te comportes de manera tan absurda.

—Estoy siendo pragmática, no absurda.

—Si no recuerdo mal, no hablar ha sido nuestro principal problema. ¿Me equivoco? —insistió Pierce procurando mirarla en todo momento a los ojos, pasando por alto el hecho de que Séverine no estuviera por la labor.

—Escucha, no es el momento ahora... —Señaló el diario que se moría por leer, reconociendo para sí que era una forma estupenda de evadir la cuestión.

—Técnicamente me pertenece y, si quiero, puedo prohibirte que lo consultes —la amenazó Pierce, confiando en no tener que llegar a ese punto, pero a la hora de negociar no podía flaquear.

—No seas tan cabrón —le espetó y apartó de un manotazo la sábana para levantarse.

—Bonita forma de escaquearte, aunque no cuela —dijo impidiéndoselo—. Vas a dar la cara, Séverine. Se acabó lo de jugar al ratón y al gato.

—No estoy jugando —se defendió, pese a que él tenía bastante razón.

—¿Te crees que soy gilipollas y no me he dado cuenta? ¡Séverine, por favor!

—¿Y pretendes lograrlo amenazándome con privarme de algo que me entusiasma? —replicó con ironía—. Bonita forma de hacer las cosas.

Pierce no cedió. Ni se inmutó ante aquella acusación, cierta, por otro lado.

—En tus manos está que yo me muestre colaborador —le recordó sin sentirse ofendido, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de no seguir eludiendo la cuestión.

—Nunca cambiarás, ¿verdad? Cualquier medio es bueno para salirte con la tuya. Te trae sin cuidado si hieres a alguien o a quién tengas que pisotear.

—No te vayas por la tangente —repuso sin soltarla y sin tener en cuenta que ella intentaba por todos los medios soltarse de su agarre—. Da la cara de una puta vez.

—¿Puedo ir al baño a ocuparme de mis necesidades fisiológicas antes de mantener esa conversación que tanto parece entusiasmartelo? —preguntó con sarcasmo.

Pierce torció el gesto ante aquel desafío; sin embargo, optó por concederle aquella petición.

—Tienes diez minutos —contestó con aire indolente y, antes de soltarle la muñeca, se inclinó para besársela—. No tardes... —añadió seductor, aunque por la

cara que puso Séverine no funcionó.

Era para darle con la mano abierta, pensó ella, pues tan pronto la presionaba como pasaba a ser amable: desconcierto puro y duro.

Huyó al baño, no sólo porque tuviera necesidad de utilizarlo, sino porque aquellos diez minutos concedidos por Pierce podía aprovecharlos para idear un discurso convincente.

Pero, y ahí radicaba el problema, ¿qué podía alegar? Fue a la triste conclusión que llegó tras mirarse tres minutos en el espejo. Allí estaba, desnuda, despeinada y, por mucho que la pesara, excitada y sin un pensamiento coherente que esgrimir, con ganas de volver a meterse en la cama con él y haraganear a ser posible todo el día.

Igual que aquel fin de semana que lo único que hicieron, tras una semana tensa de estudio y en su caso de trabajo, fue ponerse una camiseta arrugada, comer sobras recalentadas y permanecer casi todo el tiempo en posición horizontal, y no sólo por el hecho de que fueron incapaces de dejar de tocarse, sino también por la intimidad que crearon. No hubo que llenar el silencio con palabras ridículas ni mantener conversaciones tontas. Lo único que importaba era poder estar juntos y sentirse. Nada más.

Claro que ahora la situación había cambiado, y mucho. Para empezar, ya no eran los mismos veinteañeros ingenuos, cada cual había vivido sus propias circunstancias y cambiado, pues en quince años había pasado de todo y, lo quisieran o no, había influido en la personalidad de cada uno, así que el único argumento que podía darle para evitar acabar enfadados era recurrir a parte de la verdad: por mucho que lo intentaran, ya no era posible volver atrás. Lo vivido hacía quince años no podrían recuperarlo.

—Y procura ser convincente —le exigió a su imagen para infundirse valor, aunque sólo fuera un poco, pues carecía de sentido que ella no se lo creyera.

Se recogió el pelo, pero se lo soltó de inmediato; no tenía sentido ponerse mona.

Abrió la puerta y más despacio de lo que debería regresó con él. Pierce había pedido el desayuno y estaba sentado en la cama con el carrito de la comida a su lado, rebosante de viandas y bebidas, aunque sólo se había servido un café. Desde luego, había que reconocerlo: vaya estilo tenía el condenado.

La miró y después consultó su reloj antes de murmurar:

—Al parecer has perdido la noción del tiempo.

—¿Perdón?

—Da igual, tus diez minutos se han convertido en quince, pero no lo tendré en

cuenta —agregó en aquel tono tan engañosamente indiferente—. ¿Café o té?

—Café —masculló, porque prefería no recibir muestras de amabilidad, en especial cuando su intención no era disfrutar de un desayuno distendido tras una noche especial. Si todo salía según sus planes, le haría daño, un mal necesario.

Cogió la taza sin sentarse junto a él; eligió el lado opuesto de la cama, inspiró y, tras saborear un sorbo de la bebida, lo miró.

—Bien, hablemos claro. Quiero seguir viéndote —afirmó Pierce con convicción y sin titubear—. Y antes de que empieces a poner pegos, no me refiero a que nos encontremos de vez en cuando.

—Me lo imaginaba... —murmuró ella, evitando su mirada.

—Por tu tono deduzco que, aparte de no sorprenderte, no te sientes muy entusiasmada —comentó al oírla, pero no iba a ceder ni a desanimarse, pues era evidente lo que Séverine pretendía—. Me da igual, yo estoy siendo claro y directo, y confío en que lo seas tú también. Es lo mínimo.

—De acuerdo. Me has pedido sinceridad, pues la vas a tener —dijo ella tras acabarse su café.

—Perfecto. Te escucho —contestó Pierce un tanto distante. Pese a que le hubiera gustado mantener aquella conversación en un tono más amable, había adivinado la intención de ella y no le iba a permitir que se escudara en tontas excusas.

—Creo que estos últimos días han sido... reveladores —admitió Séverine y esbozó una leve sonrisa—. Y, bueno, lo he pasado bien.

—Lo has pasado bien —repitió, molesto por aquella elección de términos, como si de una aventura corriente se hubiera tratado.

—Vale, muy bien —se corrigió ella, consciente de que Pierce nunca sería uno más.

—Pero... —la apremió.

—Pero lo estás confundiendo todo. Pretendes algo imposible, porque tú tienes tu vida, tus negocios y por mucho que te empeñes yo no puedo formar parte de todo eso —dijo y procuró hablar de forma sosegada.

Pierce, que intuía por dónde iban los tiros, evitó mostrar signo alguno de que sus palabras lo afectaban y mantuvo firme su posición.

—Ya, claro, sobre todo porque te empeñas en ver tan sólo la parte negativa en vez de buscar puntos comunes —la acusó, elevando un poco la voz.

—Ésa no es la cuestión. Estás acostumbrado a salirte con la tuya, a dar órdenes y que se cumplan, y a tener a tu disposición gente que haga cuanto tú ordenas sin

cuestionarte... Pues bien, conmigo lo tienes claro. Yo no soy así, nunca lo he sido.

—¿A qué viene semejante estupidez? —inquirió perplejo y, debido a su cabreo, que iba en aumento, le fue imposible permanecer más tiempo sentado, así que se puso en pie y comenzó a pasearse por la suite—. ¿Te he pedido acaso que te conviertas en una marioneta?

Séverine suspiró; Pierce no lo entendía y, lo que era peor, no lo iba a entender.

—No, pero en el fondo esperas que te siga la corriente. Has pensado «Quiero verla», y tras chasquear los dedos esperas que todo se lleve a cabo como tú quieres. Pues no, siento llevarte la contraria: yo también tengo mi vida, mis objetivos.

—Insisto: nadie te ha pedido que te alejes de tus objetivos, joder —la interrumpió, con signos de un cabreo en ciernes.

—¿Ah, no? Muy bien. Mi trabajo me exige desplazarme, eso para empezar.

—Yo también viajo por negocios, ¿cuál es el problema? —retrucó impaciente por llegar a algún acuerdo válido.

Séverine también se puso en pie y, puesto que discutir estando desnuda podía restarle credibilidad, buscó su túnica y se cubrió con ella.

—El problema es que sólo ves tu punto de vista —le espetó.

—¡Así es imposible! —se quejó Pierce levantando las manos en señal de frustración.

—Puede que estos días hayamos congeniado, no te lo discuto; en cambio, me da la sensación de que te estás confundiendo. Ya no somos los mismos, Pierce, tienes que comprenderlo. Tú has cambiado y yo también.

Él, cada vez más cabreado, la fulminó con la mirada.

—Admito que ya no soy un veinteañero impresionable...

—Tú nunca has sido impresionable —lo interrumpió, pues él siempre había tenido claras sus prioridades. Lo demostró en su momento y lo estaba demostrando entonces.

—Lo tomaré como un cumplido. Y no hace falta que me digas piropos para desviar la conversación.

—En cuanto acabe mi trabajo en Nuage Noir, regresaré a París —afirmó ella mirándolo sin parpadear—. Y tú, a tu despacho, a tus negocios.

—Joder...

—Me acordaré de ti, igual que lo he hecho durante los últimos quince años. Algunos días más que otros. Estoy acostumbrada a ello y ahora que sé la verdad, puede que hasta resulte más sencillo —murmuró y suspiró, pues era mucho más fácil

decirlo que hacerlo, pero ante él debía mostrar un poco de convicción.

—Eres una cobarde. Y sí, tienes razón, han pasado quince putos años y se supone que ambos hemos madurado, pero me da la sensación de que tú no, porque hay que ser muy hija de puta para decir semejante majadería.

—No te pases...

—¿Y todo por qué? Porque tienes miedo, porque te gusta ir de víctima y porque te has acostumbrado a lo fácil, es decir, a no implicarte —afirmó y, pese a que no lo había dicho en voz alta, era evidente que se refería a la cantidad de amantes que había tenido y a la poca implicación emocional que había demostrado.

Séverine inspiró hondo, pues aquello se veía venir.

—Pues sí, lo admito. Me gusta ir y venir a mi antojo sin tener al lado a un tipo controlador que espera recibir pleitesía —le espetó alzando la voz—. Porque hoy estoy aquí contigo, pero mañana puedo acabar en casa de una desconocida y pasar una noche loca sin arrepentirme por ello.

Pierce dio un respingo.

—Eso no justifica nada.

—Llevo mucho tiempo cuidando de mí misma, decidiendo qué es lo que quiero y lo que no, asumiendo las consecuencias.

—¡No te pongas melodramática, por lo que más quieras! Y deja de soltar frasecitas gilipollas. Sólo te estoy exigiendo un poco de sinceridad.

—Me parece un ejercicio de cinismo sin igual que tú, precisamente tú, vengas ahora exigiéndome nada.

—No es una exigencia unilateral —la corrigió él—, es más sencillo que todo ese discursito que me has soltado. ¿Tan difícil es entender que quiero estar contigo, maldita sea?

—¿Y no te has parado a pensar que a lo mejor yo no quiero una relación, de ningún tipo, contigo? —retrucó Séverine, consciente del daño que le hacía y el que se hacía a sí misma—. Y, ya puestos, con nadie.

—Así es imposible... —se lamentó.

—Tienes edad suficiente para entenderlo, y más cuando tú tampoco eres un ejemplo de tipo al que le van las relaciones estables —lo atacó sin piedad, utilizando a su favor confesiones que él le había hecho en momentos de intimidad.

Como era de esperar, a Pierce eso le sentó como una patada en los cojones y se dio cuenta de que haberle confiado sus idas y venidas con las mujeres en el pasado había sido un error de principiante.

—¿Soportarías que en uno de mis viajes de trabajo acabara enrollándome con alguien? O, peor aún, ¿cómo asumirías que en un momento dado me sintiera atraída por una mujer?

Pierce resopló y negó con la cabeza.

—Deja de decir bobadas.

—Yo te respondo: pondrías el grito en el cielo y, además, te encargarías de quitar del medio a quien hiciera falta. Como hiciste con la pobre Mary Ann —añadió, utilizando su último cartucho para romper de una vez por todas.

Después, a solas o abrazada a Albertine, lloraría a moco tendido, aunque de momento mantendría la pose de chica dura ante él, pues debía hacerle comprender que eran incompatibles. Si habían congeniado en la universidad fue por el simple hecho de que ninguno se planteó un futuro juntos, se divertían y ya está, conscientes de que cada uno pertenecía a un mundo diferente y que también tenían aspiraciones diferentes.

Y su aventura en Carcassonne había sido una especie de broche final, un reencuentro satisfactorio para los dos, pero que mostraba una evidencia irrefutable: una cosa era pasarlo bien juntos y otra muy distinta poder llamarlo relación.

—Me has convencido —le dijo Pierce, mirándola con cierta pena—. Tú ganas, tendrás acceso a Nuage Noir, a cualquier archivo o documento que precises para tu investigación. Nadie te impedirá el paso —agregó como si le perdonara la vida.

Comenzó a vestirse sin siquiera mirarla, porque la tentación de gritarle o de decir palabras de las que después se arrepentiría era demasiado fuerte. Lo mejor era salir de allí y procurar no romper nada para liberar la tensión.

—Y, tranquila, puedes hacer lo que te venga en gana, pero concédeme un favor: al menos, cuando mientas, sé convincente —apostilló y, sin más, cogió sus gafas y el maletín y abandonó la suite sin dar un portazo.

Séverine cerró los ojos.

Objetivo conseguido.

Él la odiaba.

Ella volvería a su vida.

—Adiós, Pierce... —musitó.

—Tú eres tonto y en tu casa no lo saben.

Pierce torció el gesto ante aquella lapidaria frase, que si bien lo dejaba a la altura del betún, al menos simplificaba su estado de ánimo, acercándose con bastante precisión a la realidad.

—He venido en busca de apoyo, no a que me fustigues —se quejó al más puro estilo niño malcriado, algo que le sirvió de bien poco, pues se llevó una colleja—. ¡Ay, joder!

—Pues a lo mejor saco el látigo y te atizo para que reacciones —replicó Albertine y, tras resoplar, porque mira que los había tontos, le rellenó el vaso.

—Mejor no te imagino con un látigo en la mano, que luego te enfadas —repuso Pierce y ella sonrió.

—¿Te excitaría?

—¿Tú qué crees?

—Mira, pues mejor, ya tienes una imagen para cascártela, porque con lo mal que estás llevando el asunto de Séverine, te va a hacer falta —afirmó ella, dejándolo un poco más hecho polvo.

Pierce se había presentado en su habitación para despedirse, pues había cogido cariño a la rubia y le parecía una grosería marcharse sin decirle nada. Una cosa era que estuviera enfadado con Séverine y otra muy distinta ser maleducado.

Y Albertine, al verlo, se había dado cuenta de que algo no iba bien y con sus dotes de psicóloga le había sonsacado lo ocurrido.

—Emplea el látigo con tu amiga —masculló Pierce, bebiéndose de un trago aquel licor verde del que había preferido no saber el nombre.

—Lo haré, no te quepa duda. Y ahora, por favor, pensemos en cómo solucionar todo esto antes de que acabes borracho perdido y tenga que llevarte a cuestras hasta tu habitación e intentes meterme mano.

—¿Te dejarías? —preguntó con sorna.

—Puede —respondió Albertine y él sonrió de medio lado, sintiéndose un poco estúpido—. Pero dejemos a un lado ese asunto.

—Qué lástima —murmuró Pierce con total sinceridad, pues un desahogo, por

tonto que fuera, podría al menos animarlo un poco.

—Concéntrate, señor Wesley. Has hecho las cosas mal, de acuerdo; no obstante, todo tiene arreglo —indicó ella muy optimista, dándole unas palmaditas en la espalda.

—¿Que he hecho las cosas mal? —repitió incrédulo—. Qué poco me conoces. Por lo general, rara vez, por no decir ninguna, he sido tan paciente con una mujer.

—Ése es tu punto de vista. A mí me parece que la has presionado sin más y ella... bueno, Séverine no es muy amiga de recibir presiones.

—Joder, sois demasiado retorcidas —se quejó.

—Puede ser... Sin embargo, ella piensa en ti, créeme —afirmó Albertine y le volvió a dar unas palmaditas en la espalda que a él lo jorobaron un poco, pues no necesitaba consuelo, sólo una maldita solución.

—¿No me has escuchado? —replicó fulminándola con la mirada antes de añadir —: Séverine pasa de mí como de la mierda, así que *c'est fini* —añadió.

Albertine suspiró. Tenía trabajo extra antes de volver a París. Al escuchar tras la puerta del baño la conversación de la noche anterior había pensado que ya estaba todo resuelto y había reservado un billete de tren, aunque por lo visto su compañera de piso y ex amante había decidido fastidiarlo en el último momento.

—Vale, éste es el plan. Regresemos a mi habitación. Son las cuatro de la tarde y, con un poco de suerte, Séverine regresará antes de las seis y nos pillaré juntos en la cama.

Pierce se atragantó con la bebida y escupió salpicándola.

—¿Qué?! —exclamó perplejo, mirándola como si tuviera tres cabezas, lo cual podría ser, porque el alcohol empezaba a afectarle.

Algunos de los clientes del bar se los quedaron mirando con evidente curiosidad.

Ella le dio, otra vez, unas palmaditas en la espalda para que se le pasara el susto.

—No te enjabones, que te corto el agua —dijo riéndose—. Sólo vamos a montar el numerito.

—¿Estás segura? —preguntó torciendo el gesto, pues si bien tenía claro que Albertine era lesbiana, su cuerpo, o mejor dicho una parte de su cuerpo, al verla desnuda y tan cerca, podía no atender a razones.

—Que sí, bobo. ¿Podrás hacerlo?

Pierce asintió no muy convencido, pues entre que iba algo bebido, el cabreo que tenía y la posibilidad de ver a la rubia en pelotas, su mente se armaría tal caca que a lo mejor acababa durmiendo la mona desbaratando cualquier plan.

Albertine le puso la cabeza como un bombo de regreso al hotel. Le advirtió que

nada de propasarse, que sólo debían fingir estar follando para que los sorprendiera Séverine y que, como mucho, consentiría algún que otro beso.

—Conociéndote deduzco que querrás ponerte encima —comentó sarcástico al llegar a la habitación, mirando todo aquello como si fuera una cámara de tortura.

—Ahora que lo mencionas... pues sí, puede ser una opción —respondió cantarina para nada afectada; no como él, que seguía sin estar convencido.

—Genial —masculló.

—Un poco de entusiasmo, por favor —le pidió Albertine con sorna.

—¿Nos desnudamos o no? —inquirió un Pierce cada vez más perdido, porque era la primera vez, y esperaba que fuera la última, que iba a hacer una estupidez por una mujer.

Si lo vieran sus ex fliparían. A él, que lo habían tachado de alérgico al compromiso.

Ver para creer.

—Sí, por supuesto —contestó ella algo más alegre.

Él se encontraba demasiado confuso como para reaccionar, así que dejó su ropa bien puesta sobre una de las sillas y se quedó con el bóxer, por si acaso; aunque llegado el momento de la «actuación», poco o nada disimularían si se viniera arriba y se metiera demasiado en el papel.

Procuró no mirar, no mucho en todo caso, a Albertine, pero no era un santo varón y, si bien ya le había visto las tetas, también podía, con un poco de suerte, ver el resto.

—¿Qué haces? —preguntó cuando ella caminó decidida hasta él, agarró su traje y lo tiró al suelo, arrugándolo sin piedad y depositando encima su vestido.

—Se supone que no hemos sido capaces de controlar nuestro deseo y, al sucumbir a la pasión, nos hemos arrancado la ropa el uno al otro.

—No me digas... —murmuró.

La miró con los ojos entrecerrados y cruzó los brazos, porque daba la impresión de que ella le estuviera vacilando.

—Ya sé que suena cursi y trillado; sin embargo, tiene que resultar creíble.

—Teniendo en cuenta que a ti te van las mujeres y que yo estoy casi borracho, no sé yo si funcionará, pero si tú lo dices... —comentó escéptico.

—Venga, a la cama —ordenó Albertine, quedándose tan sólo con el tanga.

Comportándose como dos extraños, cada uno ocupó un lado y se quedaron tumbados boca arriba, tapados con la sábana y mirando al techo como si esperasen la

llegada de una nave extraterrestre o a saber qué.

—Parecemos la típica imagen de la parejita de peli romántica *made in USA* —comentó ella.

—No veo pelis románticas —masculló Pierce, moviéndose ligeramente, ya que la incomodidad era palpable.

—No te duermas —musitó Albertine mirándolo de reojo.

—Pues ganas no me faltan —repuso en voz baja tras bostezar—. Hace siglos que no duermo una siesta.

—Habrá que echarle morbo al asunto, digo yo —contestó ella, volviéndose para darle la espalda—. Bien, abrázame, pégate a mí, pero con cuidado.

—Albertine, no soy de piedra —le advirtió Pierce mientras intentaba obedecer; sin embargo, pasar el brazo alrededor de su cintura y no pegar la entrepierna a su culo era complicado.

—Arrímate y pon cara de hombre excitado —le indicó Albertine entrelazando los dedos con los de él.

—La cara puede que no me salga, ahora bien, lo que es otra parte...

—Ya me he dado cuenta —dijo ella riéndose.

—No soy de piedra —repitió.

—Intenta al menos no restregarte como un perro baboso.

—De acuerdo —accedió obediente, aunque sabía que no hacerlo iba a ser complicado.

—Ahora escucha con atención: en cuanto oigas el ruido de la puerta, gimes bien alto y yo me encargo de hacer lo mismo. Cuidado con la sábana, que, si no, se descubre el truco.

—Y, ya puestos, ¿por qué no lo hacemos de verdad? —propuso para animarse.

—¿A que al final te doy una patada en los huevos?

Pierce se rio y le estampó un beso en el hombro.

—Tenía que intentarlo, compréndelo —se disculpó.

—Disculpas aceptadas.

—Oye, por si luego con todo el barullo y el sopapo que probablemente me dé Séverine se me olvida: gracias, eres la mejor amiga que un tipo puede tener.

—De nada. Es un placer y por haber sido tan sincero, arrímate un poco más, que hace tiempo que no tengo la oportunidad de sentir una polla tan cerca del culo.

—Joder, no me digas esas cosas que me vengo arriba y al final no tengo que fingir —se lamentó él entre dientes.

—Concéntrate —le recordó Albertine.

—¿Qué propones que hagamos para pasar el rato?

—Charlar un poco.

—De acuerdo —convino Pierce—. ¿Y de qué hablamos?

—Mmm... ¿Sabes cuál es la canción favorita de Séverine?

—La duda ofende —respondió—: *Je vais t'aimer*.

Vaya si la recordaba, cuando la escuchó por primera vez, no porque le apeteciera, sino porque Séverine la canturreaba a la menor oportunidad, se quedó impresionado con la fuerza de la letra y al final terminó por gustarle, en especial porque hubo un par de veces que ella se la tarareó al oído mientras se daban un buen revolcón.

—Pues más vale que la tengas en mente y a ser posible en tu móvil, por si es necesario.

—¿Eso no es jugar sucio y un chantaje moral? —preguntó, no porque le supusiera un dilema, sino por asegurarse.

—Me estás tocando las tetas, no te pongas ahora quisquilloso.

* * *

Séverine miró el reloj y se dio cuenta de que llevaba sentada en el viejo cajón de madera al menos dos horas, absorta en la lectura. Pensó que quizá debido a la discusión de la mañana no se concentraría en su trabajo; no obstante, lo había logrado, pues el diario de Priscilla Bouchart había logrado captar toda su atención, haciendo que olvidara malos rollos y a examantes.

Mientras leía, había aprovechado para tomar notas y comprobar que la protagonista de todo aquel embrollo había sido una mujer inteligente e intuitiva, a la que le había tocado vivir una situación desesperada, pero que con arrojo y voluntad había logrado salir adelante.

Se notaba que algunas páginas habían sido arrancadas, lo que la llevaba a suponer que la dueña del diario escondía, junto con los objetos de valor, sus propias vivencias. Más tarde, a solas, lo comprobaría; aun así, estaba casi segura al cien por cien.

—¿Hoy no ha venido el señor Wesley? —le preguntó Pascal, ahora mucho más prudente.

—No, él ya no vendrá por aquí. Así que relajaos.

—Vaya metedura de pata —terció Nestor acercándose también hasta ella—. Por

poco le parto la cara al jefe del cotarro.

—Podrías haberlo mencionado —se quejó Pascal—. Y ahorrarnos el bochorno por haberlo tratado como a un idiota.

—¿Y perderme la diversión? —inquirió ella sonriendo—. Venga, estad tranquilos, que no lo tendrá en cuenta.

—Eso espero. En fin, aquí está casi todo hecho. El cantero se ha llevado las piezas para limpiar las piedras con chorro de arena y en veinte días todo quedará montado. El soplagaítas del arquitecto ha estado también merodeando, pues resulta que han modificado el proyecto original —explicó Nestor.

—¡Cómo les gusta a los ricos dar por el culo con los cambios de última hora! —lo secundó su compañero de faena.

—Así que nosotros recogemos los bártulos y nos vamos.

—Perfecto. Y gracias por todo.

Séverine los despidió con afecto, porque desde luego pensaba contar con ellos en el futuro, pues aparte de buenos profesionales eran sin duda fáciles de trato y divertidos.

Luego, con el diario de Priscilla bajo el brazo, se dio un paseo por la galería que rodeaba el jardín, ahora convertido en un barrizal, imaginando cómo debió de ser aquello en su época de máximo esplendor: las plantas y arbustos que a buen seguro alegrarían la vista, además de proporcionar increíbles aromas naturales, creando un espacio inmejorable para el paseo y la meditación; incluso para algún escaqueo amoroso de esos que se describen en los libros.

Ponerse melancólica quizá no fuera lo mejor, pero no le importaba; al cabo de no mucho tiempo, aquello se convertiría en un establecimiento de lujo que, si bien estaría decorado con gusto y elementos de diseño únicos, carecería del encanto de las cosas antiguas.

Ocupó uno de los bancos de piedra adosados al muro, desde el que se podía contemplar el pozo del centro e inspiró. Lo que daría por ver aquel lugar como fue en su día... La actividad cotidiana de una casa señorial, las idas y venidas de los sirvientes, las conversaciones entre los habitantes, incluso los cotilleos de las criadas, los amoríos clandestinos, las citas amparadas por la noche, los enfrentamientos... En definitiva, la vida dentro de aquellos muros.

Abrió con cuidado el diario de Priscilla, su letra pulcra y sin florituras ayudaba a la lectura y, aunque debido al paso del tiempo la tinta se había difuminado en algunas palabras, podía, por el contexto, entenderlo sin problemas. Acarició la página con

cierta reverencia y sonrió. Pierce jamás comprendería la pasión que despertaba en ella tocar piezas antiguas, descifrar dobles sentidos que a ojos de otros no eran más que palabras... Leer entre líneas era, con mucho, una delicia, algo que desde luego no aportaba beneficios ni de lo que se podía presumir ante un consejo de administración.

Julio de 1667

Mi noche de bodas, ha sido, como preveía, un desagradable trance del que no he podido evadirme. Mi esposo, al que antes aborrecía con toda el alma y al que ahora sólo puedo desearle lo peor, ha intentado seducirme de forma galante; no obstante, yo me he limitado a cumplir con mi obligación conyugal, confiando en que me libere de la misma en cuanto regrese a la corte, donde sigue, a base de engaños, medrando.

Hay quienes piensan que yo debería estar agradecida por tener un esposo al que se colma de honores, pero es un amargo trago, pues mi amado padre sigue en prisión debido al incumplimiento por parte de Humbert de su promesa, algo de lo que no debería sorprenderme, porque es capaz de utilizar cualquier medio para continuar su ascenso social.

Ya no sé a quién más recurrir para desenmascarlo, pues son muchos los que se retraen ante su aumento de influencia y no desean ser señalados; incluso algunos de los que yo creía fieles sirvientes han decidido no hacerle frente, dejándome prácticamente sola.

Pero Langlois, mi detestado esposo, no conoce ni una centésima parte de mi determinación y sólo con la muerte dejaré de luchar.

Séverine suspiró emocionada, admirando el valor de aquella mujer que, teniéndolo todo en contra, seguía presentando batalla.

Miró a su alrededor, al cabo de poco debería marcharse... sin embargo, no lo hizo, pues quería leer la siguiente entrada.

Septiembre de 1667

La muerte de mi padre en prisión ha supuesto un duro golpe para mi estado de ánimo, ya de por sí deprimido tras confirmarme la comadrona mi estado. Era inevitable; sin embargo, albergaba la vana esperanza de que mi cuerpo fuera estéril, pues nada me hubiera procurado mayor satisfacción que privarlo de su ansiada descendencia.

El único consuelo que me queda es verme por fin libre de la presencia de mi

esposo, ya que él, más pendiente de sus intereses en la corte, ha abandonado Nuage Noir, dejándome como dueña y señora, pero convenientemente vigilada por dos hombres de su confianza. Teme, y no lo culpo por ello, que intente maniobrar en su contra.

Si bien nada me gustaría más, soy consciente de mis limitaciones; por tanto, sólo seguiré adelante con mi plan de ocultar cuanto me sea posible las joyas de mi familia.

Me ha resultado extraño que Humbert no haya preguntado aún por los tesoros familiares y sospecho que lo hará cuando los necesite para seguir comprando voluntades.

Era tan apasionante... Desde luego, aquel diario, además de resultar una lectura adictiva, también suponía una ayuda impagable para componer el rompecabezas. Puede que Pierce ya diera por acabadas las investigaciones, pero ella las continuaría; sólo esperaba que él no se lo pusiera difícil.

Recogió con cuidado el diario, envolviéndolo en un paño de algodón, y lo guardó en su mochila. Regresó al coche y condujo su Twingo en dirección al hotel. No veía el momento de darse una ducha y sentarse de nuevo a leer. Si bien el marco ideal para ello era sin duda Nuage Noir, no podía quedarse allí eternamente.

Subió a su habitación alicaída, pues, aunque se había esforzado en no pensar en Pierce, había tenido momentos de bajón y hasta se había planteado si tal vez había sido injusta con él.

¿Y si existía una posibilidad?

Podía ser remota, desde luego; sin embargo, ¿ella qué había hecho ante el optimismo de él? Pues echarle un jarro de agua helada, ni siquiera había tenido la deferencia de considerar la propuesta.

Necesitaba primero esa ducha relajante antes de continuar reflexionando.

Cerró la puerta de la habitación y frunció el cejo al encontrar la estancia a oscuras. Le pareció extraño que a media tarde las cortinas estuvieran echadas. Caminó sin encender la luz, dado que tras días alojándose allí conocía la distribución perfectamente. Su primera intención era dejar la mochila sobre la mesa de trabajo y, justo en ese instante, oyó un gemido. Se quedó paralizada, pues había sonado a gemido masculino. Se frotó la cara, tantas horas de trabajo pasaban factura y sin duda aquello era producto del cansancio.

—Mmm—oyó de nuevo, sólo que en esa ocasión le sonó más femenino.

Era ridículo, pero había sido real, no un producto de su mente cansada; además, la

connotación sexual no podía pasarse por alto.

—Mmm, sí... —jadeó una voz masculina que reconoció en el acto.
Una pesadilla en toda regla.

—¿Quieres hacer el favor de gemir bien? —siseó Albertine, enfadada por la pésima actuación que estaban llevando a cabo. No los iban a creer ni de coña.

Pierce lo hizo y saltaba a la vista que sus dotes para la interpretación eran más bien escasas, por lo que Albertine, para ayudarlo, metió la mano entre ambos y lo acarició por encima del bóxer, algo que surtió efecto.

—Oh, joder... —gruñó, porque puede que fuera un montaje, pero aun así se había empalmado.

A Séverine, aparte de fingir que no la afectaba, no le quedaba más remedio que encerrarse en el baño. No iba a montar una escena.

—Que se larga —murmuró la rubia, observando de reojo los movimientos de su amiga.

Pierce se apartó y comprobó horrorizado que, en efecto, Séverine, en vez de reaccionar como habían supuesto, se daba media vuelta y los dejaba tranquilos. Se apartó de Albertine, pero su reacción tardía tuvo consecuencias.

—Séverine... —murmuró.

Ella intentó no mirarlo y mucho menos caer bajo su influencia.

—No os molestaré, recojo mis cosas y me largo para que podáis continuar con lo vuestro —afirmó, procurando no sonar sarcástica.

Y antes de que pudieran impedirselo, se encerró en el baño.

—Joder... —masculló él, peinándose con los dedos—. Si ya sabía yo que este circo, aparte de ser ridículo, no podía salir bien de ninguna manera.

—Oye, guapo —lo increpó Albertine—, no tenías la menor idea de cómo retenerla, así que no te quejes.

Pierce la fulminó con la mirada.

—¿Y ahora qué? —inquirió él.

—No lo sé —respondió sincera—. Deberías haberte esforzado más, no se lo ha tragado. Vaya mal que finges, dicho sea de paso.

Pierce la miró como si le faltara un tornillo.

—No he tenido que fingir en mi vida cómo echar un polvo y menos con una lesbiana como acompañante —replicó sarcástico.

—Se supone que un tío, a poco que lo estimulen, reacciona y, bueno, creo que eso que llevas colgando ha reaccionado —apuntó en el mismo tono.

—Encima eso, empalmado para nada —se quejó Pierce—. La próxima vez fingiré mejor —añadió de mala hostia.

—¡Cómo se nota que eres un hombre...! —exclamó ella, negando con la cabeza—. La de veces que he tenido que actuar yo para que me dejaran tranquila.

—No veas cómo lo siento —mintió él—. Pero ahora tus experiencias con los hombres no me sirven de mucho.

—Discutiendo no vamos a llegar a ninguna parte —dijo Albertine frunciendo el cejo, mientras pensaba en el siguiente movimiento—. Sólo nos queda una opción.

—Ilústrame —pidió con escepticismo.

—En cuanto salga del baño la agarras y, sin darle oportunidad de huir, que Séverine es rápida en eso, la besas y la convences de que lo mejor es estar juntos.

—En teoría es un plan cojonudo; sin embargo, ya lo he intentado y sin éxito —le recordó con retintín—. Y ahora encima estará enfadada porque nos ha pillado en la cama.

—O excitada, nunca se sabe —puntualizó ella.

Pierce negó con la cabeza. La lista de despropósitos iba en aumento y encima Séverine iba a marcharse. Un hombre puede hacer un cierto número de veces el idiota, pero en su caso estaba batiendo todo récord.

—Escucha, te agradezco todo el esfuerzo, de verdad, pero así no va a funcionar. Séverine nunca ha sido una mujer celosa y no va a empezar a serlo ahora, y menos siendo tú la protagonista —reflexionó él, mostrando su desánimo.

—Vale, admito que mi plan tiene lagunas y más si a ella le da por recordar que no es la primera vez que te pilla en la cama con otra...

Pierce hizo una mueca, pues llevaba razón.

—Encima echa sal a la herida —se quejó.

—No seas tonto. Lo que trato de decirte es que si a pesar de todo durante estos años en los que por idiotas habéis estado separados, ella ha pensado en ti y no ha sido capaz de sustituirte por otro, y que conste que lo ha intentado, es porque, y llámame ilusa si quieres, el vínculo entre vosotros es fuerte, así que deja de hacer el gilipollas y échale huevos.

Él prefirió no replicar y se quedó de pie a la espera de que Séverine abandonara el cuarto de baño, evitando mirar a su compañera de cama, que seguía prácticamente desnuda y sin mostrar incomodidad por ello.

Como escena surrealista, aquélla se llevaba la palma.

Ambos se pusieron en guardia al oír el chasquido del cerrojo de la puerta del baño.

—No hacía falta que montarais este numerito para llamar mi atención —les recriminó Séverine, caminando por la habitación en dirección al armario en busca de ropa limpia—. Espero que al menos hayáis podido disfrutar un poco —añadió con ironía.

—No mucho, la verdad —admitió él observándola. Llevaba sólo una toalla, fácil de quitar, aunque dudaba que fuera una idea acertada. Se acabaron las bobadas, lo más adecuado era hablar con claridad.

—Mentiroso —lo corrigió Albertine—; se te ha puesto dura.

Pierce la fulminó con la mirada.

—Mirad, estoy cansada, sin ganas de soportar vuestras estupideces. Si queréis echar un polvo o jugar al parchís, me trae sin cuidado —dijo Séverine—. Así que, por favor, no me volváis loca.

—Dale una oportunidad al menos —le pidió su amiga señalando a Pierce, hablando ya en serio. Se sentó en la cama y los miró—. El chico se está esforzando y, teniendo en cuenta la capacidad limitada de los hombres para estas cosas...

—Gracias —masculló el aludido.

Séverine había reflexionado, y mucho, durante la ducha. Cada vez estaba más convencida de que debía darle al menos la oportunidad. Ciertamente ella no iba a renunciar a su trabajo ni por él ni por nadie; sin embargo, quizá pudiesen hacer un esfuerzo, o al menos tener una despedida agradable, nada de repetir los errores del pasado.

Inspiró hondo, se ajustó la toalla con la que se cubría y se acercó despacio hasta Pierce. Un día, no muy lejano, se echaría a reír por la escena que habían montado esos dos. ¡Mira que intentar darle celos! Además de absurdo era improbable que se creyera aquel montaje, pues hacía siglos que Albertine no se follaba a un tío.

—Séverine... —murmuró él cuando llegó a su lado.

Ella le tapó la boca con la mano para impedirle hablar y lo miró a los ojos.

—Hagamos bien las cosas... —sugirió.

—Creo que ha llegado el momento de dejaros a solas —intervino Albertine tras agacharse y ponerse la camisa de Pierce.

Él no supo cómo interpretar ese gesto, así que optó por no decir ni pío.

—No, quédate —dijo Séverine.

—¿Qué? —gritaron al unísono los otros dos al oír sus palabras, además de mirarla como si hubiese perdido un kilo de tornillos.

—Pero ¿qué estás diciendo? —replicó su amiga ante la perplejidad de Pierce, que no entendía a qué jugaban aquellas dos.

No obstante, en vez de explicárselo con palabras, Séverine comenzó a acariciarle el torso con una mano, deslizándola hacia abajo y recuperando una erección que él creía desperdiciada. Después de ponerlo a tono, extendió la otra, instando a su amiga a que se les uniera.

Él gimió al sentir aquella caricia sobre su piel o quizá el motivo fue lo que se recreó en su mente, pues aquello había sonado a invitación.

—¿No querías meterle mano? —preguntó Séverine mirando a su amiga, sin dejar de tocarlo a él—. Pues hazlo.

—No me jodas... —gruñó Pierce, confuso, pues su ADN le decía que «¡Venga, fiesta, dos para uno!», aunque su sentido común se ponía en plan serio, recordándole que quizá podía estropearlo todo si se lo montaba con ambas.

Séverine se echó a reír y lo besó en el hombro.

—No me jodas... —repitió Albertine—. Yo no me lo quiero tirar, no me gusta.

—No sé si sentirme humillado o halagado.

—Hazlo por mí —pidió Séverine, y rompió el contacto con él para acercarse a su amiga, que permanecía de pie, inusualmente inactiva, pues seguía perpleja ante semejante propuesta; le resultaba muy extraño que su casi siempre moderada compañera de piso se atreviera a algo semejante.

Séverine comenzó a abrirle la camisa que se había puesto, la de Pierce, dejando su espectacular delantera a la vista.

—Te excita más de lo que quieres admitir —susurró Séverine, para que sólo Albertine la oyera, pues al acariciarle los pezones notó que se le habían endurecido.

—¿Estás convencida? —preguntó su amiga, mirándolo fijamente a él.

—Me temo que sí —masculló Pierce, que observó con una creciente preocupación y excitación cómo ambas, delante de sus narices, lo provocaban al besarse sin medias tintas. Respiró hondo y acabó rindiéndose... ¿Qué otra cosa podía hacer en tales circunstancias?

Se acercó despacio a ellas, situándose tras Séverine, pues era, sin lugar a dudas, mucho más segura aquella posición. Colocó las manos en sus caderas y se pegó a ella, frotándose un poco contra su trasero mientras las escuchaba gemir, algo que por cierto lo excitaba como ninguna otra cosa.

Y eso que no era la primera vez que se enrollaba con dos mujeres a la vez, una fantasía que todo hombre tiene y que se afana en cumplir, pero la diferencia en aquel caso era significativa, pues él sabía que a una de las dos no iba a poder tocarla más allá de un mero roce, porque dudaba de que Albertine se lo consintiera. Además, prefería meterle mano a Séverine y ver la reacción de su amiga.

Sí, definitivamente aquél era el camino a seguir.

Y, de todas formas, ¿qué podría ser peor? ¿Que la rubia le atizase un bofetón o tener que conformarse con autosatisfacerse mientras ellas dos se lo montaban delante de él?

Continuó acariciando las curvas de Séverine por encima de la toalla y, justo al llegar a la altura de las axilas, se ocupó de quitársela. Apartó el pelo, aún húmedo, y la besó en la nuca, en los hombros, sin dejar de mover las manos por sus costados, y todo mientras ella seguía tocando a Albertine, que llevaba aún puesta su propia camisa.

Morboso a más no poder.

—Bésalo, anda, que se muere de envidia —musitó Albertine dándole la vuelta a Séverine para que quedase frente a él.

Y ella sonrió, obediente, y le rodeó el cuello con los brazos antes de devorarle la boca. Gimió bien fuerte, sin duda encantada, y no se conformó con abusar de sus labios: también se restregó contra su torso, disfrutando de la estimulación que de ese modo recibían sus pezones, ya duros de por sí tras el intenso magreo con su amiga.

Pierce, como no podía ser de otro modo, la abrazó y respondió con más ímpetu que ella, aprovechando para empujarla hacia la cama, aún deshecha tras el amago de revolcón; no obstante, alguien lo frenó en seco.

—Esto sobra —dijo Albertine, agarrándole del elástico del bóxer.

Pierce la fulminó con la mirada y ambas se echaron a reír, contagiándolo.

Y, antes de que pudiera decir una palabra, la rubia le bajó la ropa interior y le dio de propina un buen mordisco en el culo.

—No te quejes tanto —susurró Séverine y le acarició con mimo la zona, sin dejar de sonreír ante el atrevimiento de su amiga—. Podría haber sido peor...

—No más mordiscos —les advirtió.

—Quizá, al final, seas tú quien los pida —replicó Albertine sugerente.

—No lo asustes —pidió Séverine sin dejar de mirar a Pierce, mientras deslizaba una mano hacia abajo, más despacio de lo que él hubiera querido, hasta agarrarle la polla y comenzar a masturbarlo.

—Es verdad, que nos tiene que durar un buen rato —la secundó Albertine.

A Pierce ese comentario, dirigido directamente a su hombría, le pareció una provocación en toda regla y por tanto prefirió no replicar con palabras y ceñirse a los hechos. Aquellas dos liantas se iban a enterar de sus capacidades si encontraba la motivación adecuada, y lo cierto era que en aquella habitación de hotel había motivación para dar y tomar.

Así que, estimulado como nunca, agarró a Séverine y la tumbó en la cama, dejándola sorprendida pero muy receptiva, pues le separó las piernas para acomodarse sin problemas. Por supuesto, aprovechó para chuparle un pezón de forma grosera y sonora, logrando que ella se retorciera y gimiera pidiéndole más.

Albertine se sentó a un lado y se inclinó para besar a su amiga en la boca. Pierce levantó un instante la mirada y gruñó encantado y cachondo con la visión; sin embargo, no se desvió de su objetivo, por mucho que verlas lo incitase a otra cosa, y se movió hacia abajo con la firme intención de llegar a su entrepierna y darle un buen repaso, pues Séverine se volvería loca con una excelente ración de sexo oral.

—Abre un poco más las piernas —exigió, mientras se arrodillaba y comenzaba a besarle la sensible piel del interior de los muslos, como paso previo antes de centrarse en lo importarte.

Séverine jadeó y arqueó su cuerpo, sin duda preparándose, y él se limitó a recorrer con la yema del dedo sus labios vaginales, evitando de manera deliberada rozarle el clítoris.

Y ella, expectante, controlaba a duras penas las ganas de gritarle que se dejara de rodeos, porque Albertine mantenía su boca ocupada, besándola, mordisqueándola, a lo que ella respondió metiendo una mano entre sus piernas para estimularla.

Pierce alzó un instante la mirada al escuchar un profundo gemido, muy diferente del que había emitido Albertine cuando fingía junto a él. Tragó saliva al contemplar la mano de Séverine masturbándola.

—Joder... —masculló inspirando hondo, antes de volver a lo suyo.

Decidió que ya estaba bien de jugar y se aplicó a fondo para buscar cada punto sensible, primero con los dedos, penetrándola con dos para llegar a cada terminación nerviosa y ponerla en el disparador, con precisión, para después utilizar la punta de la lengua y presionar justo en el clítoris hasta escuchar unos gemidos de lo más indicativos. Sin embargo, deseaba que fuera todo mucho más intenso, incluso destructivo, para que de una maldita vez a Séverine le entrara en la cabeza que aquello sólo se producía entre ambos; por eso deseaba oír el grito casi lastimero,

exigiéndole, maldiciéndolo incluso, pero que confirmaría su intuición.

—Un poco más fuerte —ordenó Albertine jadeante.

—Sé cómo hacer esto —repuso, porque no le gustaba nada que cuestionaran su técnica.

—No te lo decía a ti —añadió ella.

Pierce, de no haber tenido la cabeza metida entre las piernas de Séverine, se habría echado a reír a carcajadas, aunque la situación lo obligaba a no hacerlo.

Mantuvieron aquella combinación unos minutos más: él provocándola con la boca, Séverine gimiendo, arqueándose y masturbando a Albertine, y ésta mordiéndose el labio mientras disfrutaba de aquel placer, sabiendo que con toda probabilidad no volvería a repetirse, pues dudaba que él aceptara de nuevo compartir a Séverine.

Albertine, pese a estar encantada, decidió provocarlo un poquito más. Se apartó de su amiga y, maniobrando con rapidez para sorprender a Pierce, se situó de tal forma que pudo agarrarle la erección.

Éste, perplejo, dio un respingo y masculló desconfiado:

—¿Qué estás haciendo?

—Una excepción; ya me lo agradecerás —respondió insinuante.

Pierce seguía sin fiarse.

—Pensé que a las lesbianas no os gustaba una buena polla —adujo sólo por disfrutar del placer de su réplica.

—¿Os vais a poner a discutir ahora? —terció Séverine a medio camino entre el enfado y el orgasmo.

—Ha empezado ella —la acusó Pierce.

—¿A que no te la chupo? —replicó Albertine sin soltarlo.

—No he dicho nada —murmuró sumiso, reculando en el acto, porque, de no hacerlo, perdería la posibilidad de una buena mamada a cargo de una lesbiana. ¡Como para ponerse quisquilloso!

Para llevar a cabo los planes, hubo que reajustar posiciones, lo cual resultó divertido y un nuevo motivo de provocación, hasta que por fin cada uno se concentró en su tarea.

Pierce no se lo podía creer. La rubia demostraba una habilidad alucinante en el arte de la felación, comentario que, por supuesto, se abstuvo de hacer en voz alta para que ella no se apartara. Después vería el modo de devolverle el favor; si Albertine lo aceptaba, claro.

Recostado de medio lado para poder continuar entre las piernas de Séverine y de

paso que le hicieran la mamada, intentó no volverse loco y para ello cerró los ojos, pues la imagen de Albertine chupándosela resultaba demasiado perturbadora y, si no quería dejar a Séverine a medias, más valía que se aplicase.

Con esfuerzo, conteniéndose, recorriendo con la lengua cada punto sensible de su sexo y sin dejar de utilizar los dedos, llevó a Séverine a lo más alto y se ocupó de que alcanzara un buen orgasmo, y sólo cuando oyó el gemido lastimero pudo por fin respirar tranquilo.

Ella, por su parte, en cuanto fue capaz de moverse, lo hizo con rapidez y se colocó junto a él buscando su boca, besándolo y susurrándole las primeras estrofas de *Je vais t'aimer*, tan desgarradoras como morbosas, lo que sumado a la pericia de Albertine hizo que Pierce se estremeciera de la cabeza a los pies, y aunque estuvo a punto de apartarse de aquellos labios por si a la rubia le molestaba que eyaculara en su boca, no fue necesario, pues ella demostró sus habilidades hasta que él emitió un gruñido de satisfacción al correrse, tan fuerte que las dos se miraron sonrientes.

—Joder con las lesbianas... —farfulló Pierce llevándose una mano al pecho, porque el corazón le latía a mil por hora.

Albertine gateó por encima de él y le mordió el labio inferior.

—¿Decías?

—Nada, sólo pensaba que voy a estar en deuda contigo de por vida —admitió él, diciendo una verdad como una catedral, y no se refería exclusivamente a lo que acababa de suceder.

—Muy cierto... —dijo ella sugerente y, en vez de seguir encima de él para exigirle reciprocidad, miró a Séverine—. ¿Me la prestas un ratito? —Pierce tragó saliva y asintió—. Puedes mirar... Si te atreves, claro...

Y vaya si miró, tanto que ni pestañeó.

No quería abrir los ojos de ninguna de las maneras.

Se estiró en la cama y entonces cayó en la cuenta de que estaba más sola que la una. Bueno, teniendo en cuenta que se había acostado con otras dos personas, era para empezar a preocuparse. Séverine terminó por abrir los ojos... ¿Por qué no estaba en la habitación que compartía con Albertine?

Desde luego, vaya forma de empezar el día, cuando aún no había asimilado todo lo acontecido por la noche, tenía que rellenar lagunas mentales, porque lo de la teletransportación quedaba descartado.

Se sentía igual que tras una noche de exceso alcohólico, sólo que en su caso había sido sobredosis de sexo, si aquello podía llegar a ocurrir.

Porque tras el primer orgasmo, producto de las habilidades orales de Pierce, se había ocupado de su amiga, besándola, tocándola... y todo bajo la atenta mirada de él, lo cual sin duda añadía un componente excepcional, casi tan erótico como la caricia más experta.

Y todo ello aderezado con buen humor, pues tanto Pierce como su amiga no dejaron de provocarse con comentarios no siempre relacionados con el momento, aunque éstos ya se habían convertido en un clásico. De todo lo ocurrido, el instante más intenso fue cuando él la besó con tal delicadeza y cariño que a Albertine le fue difícil contener las lágrimas. Y no sólo tuvo ese detalle, también le susurró un «gracias» que sonó muy muy sincero.

Y, para asombro de todos, la rubia, en vez de responder de forma cáustica, como era de esperar, lo abrazó y susurró:

—Gracias a ti.

Con todos esos retazos en la cabeza, Séverine intentó entender cómo, después de todo, Pierce había conseguido arrastrarla a su suite; lo más probable era que hubiese aprovechado esa especie de modorra poscoital tan oportuna, lo que no lograba entender era por qué la había dejado sola y abandonada, cuando se suponía que, tras la intensidad de la velada, al menos se molestaría en despertar junto a ella.

Y entonces le vino a la mente un pensamiento preocupante a la vez que dañino: ¿y si Pierce, llevado por el afán de venganza o por darle una lección, había decidido

largarse sin siquiera decirle adiós?

Al reflexionarlo se sintió verdaderamente mal, tanto que se incorporó de repente en la cama y se esforzó por no llorar y maldecirlo.

Bueno, si él había decidido largarse sin despedirse, no podía culparlo ni cabrearse, pues a nadie le resultaba agradable recibir un plantón; no obstante, debía ser justa y admitir que ella tampoco había estado muy fina.

Así que lo mejor, para no deprimirse, no mucho en todo caso, era levantarse, recoger sus bártulos y volver, tal como estaba previsto, a París con Albertine, que se había encargado de sacar los billetes de tren. Por supuesto, regresaría a Carcassonne para continuar su investigación sobre Priscilla Bouchart.

—¿No vas a desayunar?

Séverine se sobresaltó, pues sumida como se encontraba en sus pensamientos, no lo había oído entrar. Lo miró frotándose las sienes y no le gustó nada lo que vio, pues Pierce iba hecho un figurín, con uno de aquellos carísimos y exclusivos trajes, peinado y afeitado; es decir, listo para ir a una reunión de trabajo y tomar en mando, algo muy propio de él.

—Pues no —replicó un tanto brusca—. No tengo tiempo, he de hacer la maleta.

—Antes debemos aclarar ciertos asuntos, ¿no te parece?

—Lo sé —admitió suspirando—; sin embargo, déjame volver a mi rutina, reorganizarme y te prometo...

—Ni hablar —la interrumpió mientras le servía un café y se lo acercaba hasta la cama.

—Gracias —murmuró ella.

Pierce le concedió unos minutos para que se lo tomara, le dio la espalda y se acercó a la ventana. El día había amanecido nublado, pero ese detalle era irrelevante. Llevaba más de una hora organizándolo todo y eso sí resultaba importante.

Miró por encima del hombro y vio que Séverine lo observaba; se había puesto una de sus camisetas y tomaba el café a pequeños sorbos. Estaba preciosa y, si de él dependiera, podrían compartir muchos desayunos semejantes.

—¿Puedo ir al baño antes de mantener esa conversación tan importante? —preguntó con retintín.

—¿Por qué cada vez que oyes la frase «tenemos que hablar» sufres problemas de incontinencia?

—Muy gracioso. ¿Puedo o no ir al baño?

Él se limitó a asentir, pues no merecía la pena entrar al trapo, quería que todo

transcurriese de la forma más tranquila posible.

Séverine no tardó mucho en volver. Pierce hubiese querido que se acercara a él, pero no lo hizo y se limitó a sentarse en el borde de la cama. Adoptó una actitud un tanto resignada que a él no le gustó, pues no era muy adecuada para hablar.

—¿Y bien?

Desde luego, por el tono, Séverine no se mostraba muy proclive a conversar, pero eso no iba a desanimarlo, ni mucho menos.

—No hace falta que te repita cuál es mi intención, simplemente quiero que de una vez admitas la realidad.

Ella se frotó la cara y suspiró; era evidente que aquello la superaba.

—Escucha, no quiero discutir, mi idea es marcharme con un buen recuerdo de todo lo que nos ha ocurrido. Sobre todo ahora que sé la verdad. Te prometo que hablaremos en persona, no me pidas más...

Se puso en pie y se acercó a él, algo que Pierce no esperaba.

—Séverine, joder, ven conmigo —insistió.

—No voy a renunciar a lo que me apasiona, ya lo sabes. Y tampoco quiero perder el contacto contigo, Pierce. Podemos vernos...

Él la atrajo hacia sí antes de hablar.

—Sabes muy bien que eso, a la larga, lo estropeará todo, maldita sea. ¡Haz un puto esfuerzo! —exclamó y, pese a saber que alzar la voz no era muy acertado, no pudo contenerse.

—¿Y qué otra opción hay? —replicó ella con escepticismo.

Pierce, en ese instante, se sintió desanimado; otra vez se repetía toda la historia, como si la noche anterior no hubieran conectado. De nuevo Séverine se encerraba en sí misma, eliminando cualquier posibilidad de convencerla.

O encontraba un argumento de peso o todo se iría a la mierda. Pero cuando uno piensa bajo presión suele ser más complicado hallar la idea precisa, y más se complica aún si a algún imbécil le da por molestar llamando por teléfono.

Soltó un juramento y se apartó de ella para responder a la llamada. Desde luego, el primer imbécil había sido él mismo, por no apagar el maldito trasto.

—¿Sí? —respondió de malas maneras.

—Buenos días, señor Wesley —lo saludó Mary Ann, siempre amable y profesional.

«¡Qué oportuna!», pensó Pierce, mirando de reojo a Séverine.

—¿Qué ocurre?

—He recibido una llamada de Grant Safe & Solutions anulando la cita de pasado mañana —le informó Mary Ann y él resopló.

—De acuerdo —murmuró, resignado ante la incompetencia de aquella empresa—. Organiza otra reunión para... —Se detuvo. Joder, qué imbécil estaba siendo y todo por no pensar...

¿Cuál era la pasión de Séverine?

¿Para qué había contratado los servicios de Grant Safe & Solutions?

—Espera, no, no hagas nada —añadió, ocultando su sonrisa, pues nunca antes una muestra de falta de profesionalidad, intolerable en cualquier otra circunstancia, fue tan beneficiosa.

—¿Seguro? —inquirió Mary Ann extrañada, pues por lo general su jefe siempre se mostraba poco o nada tolerante con cambios de última hora o con incumplimientos injustificados.

—Sí —confirmó, pues aún no quería mostrar su juego; si todo se desarrollaba como estaba pensando, los mandaría a paseo y si le apetecía hasta les pondría una demanda por ineptos.

—De acuerdo entonces, señor Wesley —dijo Mary Ann—. También he de hablarle de otro asunto... más delicado.

Él no podía dar crédito. Joder, así no había forma.

—Di lo que sea, y sé breve, por favor.

—Aquí en su despacho, le está esperando una persona...

El tono de Mary Ann no presagiaba nada bueno.

—Sea quien sea, dale cita para la semana que viene —contestó, dispuesto a cortar la comunicación.

—¿Pierce? —dijo una susurrante voz femenina al otro lado de la línea, que le puso los pelos de punta. La conocía demasiado bien.

Maldita sea.

—Keiko, ¿qué narices haces ahí? —preguntó, procurando no sonar muy desagradable, pues su ex mostraba tendencia al melodrama. La muy bruja le había arrebatado el teléfono a la siempre modélica Mary Ann.

—Me he dado cuenta —empezó ella dando muestras de estar pasándolo fatal, pues hasta lloriqueaba e hipaba— de que no puedo vivir sin ti. He sido una estúpida; el orgullo, mi estúpido orgullo, ha nublado mis acciones, sólo tras haberte perdido he sido consciente de lo mucho que te quiero...

—Corta el rollo —la interrumpió él, pues aquellas lágrimas de cocodrilo que

seguramente estaba soltando no eran sino parte de su actuación—. Y devuélvele el teléfono a Mary Ann.

Séverine, que hasta el momento se había mantenido un tanto ajena a la conversación, pues entendía que se trataba de un asunto de negocios, dio un respingo al oír el nombre de la secretaria.

—¡Soy tuya, Pierce, recuérdalo...! —gritó Keiko.

—Señor Wesley, lo siento —intervino su secretaria.

—Llama a los de seguridad y que se ocupen de echarla a la calle, también díles bien claro que no vuelvan a permitirle el acceso.

—Muy bien, así lo haré.

—¡Pierce! —gritó de nuevo Keiko, mostrando su desesperación—. ¡Tienes que ayudarme!

Traducido, que estaba sin blanca, pensó él.

—Gracias por todo, Mary Ann. Ya te avisaré de mi regreso.

Guardó el móvil, asegurándose de que no volvieran a molestarlo y se acercó a Séverine para retomar la conversación.

—¿Hablabas con Mary Ann? —preguntó ella un tanto suspicaz.

—Es mi secretaria —replicó haciéndose el tonto—. Es lo normal.

—Vaya, pensé que la habías castigado.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por venganza? ¿Porque no permites que nadie toque tus cosas? —propuso con sarcasmo.

—Muy graciosa, pues no. Y, para que lo sepas, Mary Ann se tomó una semana de vacaciones, como le sugerí, para recapacitar; nunca la despedí. No soy tan estúpido como para prescindir de una empleada tan cualificada por motivos tan peregrinos como meterse en la cama con una de mis amantes —repuso, incluyéndola deliberadamente en el saco de mujeres con las había estado, sólo por ver su reacción.

—Me alegro por Mary Ann —susurró ella, evitando entrar en su juego.

Pierce, que no quería desviarse de su objetivo, la pegó a su cuerpo. Ya le explicaría en otro momento que una cosa era sorprenderse al ver a su secretaria desnuda a punto de montárselo con la mujer que se supone que no ha podido olvidar y otra muy distinta ser un necio y despedirla.

—Olvídate ahora de ella.

Séverine le acarició la mejilla y le dio un beso rápido en los labios, puesto que tenía que marcharse ya o perdería el tren.

—Prometo volver a verte —susurró y él negó con la cabeza.

—Antes escucha la propuesta que he de hacerte...

—Pierce... no sigas —se lamentó.

—Soy muy consciente de lo mucho que has luchado y trabajado para llegar hasta donde estás. Soy testigo de que eres una de las mejores profesionales y nunca ha sido mi intención que lo dejes todo, ni por mí ni por nadie. Sin embargo, no voy a perderte.

—No me vas a perder —lo corrigió—. Ya te he dicho...

Pierce la besó para cortar aquella letanía que lo sacaba de quicio. Fue, o al menos lo intentó, delicado y evitó ponerse como una moto antes de tiempo.

—Escucha mi propuesta —musitó, mirándola a los ojos y respirando ya más acelerado de lo normal—. Quiero que te encargues de catalogar, digitalizar y organizar todo el archivo documental de mi familia.

Séverine abrió los ojos como platos y se llevó una mano al pecho, impresionada como poco.

—No lo dices en serio —murmuró desconfiando, pues no era para menos.

Era demasiado bueno para ser cierto, además de una inmensa responsabilidad.

—Tendrás acceso ilimitado a todos los archivos, documentos y demás papeles. Dirigirás a los ayudantes que consideres oportuno contratar —añadió, dejándola patidifusa.

Ella inspiró hondo, a punto de echarse a llorar.

Para evitar hacerlo y quedar como una niña, se apartó de él y le dio la espalda, pero Pierce no se lo permitió y enseguida se colocó tras ella, abrazándola desde atrás.

—Sólo responderás ante mí, aunque, si te soy sincero, yo no tengo ni puta idea de esos asuntos, por tanto trabajarás con absoluta libertad.

—Pierce...

—Y como todo está manga por hombro, pues la empresa que contraté ha sido ineficaz y a ti te gusta ser meticulosa, va a ser un trabajo duro y te va a llevar años...

—agregó, ocultando su sonrisa.

—¿Por qué me haces un regalo semejante? —acertó a preguntar ella, pues era tal el nudo que tenía en la garganta que hablar le era cada vez más difícil.

—¿Regalo? ¡No sabes lo que estás diciendo! —la contradijo—. Te adelanto que vas a tener que dedicar muchas horas, buscar en los almacenes, desempolvar cajas y cajas apiladas, leer infinidad de documentos... No es un regalo, te lo puedo asegurar, más bien un castigo —bromeó sin soltarla.

—¿Te has propuesto hacerme llorar? —protestó, limpiándose las primeras

lágrimas.

—Me lo he propuesto todo, Séverine...

Ella inspiró e intentó sonreír mientras se volvía en sus brazos para mirarlo a la cara.

—Siempre tienes que salirte con la tuya —dijo en voz baja.

No era un reproche y él asintió. Y si lo era, pues bienvenido.

Entonces Séverine cerró los ojos y lo besó, acariciándole el cuello y gimiendo en cuanto el beso se tornó más intenso. Notó las manos masculinas desplazándose desde su culo hacia arriba, por debajo de la camiseta, logrando que se le pusiera la carne de gallina y, de paso, se excitara. Apretó los muslos y continuó besándolo y jugando con los botones de su camisa.

—¿Doy por hecho que aceptas mi propuesta?

—Mmm —ronroneó como respuesta, acercando los labios a su garganta y lamiéndole allí.

—Séverine... —gimió y no lo pensó dos veces.

Pierce, envalentonado no sólo por el hecho de que por fin podría tenerla a su lado, sino por una mano que se intentaba colar dentro de sus pantalones, y con ganas de celebrarlo, la fue empujando hasta llegar al borde de la cama.

Ella se dejó hacer, tumbándose y alzando los brazos para instarlo a que hiciera lo mismo. Pierce sonrió de medio lado y, por supuesto, se unió a ella, adoptando el papel atacante, pues fue directo a por su boca. Le mordisqueó los labios al tiempo que le levantaba la camiseta. Vio sus pezones erguidos y se relamió antes de inclinarse y succionar uno de forma contundente y sonora.

Desde luego, su intención era seguir avanzando, pero cuando estaba a punto de cambiar de pezón, ella lo detuvo.

—¡Espera!

—¿Qué? —masculló, contrariado por la interrupción.

—Préstame tu móvil, por favor —le pidió impaciente.

—Séverine, no es por no hacerte caso, pero te recuerdo que estamos en medio de algo importante —contestó con ironía.

—Lo sé, pero Albertine me estará esperando, debo avisarla —repuso ella, birlándole el teléfono, que él se había guardado en el bolsillo del pantalón.

Marcó deprisa el número de su amiga.

—Mi querido señor Wesley, ¿qué puedo hacer por usted? —fue el cantarín saludo de Albertine.

—Soy yo —dijo Séverine—. Tengo algo que decirte...

Pierce permaneció sentado en la cama, impaciente, con los brazos cruzados a la espera de que ella hablara por teléfono y con cara de «no me lo puedo creer».

—Espero que sea importante —comentó Albertine.

—Sí, lo es. Sé que habíamos hablado de volver juntas a París, en cambio...

—¡No seas petarda! Si estás con él, me parece genial.

—Pero...

—Ni peros ni nada, cariño —la interrumpió Albertine—. Disfrútalo, vive, haz lo que te pide el cuerpo y ve con él.

—¿Y qué pasa contigo? —inquirió preocupada—. Seguro que, por mi culpa, por esperarme, has perdido el tren.

—No pienso volver en tren a París —contestó alegre.

Fue entonces cuando Séverine sospechó, ya que, debido a la emoción, había pasado por alto el ruido que se oía mientras hablaban.

—Explícate —exigió.

—Hace ya más de media hora que me ha recogido en el hotel un espectacular coche, no me preguntes la marca ni el modelo, porque sabes que no entiendo, con chófer y con la orden de llevarme a casa. Y aquí estoy, viajando como una rica y famosa, y desayunando champán y fresas, ¿qué te parece?

Séverine miró al que con toda probabilidad era el responsable.

—¡No me has esperado! —le reprochó a su amiga.

—Oye, tengo que dejarte, pierdo la cobertura...

Era evidente que Albertine había cortado la llamada fingiendo falta de señal. Entonces Séverine se acercó a Pierce para devolverle el móvil.

—Así que lo habías planeado todo...

—Si te soy sincero, sólo una parte —admitió—. Me he encargado de agradecerle a Albertine su ayuda. Sí, no lo niego, el resto ha sido suerte.

—¿Y si llego a decirte que no? —planteó desafiante.

—Pues no me hubiera quedado más remedio que atarte, llevarte escondida en el maletero hasta el aeropuerto y meterte en un avión —confesó como si tal cosa.

—Tú nunca improvisas... —murmuró Séverine acercándose despacio.

Cuando estuvieron frente a frente, se quitó la camiseta y la tiró por encima del hombro; después se subió a horcajadas sobre él, le quitó las gafas y comenzó a jugar con los botones de su camisa.

—Intento no hacerlo —siseó encantado cuando ella posó las manos sobre su

pecho y le clavó ligeramente las uñas.

—Bueno, pues ya improviso yo...

—No me lo puedo creer...

—¿Mmm?

—Acabamos de echar un polvo de esos que hacen historia, qué digo historia, ¡no creo que pueda repetirse algo semejante!

—Exagerado... —se rio ella.

—Nos hemos reconciliado, te he cantado al oído tu canción favorita...

—Desafinando, por cierto —lo interrumpió para provocarle un poco y él achicó los ojos.

—Te he dejado comer en la cama, te he rascado la espalda —prosiguió—. ¿Y qué haces tú a cambio? Dejarme a un lado y ponerte a leer —se quejó como un niño pequeño aburrido reclamando la atención de la madre.

—Es mi trabajo, ve acostumbrándote —musitó ella, apenas prestándole atención, pues la tenía toda puesta en el diario de Priscilla Bouchart.

Un hábito adquirido que a Pierce empezaba a cansarle.

Él tenía razón en todo lo que había dicho y, si bien podía dejar al menos por unas horas aparcada la lectura, mientras seguía reconciliándose, era tal la necesidad de Séverine de avanzar, que había dejado un poco abandonado a su recién estrenado «jefe», porque, pese a todo, no sólo iban a convivir, sino también a mantener una relación laboral.

Un dos por uno de toda la vida.

Pierce intentó arrebatarse el dichoso cuaderno, pero ella fue más rápida y no lo logró, aunque, como premio de consolación, consiguió que lo cerrara y así disponer de toda su atención.

—Ya sé que te tomas muy en serio tus obligaciones —comenzó meloso, acercándose para besarla, y Séverine le hizo la cobra sólo para provocarlo—. Por ello me pregunto, ¿cuántas tonterías voy a tener que hacer para convencerte y que por un día te olvides del trabajo y retocemos en la cama?

Ella frunció el cejo.

—Escucha, Pierce. Hoy todo parece de color de rosa, no te lo niego —él la interrumpió al levantar una mano y acariciarle el entrecejo—; sin embargo...

No pudo seguir, pues él, cansado de tanto pesimismo, con un movimiento rápido, ágil y contundente, la tumbó de espaldas y la sujetó para que se dejara de tantas tonterías.

—Se acabó, ¿entendido?

—Pero... —gimió Séverine.

—Estoy hasta las narices de tus peros. Y ni se te ocurra desaparecer —añadió hastiado.

—Bueno, vale —aceptó y se esforzó por sonreír.

—Así me gusta. ¿Y ahora qué vas a hacer por mí? Porque yo me he esforzado, y mucho...

—Ya veo...

—Es lo mínimo. Qué menos que un baile sensual, un contoneo, un poco de... no sé, lo que se te ocurra —murmuró sugerente y ella negó con la cabeza.

—Vaya, por lo visto no haces nada gratis...

—Soy un hombre de negocios —replicó sin sentirse ofendido.

—Muy bien, te propongo un trato...

—Espero que sea bueno, no me conformo con cualquier cosa...

—Tú me dejas, digamos... unas horas a mi aire y esta noche, cuando nos veamos, te prometo...

—¿Y qué hago yo durante tanto tiempo? —refunfuñó al más puro estilo niño malcriado y Séverine hasta se echó a reír.

—No sé, ¿qué hacéis los ricos si no es ganar más dinero?

—Mmm, me lo tomaré como un cumplido —convino antes de besarla con ferocidad—. Y, en vista de tu oferta, de acuerdo, haré unas llamadas... revisaré unos correos...

—Merecerá la pena —le susurró toda mimosa, contoneándose bajo su cuerpo.

—Eso espero, porque seré inflexible —le advirtió.

Séverine le mordió el labio inferior a modo de adelanto de lo que sucedería más tarde, siempre y cuando se le ocurriera algo lo suficientemente caliente, espectacular y morboso como para sorprenderlo, pues le había propuesto ese acuerdo sólo para poder sacar tiempo.

Pierce, antes de marcharse a hacer cosas de rico, como ella había definido su trabajo, le recordó su propuesta y ella tembló: ¡en menudo lío se había metido! Por tal motivo, como no podía perder el tiempo, se puso a leer, seguro que tarde o temprano encontraba la inspiración.

28 de marzo de 1668

Estos meses pasados han sido toda una tortura; en cambio, todo sufrimiento, todo pesar queda de inmediato en el olvido cuando miro a mi hijo. El pequeño Jacques. Podría volcar en él todo el resentimiento que no he dejado de sentir hacia su padre.

Pero quiero disfrutar cada minuto que la Providencia me otorgue junto a mi querido hijo, ya que, según todos los galenos, mi salud ha quedado muy resentida tras el alumbramiento, incluso me han recomendado que no vuelva a quedarme en estado.

Humbert, que no atiende a razones, pretende que para la próxima primavera le dé un nuevo hijo, pues no ha dejado de alabar mis cualidades como esposa, proclamando a los cuatro vientos lo satisfecho que está y la mucha estima que me tiene.

No obstante, sigo sin confiar en él.

Séverine suspiró. Por un instante se puso en la piel de Priscilla. Y sintió el mismo dolor, producto de la contradicción. ¿Cómo soportaba aquella mujer que la tocase su marido, estando al tanto del tipo de hombre que era?

Langlois se obstina en agasajarme con presentes, atenciones y galanterías, y, si no lo conociera, hasta podría considerar que es sincero; sin embargo, en lo más profundo de mi ser estoy convencida de que su nueva táctica sólo responde a sus intereses, pues desea como ninguna otra cosa seguir con su imparable ascenso en la corte y para ello parece ser fundamental dar una imagen respetable, y yo sé que durante sus ausencias no me es fiel.

«¿Qué hubiera hecho yo en su lugar?», se preguntó Séverine, dejando a un lado la lectura.

Ella desde luego no soportaría semejante situación, pero claro, los tiempos, por fortuna, habían cambiado, o al menos eso le gustaba creer, aunque en el fondo había cosas que seguían siendo iguales. La incertidumbre, por ejemplo. Priscilla empezaba a dudar, comprensible, y ella se encontraba en una situación similar.

Suspiró. Vaya nochecita había tenido y, en vez de afrontar los hechos, se había buscado una excusa un tanto pueril para librarse de Pierce. Porque él, que no tenía un pelo de tonto, antes de marcharse la había mirado dejando entrever que lo hacía sólo

por no discutir.

Ella seguía sin tenerlo claro. Puede que él le hubiera hecho una oferta irrechazable y no era tan tonta como para no aceptarla; no obstante, donde aparecían todas las reticencias era en el aspecto personal.

Durante todos esos años había resultado hasta sencillo refugiarse en los recuerdos, que, como pasa siempre, se difuminan. Y luego quedaba el siempre fácil recurso del resentimiento, que había cumplido su misión sirviéndole como excusa para ir y venir sin pararse a pensar en otras razones más profundas.

Se dio cuenta, tras aquel último pensamiento, de que vivir con una psicóloga tenía consecuencias. Para empezar, analizaba las situaciones demasiado fríamente, aunque después, al ser consciente de que era ella misma la protagonista, la cosa cambiaba bastante y perdía objetividad.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un amable trabajador del hotel, que, por orden expresa del señor Wesley, trasladaba todas sus cosas a la suite. Vaya, al señor Wesley no se le escapaba nada, pensó sarcástica, y se percató de que el detalle era de agradecer. Con sus bártulos alrededor podía trabajar muchísimo mejor.

Otro motivo más para ser creativa. Pero, como seguía sin ocurrírsele nada, optó por seguir leyendo; más tarde se devanaría los sesos para cumplir su promesa y ofrecerle un espectáculo erótico de categoría al señor Wesley.

1 de abril de 1668

Hoy, tras la visita del físico, he llegado por mí misma a la conclusión de que mi vida se está apagando. Ya no tengo fuerzas ni para respirar...

Séverine se fijó en que la hasta entonces pulcra caligrafía de Priscilla pasaba a ser irregular y llena de manchurriones de tinta.

A duras penas puedo ingerir un caldo. La calentura no remite y los dolores abdominales no me dan tregua. Me han practicado otra sangría con la intención de aliviar un poco mis pesares; también me han colocado cataplasmas de un olor tan desagradable que me he mareado y he vomitado lo poco que había logrado retener en el estómago. Todos los remedios fracasan y ni fuerzas me quedan para seguir escribiendo.

Quiero, en vista de que el Altísimo me está llamando, dejar mis últimas

voluntades redactadas, en la confianza de que se respeten una vez me haya ido junto al Creador.

Para mi eterna desdicha, no veré crecer y hacerse un hombre a mi querido hijo Jacques, que es mi única ilusión a la hora de seguir luchando.

Humbert, dejándome confundida, permanece todo el tiempo a mi lado, cuidándome, preocupándose por mi estado. Incluso ha llamado a otros reputados galenos para que se ocupen de mí, aunque yo creo que me vigila, lo que me impide escribir con entera libertad.

Una de mis criadas me ha contado que ya han desmontado el escudo de armas de mi familia para sustituirlo por el de Langlois, algo que cabría esperar; por eso, le he pedido que, en memoria de mi padre y de lo que los Bouchart han hecho por esta comunidad, me ayude en estos difíciles momentos. Así que he de despedirme. Si la Providencia decide concederme el suficiente aliento como para recuperarme, yo misma terminaré la tarea que me propuse; no obstante, he de confiar en la palabra de mi criada y en que se ocupará de poner a buen recaudo estas páginas.

A Séverine se le escapó una lágrima y sujetó con auténtica reverencia el diario entre sus manos. Aquélla era la última entrada. Aún quedaban varias páginas en blanco.

Dedujo que la sirvienta cumplió su cometido y lo puso a buen recaudo. Desde luego, qué injusta había sido la vida con ella. Una mujer fuerte e inteligente que moría tras dar a luz, como tantas, por falta de conocimientos médicos adecuados.

Una mujer que se las apañó para ocultarlo todo de una manera ingeniosa, incluso recuperando sus propias misivas para que no quedaran pruebas y dejando pistas que seguramente no llegó a contarle a nadie, que a lo largo de los años pasaron desapercibidas y que por una simple casualidad habían caído en sus manos: un regalo impagable.

Séverine se quedó recostada en la cama, con el diario entre las manos; lo quisiera Pierce o no, descubriría cuanto le fuera posible de Priscilla y, además, escribiría un libro. Sí, ése era un buen plan.

Justo cuando se limpiaba las lágrimas, su móvil avisó de la entrada de un mensaje. No estaba de humor, pero, aun así, lo miró por si acaso. Era de Albertine. Le comunicaba que ya estaba en casa y, para que no tuviera dudas, le enviaba una foto hecha en el salón. No pudo evitar sentir un poco de nostalgia; al fin y al cabo, la

próxima vez que fuera al apartamento de París sería para hacer la maleta y organizar la mudanza. Un cambio radical que, si bien suponía un reto interesante, no le hacía olvidar el tiempo que habían pasado juntas.

Bueno, no era el mejor momento para ponerse tontorrón, máxime cuando tenía que imaginar un buen montaje para el señor Wesley. Y no tenía la menor idea de por dónde empezar.

Recogió y guardó con cuidado el diario y los demás documentos. Revisó el correo electrónico y vio los mensajes del perito. Éste le confirmaba que todas las piedras encontradas eran preciosas y de una pureza significativa. Séverine le agradeció el trabajo y le indicó que todo se enviara a la atención de Pierce Wesley, pues era el dueño legítimo.

Después se ocupó de redactar los informes pendientes. Le había prometido a Pierce mantenerlo al día, y la verdad era que él había sido bastante flexible y no se lo había exigido como cabía esperar, pero tampoco iba a aprovechar su situación personal y nada mejor que cerrar bien un capítulo antes de abrir otro.

No quiso mirar el reloj para no ponerse nerviosa. Cogió su cuaderno para revisar las notas. Primero repasó la cronología, pues era fundamental, a la hora de redactar el informe definitivo necesitaba tenerlo todo claro. Séverine torció el gesto mientras la repasaba, pues le hubiera encantado tener la biografía de Priscilla a mano y así ser mucho más precisa. Quedaban demasiadas lagunas que rellenar y, si bien no eran relevantes, pues pertenecían a la vida privada de una mujer que vivió en Nuage Noir, una más, había terminado por sentirse muy cerca de ella.

Dejó varios huecos en blanco que pensaba rellenar en cuanto acabara el informe oficial y pudiera dedicarse por completo a investigar. En sus horas libres, claro, pues también tenía que organizar los archivos de la familia de Pierce.

La primera noticia de Priscilla era de octubre de 1666 y la última entrada de su diario de abril de 1668. Año y medio de la vida de una persona. Especuló un poco, pues no podía asegurar cuántos años tenía la protagonista cuando comenzó todo, pero si se dejaba guiar por las costumbres de la época, a lo mejor no había cumplido los veinte años. A través de sus palabras se dibujaba una personalidad fuerte, aunque a veces un poco ingenua, algo lógico si estaba en lo cierto sobre su edad. Y si, como figuraba en el diario, su vida se apagaba, no podía considerarse extraño, pues por desgracia eran muchas las mujeres que morían en el parto o a los pocos días, debido a errores médicos o a creencias absurdas.

Desde luego, la idea de escribir un libro biográfico era cada vez más tentadora e

incluso hasta podía, si se ponía a ello, novelar la historia.

—Creo que me estoy precipitando —murmuró al darse cuenta de que sus sueños, quizá, iban muy por delante de sus capacidades—. Por no mencionar que tal vez cierto señor Wesley no es muy proclive a ello —añadió y terminó resoplando, pues lo de hablar sola ya era pasarse un poco.

Miró de reojo la hora. Entre una cosa y otra se le había pasado el tiempo. De acuerdo, su trabajo había avanzado; sin embargo, aún quedaba un asunto pendiente: sorprender a Pierce.

Se puso en pie y se fue al baño. Nada mejor que una ducha. Mientras estaba bajo el agua, pensó en regalarle una experiencia acuática; no obstante, desechó la idea, pues eso de follar en la bañera ya estaba muy visto y Pierce, un tipo acostumbrado a lo mejor, seguramente no lo rechazaría, pero se quedaría sólo en eso, en un polvete bajo el agua como mucho.

No, debía esforzarse, y bastante, además.

Con las ideas poco claras y envuelta en una toalla, se paseó por la suite. Había prometido no beber más, pero la situación lo requería, así que se sirvió un buen licor. Hizo un barrido visual por la habitación y se fijó en sus cosas amontonadas, que debería ir pensando en ordenar, aunque la cabeza la tenía en otro sitio. Y después miró el galán de noche, de donde colgaba el traje que Pierce había utilizado el día anterior.

—Mmm —murmuró, dando otro sorbo.

Y otro... y otro.

Cuando se acabó la copa, se sirvió otra más y se dio cuenta de que o se ponía las pilas o Pierce la pillaba desnuda, despeinada y sin rastro de escena erótica.

Puede que fuera el alcohol, que empezaba a hacer efecto, o la desesperación. Se acercó hasta la ropa de él y, como una gilipollas, cogió la corbata y se la llevó a la nariz, a ver si oliéndola se inspiraba. No hubo suerte, su cabeza seguía sin ponerse en funcionamiento, pero...

Sí hubo algo que se le ocurrió...

Sin embargo, para llevar a cabo aquellos planes, primero debía equiparse, pues sólo disponía de una parte, el vestuario; lo demás, a falta de una amiga a mano que le prestara las cosas, debería localizarlo por sus propios medios.

Pierce estaba impaciente.

Mucho.

Como para no estarlo.

Podía haber subido a la suite hacía ya media hora, pero había optado por darle un poco de margen, ya que, conociéndola, Séverine habría dado preferencia al trabajo antes que a su promesa.

Aun así, admitió para sí que ella, a diferencia de otras mujeres con las que había estado, que se esforzaban por complacerlo, lo lograba sin hacer prácticamente nada, y ese detalle, desde la primera vez que la vio, era el que había marcado la diferencia.

Aunque eso no quitaba que de vez en cuando le gustara que se lo currara un poco, porque al fin y al cabo era un hombre y, como todos, agradecía la novedad, la imaginación y el morbo.

Caminó despacio en dirección a la suite, llevando en el bolsillo interior de la chaqueta un regalo único o, más bien, un incentivo. A cualquier otra mujer, para impresionarla, sólo hubiera tenido que pasar por la joyería y comprarle alguna fruslería; sin embargo, a Séverine algo semejante, aparte de no agradecerlo, incluso podía llegar a mosquearla. De ahí que Pierce se hubiera esforzado en buscar justo lo que a buen seguro ella apreciaría. Ciertamente para lograrlo había molestado a bastante gente, empezando por Armand, pero para eso le pagaba.

Claro que, si lo pensaba con detenimiento, comprar una chuchería era infinitamente más fácil. Hasta para esas cosas Séverine tenía que ser diferente.

Abrió la puerta con su tarjeta. Esperaba algo estimulante... música, por ejemplo. O una luz tenue; en cambio, nada, todo a oscuras. Silencio o, como mucho, el ronroneo del climatizador. Nada que anunciase o al menos diese pistas de que por delante tenía una noche especial.

Cerró la puerta y suspiró. Bueno, Séverine iba a incumplir su promesa.

—Mal empezamos... —murmuró casi resignado.

Cuando detectó el olor a tabaco se sintió todavía más contrariado. ¿Qué estaba pasando allí? Pero si aquello ya resultaba sospechoso, no supo qué pensar cuando tras dar tres pasos sintió que alguien le presionaba con algún objeto no identificado en la

parte baja de la espalda.

—¡Arriba las manos! —le ordenó una voz que le hizo achicar los ojos, pues a pesar del esfuerzo por que sonara grave, Pierce la reconoció—. ¿Es que estás sordo?

—¿Y cómo vas a obligarme? —preguntó burlón y sintió de nuevo que le presionaban con algo en la espalda, como si lo apuntaran con un arma.

Pierce, que no estaba por la labor de someterse a juegucitos de ese calibre, porque había ido a follar, no a jugar al poli bueno y el poli malo, mantuvo las manos en alto sólo para que su «asaltante» se confiara. Comenzó a volverse poco a poco.

—He dicho que quieto —repitió aquella voz impostora.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, así que, mirando por encima del hombro, la reconoció en el acto, o no. Porque su apariencia daba para un interesante estudio. Séverine se había recogido el pelo en un tirante moño que le daba un aspecto muy diferente y estaba casi seguro de que debía de haber utilizado algún producto para fijárselo. Continuó observándola y vio que se había esmerado, y mucho además: esmerado en birlarle la ropa, pues se había puesto su traje, incluida la corbata.

Y si no estaba ya lo suficientemente perplejo por aquel aspecto andrógino, el colmo fue el objeto con el que pretendía intimidarlo.

—¿Me estás apuntando con un consolador? —inquirió poniendo cara de susto, cuando ella blandió el arma delante de sus narices.

—Es lo único que tenía a mano —alegó con su voz normal y, al darse cuenta, se aclaró la garganta para volver a poner voz de hombre—: Ahora vas a hacer lo que yo te diga.

Pierce disimuló la risa y se limitó a arquear una ceja.

—No me digas...

—Despacio, sin hacer movimientos bruscos, vas a ir dándote la vuelta —ordenó ella.

Aunque tuvo que afianzarse sobre aquellos tacones al acercarse, pues no estaba muy acostumbrada a ellos, logró agarrarlo de la corbata y quedar cara a cara, para dedicarle una sonrisa pícaro, hasta tal punto que él tragó saliva y cambió su expresión, un tanto suspicaz, por una de verdadero interés, lo que propició que ella actuara con rapidez.

Tras guardar el «arma» en el bolsillo de la chaqueta, le deshizo el nudo de la corbata y tiró de un extremo para hacerse con ella y utilizarla para atarlo y, sin perder la sonrisa para que él no se percatase, le rodeó una muñeca, después la otra e hizo una

especie de ligadura precaria con la prenda, dejándolo esposado.

—Quiero tenerte a mi merced —anunció muy seria mirándolo a los ojos y sin parpadear.

Pierce movió las manos, de momento atadas, y se dio cuenta de que, si lo deseaba, podía liberarse en dos segundos y medio, porque, haciendo nudos, Séverine era una incompetente.

—Ya veo...

—Y no sólo eso —continuó ella insinuante—, además...

Él sintió un escalofrío, aquel «además» podía significar tantas cosas... Viniendo de Séverine, seguro que por mucho que intentara adivinarlo fallaba y, la verdad, si la mujer se había currado la puesta en escena, qué menos que permitirselo. Estaba increíble con su traje, pese a que jamás daría el pego como hombre, bien lo sabía él.

—Además... —murmuró él, instándola a continuar.

—Podrás llevar a cabo una fantasía...

Otro respingo, otro escalofrío.

—¿Fantasía? —acertó a preguntar.

—Ajá... —corroboró ella sugerente, tirando de la corbata—. ¿Nunca has pensado en follar con otro hombre?

—¡Joder, no! —exclamó alarmado.

—Pues estás de suerte —dijo Séverine, pasando por alto su expresión de alarma—, porque me voy a ocupar de todo... Y cuando digo todo, es todo.

—Séverine... —murmuró preocupado y no era para menos.

—Si te dejas llevar... te prometo que... lo disfrutarás —ronroneó, poniéndole morritos.

—No sé yo...

—Para empezar, date la vuelta.

No muy conforme, obedeció y ella lo empujó hasta que se topó con la pared. Entonces le desató las manos, hecho que supuso un cierto alivio que apenas le duró unos segundos, pues la corbata pasó de servir como atadura a ser una venda.

—Apoya las manos en la pared —indicó, y, al ver que Pierce tardaba en obedecer, le dio un buen azote.

—Joder, eso duele...

—Y no hemos hecho más que empezar —apostilló ella, disimulando sus nervios y su diversión.

Privado de la vista, inspiró hondo, pensando que a lo mejor acababa

arrepintiéndose; no obstante, acató la orden y adoptó la postura exigida.

Sintió las manos por su cuerpo despojándolo de la ropa. Se puso en tensión, como no podía ser de otro modo, tensión que por otro lado lo excitaba, ya que a medida que iba quedándose desnudo sólo podía pensar en cuál sería el siguiente movimiento.

Séverine se recreó, disfrutó mientras iba tocándolo aquí y allá. Nada más quitarle la camisa, recorrió con la yema del dedo su columna vertebral hasta detenerse en la cintura y, una vez en ese punto, aprovechó para darle otro azote, a lo que él respondió inspirando hondo, ya que continuaba ciego y dándole la espalda.

—He dicho que levantes los brazos y apoyes las palmas de las manos en la pared —exigió y él volvió la cabeza, pero se ganó otra buena palmada en el culo—. ¡Hazlo!

—Te estás pasando —se quejó conteniendo las ganas de mandar a paseo tanta tontería y aprovechar su superioridad física. Se frotó la nalga, a buen seguro enrojecida, claro.

—Pues obedece y todo irá mejor —afirmó ella adoptando una voz perversa que lo puso más cachondo aún.

Al tenerlo de espaldas, le costó un poco desabrocharle el cinturón; tampoco contó con la colaboración de Pierce, que bastante tenía con quedarse quieto.

Séverine le bajó los pantalones y al mismo tiempo la ropa interior, así que, con rapidez, lo tuvo desnudo y observó que tenía una excelente predisposición a continuar. Por supuesto, no se molestó en dejar la ropa como él lo habría hecho, sino que la apartó de un puntapié, olvidándola a un lado de cualquier manera.

—Mmm.. Interesante —murmuró, agarrándole la erección para comenzar a masturbarlo despacio, pegándose a su espalda.

Para mantener su papel dominante, sacó de la chaqueta el consolador con el que lo había apuntado y se encargó de que quedara bien situado, para que tuviera una idea muy clara de sus intenciones.

—Eso no es necesario —indicó Pierce, echando la cabeza hacia abajo, porque joder con la manita, cómo se la estaba meneando.

—Tranquilo, procuraré que no te duela —le advirtió con voz grave, adoptando de nuevo un tono poco o nada femenino.

—Séverine...

Ella continuaba vestida y empujó un poco más para que el juguetito le presionara en el trasero, algo que a Pierce lo estaba poniendo nervioso, y, para su más absoluta sorpresa, en vez de bajar su erección, ésta seguía en pie de guerra o puede que se debiera a la perversa manita que no paraba de masturbarlo.

Cuando consideró que ya había jugado bastante con él y que podía dar el siguiente paso de su improvisado plan, Séverine liberó su erección y se echó hacia atrás, no sin antes coger el vibrador, ponerlo en la primera velocidad y empujar un poco. Cualquier táctica era bienvenida para atormentarlo.

—Ahora, sin rechistar, como un buen chico, vas a caminar despacio, sin quitarte la venda, hasta la cama —musitó ella, adoptando un tono casi marcial.

—No es por desobedecer, pero, si hago lo que me pides, a lo mejor me parto la crisma —indicó él burlón.

Séverine se percató de que tenía toda la razón, esas cosas le pasaban por no planificar bien el asunto, pero como era la jefa no iba a admitirlo, así que le cogió la mano y, llevándolo como si fuera un prisionero de guerra, lo guio hasta la cama.

—Túmbate boca arriba —indicó, y él, con cuidado, acató el mandato; sin embargo, ella cambió de parecer—. Mmm... no, espera. Mejor boca abajo.

—¿En qué quedamos? —preguntó impertinente.

—Haz lo que te ordeno —dijo empujándolo—. Y no vuelvas a replicarme, ¿entendido?

Pierce, ante aquella demostración de poderío, sintió un excitante hormigueo y ocultó su sonrisa; de haber podido también hubiera escondido su excitación, para jorobar un poco a la marimandona que tenía enfrente.

Tras adoptar la postura exigida, Séverine le sobó a base de bien el culo, con la consiguiente respuesta de él, pues siseó cuando ella presionó con la punta del índice justo en la separación de sus nalgas.

—Relájate... —musitó y Pierce resopló—. O te dolerá más de lo que deseas.

—Lo estás arreglando —masculló.

Ella se rio y abandonó la cama un instante para ir a la bolsa donde guardaba sus recientes adquisiciones. Compras que había hecho deprisa y corriendo en un local de la ciudad al que había ido como alma que lleva el diablo antes de que cerrasen.

Extrajo primero una pequeña lata. En su interior había una vela perfumada, que encendió. Luego caminó despacio hasta él y esperó a que se derritiera el producto para, sin previo aviso, verterlo sobre su espalda.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Pierce apreciando olor a lavanda y sospechando de la finalidad de aquello.

—Lubricante —respondió ella, antes de aplicar otra buena cantidad sobre su culo, procurando que se deslizara por zonas poco visibles.

—Séverine...

—No seas miedica —le dijo con retintín, echándole una nueva ración de lubricante en el trasero.

Pierce se mordió la lengua, porque, muy a su pesar, ella comenzó a masajearle la espalda y lo que no era la espalda. Se relajó, porque por el momento no había ni rastro del maldito y peligroso consolador. Lo cierto era que Séverine había creado el ambiente propicio para dejarse llevar y, si bien nunca había llegado a plantearse que alguien, preferiblemente de sexo femenino, jugara con su retaguardia, a lo mejor ya iba siendo hora. O quizá estaba adelantando acontecimientos y ella sólo pretendía intimidarlo para divertirse un poco; si de él dependiera, escogería la segunda opción, por mucha curiosidad que lo otro le despertara.

Cuando mejor lo estaba haciendo, cuando más a gusto se encontraba, cuando más deseaba que siguiera adelante, Séverine se apartó y, pese a estar privado de la visión, supo que se estaba desnudando. Nunca pensó que contemplarla con aquel aspecto tan masculino lo pusiera tan cachondo.

Le costaba quedarse quieto en la cama, sin duda a causa de la anticipación, pero hizo un esfuerzo obviando el hecho de que el cuerpo le pedía un poco de acción. Además, al estar tumbado boca abajo, la fricción del cobertor de la cama sobre su polla era muy complicada de pasar por alto, máxime cuando se encontraba tan excitado.

—Tengo algo para ti —canturreó ella, sentándose encima de sus piernas.

Pierce notó que estaba desnuda y le produjo un cosquilleo, pues eso significaba que a no mucho tardar podría tenerla a su disposición.

—Yo también tengo algo para ti —contestó juguetón.

—Ya lo sé, tonto —dijo divertida y le rozó el trasero con un nuevo regalito. En esa ocasión se trataba de un interesante invento que, según el envase, proporcionaba un intenso placer y era óptimo para iniciarse en los juegos anales—. Aunque de momento jugaremos con esto...

Séverine tenía en las manos era una hilera de bolitas de silicona de diferente diámetro, de menor a mayor, que podían introducirse a voluntad y que debían ser retiradas en el momento justo de alcanzar el clímax, algo para lo que había que controlar todo el proceso.

Presionó con la primera, no fue mala y eligió la más pequeña, y, como era de esperar, Pierce no colaboró.

—¡Ni hablar! —exclamó e hizo amago de incorporarse.

Ella fue rápida y se le echó encima para impedirlo.

—Te prometo que, una vez lo pruebes, disfrutarás como nunca —le susurró al oído, logrando que él, tras refunfuñar un poco, no abandonara la cama.

Pierce inspiró hondo un par de veces mientras ella le introducía la primera bolita. Cielo santo, iba a tener que idear una venganza acorde con aquello. Intentó pensar en ella; no obstante, le resultó imposible ya que Séverine le metió otra. Puede que el lubricante estuviera cumpliendo su función, pero joder, que por primera vez le estaban metiendo un juguetito por el culo.

—¿Qué tal vamos? —inquirió ella en un susurro, mientras dejaba caer un poco más de cera líquida, pese a que no era necesaria.

—Espero que sepas lo que haces —masculló Pierce exagerando más de la cuenta, pues lo cierto era que, lejos de ser desagradable, le estaba gustando, y eso daba qué pensar.

—Ya falta menos... —ronroneó para animarlo y, como no había leído las instrucciones, no tenía muy claro cuántas bolitas había que insertar. Podía preguntarle a él, aunque tuvo la impresión de que a Pierce nunca le habían metido nada.

Séverine lo pensó mientras le masajeaba el trasero; para ser el primer día, no hacía falta insertar toda la hilera de bolitas, así que sólo introdujo dos más y después se tumbó encima de él de tal modo que pudo estirarse y besarle la nuca, los hombros, a la par que continuaba con el masaje.

Él comenzó a emitir unos murmullos de placer y ella continuó tocándolo a su antojo y, de paso, frotándose contra su espalda, aprovechando el lubricante que había vertido.

—No te quedes dormido —musitó mimosa.

—¿Con eso metido en el culo y tú encima? —repuso Pierce—. Imposible.

Ella se echó a reír y se apartó, pues deseaba avanzar en su escena de seducción, que si bien había surgido de manera improvisada, le estaba saliendo hasta bien.

—Date la vuelta —indicó, procurando sonar atrevida y morbosa.

En esa ocasión él no hizo comentario alguno y obedeció. El muy canalla sonreía con disimulo.

—Y echa los brazos hacia atrás —añadió Séverine y entonces fue cuando él frunció el cejo—. Hazlo —repitió inflexible.

No muy convencido, elevó los brazos por encima de la cabeza y ella, antes de que se arrepintiera, fue rápida a la bolsa para sacar unas esposas de aspecto más bien endeble, aunque Pierce, que continuaba vendado, no podía saberlo. Se subió a horcajadas sobre él y le unió las muñecas, pero sin amarrarlo al cabecero de la cama.

—No te resistas —dijo al ver que intentaba liberarse.

—Espero que tengas la llave a mano.

—No tengo llave —replicó y Pierce se alarmó aún más—. Y deja de protestar.

—Joder...

Ella se inclinó y lo agarró de la barbilla para darle un beso de esos que te dejan sin aliento. Primero lamiéndole los labios, gimiendo bajito para crear ambiente, sin abrir mucho la boca, despacio, que todo fuera ganando intensidad, que él se volviera loco y ella más agresiva y, para que Pierce no intentara tomar el control, lo sujetó de las muñecas y continuó llevando las riendas, apañándoselas para que su polla quedara encajada entre sus muslos y procurarle una fricción increíble.

—Estás a mi merced —declaró, mordiéndole el labio inferior.

—Lo cual ya deberías saber desde hace tiempo —respondió él con absoluta sinceridad.

A Séverine casi se le escapan unas lágrimas al oír esa confesión. Inspiró hondo para no acabar arruinando el momento con llantos tontos, ya lo haría más tarde, y concentrada de nuevo en su misión de sorprenderlo y dejarlo sin palabras, se deslizó hacia abajo, mordisqueándolo hasta llegar a su entrepierna, que esperaba una acción contundente. Optó por hacerle una buena mamada, eso sí, teniendo especial cuidado, pues haberle insertado aquellas bolitas no había sido por capricho, sino para ir sacándoselas a medida que alcanzara el clímax y lograr así que fuera más intenso.

Le besó la punta y él se arqueó impaciente, por lo que ella se esforzó en lamerlo con suma pericia, alternando suaves lengüetazos con acciones más contundentes, como por ejemplo arañarlo con los dientes.

—¿Pretendes matarme? —masculló Pierce cerrando los puños.

Séverine alzó un instante la mirada y le encantó aquella imagen. Lástima no tener el móvil a mano, porque desde luego era para mandar ampliarla y hacerse un póster. Allí tumbado, respirando cada vez con más agitación, intentando controlarse, atado con unas ridículas esposas forradas con un estampado de cebra, vendado con su propia corbata... Bueno, quizá algún día hicieran un álbum con imágenes eróticas de ambos.

Cerró los ojos para no despistarse y se concentró en satisfacerlo. A la vez que lo lamía, empezó a acariciarlo entre los muslos, muy atenta a cualquier sonido o movimiento que le indicase lo cerca que se encontraba de correrse. Se preparó para ello y sostuvo en su mano el juguete para estar preparada.

Continuó chupándosela, en especial la punta, tanto que él comenzó a arquear las

caderas, pidiéndole sin palabras que se la metiera en la boca hasta el fondo.

Esa agresividad la puso alerta; Pierce estaba a medio paso, así que aceleró el ritmo y, con un movimiento seco, extrajo la hilera de bolitas, logrando el efecto deseado, pues él, aparte de soltar cuatro creativas obscenidades, entre las que destacó «¡la hostia puta!», se corrió en su boca.

Ella, en vista de que el pobre había quedado desfallecido, metió una mano entre sus propias piernas y comenzó a masturbarse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó extrañado, pues la oía gemir y además moverse, rozándole las piernas.

—No interrumpas... —jadeó Séverine, siguiendo a lo suyo.

Sin embargo, Pierce, en vez de quedarse quieto, se apartó como pudo la venda y se quedó perplejo al verla arrodillada delante de él, con la mano entre los muslos. Se incorporó de mala manera, pues continuaba esposado, y se quedó aún más anonadado al ver con qué endeble artilugio lo había amarrado. No le costó más que un leve tirón romper la cadenita que unía las esposas y quedar libre.

Entonces, sin pensarlo dos veces, fue a por ella. La tumbó de espaldas y en menos de medio minuto estaba con la boca sobre su sexo, lamiéndoselo al tiempo que la penetraba con dos dedos. No obstante, debía vengarse por lo de las bolitas y, si bien no tenía uno de esos juguetes a mano, situación que iba a corregir en cuanto pudiera ir de compras, utilizó el meñique para tantearle el ano. La combinación perfecta para que Séverine, en poco más de cinco minutos, gritase al alcanzar el clímax. Acto seguido gateó cual depredador hambriento hasta quedar cara a cara y, tras besarla a conciencia, musitó:

—Prueba superada.

Séverine, sumida en la modorra postsexual, se limitó a estirarse como una gata mimosa, tardando más de la cuenta en procesar sus palabras.

—La próxima vez seré más contundente —advirtió, y él se echó a reír; por supuesto, no le dijo que todo había sido más o menos improvisado.

—Aunque, debo admitirlo, por si acaso tenía guardado un as en la manga —añadió Pierce un tanto provocador, mientras la abrazaba. Lo hizo sin quitarse las esposas, que lucía como si de dos pulseras de diseño se tratara, incluso aprovechó la coyuntura para rozarle con aquel tejido sintético los aún duros pezones—. Por si debía exigirte cumplir tu parte del trato.

—Vaya, eso es confianza y lo demás son tonterías —repuso ella sin sentirse molesta, encantada con aquel abrazo tan especial, pues al final todo había salido

bastante bien.

Se acurrucó junto a él y se ocupó de tapparlos a ambos, disfrutando de tenerlo.

De acuerdo, estaba agotada, el cuerpo le pedía dormir, pero no quiso hacerlo sin saber antes de qué hablaba Pierce.

—¿Qué clase de as? —preguntó un rato después.

—¿Mmm? —murmuró adormilado.

—No te hagas el tonto —lo apremió—. ¿A qué te referías con lo de tener un as en la manga?

—¿Te he dicho ya que te quiero?

—No te vayas por la tangente y responde. Ah, y yo también te quiero.

Pierce la besó en el hombro y sopesó la idea de dejarla con la intriga, pero conociéndola, eso sería imposible, así que al final contestó:

—Por si te negabas a cumplir tu promesa, en el bolsillo de mi americana hay algo que podía hacerte reconsiderar tu postura, aunque no va a ser necesario. Buenas noches.

—Buenas noches —susurró Séverine sin quedar del todo convencida por aquella respuesta.

Le dio vueltas un rato al asunto y esperó a que él se durmiera para averiguarlo. Si pensaba sobornarla, desde luego no sería con joyas, pues ella rara vez se dejaba impresionar con algo material. Y sólo podía haber una cosa lo suficientemente relevante como para lograrlo.

¿Y si pretendía llevar a cabo la fantasía de las perlas sobre su cuerpo desnudo?

No, se dijo, si hubiera sido eso, desde luego nada más entrar por la puerta se lo hubiese pedido. Reflexionó un minuto más y entonces...

Amparada en la oscuridad sonrió, ¡qué bien la conocía!

Con cuidado para no despertarlo, abandonó la cama y localizó la chaqueta arrugada en el suelo. La cogió y caminó despacio hasta encerrarse en el cuarto de baño, donde podía encender la luz sin molestarlo. Quizá se estaba comportando como una gilipollas y él sólo se lo había dicho medio en broma. Se prometió no volver a rebuscar en bolsillos ajenos.

Extrajo unos papeles doblados y, al echarles un vistazo, vio que llevaban sellos oficiales y que eran fotocopias de algún registro antiguo. ¿Y si se trataba de algo personal? Las reticencias se fueron por el retrete en cuanto vio que se trataba de papeles del archivo histórico. Tragó saliva. Cruzó los dedos para que Pierce no la pillara curioseando y comenzó a leer.

Era la copia del libro parroquial de la basílica de Saint-Nazaire, de ahí la caligrafía enrevesada y casi ilegible. La anotación del sepelio de Priscilla Bouchat, 10 de abril de 1668, a la edad de veintitrés años. Enterrada en el panteón familiar de los Langlois, algo que sin duda fue decisión de su viudo, pues desde luego ella jamás hubiera elegido ese emplazamiento.

En el siguiente documento leyó la anotación sobre el entierro de Humbert Langlois, que sobrevivió a su esposa más de veinticinco años.

A Séverine se le escapó una lágrima. No quiso seguir leyendo y guardó con cuidado los papeles en el bolsillo interior de la chaqueta. Con toda seguridad Pierce se daría cuenta de que «alguien» había hurgado en él, pero daba igual.

Regresó al dormitorio y dejó la chaqueta tirada en el suelo. Se metió en la cama y se acurrucó junto a él, que por suerte dormía como un tronco.

Y aún llevaba puestas las esposas con estampado de cebra.

Epílogo

Pierce cerró la puerta de la suite sin dar un portazo, pese a que era lo que le pedía el cuerpo. Lo había dejado en ridículo. Delante de su familia, amigos y conocidos, que habían llegado a Nuage Noir para acudir a la presentación del libro de Séverine sobre la historia del palacete, algo que él había apoyado sin reservas, ya que semejante publicación le daba al establecimiento aún mayor caché. Amén de ser la ilusión de ella.

Por una vez los intereses de ambos coincidían de pleno, algo no muy habitual en su relación.

Habían organizado una fiesta, invitado a lo más selecto, y él, un iluso de manual, pensó que era el escenario perfecto para una petición de mano por todo lo alto. Aquel lugar, ahora restaurado y en pleno funcionamiento, resultaba sin duda el mejor emplazamiento posible, pues para ambos significaba mucho. Además, Pierce se había encargado de congregar a sus seres queridos, empezando por sus padres y hermana y siguiendo por los amigos más íntimos, aunque también había aprovechado para invitar a personas relevantes y potenciales socios empresariales.

La observó caminar hasta el tocador y quedarse allí de pie, dándole la espalda. Inspiró hondo mientras se aflojaba el nudo de la corbata. Nada había salido según lo previsto, ya que ¿cómo imaginar que ella diría que no? De todas las posibles opciones que Pierce se planteó a la hora de pedirle matrimonio, en ningún caso se planteó el rechazo.

—No era mi intención que las cosas se desarrollaran de esta manera —murmuró Séverine mirándolo de reojo. Se quitó los pendientes de rubíes que él le había regalado a primera hora de la tarde—. Sé que habías planeado algo diferente...

—Déjalo ya —la interrumpió, procurando no cabrearse más—. Has dicho que no. Perfecto, no volveré a pedirte que te cases conmigo.

—Pierce...

—Déjalo —sentenció y se dirigió hasta la cama, donde se sentó con la intención de desnudarse.

Ella sostuvo en sus manos los pendientes. No era el valor económico, sino el emocional, lo que los hacía tan especiales, pues Pierce había hablado con un joyero

de confianza para que los creara con unas de las piedras preciosas que pertenecieron a Priscilla Bouchart. Los dejó con cuidado en el estuche e intentó buscar las palabras adecuadas para arreglar la situación. Pierce había organizado una petición de mano a lo grande para sorprenderla ¿y ella qué había hecho? Estropearlo todo con una sola palabra: «no».

Si había respondido de forma negativa no había sido por capricho, sino por la sorpresa y además porque, de repente, allí, delante de tanta gente, se había sentido incómoda. Por no mencionar que aún no quería dar el paso. Extraño pero cierto, pues se sentía muy a gusto tal como estaba su relación.

—Estás enfadado, lo entiendo, y no quiero dejarlo. Deberíamos hablar —sugirió ella con cautela.

Pierce se había desnudado de cintura para arriba y seguía con el cejo fruncido.

—He captado el mensaje, no le des más vueltas —dijo, sonando monótono y evitando manifestar su desilusión. Él, que nunca había sido amigo de semejantes despliegues románticos, para una vez que se arriesgaba, había obtenido un resultado catastrófico.

—Yo no lo veo así... Si me lo hubieras contado antes...

—Entonces ¿qué clase de sorpresa habría sido? —replicó gruñón.

—Nunca lo habíamos mencionado. Estamos bien así, o al menos eso creía —argumentó ella, manteniéndose junto al tocador pese a que no deseaba otra que cosa que acercarse a él y tocarlo, para ver si de ese modo lograba suavizar un poco el golpe y establecer un clima más propicio para el diálogo, pues deseaba explicarse.

—Llevamos casi dos años juntos —comentó Pierce, quitándose las gafas de malas maneras para dejarlas sobre la mesilla de noche—, pensaba que el siguiente paso era casarnos, pero ya se ve que he metido la pata.

—Pierce..., joder, es que...

—Tranquila, no te lo volveré a pedir —la interrumpió, dispuesto a dejarlo estar. Ya se le pasaría el enfado y para ello nada mejor que quitarle aquel vestido. Se puso en pie y se acercó hasta ella, colocándose a su espalda y cruzando la mirada en el espejo.

Puso ambas manos sobre sus caderas e intentó besarla en el cuello; sin embargo, Séverine no apreció el gesto, pues se apartó.

—Se supone que estamos solucionando nuestros problemas y no creo que la forma más adecuada sea metiéndome mano —explicó, y Pierce resopló.

—Mira, admito que me ha sentado como una patada en los huevos que me hayas

rechazado, y encima de forma pública, aunque tampoco voy a montar un drama ni vengarme. Ya está. ¿Podemos disfrutar de una noche especial?

—¿Con tu francesita de tetas pequeñas? —preguntó, y Pierce torció el gesto.

—Lo siento, de verdad. Patrick tiene un problema de incontinencia verbal, carece de filtro, ya te acostumbrarás; pero tú tampoco te has quedado muda, porque mira que decirle que es el único actor que se pone a hacer una porno y le tienen que buscar un doble para los primeros planos porque la tiene pequeña.

—Pues no lo ha negado —recordó Séverine sonriendo de medio lado.

Había tenido un encontronazo con el actor. No esperaba que éste, de buenas a primeras, soltara algo semejante, y menos rodeados de gente, incluida la familia de Pierce, que por lo visto ya debía de estar anestesiada, pues ni se inmutaron. Sólo Owen, al que ella saludó con afecto, mostró su desagrado ante el comentario.

—Olvidémonos de los invitados —propuso Pierce sugerente— y vayamos a lo importante...

Localizó a la primera la cremallera del vestido negro, la misma que se había ocupado de subir antes de ir a la fiesta, y se dispuso a bajarla. Por suerte, ella no opuso resistencia y quedó así a la vista su espalda desnuda.

Apartó las perlas, otro de los regalos con fuerte carga emocional, tanta que a Séverine se le habían saltado las lágrimas al verlas, y la besó en la nuca. Desde ese punto se fue desplazando hasta un hombro y, tras empujar los tirantes del vestido, hacia abajo. Sin embargo, se topó de nuevo con la reticencia de ella.

—Espera un segundo —murmuró alzando los brazos para soltar el broche y guardar las perlas.

—Ni hablar. Ya te dije que me gustaría verlas sobre tu cuerpo y que no llevaras nada más.

Séverine inspiró profundamente. No entendía cómo él había pasado de ofrecerle un anillo, a soportar un rechazo, a enfadarse y después a ponerse mimoso. No cuadraba.

—¿No estás cabreado? —preguntó por si acaso.

—Sí lo estoy y mucho, no se te olvide, y también cachondo, porque sé que no llevas sujetador y durante toda la noche se te han estado marcando los pezones —explicó mientras intentaba deshacerse del vestido, lo que consiguió a medias, pues se le detuvo a la altura de las caderas.

—Qué observador —musitó Séverine complacida, pues tales palabras significaban que no sólo había estado haciendo negocios durante la velada.

—Además, dentro de tres días te marchas de viaje y no voy a verte en una semana... Digo yo que tendrás que dejarme satisfecho, o también podrías suspender tu viaje, porque no sé qué narices se te ha perdido a ti en Cornualles.

—¿Sabes qué hago yo cuando tú viajas y me quedo sola? —Él negó con la cabeza mientras seguía besándola en la espalda—. Masturbarme pensando en ti.

Pierce, al oír eso, se irguió y cruzó la mirada con ella en el espejo.

—¿De verdad? —inquirió, de repente más interesado por saber más detalles.

—Ajá —le confirmó.

—¿Y por qué no aplazas tu viaje y me haces una demostración para aprender y así no echarte tanto de menos?

Séverine se rio.

—Ni hablar. Utiliza tu imaginación; además, no voy por placer sino por trabajo. Tengo que confirmar unos datos antes de cerrar un asunto sobre un antepasado tuyo, que, digamos, no era trigo limpio.

—Mmm... —musitó Pierce, más preocupado por seguir desnudándola que por sus avances en el trabajo.

—¡Oye, me estoy esforzando por dejarlo todo clasificado y digitalizado! —exclamó Séverine al comprobar la escasa o nula atención que él le prestaba.

—Y yo también me estoy esforzando —respondió acunando sus tetas y masajeándolas.

—Esto es importante.

—Séverine, no me jodas. ¿Tengo yo cara ahora de interesarme por un antepasado? —preguntó sarcástico.

—¿Sabes que a lo mejor el título no pertenece a tu familia?

Pierce dio un respingo.

—Me importa una mierda. Mi padre nunca lo usa y yo confío en no tener que hacerlo.

—Ya, pero no me negarás que tiene morbo eso de que te llamen «su excelencia» —adujo ella y a Pierce no le quedó más remedio que aparcar sus intenciones más libidinosas para escuchar una teoría que lo traía sin cuidado.

—A ver, ¿quién fue la oveja negra de la familia? —preguntó sólo por quedar bien.

Cuando le propuso a Séverine ocuparse de gestionar todo el archivo documental, no pensó ni por un momento en la magnitud de aquella decisión, pues ella, en vez de trabajar de manera más o menos eficiente, se lo estaba tomando como un asunto personal y a quisquillosa no la ganaba nadie. Por supuesto, su padre estaba

entusiasmado, e incluso hacía un alto en sus viajes para echarle una mano; ver para creer.

—Si todo se confirma, Alistair Wesley fue un impostor. Por lo visto, a principios del siglo diecisiete se dedicaba a actividades poco legales, es decir, piratería. Un buen día, en una de sus incursiones sobre barcos que regresaban de las colonias, abordó una nave cargada de mercancías, pero con una tripulación más bien escasa y enferma, y donde presuntamente viajaba el verdadero lord Wesley —le explicó ella.

Y Pierce, para aplacar un poco su estado de ánimo, se apartó y se sentó en el borde de la cama a la espera de que le contara el resto de la historia. Si insistía en no escucharla, Séverine se obstinaría.

—El lord estaba en las últimas, igual que el resto del pasaje, y Alistair vio una oportunidad de oro. Cuando murió el verdadero conde, ordenó regresar a las colonias y allí se encargó de pagar a los pocos supervivientes para que se establecieran y no regresaran jamás. E hizo lo mismo con sus hombres.

—Un tipo apañado. ¿Y cómo se las ingenió para engañar al resto? —inquirió Pierce interesándose lo mínimo, porque ella seguía allí hablándole de piratas mientras no terminaba de quitarse el vestido, y así resultaba imposible prestarle atención.

—Por lo visto eran de constitución y edad similar, así que sólo tuvo que dejar pasar el tiempo, que en Inglaterra se olvidaran de él y, cuando regresó, diez años después, nadie puso en tela de juicio su origen.

—Séverine, en el supuesto de que eso sea cierto, lo cual me trae sin cuidado, pues ya sabes que el título me da igual... —comentó, frotándose la cara, porque lo de hablar justo en aquel instante de un antepasado le parecía rocambolesco y cruel—, ¿cómo has podido elaborar esa teoría si nadie cuestionó su identidad?

—Porque hubo un testigo.

—No me digas... —murmuró escéptico—. ¿Y cómo es que se mantuvo callado?

—Fue el propio Alistair. Escribió un diario contándolo todo, lo que ocurre es que, como muchos documentos, se quedaron en el olvido.

—Vale, somos unos impostores, genial. Ya sabía yo que no éramos trigo limpio. Estupendo, a la mierda el título, me parece cojonudo, un problema menos; pero ¿puedes acercarte, a ser posible desnuda y contármelo subida encima de mí? —propuso con total despreocupación y esas palabras hicieron que Séverine se echara a reír.

—No seas ridículo, nadie os va a quitar nada. Sin embargo, es un asunto que quiero dejar resuelto antes de pasar a la siguiente generación —se justificó ella.

—Y sólo vamos por el siglo diecisiete —gimió él, negando por la cabeza, porque con una mujer tan puntillosa no acabarían nunca, sobre todo considerando que su título era de la época Tudor, apenas había avanzado.

—No seas tonto —susurró caminando despacio hacia él. Muy despacio para crear expectación y ponerlo de los nervios.

Se situó entre sus piernas y dejó que él le quitara el vestido y, al hacerlo, se llevó una grata sorpresa, pues vislumbró un sugerente ligero color púrpura y un tanga a juego.

—¿Y esto? —preguntó metiendo el dedo entre la prenda y la piel.

—Yo también tenía una sorpresa para ti —contestó Séverine—. Eso sí, más de ámbito privado.

Pierce, ante esas palabras con segundas, sacó del bolsillo el anillo con el que le había pedido matrimonio y se lo dio.

—Haz lo que te venga en gana. Guárdalo, tíralo o véndelo, y deja ya de tocarme los cojones con el temita, ¿de acuerdo?

—Mmm, vale. Pero antes tengo que decirte algo... —musitó, sentándose a horcajadas sobre él y dejando que sus pezones entraran en contacto con su torso, algo que por supuesto a él le encantó—. Tu hermana...

—¿Qué pasa con Portia? —inquirió preocupado.

—Está buenísima. Mmm, rubia natural, un cuerpo de escándalo... Uf, me ha puesto como una moto.

Pierce entrecerró los ojos. Eso era tocarle la moral y lo demás tonterías.

—¿Le has tirado los tejos a mi hermana?

—Casi, pero no, tonto —dijo. Le acunó el rostro para darle un beso largo, sensual y sonoro y después se echó a reír ante la cara de preocupación de él—. Y ganas no me han faltado.

—Mejor, porque no me hace ni puta gracia que te lées con Portia. Y deja de marear la perdiz y vamos al lío —añadió impaciente, sujetándola de las caderas; ella respondió contoneándose de tal forma que Pierce siseó a medio camino entre el placer y el sufrimiento.

—Pues bien que te gusta mirar cuando quedo con Albertine —le recordó sugerente y él puso cara de inocente—. Aunque tengo la sensación de que ya no jugaremos más...

Pierce apartó la cara de sus tetas y la miró a los ojos.

—¿Y eso? —inquirió curioso, pues cada vez que la rubia iba de visita,

recordaban viejos tiempos y pasaban buenos ratos los tres.

—Creo que entre tu secretaria y ella hay tema, ¿no te has fijado cómo se miraban?

—Joder... —masculló—. Lo que me faltaba.

—No seas bobo —lo regañó Séverine y para que se olvidara de todo menos de ella, enredó los dedos en su pelo y lo acercó de nuevo a su delantera.

Pierce no desaprovechó la ocasión y comenzó a chuparle los pezones al tiempo que con sus manos maniobraba para quitarle el tanga, lo cual le costó más de lo normal, ya que ella estaba atareada en sus cosas, es decir, desabrochándole los pantalones.

Él se dejó caer hacia atrás en la impresionante cama de una de las suites de Nuage Noir de la torre norte, de tal modo que todo empezó a desarrollarse mucho mejor. Séverine se ocupó de sus pantalones y él de que sólo llevara el collar de perlas alrededor del cuello.

—Te voy a devorar vivo —ronroneó humedeciéndose los labios antes de posarlos sobre su cuerpo y empezar a cumplir, con dedicación y precisión, su promesa.

Pierce cerró los ojos ante el primer y prometedor contacto de una lengua juguetona sobre su abdomen. Sin duda un excelente punto de partida. Y, sin perder la sonrisa, un tanto bobalicona, a medida que ella se movía sobre su cuerpo pensó que a lo mejor un rechazo nunca había sido tan productivo, pues Séverine, a la hora de utilizar la boca con fines sexuales, siempre lo dejaba satisfecho y relajado.

Así que cuando un buen rato después apagaba la luz y se cubría con las sábanas, Pierce no podía estar más a gusto, pues el cabreo por el rechazo había sido aplacado con argumentos incontestables.

O eso pensaba, pues Séverine dijo:

—En caso de que cambie de idea respecto a lo de casarnos...

—No lo estropees —le advirtió Pierce en un murmullo, abrazándola cuando ella se pegó a su costado para dormir bien juntitos.

—Te lo pregunto porque, a pesar de que nunca hemos hablado tampoco de tener hijos, yo he pensado que...

—Séverine... —la interrumpió serio en tono de advertencia, porque no eran horas de hablar y mucho menos de sacar ese tema a colación—. No sigas por ahí.

—Te lo decía por lo de los herederos y todo eso —continuó ella sin hacerle el menor caso. Necesitaba decírselo, aun a riesgo de volver a estropear las cosas.

—Me importa un carajo ese tema, además, tengo una sobrina preciosa que puede heredar el título sin problema —comentó Pierce, empezándose a mosquear por el

temita de los cojones—. Así que vamos a dormir.

—Es que... —titubeó ella y entonces comenzó a pasar la mano de forma distraída por su pelo, para que no se soliviantara—... como llevo dos semanas sin tomar anticonceptivos, a lo mejor... tengo que cambiar de opinión.

—¿Perdón? —gruñó abriendo los ojos como platos y, pese a que estaban en penumbra, volvió la cabeza para mirarla.

—Ahora que sé que eres medio pirata... —susurró en plan meloso—, no sé, me da más morbo eso de llamarte «excelencia», no sé si me comprendes.

Él disimuló una sonrisa. Bueno, no habían hablado del asunto y ella parecía dispuesta, así que mejor dejar que todo siguiera su curso.

—No volveré a pedirte que te cases conmigo —repitió—. Así que tú verás qué haces.

—Entonces, si decido cambiar de opinión...

—Tendrás que convencerme —completó Pierce la frase, dejando implícito que no se lo iba a poner fácil.

—De acuerdo —convino Séverine sin dejar de acariciarle el torso—. Pero lo haré otro día, que hoy estoy agotada.

—Me parece bien. Buenas noches —musitó él. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa.

Al parecer su francesita de tetas pequeñas tenía iniciativa. Perfecto, en lo referente a ella dejaría que las cosas siguieran su curso, y cuando Séverine quisiera, pues adelante.

Por el momento no movería ni un dedo.

—Buenas noches... —dijo contenta y agotada.

Referencias a las canciones

Alors on danse, P© 2010 Mosaert, interpretada por Stromae.

Je veux, P© Sony Music, interpretada por Zaz.

All that jazz, P 2002 Sony Music Entertainment Inc., BSO Chicago.

J'ai cherché, P© 2016 Sash Productions licence exclusive Warner Music France, A
Warner Music Group Company, interpretada por Amir.

Je vais t'aimer, P© 2006 Mercury Music Group, interpretada por Michel Sardou.



Nací en Burgos, lugar donde resido. Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Empecé con el género histórico. Uno de esos días tontos, me prestaron una novela romántica y, casi por casualidad, terminé enganchada. ¡Y de qué manera! Vivía en mi mundo particular hasta que internet y diversos foros literarios obraron el milagro de dejarme hablar de lo que me gusta y compartir mis opiniones con los demás.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopele de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo, he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016) o *Inútil ilusión traicionera* (2018), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) o *Los recuerdos son mentira* (2018), y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014) y *Dímelo al oído* (2017).

Empiezo a recordarte
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Indian_photographers – Sutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19657-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

